

# Gonzalo Hidalgo Bayal

## LA SED DE SAL

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

La sed de sal

Créditos

A María José García Serrano

*Propterea uersamur ibidem atque insumus usque nec  
noua uiuendo procuditur ulla uoluptas*

Lucrecio

Llamadme Travel. No es el nombre que figura en mis acreditaciones personales ni en los registros de la administración, pero es mi verdadero nombre en esta historia, el que se impuso a muchacho, a caminante, a forastero, pues en verdad os digo que hubo un momento, hace muchos años, en que fui solamente Travel, en que los pocos que me conocieron y trataron me llamaban Travel, en que hasta tal punto fui para ellos Travel que estoy seguro de que, si recuerdan aquellos largos e intensos días sedentarios y lo cuentan en tertulias de sobremesa o en la evocación de los reencuentros gratuitos, se referirán sin duda alguna a Travel, el pobre muchacho caminante y forastero con mochila al que le sorprendió la desventura en un verano cálido, como los veranos antiguos, y joven, como sólo eran por desgracia los veranos de entonces. No creo que nadie de aquel tiempo recuerde mi verdadero nombre (en realidad algunos de los que me conocieron no debieron de saberlo nunca, ni siquiera yo recuerdo que lo emplearan alguna vez en toda la aventura) y conservarán apenas, como mucho, una imagen difusa de mi rostro, de mis ademanes, de mi perplejidad, de mi tristeza, de mi miedo o de mi angustia, pero cuando cuenten la historia todos coincidirán en el discreto sobrenombre de Travel. De modo que, aunque no soy en verdad Travel y aunque no haya en mis andanzas monstruos ni mares ni blancura, sino negruras y cavernas, me atreveré a un suplicante imperativo (ya sabéis: llamadme Travel, etcétera), pues hablaré como Travel, pensaré en mí mismo como Travel y, mientras hable de este caso, seré de nuevo Travel, si es que alguna vez he dejado de serlo desde entonces, que los sobrenombres que se ganan permanecen a fuego en el carácter. Cuando contamos viejas historias no contamos cualquier historia (no es tan amplio nuestro repertorio ni tan entretenido), sino aquellas en las que hemos intervenido de modo principal, y no las contamos porque sí, sin más motivo, sino porque las revivimos al

contarlas, porque mientras se prolonga el relato volvemos a ser lo que fuimos y, aunque sea fugazmente y por las extrañas virtudes de la narración, nos convertimos en el personaje que ya hemos dejado de ser, incluso en el personaje que nunca fuimos y que nos hubiera gustado ser, pues no en vano el relato endereza los hechos, los enmienda y los sostiene. Por eso tenemos tanta tendencia a contar lo que nos ha ocurrido y por eso contamos con insistencia preferente muchas veces los mismos episodios, los episodios distintivos, los episodios de los que nos sentimos más partícipes, aunque sean cimas del infortunio o cumbres de la desesperación. Tenemos nostalgia de nosotros mismos, tanta nostalgia de lo que fuimos que las mayores desventuras quedan purificadas y cernidas por el tamiz del recuento, o por la sugestión de las palabras, y se convierten en capítulos recurrentes de nuestra biografía. Yo diría que es ley de vida, máximo exponente de nuestra humana condición, a saber: que contamos sólo con nuestras desgracias, que sólo las desgracias nos dan sentido, que sólo las desgracias nos dan forma y carácter, tristísima configuración del hombre. Por eso me recuerdo a mí mismo como Travel y hablo como Travel y soy Travel mientras hablo. Ya sé que no puedo competir con otras desventuras, que la crónica de aquel verano inconsecuente y tormentoso es apenas un brote breve e inmaduro en el vasto panorama de la desgracia universal y de las desventuradas peripecias de la historia, pero también es verdad que fue el verano en el que se me abrieron los ojos y adquirí la certeza de nuestra fragilidad y de la inconsistencia de nuestros sentimientos. Dejadme, pues, ser Travel, si es que acaso no he sido siempre desde entonces Travel, y empecemos, como corresponde, por el principio.

## 2

El año que pasé sirviendo al rey, en un cuartel de infantería (lo he repetido tantas veces que parece que nací y vivo sólo para que pasara lo que pasó y poder rememorararlo luego, con fatiga, y sin fin, como si la vida fuera

sólo la reiteración de un relato interminable, la oscura condena mitológica de subir una y otra vez en vano a las cimas del infierno), cayó en mis manos, no sé si por ventura o desventura, un libro en inglés que, si había ido a engrosar las estanterías de la minúscula biblioteca del regimiento, había tenido que ser, necesariamente, por vía misteriosa. El título *Travel of Murania*, el autor Walter Alway y la edición de The Hispanic Seminary of Medieval Studies, University of Melas, California, 1936: tal es la ficha bibliográfica. Tenía una dedicatoria manuscrita: For Tomás Vadillo with all devotion, now and always, Walter Alway. Como quisiera yo entonces mejorar mis conocimientos de inglés, dediqué gran parte del tiempo libre a leer aquel *Travel of Murania*, con ayuda de un diccionario, y después, con memoria léxica, a releerlo. Y lo cierto es que, según lo fui descifrando y entendiendo, si no llegó a entusiasmarme fue más por las dificultades lingüísticas que porque se tratara de un texto árido y espeso, que bien puedo asegurar que no lo era. No podría decir, por tanto, que cayera víctima de su embrujo literario ni que me sedujera como una revelación, sólo que lo leí, que contenía historias curiosas, que, en definitiva, me entretuvo. Por lo que pude averiguar, que no fue mucho, pues ni en las enciclopedias ni en los repertorios que consulté figuraba su nombre, Walter Alway era un hispanista norteamericano que, atraído por los aspectos míticos y legendarios de tierra de murgañones, decidió llevar a cabo un trabajo de campo y, para ello, realizó un largo viaje por las sierras, los pueblos, los rincones de la zona en compañía de tres o cuatro amigos, uno de ellos, según creo (el libro no lo declara expresamente), el novelista norteamericano Edgar Winters, y los otros, de los que nada he podido averiguar, españoles anónimos. El viaje tuvo lugar, o, mejor dicho, tiempo, en la primavera y el verano de 1932 o 1933. Tampoco logré averiguar nada de Tomás Vadillo. Le supuse un pasado militar vinculado a la topografía y a la estrategia, pero la suposición no tenía otra base que la necesidad de justificar la presencia en la biblioteca del cuartel de un libro con dedicatoria autógrafa, una necesidad absurda, toda vez que el libro podría haber llegado a tal destino a través de algún hijo de este Vadillo, o de algún nieto, o váyase a saber por qué otro procedimiento sumarísimo, expurgo, legado o latrocinio, sobre todo si se atiende a unas fechas en las que cualquier conjetura puede ser un disparate y en las que cabe

cualquier abominación. Pero el azar resulta siempre misterioso a un tiempo e implacable. Sin embargo, aquellas tardes de lectura en el cuartel fueron sólo una especie de prólogo. Tres años después de haber cumplido con la patria y con el rey, bajando un día por la cuesta de Moyano, donde me proveía de novelas policiacas de ocasión, vi de pronto en un montón de saldo un ejemplar de *Travel of Murania*. Estaba notablemente deteriorado, con los bordes roídos, pero reconocí enseguida la cubierta y su sola contemplación me trajo tantos recuerdos (no siempre favorables, pero sí mitigados por el tiempo) que no pude por menos que cogerlo. Con cierta unción lo abrí, para recuperar la desidia y el desamparo de las viejas tardes militares, hojeé sus dibujos, recordé algunos párrafos e iba a soltarlo cuando de pronto, al cerrarlo, cayeron mis ojos sobre la página inicial de cortesía. No daba crédito. For Tomás Vadillo with all devotion, now and always, Walter Alway, leí. Allí estaba la dedicatoria manuscrita: tinta negra, letra grande. No era, pues, un ejemplar cualquiera de *Travel of Murania*: era *el* ejemplar, *mi* ejemplar. Me hubiera gustado averiguar por qué sinuosos caminos había ido a parar a la cuesta de Moyano, cómo había salido del recinto bibliotecario del regimiento, pero sabía que era una investigación tan caprichosa como impracticable, oscura como la biografía de Tomás Vadillo, tortuosa como los caminos por los que había llegado antes al cuartel. Sí podía hacer otra cosa, en cambio: comprarlo, leerlo, dar fin a sus andanzas. Por eso lo compré y por eso también lo leí de nuevo, con más provecho, en principio, que en la primera ocasión. Y así fue como, en algún momento indeterminado, sin saber por qué, con insensata extravagancia, tomé una decisión. Turismo literario, cabría decir. Nos gustan las reiteraciones y las duplicaciones, seguir las huellas que otros trazaron sobre la arena, así que de la misma manera que el maestro Azorín, de prosa impar, hizo la ruta del Quijote, me dije, yo haría la ruta de Murania, seguiría los pasos que había trazado Walter Alway en compañía de Edgar Winters y sus amigos españoles. De modo que unos meses después, en primavera, cogí una mochila y un saco de dormir y la del alba sería cuando salí de casa dispuesto a recorrer los secos caminos polvorientos de tierra de murgaños durante unas semanas. No aspiraba yo (ni aspiro) a ser escritor, pero, en sintonía con otros viajeros de los que tenía noticia, no sólo eché en la mochila el libro de Alway, también un cuaderno de tapas duras de piel en el



que pensaba tomar apuntes, anotaciones de la contemplación, la reflexión, la soledad y el camino, un transistor de frecuencia modulada para sobrellevar con voz o jazz noches al raso y también, dada mi nula habilidad pictórica, una cámara de fotos (una leica que compré en el rastro a un trapichero) con la que documentar de manera infalible las semejanzas y diferencias del presente con respecto a los dibujos de Walter Alway. Salí de casa el último lunes de mayo con el propósito de dedicar un mes a la aventura. Llevaba algo de dinero, no mucho, porque no lo tenía, pero esperaba necesitar poco, lo justo para subsistir. Dormiría al aire libre y por eso llevaba el saco de dormir, un saco terroso que pude escamotear en unas maniobras de fogueo. Recorrería los caminos a pie. Me bañaría en los ríos y en los arroyos. Comería hierbas silvestres, frutos del bosque, lirios del campo, cual evangélica avecilla. Hablaría con la gente (confiaba asimismo en la buena y generosa voluntad del mudo rural, la bondad solidaria de labradores y hortelanos, los siglos dichosos del queso de cabra y el pan de bellotas) e incluso encontraría tal vez a algún viejo que tuviera memoria del hispanista americano y evocara remotas anécdotas de aquel tiempo feliz. Iniciaba, pues, una aventura amena, libre, alegre, austera y pedregal.

### 3

Fue así como llegué a Murania, ciudad que Dios confunda y que el diablo lleve a sus confines. Poco puedo contar de la ciudad que no se sepa, porque tiene larga historia y, aunque haya sido por asuntos efímeros y accesorios, ha alcanzado reciente notoriedad. Además, ahora hay guías turísticas de toda tipografía y condición, así que no voy a describir cómo es la ciudad ni de qué vive ni qué sector predomina ni en qué miserias se hunde. Nunca me ha interesado la sociología urbana ni he entendido la economía sectorial. Sí diré que hice el viaje en tren, que seguí los pasos de todos los viajeros que han acudido a la ciudad por el mismo medio, que tuve que

recorrer un camino confuso y escabroso y atravesar un puente y contemplar la placidez del río desde la barandilla y tomar una cerveza en la plaza y preguntar por un hostel llamado El Torreón del Norte (del que habla Alway en el primer capítulo y en el que sitúa el punto de partida de su viaje) y decidir pasar en él un par de días conociendo la ciudad o reconociendo lo que quedaba en la ciudad de las entusiastas y precisas descripciones que contenía *Travel of Murania*. Y eso hice. Me informé en la Oficina de Turismo, visité los viejos monumentos, tiré fotos, me hice con mapas del Estado y cartografía oficial de tierra de murgaños del Instituto Geográfico Nacional, compré una traducción castellana del *Viaje de Murania* (que no sabía que existiera), en una librería de la plaza, a un librero jovial, enjuto y espingardo, al que sólo le faltaban la lanza, la armadura y el yelmo de Mambrino para equiparse con el ingenioso hidalgo. Pero no hablaré de la ciudad, sino del hostel. Desde el principio tuve la sensación de que era un sitio extraño, como habitado por fantasmas, un lugar adecuado para rodar una película de terror difuso, silencioso, fantasmal. No es que casi todos sus huéspedes, por no decir todos, fueran víctimas de la edad o padecieran algún tipo de degeneración biológica, pero debo confesar que la primera noche, mientras cenaba en el comedor, me sentí objeto de observación, como alguno de esos personajes del cine de miedo y de algunas novelas de horror que perciben el aire siniestro de un lugar que está más en otro mundo que en éste, que pertenecen a territorios ignotos de la razón. Me miraban con recelo y creí advertir en sus miradas y en sus silencios (sorbían la sopa con una extraña concentración, como ausentes unos de otros, como se comerá la sopa en el infierno) el presagio de una amenaza. Bien es verdad que por entonces mi sensibilidad se exaltaba fácilmente, pero, en cualquier caso, la estampa de aquellos seres etéreos y difusos, como desvanecidos e indistintos, me llenó de temor y me asaltó incluso la tentación de, en contra de mis propósitos iniciales, abandonar el hostel o pensión o lo que demonios fuera aquella siniestra hospedería al día siguiente, sin falta, y, si no suspenderla, apresurar al menos los plazos de la excursión. Pero tuve una noche plácida, incluso diría que demasiado agradable, o sea, más placentera que plácida, y a la mañana siguiente no sólo desaparecieron todos mis temores sino que decidí prolongar mi estancia en El Torreón. Ello se debió a que, al llevar a cabo las

primeras pesquisas, supe (y ello colmó mis aspiraciones y me llenó de impaciencia, sentí que los sombríos presagios de la cena se compensaban con la dichosa ventura del azar) que en el hostel se hospedaba todavía uno de los amigos españoles que acompañaron a Walter Alway en su remoto travel. Desgraciadamente no pude hablar con él. Ni siquiera llegué a verlo. Me dijeron que desayunaba, comía y cenaba en el hostel, que salía regularmente de paseo, que entretenía las mañanas en el ocio y la placidez de la plaza, pero por más que lo busqué y que lo esperé no pude hallarlo. Acaba de irse, me decían, o ha salido, o ya se ha acostado, o todavía no ha venido, se habrá entretenido, alegaciones disuasorias o agravantes. Entretuve a veces la espera relejendo al azar pormenores de *Travel of Murania* o sopesando el equilibrio bilingüe de *Viaje y Travel* en un patio interior cubierto de vides, sin duda el lugar más tranquilo y ameno de El Torreón del Norte, ocupado apenas por un par de viejos silenciosos empeñados en una lúgubre e impertérrita partida de ajedrez. Llegué a preguntarme si el amigo español de Walter Alway no sería alguno de los fantasmas desvanecidos con los que me cruzaba en las escaleras, alguno de los vetustos alfiles amarrado al tablero, algún sujeto de cuerpo inmaterial y alma en pena, algún espíritu condenado por las leyes del más allá a errar sin fin por las asperezas del más acá. Tal vez incluso fuera alguno de los viejos decrépitos con los que hablé (ciertamente, todas aquellas figuras espectrales que cenaban sopa en el comedor o se movían sigilosas por los pasillos arrastrando los pies podían haber estado ya en El Torreón del Norte en los eufóricos y desventurados años de la Segunda República), ante los que expuse mis indagaciones, y tal vez también prefiriera no darse a conocer o burlarse a escondidas de mi inocencia para solaz y divertimento de tan vetusta audiencia, la maltrecha gerontología de El Torreón.

No llegué a conocer, como digo, a tan esquivo personaje, lo que no dejó primero de llenarme de tristeza, más aún cuando supe que el sujeto había nacido en Casas del Juglar, y de representármese después como un mal presagio, así que emprendí la excursión sin su bendición y su consejo. No creo que merezca la pena el relato de la excursión, porque, dados los acontecimientos, lo que reviste alguna importancia ocurrió después, cuando acabó, o cuando estaba a punto de acabar, a no ser que considere que la verdadera excursión empezó justamente cuando acabó mi propio travel (y tentación tengo de hacerlo: el viaje no es el recorrido, sino la memoria de la adversidad). Baste decir que, puesto que mi propósito era seguir fielmente las huellas de Walter Alway, anduve por todos aquellos pueblos de la llamada tierra de murgaños durante tres semanas, que recorrí los retorcidos vericuetos de Los Huranes y ascendí al Garabero, que me senté en la roca sobre la que se arrodillaba san Hervacio para encomendarse a la misericordia divina, que contemplé desde las alturas la vastedad del escenario de tanto acontecer histórico y tanta épica y tanta sangre derramada, que me bañé en la garganta Cuernacabras o Descuernacabras (que de ambas maneras he visto el nombre, según la procedencia del registro, en documentos catastrales varios), que seguí unas veces el curso del río Myrtes y otras el curso oscuro del Jayón, que hice noche en el caserón del sueco, que averiguaciones varias de cariz mascariento me entretuvieron en Albadil y en Múrida, que en Andarón me sonrió la fortuna con un encuentro que nunca me hubiera atrevido a desear, que me adentré en la remota aldea de Soz, donde quise experimentar (pero fue en vano) las consecuencias de la verdadera leyenda del viento, que en la única taberna de la no menos remota pedanía de La Moga se burlaron de mí sirviéndome un café solo de puchero con sal en lugar de azúcar (café solo con sal: o presagio zumbón o amarga profecía, porque el café salado imprime carácter inexorablemente), que dormí en un pajar en Búrdalo y en un chozo de escoberas en el término municipal de Aldea del Jayón, que acudí finalmente a la romería de san Hervacio y, tras la romería, a las fiestas de Casas del Juglar, las en otro tiempo célebres pandorgas y venerandas, que tanta literatura turística y antropológica han deparado y en las que, pese a la propaganda de la tradición, no sólo no tuve suerte alguna, sino que me proporcionaron sinsabores e infortunio: funestos días de gula y de lujuria, en

los que se desatan todas las miserias del hombre y de la tierra en ese maldito

rincón del mundo que tal vez no sea un callejón del infierno, pero que, desde luego, en contra de lo que creen sus habitantes, no es ni mucho menos ningún umbral del paraíso.

## 5

Nunca había sido yo aficionado a fiestas ni a jolgorios antes de la excursión, pero después de la excursión aún lo he sido menos, hasta el punto de resultarme despreciable y vergonzoso, e incluso inmoral, todo júbilo multitudinario. Con los años, ha llegado un momento en que hasta el júbilo particular se me ha vuelto insoportable. No aguanto las celebraciones de familia y amigos, y no me refiero a bautizos, comuniones, bodas o entierros, que nunca se repiten, son de naturaleza única (aunque expansiva), ni siquiera a cumpleaños ni onomásticas, que son periódicos, sino a toda celebración, a toda alegría manifiesta, ya provenga de un encuentro fortuito, de una diversión de fin de semana, de unas vacaciones de mar o *tour*. No importa. Siempre me han producido más tristeza las tristezas que alegría las alegrías. No lo puedo remediar. Tampoco quiero remediarlo. Odio la alegría. Odio toda la alegría, la alegría oficial, la alegría institucional, la alegría obligatoria, la alegría espontánea y la alegría imprevista. Odio todas las alegrías. La vida es triste. El mundo es triste. No hay tiempo ni hay lugar para la alegría. La alegría es una impostura, una rendición. Descontada mi predisposición al abatimiento melancólico, gran parte de la culpa de mi rechazo a la alegría se la achaco a las pandorgas y venerandas del juglar y, sobre todo, a las consecuencias que tuvieron para mí. Lo sé bien: toda alegría esconde siempre una asechanza. Como vengo diciendo, yo había planeado la excursión que, en la medida de lo posible, habría de coincidir punto por punto y casi día por día con el *Travel of Murania* de Walter Alway. No podía proceder con severidad cronológica, porque el viaje de Alway no es un diario, pero leyendo con atención y sumando días (pues, aunque no siempre, sí deja caer que

estuvieron dos días en La Moga o tres en Soz, por ejemplo, o que se quedaron dos noches en Andarón y que permanecieron dos días furtivos en las estribaciones de El Garabero, un recuento sumariamente marginal) se puede trazar con bastante aproximación, según creo, el tiempo del travel, más aún cuando es notorio que su final, tras la romería de san Hervacio, coincidió con las pandorgas. Así pues, yo había dispuesto que mi excursión terminara también con las pandorgas y que, para acentuar el paralelismo, me quedaría después varios días en Casas del Juglar, exactamente lo mismo que hizo Alway cuando acabó el viaje, que, una vez que sus acompañantes se encaminaron a Murania o a Madrid, se quedó en el pueblo trabajando a un tiempo en la planificación del museo del juglar y poniendo orden en su cuaderno de campo con vistas a la publicación del travel. Y así fue como aterricé yo en Casas del Juglar, siguiendo el mismo camino de regreso de los peregrinos de san Hervacio, acompañando de hecho a varios de esos peregrinos, con los que trabé amena y provechosa conversación, a los que agradecí de todo corazón que, además del camino, compartieran conmigo su pan, su vino, su queso y su matanza. Empezó luego la fiesta, que no voy a describir, pues hay abundantes crónicas al efecto, desde el mismo travel de Alway hasta las numerosas monografías escritas por eruditos de provincia, artículos de prensa, reportajes, documentales televisivos e incluso, según he podido comprobar, una más que variopinta antropología tésinanda, si bien, viendo lo que vi, nunca dejaré de preguntarme si el mantenimiento y la defensa de las tradiciones no serán siempre una degradación del origen o si, por el contrario, ya el origen en sí mismo no ha sido siempre otra cosa que ruindad, vileza y abyección. Sea lo que sea, no lo sé. Por mi parte, he de decir que no participé en la fiesta. Sí comí los famosos y populares panecillos de san Hervacio y la carne asada de venado (la generosidad municipal de tales viandas entraba en mis cálculos de excursionista, que para entonces, según había previsto, sería mucha la necesidad y pocos los recursos). También probé el aguardiente de la sierra, aunque no soy ni he sido nunca consumidor de alcohol ni en alto grado ni en grado sumo. Alimentación aparte, no hice otra cosa que observar y, siguiendo mi propósito de emulación de Alway, capturar con la leica las estampas más pintorescas o más primitivas de la fiesta. Fui un espectador alucinado del nivel de ebriedad tumultuosa que

podía alcanzarse y de las incongruencias, locuras y desatinos a que tal ebriedad podía conducir. No he estado nunca en ninguna guerra, por fortuna, en ningún combate militar, pero el paisaje después de la batalla no debe de ser muy distinto de lo que contemplaban mis ojos cada día, y no sólo al amanecer (yo, como los demás, dormía en cualquier sitio: tendía mi saco terrero en algún hueco, al abrigo de un árbol o una roca, y me acomodaba a la intemperie; tal vez con una diferencia, que yo dormía, o al menos intentaba dormir), sino casi durante todo el día, y sobre todo en las inmediaciones del huerto de los olivos, huerto, en efecto, y con olivos, según con el tiempo pude comprobar, pero cuya denominación profunda tenía más que ver con el ejercicio de la pasión y con el significado ambiguo de la palabra *pasión* que con sus propiedades catastrales (se trata sin duda de un fenómeno lingüístico posterior al travel, surgido como burla o como blasfemia en los años de la prohibición, pues, si bien Alway habla de olivos y olivares, *olive* y *olives*, nunca habla de huerto de los olivos, *the garden of olives* ni *the olive grove* ni, menos aun, *the garden of Gethsemane*). Tal vez hubiera un poco más de compostura a mediodía, desde el toque del ángelus (sonaban las campanas a las doce) hasta media tarde. El resto era pura y absoluta incontinencia o, como dice Alway, citando al arcipreste goliardo, *gula e tragonía*. Y lujuria, hay que añadir. Eso es lo que significan a fin de cuentas, según los filólogos, las palabras que nombran la fiesta, pandorga y veneranda, esto es, glotonía y concupiscencia. No hice otra cosa, pues, que alimentarme (y digo alimentarme en lugar de comer, porque decir comer aquí, a propósito de las pandorgas, significaría que me había unido a la condición pantagruélica de la fiesta), alimentarme y observar. Después, cuando acabaron los festejos, permanecí varios días en el pueblo, ciertamente demasiados. Por una parte, seguía habiendo pan y queso y fiambrería. Por otra, recorrí los hitos que señalaba Alway en el travel, visité el museo del juglar (que es mucha y muy graciosa ambición dar nombre de museo a tal almacén municipal, una alegoría del saqueo), escuché historias sobre el holito y la encina cazorra y sobre el bestión mascariento y sobre el juglar y sobre el alcalde forajido, etcétera. Y al cabo de los días prescritos por la ambigua cronología del *Travel*, tras despedirme de la gente que me atendió y me socorrió, abandoné Casas del Juglar, a pie, camino de Murania.



Caminé sin prisa, a ratos por la carretera y a ratos por la cañada, durante varios kilómetros, en dirección inversa a la de la romería de san Hervacio y, pese al calor y la fatiga, llegué a la venta del puente, en las orillas del Jayón, poco después de mediodía. Decidí hacer morada en el portal de la venta, descansar, entretener la tarde contemplando el panorama, darme un baño apacible en la Quebrada, anotar en el cuaderno algunas ocurrencias, pasar luego una noche más al raso del estío, escrutar las estrellas de madrugada desde el observatorio del saco de dormir, y hasta cierto punto lo hice, comí de las viandas que me habían proporcionado en Casas del Juglar, me bañé, tiré algunas fotos, anoté impresiones sobre las pandorgas y venerandas y seguí con curiosidad no sé si mitológica o geórgica la peripecia de un escarabajo pelotero en lucha con la bola de estiércol que iba empujando, como Sísifo, contra una leve pendiente tras la venta (sin duda, el recuerdo más vivo de aquella tarde hasta ese instante, y no por la experiencia rural, sino por la extraña alegoría de los acontecimientos), pero después, al filo del atardecer, se detuvo a la entrada del puente una camioneta de la que bajó un tipo alto, fuerte, severo. Hola, muchacho, dijo. Tras un rato de charla circunstancial se ofreció a llevarme a Murania y, como yo pensaba ir acercándome a la ciudad al día siguiente y pasar una última noche, dos tal vez, en El Torreón del Norte (no había perdido la esperanza de encontrar al compañero de travel de Walter Alway y conseguir alguna información a posteriori o, cuando menos, el consuelo de conversar al cabo de tantos años con uno de los miembros de la expedición), acepté ingenuamente la propuesta, eché el saco y la mochila en el cajón de carga y me subí al asiento del copiloto con la intención de dormir ya en el hostel aquella noche, lo que me proporcionaría un descanso más completo que la orilla de la carretera y más comodidad también para las tareas del cuaderno. Aunque me miraba a menudo, como con sorna y de reojo, el tipo apenas pronunció palabra durante el trayecto. Se limitó a cantar entre dientes, o a tarararear, una letrilla que no se me ha ido de la cabeza:

Que te vaya bonito,

que te vaya muy bien,  
y si ves a Benito  
que le den, que le den.

Por desgracia (o por suerte, no sé qué decidir a este propósito), le oí después cantar esa letrilla y otras varias en más de una ocasión. No cantaba mal, pero cantaba demasiado. A veces se creía en la obligación de señalarme algún punto del trayecto, la gloria hueca de los hitos locales. Mira, muchacho, la mansión de santa Bárbara. Mira, muchacho, el paso a nivel de la desgracia. Yo miraba sin entusiasmo, prestaba escasa atención a sus indicaciones (porque la información turística o patrimonial ya la conocía y la siniestra, por muy legendaria que fuera, no me interesaba) y él volvía indefectiblemente a la murga de Benito. Hasta que llegamos a Murania. Mira, muchacho, dijo, te dejaré en la plaza. Y en la plaza entró con la camioneta y aparcó (me fijé en ello) frente a una señal de prohibido aparcar. ¿Una cervecita?, preguntó. Entramos en una cafetería y pidió dos cervezas. Recuerdo los aperitivos que pusieron (un canapé de queso azul, otro de morcilla negra), porque me los comí los dos, aunque no sólo por eso. Come tú, muchacho, mientras hago una llamada, dijo, y cumple los mandamientos de Murania. No beberás en vano, añadió y ajustó la expresión *en vano* con el índice y el pulgar. Di cuenta del queso azul y de la morcilla negra mientras él, en efecto, hablaba con alguien por teléfono desde el fondo del local. Apúntalo en mi cuenta, le dijo al camarero cuando acabó la conversación. Luego se entretuvo gastando bromas a los clientes que entraban o salían (bromas risueñas bajo envoltorio severo, de esas en que es difícil decidir cuánto hay de broma y cuánto de veras) y hablando con un viejo que bebía vino tinto en un rincón. Como acabamos de consumir la cerveza y los aperitivos y el tipo de la camioneta no hacía ademán de retirada, supuse que estábamos esperando a alguien, y no debía de andar equivocado, pues, al cabo del rato que pasé mirando como embobado el vaso de cerveza vacío, apenas salimos de la cafetería, se nos acercaron dos individuos, uno alto y delgado, el otro gordo y bajo. El gordo y el flaco, pensé: no era una pareja cómica, aunque sí un punto grotesca. Caminamos hacia el coche. Mirad, muchachos, dijo el de la camioneta. Les indicó con la mano, en un rincón de la carga, al lado de mi equipaje, un par de prendas de ropa arrugada y sucia,

unos vaqueros, una camiseta, y, cuando me disponía a recoger yo la mochila y el saco de dormir, los dos individuos, el gordo y el flaco, me sujetaron por los brazos y, sin mediar palabras, casi en volandas, me llevaron por corredores y escaleras y me encerraron en una celda oscura, húmeda y fétida y sonámbula.

## 7

Las noches de verano son tardías, es lenta en julio la declinación de la luz. Sin embargo, pese a que cuando salimos de la cafetería apenas empezaba a anochecer, en el calabozo en que me recluyeron era ya noche profunda. Tal vez sea propio de los calabozos, pozos sin fondo de la conciencia, lugares donde el prisionero a solas consigo mismo y con la oscuridad puede examinar sin distracciones sus pecados o sus crímenes, pero a quien no ha estado nunca preso no deja de sorprenderle la terquedad simbólica de tan honda penumbra. No obstante, al principio, apenas me dio tiempo a reparar en los atributos del antro, y no tanto por mi propio desconcierto como porque durante bastante rato me desvió de las tinieblas un entretenimiento externo. Creo que en el pasillo por el que me condujeron, de unos diez metros de longitud y con fantasmagoría de túnel o de catacumba, habría tal vez cinco celdas. No puedo asegurarlo con total certeza, porque una bombilla escuálida apenas alteraba con sus telarañas la obstinación de la penumbra y porque cuando lo recorrí iba más hundido en la naturaleza de los hechos que predispuesto a la topografía y a la agrimensura. Pero como comprobé después que la anchura de mi prisión sería de dos metros escasos y como intuí puertas compactas según avanzábamos pude deducir que tal vez fueron cinco las celdas. Y apenas cerraron con llaves y cerrojos la que me correspondió en suerte (que fue la tercera) pude oír voces en una celda vecina (la cuarta, o quizás la quinta). ¡Alguacil, alguacil!, gritó la voz. Y tras la voz el prisionero emitió una risa boba de broma triste. El alguacil, fuera quien fuera el alguacil, o el

esbirro, o el corchete, el vigilante en suma, no respondió. Oídos sordos, me dije. Tal vez se acercara a la celda del que gritaba, yo oí los pasos, pero no respondió. Sólo cuando ya se iba, justo al pasar por delante de mi puerta, me pareció oír que a un nuevo ¡alguacil, alguacil! replicaba en voz baja, como para sí, ¡bacalao al pilpil!, o algo parecido, de donde deduje que no le hacía gracia la broma al vigilante, que ambos, alguacil y prisionero, se conocían de sobra y que tal vez, por los indicios de una patología bulímica, el alguacil fuera el gordo. Tal alguacilería se prolongó durante una hora, quizás una hora y media. Cada vez que llegaba hasta los calabozos un ruido, el eco de unos pasos, de un movimiento, el arrastre de una silla, el tintineo de unas llaves, incluso la precipitación sigilosa de las ratas, mi vecino de celda clamaba ¡alguacil alguacil!, a veces grito, a veces cancioncilla con variaciones. Puede que no durara tanto tiempo el episodio, y lo cierto es que al principio me resultó grato tener compañía, saber que cerca de mí alguien padecía en las mismas condiciones, pero al cabo de la tenaz reincidencia me fatigó tanto la monotonía del monólogo y se me grabaron de tal modo la voz del prisionero (una voz rota y desacordada, cascada y hueca) y de tal modo la risa (una risa autóctona y tribal, quebrada y maltrecha, la risa de cañamo y de humo de quien aplaude la gracia tonta de sus mandangas) que incluso lamenté haber celebrado íntimamente sus primeras intervenciones. Por fortuna, aunque en aquella situación no sabría decir que ningún hecho fuera afortunado, pues todo era desventura y tribulación, al cabo del tiempo bajó el dichoso alguacil, se asomó a la rejilla de mi celda, lo que me abrió las esperanzas durante un segundo, en vano, porque tras contemplar al pasmarote que yo era en ese momento siguió por el pasillo y reclamó con urgencia culinaria a mi compañero de sótano. Bacalao al pilpil, dijo, marchando. Se oyeron las llaves, el cerrojo y al poco los dos pasaban hablando amigablemente por el pasillo junto a mi puerta. No te prives, forastero, dijo el que no era alguacil y debió de golpear con el puño en una puerta, pues se oyó un estrépito metálico. Cuando sonó la última vuelta de llave en la cerradura del pasillo me quedé definitivamente solo.

Pese a la oscuridad, pude notar enseguida la naturaleza del lugar, un sótano mezquino al que le cuadrarían, una tras otra, todas las cualidades de la inmundicia, húmedo y fétido, como digo, turbio y sonámbulo, y más, pues me entretuve en la terapia de la adjetivación, hediondo, repugnante, pestilente, mefítico, nauseabundo, etcétera, con apenas un cimero ventanuco al frente (que, por lo estrecho y alargado, más que ventanuco debía de ser desagüe, sumidero o alcantarilla, una burla subterránea del cinemascopio en tecnigror) y un miserable camastro en un rincón. A veces oía ruido de pasos fuera, en la calle, y las conversaciones insustanciales o indiscretas de quienes se retiraban de la noche. Nadie podía sospechar que en el subsuelo había un alma en vela, un pobre prisionero que aliviaba su soledad y su pesadumbre prestando atención a los sonidos exteriores, oyéndolos de lejos, calculando cuánto tardarían en estar a ras del ventanuco, lamentando que se alejaran. Me acordé de la primera lectura de *Travel of Murania*, en el cuartel de zapadores, y de las guardias nocturnas, de cómo entretenía los turnos de garita con filosofías confusas y atento a los movimientos de la gente que pasaba, las siluetas de sombra que se demoraban en la conversación o el arrumaco, que se apresuraban en el frío o huían de la lluvia o corrían como perseguidos por el diablo. Así ahora, con la misma inquietud, pero con más angustia, me aferraba a los signos que llegaban de fuera, hilachas de una trama que persistía ajena y al margen de mi persona y mi prisión. Llegó, no obstante, un punto cero en el que cesó la madrugada, se apagaron los pasos y los ecos y las voces y no quedó más música que las señales del reloj de la plaza cada quince minutos. Luego, al cabo de mucho tiempo, oí también que alguien se acercaba por el pasillo, hacia la celda, cantando en voz baja, y pensé que sería el tipo de la camioneta, por la canción, que te vaya bonito, que te vaya muy bien, aunque más me pareció un susurro, un tarareo distraído, que una canción verdadera. No era, sin embargo, el tipo de la camioneta, sino uno de los vigilantes, que se aburría, al parecer, y le dio por pasear. El paseíllo del gordo, pensé, o tal vez un guardia municipal haciendo la ronda nocturna, comprobando si me había fugado o si me había dado un arrapío y me había

colgado del sumidero. Lo llamé suplicante, oiga, oiga, pero más bien lo espanté: no sólo no me hizo caso (oídos gordos, pensé ahora) sino que se alejó por el extremo opuesto del pasillo e incluso para amortiguar mi súplica elevó el volumen de su sonsonete, y si ves a Benito que le den, que le den. Siguió así la madrugada como una detención del tiempo y de la sombra: nada se movía, nadie pasaba, todo era silencio, todo oscuridad, dentro y fuera. Puede resultar paradójico (a mí me lo pareció entonces y me lo sigue pareciendo ahora, al fin y al cabo no había estado nunca detenido, ni, menos aún, encerrado en una celda penitenciaria), pero, en lugar de sentir miedo, o de entregarme a la propia compasión y la lástima que suelen producir el infortunio y la injusticia, aquella noche, cuando el silencio fue total, incluso de siniestra consistencia, no tuve otra obsesión ni otro entretenimiento que la dichosa musiquilla. De tal modo se apoderó de mis sentidos que en algún momento yo mismo me puse a silbar que te vaya bonito y a canturrear variaciones de la letra con mi nombre o mi apellido y las más peregrinas consonancias, que la rima siempre procura algún consuelo. De ahí tal vez lo que se dice de quien tiene males y canta. Y al principio ni siquiera tuve conciencia de tan insólita dedicación. Sólo cuando oí pasos de nuevo (debían de ser más de las cuatro, tal vez las cinco, no es fácil medir el tiempo en la vicisitud de la vigilia: no sé si alguna vez os ha ocurrido estar esperando oír con tanta atención, por ejemplo, las campanadas del reloj, para saber la hora, o la temperatura exterior, en informaciones radiofónicas, que luego, cuando suenan las campanadas o dan el parte meteorológico, el mismo exceso de concentración os ha impedido contar las campanadas o entender los grados centígrados, o sea, oír sin oír: a mí me pasa a veces, que el exceso de atención me conduce al desvarío y la inadvertencia), cuando oí pasos de nuevo, digo, caí en la cuenta de que estaba yo silbando o canturreando con cierta desmesurada energía, como espantando fantasmas o murciélagos con el silbo o el canto, y no por el ruido de los pasos, sino por la pintoresca voz municipal que me llamó al orden. Deja en paz a Benito de una vez, dijo, que así no hay quien descabece un sueñecillo. Ganas me entraron entonces de cantar ¡alguacil alguacil, bacalao al pilpil! con la melodía de ¡que le den, que le

den!, pero no lo hice: por prudencia, por temor. Guardé silencio y en algún momento me quedé yo también dormido sobre el camastro. Sé que me dormí porque tuve un sueño. Nada más. Así fue la noche.

## 9

Sin embargo, antes de dormirme, claramente inducido por los pasos del vigilante y por la voz que me mandó callar, tuve como un presentimiento. Había visto en alguna ocasión una película de la que sólo recuerdo un fragmento de la trama: que detienen a un hombre inocente y, como a mí, lo encierran en una celda con camastro. De cuando en cuando baja un vigilante a comprobar discretamente la actitud del detenido, que se muestra inquieto, nervioso, atrapado entre la incertidumbre y la desesperación. Hecha la ronda, el vigilante informa rutinariamente a su superior. Es una película oscura y sombría, con mucho humo y mucho café. O así al menos la recuerdo: la sinrazón del prisionero azorado en la celda, las conversaciones entre el comisario y el centinela, el humo y el café, la oscilación de la penumbra. Pero sólo una de aquellas conversaciones acudió entonces a mi memoria. A veces pienso que el interés o la atracción previa que sentimos por ciertos asuntos (noticias del periódico, tramas del cine, episodios puntuales de la literatura), una atracción, quiero decir, sin motivo aparente, sin que nos conciernan los hechos ni sean reflejo de nuestra biografía o de nuestro abatimiento, ni nos lleven a identificarnos con los personajes por afinidad en la desventura, no son sino manifestaciones del oráculo, la forma difusa que han encontrado los dioses de nuestro tiempo para predecirnos el futuro y ponernos al tanto de las desdichas que nos aguardan. Podría poner ejemplos propios, pero no vienen al caso. En la conversación a que me refiero el centinela opina que el detenido es culpable y que por eso se muestra inquieto. El comisario, sin embargo, opina lo contrario. Cuando uno es culpable, dice, sabe lo que le espera, sabe que es culpable, sabe que antes o después lo detendrán, y cuando

al fin lo detienen acaban los temores porque se cumplen los pronósticos. Entonces, ya en la celda, se relaja y duerme. Todo ha ocurrido según el guión del crimen. El culpable duerme, dijo. En caso contrario, dice, cuando el detenido es inocente, no sabe qué puede haber hecho, ignora el porqué de la detención, o tiene noticia cierta del crimen pero piensa que se ha cometido un error, y teme que no se deshaga el equívoco, que se consuma la injusticia, que termine pagando por algo que no ha hecho, y todo ello, la acumulación de sensaciones, el alocado vaivén del razonamiento, el desvarío de la imaginación, forma una mezcla agitada y convulsa que le impide dormir. Si nuestro hombre está así, concluye, es que es inocente. Quien vela es inocente. Y, como el comisario es el superior y el centinela el subordinado, el espectador sabe enseguida que el comisario tiene razón, que tiene la autoridad de la experiencia y de la jerarquía. Sólo esas escenas de la película rondaban mi mente y por eso, cuando yo oía los pasos de mi propio vigilante y el maldito sonsonete de la musiquilla, pensaba que no llevaba a cabo la tarea de vigilancia con la debida discreción y me preguntaba si no bajaría de dos formas distintas al sótano, unas veces haciendo notar su presencia con el retintín de Benito y otras sigilosamente, para comprobar si mi actitud era la misma en ambas ocasiones, cuando estaba sobre aviso y cuando estaba desprevenido, para comprobar, en suma, si mi comportamiento variaba en función de que me supiera observado o de que me creyera a solas. E imaginaba al vigilante abandonando discretamente el sótano y subiendo a informar a su jefe superior y temiendo que de la sola observación de mi comportamiento se desprendiera un veredicto de culpabilidad. Entonces pensaba dos cosas, ambas negativas: por una parte tenía miedo de dormirme, porque entregarme al sueño sería como declararme yo mismo culpable, y por otra me entregaba a las lamentaciones del carácter, porque soy apacible, poco dado al énfasis y al aspaviento, nunca me he entregado a la exageración, celebro la buenaventura sin regocijo, con entusiasmo inmóvil, mi nerviosismo se manifiesta con quietud, la incertidumbre me paraliza. Todo ello, pensaba, me haría culpable, no sabía de qué, pero culpable. De modo que casi estaba más preocupado por mi comportamiento en el calabozo, por los funestos indicios que de mi comportamiento pudieran derivarse, que por la ignorancia del delito. Por eso, privado del estribillo y de su obsesivo



sonsonete, tenía miedo de dormirme y por eso intentaba averiguar si el vigilante bajaba a veces sin hacer ruido alguno para aplicar con exactitud definitiva el procedimiento de la película que en mala hora acudió aquella noche a mi memoria. Pero el guión de la vida es imperfecto y caprichoso, no se rige por los preceptos del cine y, como decía, al cabo de un tiempo lento e interminable, me dormí.

## 10

Y cuando desperté no fue el vigilante nocturno quien me sacó del sueño, ni tampoco el vigilante diurno, ni alguien que me procurara un miserable desayuno (que no hubiera sido mal despertar, un café humeante cuando menos, porque, aunque hambre no tenía, porque la ignorancia de la culpa anula toda ansiedad alimenticia, llevaba varias horas sin comer, mi cena se había reducido a dos canapés: morcilla negra y queso azul), ni algún subordinado que tuviera que conducirme a la sala de interrogatorios, si es que acaso había en tan lóbrego edificio alguna sala específica de interrogatorios (cosa que tampoco llegué a saber: puedo anticipar que no me interrogaron nunca, que no me sometieron a ningún tipo de vejación ni de tortura en pos de una confesión que yo todavía en aquel momento, por otra parte, y pese a la confusa y precipitada acumulación de conjeturas, no sabía sobre qué aspecto de mi comportamiento habría de versar), ni nada que se acomodara a la idea del funcionamiento interno de la cautividad. No. Lo que me despertó fue una creciente algarabía que provenía del exterior. Pensé al pronto que sería día de mercado y que los mercaderes madrugaban para montar los tenderetes con sus mercancías, o que los clientes se apresuraban a adquirir las primicias de la mercancía de la huerta o de la industria textil de baratillo, pero haciendo unos someros cálculos de calendario enseguida desestimé la idea del mercado (yo había recorrido la plaza un día de mercado apenas un mes antes tratando en vano de encontrar al amigo y compañero de Alway en su travel, había bebido

cerveza en las cafeterías de la plaza, había seguido desde una terraza el movimiento de tratantes y mercaderes, el ir y venir de las amas de casa, había explorado por mi cuenta los puestos de fruta, incluso había intercambiado palabras de gratitud con un hortelano que se empeñó en hacerme probar un melocotón de su cosecha), y de pronto sentí que la algarabía y el vocerío no sólo no eran cambiantes, sino que se acumulaban en un punto concreto, exacto e inmóvil: justo encima de mi cabeza. Entonces distinguí los insultos, un desacorde revoltijo de sílabas que a fuerza de repeticiones codificaba dos palabras. ¡Cabrón asesino, cabrón asesino, cabrón asesino! Tardé un tiempo en comprender que yo era el cabrón asesino, lo que acaso sirva para demostrar que no sólo la ignorancia, que también la inocencia es atrevida, es decir, simple, ingenua y candorosa. Aunque no había pensado en ello con la debida calma, con el sosiego que requiere la verdadera reflexión, porque era imposible en tales circunstancias de presión y desamparo, yo daba por supuesto que la acusación que se cernía sobre mí desde el momento en que subí a la camioneta, desde antes incluso de haber subido a la camioneta, sería una transgresión menor, alguna infracción contra la propiedad privada, algún tipo de delito estival, alguna contravención de la ordenanza municipal o de la normativa regional, haber encendido fuego en el bosque, haber puesto en peligro alguna especie protegida, haber invadido la zona de sombra, no sé, insignificancias penales, leves fechorías en las que de ninguna manera había incurrido y que en el peor de los casos, quería yo creer, sólo me acarrearían una pena ejemplar, un escarmiento simbólico. Por eso al oír los primeros gritos de cabrón asesino en modo alguno pude sospechar que fueran contra mí. Pensé que el cabrón asesino estaría preso en otra celda y que, al contrario que el tipo que había provocado al alguacil alguacil con su risa y su insistencia, guardaría un silencio convicto y concluyente. Pero, cuando advertí que el coro vociferante había elegido precisamente *mi* alcantarilla, supe que estaba solo en el subsuelo y que la turba había tenido noticia de mi detención, que sabían con toda exactitud dónde estaba y dónde debían situarse para desahogar su ira, y supe también que se habían constituido en representantes de la furia popular y supe, en fin, que aquélla era en realidad la verdadera acusación, y que yo era el cabrón y el asesino y el cabrón asesino juntamente. Así era, pues, así lo imaginaba: un nutrido grupo de personas en

torno al sumidero entonando la ecuación de la ignominia con un ritmo dos por tres, ¡cabrón asesino, cabrón asesino, cabrón asesino!, y a ratos un solo grito amorfo y uniforme con ritmo de uno por tres, ¡cabronasesín, cabronasesín, cabronasesín! Y luego, cuando, al cabo de mucho rato sin que decayera la euforia vengativa cambiaron de estrategia, empezaron a arrojar por el ventanuco, desagüe, sumidero o alcantarilla toda clase de inmundicia callejera, papeles, bolsas de plástico, colillas, desperdicios, mierda del suelo y basura de los contenedores, no sólo entendí definitivamente con infalible y desazonada clarividencia la grave amenaza que se cernía sobre mí sino que se me representaron en la imaginación secuencias aisladas de otra película.

## 11

Detienen a un hombre inocente y lo encierran en una celda, una de esas celdas con barrotes que siempre hay en la oficina del *sheriff*. No recuerdo los antecedentes de la detención ni los porqués. La razón es sencilla: en las películas de crímenes importa el asesino, no la víctima. Antes pensaba que ello se debía a que la víctima es un mero recurso de la historia, un recurso necesario, porque sin víctima no hay asesino y sin asesino no hay película, pero mero recurso a fin de cuentas. Hoy pienso de otro modo: importa el asesino porque el hombre común está predeterminado para víctima, ésa es su condición, y por ello aleja de sí mismo el interés y lo centra en lo que en principio no es, a saber, un asesino. En fin, divagaciones. Supongo que los indicios se acumulan contra el detenido con alguna apariencia irrefutable, pero no los recuerdo. Veo de manera confusa frutos secos, tal vez cacahuetes, pero con la misma imprecisión con que pretendemos recuperar de la memoria ciertos sabores viejos, ciertos olores remotos, las migajas del tiempo perdido. En cualquier caso o los indicios eran contundentes o se habían ido amplificando de boca en boca de tal modo que la turba se alborota y se apresta en masa al linchamiento. Ante la resistencia del *sheriff*, que defiende

la ley con entereza, alguien lanza material inflamable a la celda por una ventana, la multitud se contagia, porque las llamas producen siempre un encantamiento ineludible, y contribuye atropelladamente con su esfuerzo a que arda el edificio entero y con él el detenido. Como el espectador sabe que el hombre es inocente, también se retuerce con las llamas ante la injusticia. Sólo así se sofoca la furia de la muchedumbre. Resulta luego, sin embargo, que el hombre no ha muerto. No recuerdo cómo escapa de las llamas ni siquiera si la película lo muestra de algún modo o si recurre a una vasta elipsis. Sucede que al cabo del tiempo el hombre que primero es sólo inocente y después víctima de un crimen comunitario se recrea en la contemplación de su propia venganza, que, si no ando equivocado, es un juicio contra los cabecillas del linchamiento. También el espectador se recrea en la venganza: es la trampa moral que se le tiende. No recuerdo más de la historia (dicen que la carne es flaca, pero más flaca es y más traicionera la memoria). Ignoro el principio y el final: ni sé de qué crimen lo acusan, ni cuál es el delito que no ha cometido y que, si hubiera dependido de la voluntad de la turba y no de los designios de la providencia, lo habría llevado a la muerte, ni sé cómo termina el juicio. Me parece que al final no cumple su venganza, porque un punto de dignidad moral le impide llegar hasta el extremo al que sí habían llegado, en cambio, o creído llegar sus victimarios, sus asesinos tentativos (al fin y al cabo, el bueno ha de ser bueno hasta el *the end*, es un dogma de cine, una perversión del canon), y porque, si se hubiera cumplido, yo lo recordaría. En realidad sólo tenía algunas imágenes sueltas de la trama: la inocencia del personaje, los rostros vociferantes y desencajados de la multitud, el fuego. Supongo que porque era lo que convenía a mi situación, lo que coincidía con mi propio infortunio, como si el entendimiento sólo quisiera rescatar de la memoria las secuencias que podían superponerse al momento de la evocación, y porque, al fin y al cabo, lo que despertó en mi mente la memoria de aquella antigua proyección fue una colilla encendida que cayó desde el desagüe. A veces, en la desdicha, a uno le consuela recrearse en la amplificación de esa desdicha y en la convocación de todas las desdichas. Eso me ocurrió a mí entonces. Por un momento deseé, tal vez en un sentido puramente ficticio, de cine, como si yo no viviera aquella situación, sino que la interpretara, deseé, digo, que la celda, que el edificio

entero se consumiera en llamas. E incluso que yo mismo pereciera en el incendio. Es una forma engañosa de heroísmo. A veces preferimos un final abrupto y definitivo antes que la incertidumbre de una agonía continua. Alucinaciones. Una colilla no enciende un calabozo. Y, además, al cabo de mucho rato de podredumbre e improperios, la turba acabó abandonando el sumidero y yo quedé de nuevo a solas con la tribulación, la iniquidad y la injusticia.

## 12

Me avergonzó luego advertir que, como si se tratara de una prolongación de la primera lectura del *Travel of Murania*, pensaba en términos militares y usaba en mis temores palabras como macuto e imaginaria, arresto y calabozo, cautivo de nuevo, por flaqueza, del vocabulario del cuartel y de la jerga de tropa. Puede que contribuyeran en la derrota regresiva el libro de Alway, la caligrafía de la dedicatoria al ignoto Tomás Vadillo, la intendencia contextual (tanto el saco de dormir como la mochila procedían de la negligencia de un cabo furriel, práctica por lo demás habitual entonces en los inventarios de cada licencia), esto es, los objetos circunstanciales, pero mi retorno a la terminología militar se debería más, según creo, a la arbitrariedad de las decisiones, a los desafueros de la autoridad, a la aplicación chusquera, rasa e inferior de los reglamentos. Figuradamente, me digo, estaba siendo de nuevo carne de fusil, si no tal vez carnaza de cañón. Me avergonzó también la deriva del pensamiento hacia esas notas marginales. Procuraré evitarlo en lo que sigue.

## 13

Tras la furia del desagüe no ocurrió nada. Durante horas no ocurrió nada. No bajó el vigilante a vigilar en toda la mañana y me mantuvieron doblemente en ayunas: ni me dieron de comer ni me dieron la menor información sobre los motivos del arresto. Llegué a la conclusión de que habían decidido o de que tenían por norma dar la vuelta a ese principio jurídico cuya acuñación latina todo el mundo conoce, de manera que el famoso *in dubio pro reo* quedaba transformado en un nebuloso *reus in dubio*. Y ése era yo y allí estaba: reo, *in dubio*, solo y sin *pro*. En tal estado de abandono y desazón, como cabe suponer, no dejé de maquinare. Por ejemplo, recuerdo que sólo entonces eché de menos la mochila. Bien sabía de la circunstancia penitenciaria que aconseja privar al detenido de toda propiedad, pero a mí ni siquiera me habían confiscado las míseras herramientas suicidas del cautivo (cordones, cinturón, etcétera), así que, quizás por eso, eché profundamente de menos mi equipaje, el cuaderno, el *Travel* de Alway en inglés y castellano, la cámara de fotos, los ingredientes específicos de la excursión, y no tanto por el valor que pudieran tener tales menudencias, que era subjetivo, sentimental e incluso lastimero, sino porque me asaltó de pronto un presentimiento, el atisbo de una sucia maniobra, la sospecha de un temor, a saber, que el conductor de la camioneta manipulara mis pertenencias, que, del mismo modo que me había entregado a la autoridad policial sin motivo alguno, se dedicara o se hubiera dedicado ya a urdir la trampa de mi condenación, que colocara entre mis cosas pruebas de a saber qué delito (los ecos del ¡cabrón asesino! arrojaban sobre mí todos los cargos), que pusiera en los bolsillos indicios de alguna usurpación, que manchara mis camisetas con sangre de alguna víctima, y entonces sí que no habría ya forma de escapar, sí que estaría condenado por siempre y para siempre. Se me representaron vivamente, de hecho, las dos prendas de ropa sucia, vaqueros y camiseta, que llegué a ver en el cajón de carga un segundo antes de que el gordo y el flaco me secuestraran, detuvieran y encerraran. Aquí acudió a mi memoria otra película. He llegado a formular una teoría según la cual en los momentos difíciles, en los trances dolorosos, la gente (yo, al menos: no podéis imaginar cómo aborrezco a los portavoces de la humanidad) sólo tiene dos fuentes de las que sacar material de consuelo (o de desconsuelo, que eso depende de las secuelas del carácter o de la propia ciclotimia): la experiencia

o la ficción. O hay en la experiencia propia algún episodio que satisfaga la necesidad y se recurre a ese recuerdo, a lo que sucedió antaño, a lo que se hizo o se dejó de hacer, o no lo hay y se recurre a la experiencia de la ficción, a lo que seres tal vez sublimes tal vez deletéreos vivieron por nosotros, a la invención ajena de un episodio que nos determina. Y como yo era doblemente inocente, no sólo inocente de delito sino también inocente de experiencia, es decir, que, salvo alguna reincidencia antirreglamentaria de cuartel (botón desabrochado, lustre mustio en las botas, gorra bajo techo, corte de pelo sin regulación, desciframiento erróneo de las estrellas y sus puntas, etcétera, etcétera, que es caprichosa la urbanidad del reglamento y es confuso el código sideral de la heroica infantería), nunca había vivido ninguna situación anterior con la que la presente pudiera tener paralelismos, me atuve, bien es verdad que de forma inconsciente, sin premeditación, a las películas que guardaban alguna analogía con la atrocidad que estaba viviendo. No sé, pues, si el cine es terapia, es ensoñación o es pedagogía. He visto luego una película que me produjo consuelo retroactivo, una historia en la que dos presos que comparten celda entretienen su tiempo contándose películas uno a otro o resumiendo novelas: en nada somos únicos, en nada los primeros, somos rutina más reiteración. Por eso tal vez, por la película que evoqué en la penumbra matinal del calabozo, supe con absorbente claridad algo terrible: que el conductor de la camioneta era el culpable, que con astucia criminal había desviado hacia mí las pruebas y la acusación, que me había recogido en la venta con sólo ese designio. La mejor defensa es un buen ataque, decíamos cuando jugábamos al ajedrez, pensé, y la mejor forma que tiene un culpable de ser inocente es conseguir que un inocente sea culpable. En ese razonamiento me mantuve todo el día, en la culpabilidad del conductor de la camioneta. Y en un propósito: hacérselo saber al primer vigilante que tuviera a bien bajar al sótano.

La película empieza de manera retórica y solemne con la explosión de una bomba en la frontera de México con Estados Unidos. Dada la jurisdicción fronteriza del escenario, dos policías intervienen en la investigación del atentado, uno mexicano y otro norteamericano. El mexicano es bueno y honrado: es el guapo. El norteamericano es un tipo sin escrúpulos, mezquino, corrupto, retorcido, y tanto su aspecto físico como su atuendo (gordo, desastrado, grasiento, sudoroso) contribuyen en su exageración a la repugnancia moral que inspira el personaje, como si, en efecto, al cinismo, a la indignidad y a la falta de conciencia, o a la conciencia envilecida y miserable, les correspondieran unos atributos nauseabundos, como si la abyección y la ruindad alcanzaran en la náusea la más justa expresión, que confundimos el bien con la belleza y por eso lo adornamos con ella. Así las cosas, el policía mexicano se esmera en esclarecer la verdad ateniéndose a la ley, lo que no deja de procurarle graves y peligrosos contratiempos personales, y el policía norteamericano, en cambio, que tiene su propio criterio sobre la eficacia policial y que ha establecido la verdad criminal de antemano, antes incluso de iniciar la investigación, se aplica sin reparo alguno y sin apenas disimulo a la falsificación de pruebas (cartuchos de dinamita, creo) para incriminar por la vía rápida a quien él ha juzgado previamente culpable (con acierto, por otra parte, si no me equivoco). La película es rara, es confusa, una película antigua, en blanco y negro, lo que justifica que no recordara entonces bien la trama, como tampoco la recuerdo ahora, ni, menos aún, al pronto al menos, el título. De hecho, no sé hasta qué punto se corresponde con la película lo que digo. Sí recuerdo, en cambio, a la perfección el sentimiento de amargura y la desazón que me provocó su memoria. Yo había creído desde el principio que el hombre de la camioneta era policía, o pertenecía a la policía, o tenía algún tipo de vinculación con ella, porque en caso contrario no me hubieran detenido ni llevado al calabozo por una simple sugerencia suya. No se me iba de la cabeza la escena en que señalaba con la mano las prendas de ropa sucia y el tono risueño con que decía mirad, muchachos, y tampoco dejaba de preguntarme por la conversación telefónica que mantuvo (podrían haber conjeturas sobre con quién, pero no sobre qué) mientras yo bebía cerveza y comía morcilla negra y queso azul. Ahora, además, pensaba que, si tenía razón en mis



presentimientos, me las tenía que ver con un tipo de policía corrupto, una variante ilustrada del gordo norteamericano en la frontera mexicana. Pero, como me había venido antes a la memoria la película del linchamiento, la furia de la muchedumbre, el incendio de la cárcel, etcétera, le atribuí luego al tipo de la camioneta la autoría del crimen, fuera cual fuese el crimen. Ambas películas me condujeron, pues, a una difícil e insoluble encrucijada. Daba por supuesto que el tipo de la camioneta estaba fabricando y falsificando pruebas para inculparme, pero era incapaz de precisar si lo hacía como policía que había decidido de antemano mi culpabilidad, como culpable que pretendía ocultar su propia culpa o, peor aún, ambas cosas, como policía culpable de un crimen que pretendía usar su autoridad para despejar toda duda sobre su comportamiento, lo que, en mi opinión, le haría doblemente peligroso: por policía y por criminal. *Sed de mal* se llama la película. No lo recordé entonces, pero el título apareció nítido ante mis ojos al cabo de los días cuando oí por primera vez la expresión *la sed de sal*, un bumerán heterodoxo de la criminología. Haber evocado en tan triste subsuelo la turbia historia de *Sed de mal* se me antojó más tarde una premonición del azar, incluso una predeterminación gobernada por los astros.

## 15

Por eso cuando bajó finalmente el vigilante, el mismo individuo flaco que me había conducido al sótano el día anterior, no tuve otro empeño que transmitirle mi preocupación. Pude deducir de sus palabras que acudía a la celda por compasión tan sólo, no porque la autoridad municipal tuviera obligaciones con los reos en cautiverio. Abrió la puerta y me alargó una bolsa de papel y una botella de agua mineral. Toma, muchacho, dijo, come algo. En la bolsa traía un bocadillo. Me senté en el camastro, bebí un sorbo de agua y mordisqueé el bocadillo, pero eran otros mis desasosiegos y no podía apartarlos del pensamiento. Tiene que hablar con el tipo de la camioneta, dije.

Pero el vigilante no parecía tener interés alguno en oír mis recomendaciones. Come, muchacho, dijo, come deprisa, que no quiero complicaciones. Es importante, insistí. Del hombre de la camioneta dependía todo el asunto, dije, nadie mejor que él sabía que yo no había hecho nada en absoluto. No me vengas con cuentos, muchacho, dijo el vigilante, bastante hago con traerte el bocata. Dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento, bromeó: obras de misericordia corporales. Pero el hombre de la camioneta, insistí. Ni hablar, cortó. No me corresponde la misericordia espiritual, muchacho. Ni puedo consolar al triste ni redimir al cautivo. Aquí se hace siempre lo que mande León y León ha ordenado que estés incomunicado. Que Travel no hable con nadie, ha dicho. Te llama Travel, añadió (ahí fue donde recibí el nombre con el que viviría tan malhadado viaje). Por tus manías, dijo. Y yo estoy incumpliendo la orden, dijo, porque me estoy comunicando contigo. A cuenta de qué le digo yo a León que el muchacho dice que tal y que cual, ¿eh? Ni en sueños, Travel. Tú no conoces a León. Y termina, que hay prisa. Con más desesperación que acierto quise convencerle de que le sugiriera al tal León el mensaje como cosa suya, como si se le hubiera ocurrido a él la idea de que el hombre de la camioneta era quien mejor podía dar testimonio de los hechos, fueran cuales fueran esos hechos. Como no parecía conmoverse, decidí cambiar la estrategia. Ahora le animaba incluso con halagos y añadiendo ascensos y parabienes, si es que las cosas eran, pensaba yo entonces, como las muestran las películas norteamericanas. Pero el flaco vigilante se echó a reír. No sabes lo que dices, muchacho, dijo, cómo se ve que no conoces a León. No será tan fiero el león como le pintan, dije. Me arrepentí antes de acabar la frase, porque me apliqué la teoría del culpable que duerme y el inocente que vela e intuí que mostrar ingenio y andarse con bromas era más propio de culpables que de inocentes, pero al vigilante le hizo gracia la ocurrencia y se le escapó una risotada. Qué ocurrente, Travel, dijo. Quise aprovechar entonces la buena disposición para averiguar cuáles eran exactamente los hechos, de qué se me acusaba, de qué robo, decía yo, pues al fin y al cabo había invadido alguna que otra propiedad privada durante la excursión, había asaltado huertos, requisado tomates y tentado diversos árboles frutales. Temía incluso que alguien, algún hortelano, decidiera emplear la circunstancia de haberme visto en tan insignificante trance

delictivo para obtener de la denuncia beneficios adyacentes, pues, aunque no había causado grandes destrozos, podía haber procurado perjuicios secundarios. En cualquier caso el vigilante, como vulgarmente se dice, no soltó prenda. Estás incomunicado, muchacho, fue su única respuesta. Y ya no habló más. Esperó con paciencia a que me acabara el bocadillo y a que diera cuenta de la botella de agua, que era de medio litro, tarea en la que, en contra de mi voluntad, me demoré en exceso, pues, pese a no haber comido nada en no sé cuántas horas, me costaba tragar. Cogió la botella cuando acabé, la estrujó entre las manos, la cerró con el tapón, la metió en la bolsa de papel, ocultó la bolsa en un bolsillo (para no dejar pistas, pensé) y abandonó en silencio el calabozo. Como un buen samaritano, me dije.

## 16

Agradecí, por una parte, el bocadillo y el medio litro de agua mineral, porque siempre son de agradecer las obras de misericordia, más aún si tienen que ver con el hambre y la sed, pero empecé a entrever, por otra, consecuencias graves en el silencio, a temer males mayores y a imaginar insidias y amarguras abatiéndose inmisericordes sobre mí, porque también a veces las obras de misericordia esconden bajo su apariencia solidaria abyección y alevosía. No alcanzaba a entender qué sentido podrían tener, si es que alguno tenían, las disposiciones del tan fiero León como para que un simple vigilante, en el que ya siempre pensé, a pesar de todo, como el flaco samaritano (enjuto y bondadoso a fin de cuentas), no pudiera proporcionarme la más leve información sobre mi caso y circunstancia. Ya era, si no insólito, por lo menos extraño que me hubieran detenido (y, si contaba desde el momento en que entró la camioneta en la plaza de Murania, llevaba ya veinticuatro horas prisionero) sin mayores contemplaciones y que me hubieran mantenido incomunicado durante la noche e incluso la mañana, pero cómo explicar que al cabo de tanto tiempo aún no me hubieran interrogado.

Yo he visto (todos hemos visto) infinidad de películas en las que la policía somete al sospechoso a un severo interrogatorio: una dependencia lóbrega y austera, una bombilla escuálida en el techo y tal vez oscilante, una tonalidad amarillenta sobre la silla del reo, el humo de infinitos cigarrillos, sombras siniestras y agigantadas en las paredes, toda la escenografía, en fin, del miedo y la tortura subterráneos. A mí, sin embargo, me habían recluido en el sótano sin averiguaciones, por la sola insinuación del tipo de la camioneta, y no parecía que aquello fuera a cambiar. Por eso me afané en resolver para siempre un enigma que, de forma hasta entonces más teórica que experimental, siempre me había atormentado: la disyuntiva entre saber o no saber, entre conocer o ignorar la verdad. No sé si lo resolví, si deshice el dilema para siempre. Puede que sea sumamente doloroso saber, me dije, pero más doloroso es no saber y aún más doloroso, doloroso en grado extremo, saber que no se sabe. Me acordé de una película, del acertijo existencial que planteaba una chica norteamericana a un delincuente simpático y caradura, mezcla de cínico y sinvergüenza, a saber: elegir entre la pena y la nada. Entre la pena y la nada elijo la pena, había dicho la chica. Pues yo, replicó el joven, entre la pena y la nada elijo la nada. Y la eligió, de hecho. Pues bien, yo pasé la segunda noche en el calabozo dándole vueltas al acertijo de la pena y la nada, tratando de acomodar las nociones de saber y no saber a las nociones de la nada y la pena, intentando averiguar si no saber era la nada y saber era la pena, o al revés, y si, en definitiva, en aquella situación mía, no saber nada era más penoso que saberlo, etcétera. Mi pena, por tanto (una pena secundaria, podría decirse, puesto que la pena principal era la detención, la prisión, el cautiverio), mi pena, concluí, era no saber. No sé si resolví el enigma y disolví el dilema, pero llegué a una conclusión firme, a un propósito de carácter, al siguiente solemne juramento: prefiero saber que soy un infeliz, un pobre hombre, que ser un pobre hombre, un infeliz, a oscuras, sin saberlo. Además, concluí, no saber ya es a veces una triste manera de saber. Por lo demás, no supe si el vigilante nocturno seguía siendo el mismo de la noche anterior (por si lo era, para distinguirlo del flaco samaritano, pensé en él no ya como el gordo, sino, para compensar la simetría de nombres y adjetivos, como el gordo guardián) y, en cualquier caso, no bajó en toda la noche al sótano, salvo que lo hiciera con tanto sigilo que no pudiera yo advertir en

ningún momento su presencia. Y lamenté que no vigilara mi comportamiento, mis reacciones de cautivo, porque yo estaba sobremanera inquieto y nervioso, como arrebatado por una convulsión febril en la que desgranaba inútilmente las sutilezas lógicas entre el saber y el no saber y entre la pena y la nada, no sólo prisionero del León, sino también de la agitación y los temblores de la angustia, efervescencias todas que, según la lógica del cine, habrían bastado y sobrado para proclamar mi inocencia, la inocencia del apesadumbrado Travel. En tal estado, hasta eché de menos que el gordo, el gordo guardián, o quienquiera que fuese el vigilante nocturno, entonara de vez en cuando con voz hueca la bendita murga de Benito.

## 17

Cuando empezó su nuevo turno de vigilancia, el flaco samaritano bajó hasta el sótano con un café solo en vaso de plástico (sin azúcar) y un paquetito estándar de galletas. El desayuno, Travel, dijo. Yo volví a la carga. Le pedí, le rogué, le supliqué que buscara el modo de convencer al León para que detuviera o, al menos, interrogara al tipo de la camioneta, pero fue en vano. León sabe mejor que nadie lo que tiene que hacer, dijo. No estaba yo tan seguro de las habilidades del León, pero a cada instante veía con más claridad que mi suerte estaba en sus manos o, en el peor de los casos, a juzgar por el modo como tenía sometido con su autoridad al buen samaritano, en sus garras. Lúcido y vivaz por la amargura del café, pero también vencido por las circunstancias, pensaba pensar en ello cuando me quedara solo, entregarme al funesto desconsuelo de las conjeturas, atormentarme con la previsión de grandes males para que cuando llegaran no parecieran ni tan grandes ni tan males. Pretendía, como suele decirse, ponerme en lo peor, curarme en salud, poner la venda antes de la herida, etcétera. No pude, sin embargo. Poco después de que el flaco samaritano abandonara el calabozo volvió a concentrarse la turbamulta en torno a la alcantarilla, desagüe o sumidero, y a

entonar su infame, iracundo cántico: cabrón asesino, cabrón asesino. Me pareció que había aumentado el número de protestantes, por lo que sospeché que se había corrido la voz de mi detención y que, para que se congregara tanta gente furiosa, la acusación no podía ser cosa pequeña. Un robaperas, me dije, puede provocar el desprecio, pero no la indignación ni la cólera popular. La gente mira incluso con cierta simpatía al ladronzuelo, tiende a ser comprensiva con los procedimientos del pícaro, aplaude que se coman las uvas de tres en tres, y, en cualquier caso, a un merodeador de huertos no le incluyen en la categoría del cabrón, menos aún en la de asesino. Algo grave, por tanto, había hecho alguien (no yo), algo mucho más allá de invadir la propiedad privada, algo verdaderamente trágico, si como resultado una multitud creciente se amontonaba en la alcantarilla de mi prisión para emitir con tanta furia como euforia y con tanta unanimidad como desarmonía el terrible veredicto. Y como el día anterior, cuando se agotaron las gargantas, o al unísono, al mismo tiempo, quiero decir, volvieron a arrojar por el desagüe toda la inmundicia que encontraron alrededor, cáscaras, mondaduras, fruta podrida, tomates pochos, desechos hortelanos que me hicieron creer que estaba equivocado, que sí era día de mercado y que era tal vez esa circunstancia la que había contribuido al incremento de la multitud o, en caso contrario, si no era ni había sido día de mercado, que la infame turba venía cargada de armamento podrido desde los contenedores o los basureros, lo que indicaría que la organización había triunfado sobre la espontaneidad, más aún cuando cayeron igualmente colillas, rebujos de papel e incluso trapos rociados de gasolina ardiendo que, aunque no suponían peligro, me llevaron a admirar mis dotes en el arte de la kinemancia. Dos palabras bastarían para ilustrar el esperpento: la chusma y las cloacas. Por mi parte, me limité a ir apagando el simulacro de fuego a pisotones, a barrer con un pie la porquería y a amontonarla en un rincón, y he de decir que llegué a desear que siguiera el bombardeo (lento y leve, porque la estrechez del ventanuco no permitía un bombardeo masivo ni indiscriminado: yo imaginaba a los artilleros esperando turno proyectil en mano para dejar constancia verdural de su indignación y su repudio) para entretener el tiempo y desviar la tristeza con la recogida de basura y los ingredientes del peligro. A veces la más insignificante menudencia proporciona un alivio sedimentario.

Como, por ejemplo, esmerarse en la catalogación de la inmundicia. A ello me dediqué a conciencia cuando la turbamulta levantó el asedio del desagüe. Esparcí por el suelo toda la porquería amontonada en el rincón y empecé a clasificar con riguroso método científico los desechos de la materia y a trazar sobre la suciedad geológica del calabozo una suerte de hortelanía de la podredumbre. A un lado alineé los tomates, a otro las cáscaras cucurbitáceas, a otro las mitades pisoteadas de albaricoques, a otro tres cabezas de pescado, a otro los papeles, a otro las colillas, etcétera. Construí, pues, un paisaje desolado, una tristísima alegoría, y al contemplar desde el camastro tan singular orografía, el áspero relieve a que había dado lugar la indignación de la multitud primero y la tristeza incombustible del prisionero después, no pude por menos que considerarlo una proyección desdichada de mi espíritu. Intenté darle al momento una tonalidad especial, autónoma. Cuando me paro a contemplar mi estado, dije. Busqué por los entresijos de la memoria la continuación, pero no di con ella, pues no soy dado a rimas ni a conjuros de retórica, como decía un profesor que tuve, a rimes y ridetes. El espíritu está pronto, pero la mente es flaca y la lírica es esquiva. La vida sólo es soportable, decía, porque es combinación de comedia y drama: malo es que haya sólo drama y peor aún que sólo haya comedia (y yo diría que subrayaba con sorna la palabra *comedia*). Así que me limité a contemplar mi estado, los despojos de mi estado, sobre la maqueta aciaga que extendía a mis pies el anticipo de mi perdición. Todo esto será tuyo si postrado me adorares, dije abarcando con la mano tanto residuo de abastos. Al cabo de mucho rato, cuando la propia compasión me había llevado hasta tales abismos de abatimiento que ya no podía inspirarme más lástima (había hablado en voz alta dos o tres veces, me estoy volviendo loco, dije), se me ocurrió recoger del suelo una bola de papel, de forma mecánica, sin mayor interés, por entretener las manos en alguna tarea, la bola más grande, arrugada, estrujada, y la fui abriendo y alisando. Era una hoja rota, arrancada de forma abrupta de un periódico, y contenía, según supuse, el anuncio de una urbanización, una sucesión idílica de chalés sobre una alfombra ultraverde. Una maqueta,

pensé. Y, aunque la hoja estaba rasgada y se adivinaba más que se veía, no dejé de advertir la analogía de aquel proyecto de albañilería secundaria con la maqueta de desperdicios que yo había construido en la penumbra del calabozo. Aquí la pena y la nada juntamente, pensé, la verdulería putrefacta del mercado, y allí el engañoso verdor del paraíso, la libertad bucólica de la periferia. La vida es injusta. Pero pronto supe que el destino es más injusto e inhumano, más inmisericorde, porque, cuando inadvertidamente di la vuelta a la hoja, cayó sobre mí la maldición más negra. El reverso de la urbanización contenía el fragmento de un titular, apenas tres palabras demediadas hiriendo mis ojos con la desmesura de su letra: LA JOVEN DESA. Intenté leer alguno de los párrafos indemnes, aunque rotos, de la noticia, pero el cuerpo de letra era demasiado pequeño para la mínima luz del sótano y la turbiedad de mis ojos. Me puse de pie sobre el camastro, por ver si en la cercanía del ventanuco se me permitía leer, pero también fue en vano. Revolví entonces el resto de papeles en busca de más hojas de periódico, desarrugué las bolas, alisé los borujos, pero no encontré más información. Así que tuve que contentarme con divagaciones absurdamente lógicas en torno al titular, deducir de LA JOVEN DESA el principio y el final, un principio y un final sin duda graves y amenazadores, sin noticias sobre la joven desaparecida, sigue la búsqueda de la joven desaparecida, encontrada la joven desaparecida, hallado el cuerpo sin vida de la joven desaparecida, detenido el presunto asesino de la joven desaparecida, etcétera. Una terrible luz empezaba a iluminar de manera siniestra el caso, a ilustrar mi desventura. Había desaparecido una joven y se me culpaba de la desaparición. Eso era todo: drama y drama. O también: cabrón y asesino. *El caso de la joven desa*, pensé evocando las novelas de Moyano. Ay mísero de mí, exclamé, que a tanto mal no sé por do he venido.



Al anochecer bajó el gordo guardián con un sopicaldo, un cuadrante de tortilla y un austero panecillo. El menú del condenado, pensé. Se quedó de pie en la puerta mirando mientras yo daba cuenta del banquete. No podía en aquel momento saber ni siquiera imaginar que empezaba la noche más larga de la historia: no diré que la peor, porque he tenido desde entonces otras noches aciagas, pero sí la más larga. El sopicaldo estaba tibio y la tortilla fría. Se ha eschangado el microondas, dijo. El pan era un mendrugo. No hay por qué esmerarse con los prisioneros. El gordo guardián, que más que gordo parecía un tipo henchido y satisfecho, un infeliz insensato, me dije, adoptó una pose chulesca y arrojó su mirada desviada, oblicua, sobre la basura amontonada en el suelo. Menudo entretenimiento, dijo al cabo de un rato con sonrisa maliciosa. Con dos torpes patadas deshizo tan laboriosa instalación y dejó el suelo del calabozo como un campo de batalla tras una fiesta estival de exaltación de la fruta y la hortaliza. Por mi parte, hubiera preferido insistir con el flaco samaritano, pero sabía de sobra qué respuesta me daría el flaco samaritano, tan obediente, tan disciplinado, así que decidí probar suerte con el gordo guardián y, bajo fórmulas lisonjeras y halagüeñas, puesto que me pareció vanidoso y engreído, le rogué con humildad servil que buscara e interrogara al conductor de la camioneta, que el conductor de la camioneta, sin duda, dije, sabía todo lo que había que saber sobre el caso y que él (el gordo guardián, se entiende) sabría aplicarle la sagacidad del oficio para hacerle confesar. No dejaba de mirar con sonrisa maliciosa mientras le hablaba y reaccionaba con ufanía al oír ciertas palabras: habilidad, sagacidad, experiencia, astucia, intuición, etcétera. Pese a mi voz lastimera y mi actitud suplicante, no conseguí obtener, sin embargo, una promesa ni un propósito. Tampoco me atreví a hablar de LA JOVEN DESA, ni siquiera para recabar información, por temor, por precaución, no fuera a ser que el mero hecho de saber que había desaparecido o que tal vez hubiera desaparecido una joven, por mucha coartada documental escrita que pudiera alegar al respecto, fuera ya una prueba infalible en mi contra. Temía que el gordo guardián me contestara de mala manera (cómo sabes tú que ha desaparecido nadie, no será que tú sabes dónde está la muchacha, etcétera), así que me limité a insistir en el conductor de la camioneta. La respuesta del gordo guardián en este caso no fue menos airada que la que yo había imaginado y, desde luego, bastante más

explosiva. Y quién te crees tú que eres para decirle a nadie lo que tiene que hacer, dijo. Por cortesía omito los adjetivos que cruzaron por mi mente. No me atreví a insistir, pero una vez que recogió la intendencia alimenticia y cuando se disponía a marcharse (concluí que no sólo era lento, también lerdo), se volvió hacia mí, dio otro par de patadas a los desperdicios y se echó a reír. Una carcajada gorda, pensé, obtusa, bucefálica, viéndolo estremecerse y agitarse. Qué jodido, Traves, dijo, incontenible, asfixiado en la comicidad de sus espasmos. Se lo diré a Noé, dijo. ¡El conductor de la camioneta! Se va a partir de risa. Y lo oí ir por el pasillo incapaz de contener su propia risa, desternillado entre convulsión y convulsión.

## 20

Y luego ocurrió algo verdaderamente singular. No de forma inmediata, sino en el siguiente turno de vigilancia, al cabo de dos o tres horas, tal vez a medianoche. Y lo que ocurrió fue que se presentó el flaco samaritano con un sopicaldo, un cuadrante de tortilla, un panecillo y una botella de agua mineral, pero ahora, eso sí, caliente el sopicaldo, tibia la tortilla y reciente el panecillo. Me extrañó, porque ya había cenado, pero lo atribuí a un fallo de sincronización (al fin y al cabo era el mismo menú que había traído el gordo guardián sin otra variación que la veleidad del microondas) y no dije nada. Antes al contrario, me alegré, porque el flaco samaritano me inspiraba más confianza que el gordo guardián, y así, mientras me veía comer, podía aprovechar para hacer alguna averiguación, sobre todo una gran averiguación, el asunto de LA JOVEN DESA. He oído gritos esta tarde, dije señalando la alcantarilla, como si hubiera habido un secuestro, o una desaparición, no sé, algo. También los oí ayer, añadí, pero no entendí bien. El flaco samaritano me miró sin responder. Creí ver en sus ojos un signo de compasión y le pregunté si mi detención tenía algo que ver con ese asunto. Durante un rato no contestó a mis preguntas, desviaba las respuestas, se

parapetaba tras la fiera severidad del León. Al parecer, Noé León prohibía que se informara a los acusados antes del interrogatorio. Y la razón era sencilla: para no contaminar las declaraciones, para que los acusados no pudieran alegar que conocían ciertos datos porque, movidos a compasión, el gordo guardián o el flaco samaritano se hubieran ido de la lengua en el calabozo. Y entonces, pregunté, por qué no se produce el interrogatorio. Porque, según Noé León, dijo, el prisionero tiene que madurar, como la fruta, y caer por su propio peso. Eso es una tortura, dije. No, replicó el flaco samaritano, era darle tiempo al prisionero para preparar su defensa, para repasar todo lo que hubiera hecho en los últimos días, o en los últimos meses, en todo el tiempo (que a veces es mucho, dijo) que hubiera pasado desde la comisión del delito hasta la detención. Parecía evidente que en mi caso ese tiempo era poco, al fin y al cabo yo no era de Murania, ni de ninguno de los pueblos de la región, pero a veces se solucionaban casos ocurridos años atrás, y entonces era conveniente que el prisionero tuviera tiempo para reflexionar, para componer bien su defensa si era inocente, para no carecer de ninguna de las garantías que todo proceso judicial requiere si era culpable. Oyéndolo hablar, pensé que no era un simple vigilante, que en su conversación había algo más que un temario de oposiciones, unas necesidades laborales o una dinastía familiar, pero preferí no preguntar sobre sus motivos ni sus conocimientos. También podía ocurrir que le gustara el cine judicial y se hubiera curtido en los grandes juicios del cine norteamericano. Sin embargo, aprovechando el montón de desperdicios que alfombraba el suelo del calabozo, sí llevé la conversación hacia la multitud de la alcantarilla y, ya no tan de pasada, sino abiertamente, al caso de la joven desaparecida. Gritaban cabrón asesino, le dije. Qué significaba todo aquello, qué se sabía de cierto sobre el caso. Pregunté si había muerto la joven, si había aparecido el cadáver, si de algo era yo sospechoso, de secuestro, de violación, de homicidio, de asesinato, si me esperaba acaso un porvenir penitenciario de años y años, de cadena perpetua, sin más fatalidad que haber coincidido mi excursión, mi triste travel, con el desventurado caso de la joven desaparecida. Tranquilo, Travel, tranquilo, dijo el buen flaco samaritano antes de llevarse el cuenco del sopicaldo, el plato de la tortilla, los cubiertos, tranquilo, repitió. Inquieto, perplejo, desazonado, pregunté por qué me habían traído dos veces

la cena, si acaso se trataba de un rito, como la última cena de los condenados, la sobrealimentación previa al ajusticiamiento. Tranquilo, Travel, tranquilo, repitió.

## 21

Pero lo verdaderamente singular no fue la exhortación del flaco samaritano, ni la risa anterior del gordo guardián, ni siquiera las dos cenas gemelas (o mellizas), sino lo que ocurrió más tarde, en la alta madrugada. Pese a la agitación que me produjo el tranquilo, Travel, tranquilo, del flaco samaritano, pese a la idea obsesiva de verme condenado a treinta años y un día de cárcel por algo que no había hecho, algo que a todas luces debía recaer sobre los hombros y la biografía del conductor de la camioneta, lo cierto es que quizás por el cansancio, o por la misma saturación de la desdicha, o por la calidez del sopicaldo, sazonado acaso con algún ingrediente sedante a tal efecto, a alguna hora tardía me quedé dormido o, como poco, sumido en ese trance hipnótico en que no se sabe distinguir la vigilia del sueño ni la pesadilla de la verdad, tan inextricablemente se entrecruzan los hilos de ambas orillas, el plácido sopor del Hades. Por eso, cuando sentí que me zarandeaban, pensé que había llegado el último trance y que me conducían ya a la silla eléctrica o al garrote vil, a la guillotina o a la horca, frente al pelotón de fusilamiento (a la vista está que soy muy impresionable). En mi desvarío había evocado una película sobre un verdugo y una ejecución en el garrote vil y me había hecho el propósito de caminar con valentía hacia el patíbulo, sin desfallecer. Pero, si en el momento en que me zarandearon me hubieran hecho atravesar patios y corredores hacia el destino final, me habría desvanecido, tendrían que haberme llevado a rastras hasta la silla o el garrote. Ni en sueños está uno preparado para la muerte. Tardé, pues, un rato en volver en mí, saberme en el camastro y distinguir el rostro sonriente y apacible que me miraba y la voz suave que me hablaba. Vamos, Travel,

decía, vamos. Era el flaco samaritano. Vamos, Travel, dijo otra vez. Lo miré sin comprender. Vamos, insistió, no perdamos tiempo. Me levanté del camastro y me dispuse a seguirlo, no sabía adónde ni por qué. Atravesamos corredores, atravesamos patios (deprisa, Travel, decía cada tres pasos el buen flaco samaritano, deprisa, deprisa), pero los corredores y los patios no conducían al patíbulo ni al garrote vil, sino a la calle. Salimos, por tanto, a la noche de Murania, una noche serena y estival, innegablemente hermosa. Rodeamos el edificio, siempre uno junto a otro, la mano derecha del flaco samaritano en el codo de mi brazo izquierdo, guiando más que sujetando, lo que me llevó a preguntarme qué ocurriría si echaba a correr de pronto, si intentaba escapar. Algún movimiento brusco debió de acompañar mi pensamiento, alguna contracción del brazo, porque el flaco samaritano aumentó la presión. Ni se te ocurra, pensé que diría, pero no dijo nada, sólo el elocuente aumento de presión en el codo. Tu alcantarilla, dijo, en cambio, apuntando al suelo. Y ahí fue donde pude reconstruir, a pie de sumidero, la ubicación del escenario, sus dimensiones y sus atributos: una calle estrecha y una rendija de apenas diez por cuarenta centímetros a ras de suelo. Allí el espacio de la turbamulta, allí la coreografía del cabrón asesino, allí la contumaz verdulería. Pero el flaco samaritano no me dio tiempo a más contemplaciones. Llegamos a una suerte desierta de plazuela que, a juzgar por los tres coches aparcados en batería que pude distinguir en un extremo (dos coches patrulla, con sirena y franja policial, y una camioneta como la que me recogió en la venta), era sin duda lugar reservado al parque móvil municipal. Abrió el flaco samaritano la puerta de un coche patrulla. Sube, dijo, al tiempo que me daba una palmada en el hombro. Ocupé el puesto del copiloto y tal vez por el movimiento brusco anterior, por deformación profesional, por miedo a que saltara del coche en marcha, me esposó, ¡qué curiosa duplicación!, a la manilla de la puerta. El flaco samaritano se puso al volante, arrancó, avanzó con precisión profesional por el laberinto de callejas que yo había explorado un mes atrás, pasamos la muralla, bajamos por una calle larga en cuesta, atravesamos un puente (pude ver desde la ventanilla la superficie tranquila y sombría del agua, los reflejos de la noche en la lenta y quieta oscuridad del río como una amenaza) y dejamos atrás la ciudad. Vamos, Travel, dijo el flaco samaritano entonces.

La palmada en el hombro me produjo un escalofrío más profundo que la presión en el brazo y más poderoso que las esposas. Tal vez fuera un gesto amistoso, pero, llevado por el temor de la alcantarilla y por el enigma de LA JOVEN DESA, no pude dejar de evocar una escena de cine: la palma de la mano de un mendigo marcando una huella de tiza en la espalda del villano. Sentí que el gesto me declaraba culpable, que descargaba sobre mis hombros una huella imborrable, la huella del crimen y del reconocimiento, la huella de la condena, que todo el mundo vería en mi espalda la inicial de la infamia. Con tanta viveza se me representó la sentencia que, aunque recordaba la trama de la película de modo confuso (globos sigilosos ascendiendo sobre los árboles, hordas de pordioseros saliendo de las alcantarillas, la mirada desequilibrada del psicópata), no sólo recuperé sin ninguna dificultad, como si estuviera aguardando en el fondo de mi memoria musical (lo que añade además un matiz inquietante, pues se trata de una mala memoria, torpe, exigua y destemplada), sino que se me impuso incluso con cansina insistencia la melodía del rey de la montaña y que la silbé sin recato y con temor una y otra vez, obstinada e infatigablemente. Creo que llegué a asociar la noción mental de la joven desa con el motivo musical de la película como si fueran la forma y el fondo, o el sonido y la imagen, de una sola obsesión. Sólo así se entiende que cada vez que mi imaginación desplegaba como una pancarta, o como la cola de un cometa, la leyenda de LA JOVEN DESA, o como si la proyectara sobre una pantalla y se deslizaran las palabras de derecha a izquierda ante mis ojos, entonces, de manera inconsciente, como un acto reflejo, empezaba a silbar. Aunque de modo paradójico, fue la banda sonora de aquellos días de julio. No soporto desde entonces palmadas en la espalda, no ya sólo por su arrogancia, sino sobre todo por su veredicto: las evito con quiebros y desplantes cuando estoy prevenido y, si me caen por sorpresa (que ocurre a veces), las recibo como un estigma, como una maldición.

El coche patrulla avanzó por una carretera que yo conocía, porque la había recorrido no hacía tanto tiempo a pie. Aunque a veces trazaba curvas y salvaba obstáculos, relieves, caprichos orográficos, discurría paralela al río, en las primeras honduras del valle del Jayón. Que estuviéramos en mitad de la noche, en la alta madrugada, no impedía que, lejos del resplandor de la ciudad, los ojos vieran o adivinaran los recovecos del camino y las insinuaciones del paisaje, un paisaje mucho menos ameno ahora que cuando lo recorrí días atrás complacido en la libertad andariega de la excursión y convencido de que emprendía una tarea dichosa y memorable, como dije antes, libre, alegre y pedregal. El flaco samaritano conducía en silencio y yo, indeciso entre el temor y la esperanza, creía advertir figuras siniestras en cada sombra, en cada árbol, en cada roca. El viaje, sin embargo, la primera parte del viaje una vez pasado el puente, no duró mucho: siete u ocho kilómetros, diez quizás. Pero, al cabo de ese trayecto paralelo al río, el coche abandonó la carretera y se metió por caminos de tierra con curvas de herradura (o viceversa), arduas veredas cercadas por matorrales que golpeaban el parabrisas y arañaban con saña y desesperación la carrocería. Adónde vamos, pregunté. Creo que temblaba. Intentaba buscar un sentido a la última cena. El flaco samaritano (que tal vez, pensé, no fuera tan bueno ni tan samaritano como yo me había empeñado en creer) no respondió enseguida y, cuando lo hizo, no fue propiamente una respuesta. Tranquilo, Travel, tranquilo, dijo. Y ya se sabe que toda exhortación a la tranquilidad si no es baldía es una invitación a la inquietud. De pronto, sin embargo, tuve la sensación de que volvíamos hacia atrás, de que regresábamos a la ciudad, la intuición de un vicio circular macabro y pavoroso. Por entre la noche y la espesura distinguí de nuevo el resplandor de las luces, la difusa y espesa aureola que cubre las ciudades en lontananza. A veces, al tomar el coche algunas curvas favorables, asomaban con claridad las crestas iluminadas de Murania: las murallas, la catedral, las altas torres. Supe, pues, que habíamos dado un rodeo largo. Evoqué la palabra *paseo*, temí su reinvención. Por qué, me preguntaba, para qué, qué adversidad tramaban contra mí, a qué infausto destino me sometían.

Importuné entonces de nuevo al flaco samaritano con mi miedo y mi impaciencia y así vine a saber que se trataba de una maniobra de distracción, que sólo pretendían protegerme, alejarme de las iras de la alcantarilla, esconderme en un lugar secreto. Sea, me dije. A fin de cuentas, tras mucho ir y venir, tras recorrer al derecho y al revés todos los caminos oscuros de la sierra, el coche patrulla se detuvo. Vamos, Travel, dijo el flaco samaritano. Bajamos. Caminamos un trecho entre matorrales, sin camino ni vereda que condujera a parte alguna. Enseguida advertí que avanzábamos a ciegas, no sólo yo, también el flaco samaritano, que no parecía tenerlas todas consigo. De pronto, al fondo del foco ambiguo de los faros del coche (había dejado la luz larga alumbrando el abismo), vimos moverse una figura, agitar los brazos con parsimonia fantasmal. Me temí lo peor: el padre de la joven desaparecida, o un hermano, un sicario tal vez. Me entregan a la turba, pensé. Nos dirigimos entonces hacia la figura fantasmal, que, al vernos avanzar, se apartó de la luz. He dado un rodeo, dijo el flaco samaritano. Para despistar, añadió, una aclaración, pensé, cargada de presagios. Entonces habló desde la oscuridad la figura fantasmal. Ya era hora, coño, dijo la voz. Y la reconocí, reconocí la voz. Era el gordo guardián. Y estaba impaciente. Caminamos: el gordo guardián delante, yo en medio y el flaco samaritano a mi espalda. Penosamente, al cabo de no sé qué distancia, tras una sinuosa trocha a la derecha, llegamos a una suerte de nave o barracón o secadero. Hundido en un hoyo, al abrigo de una roca, agazapado, y, según supe después, de espaldas a la ciudad, se diría que lo habían construido con el propósito de que pasara inadvertido, de que no pudiera apreciarse su existencia desde ningún punto, ni remoto ni vecino. Contribuían al camuflaje el techo y las paredes, el negro apagado de la pizarra y el ocre de la tierra y el granito. Nunca tuve ocasión de comprobarlo, pero juraría que el barracón no era visible desde ningún punto de la sierra y que sólo quien se aventurara por el sendero que habíamos recorrido nosotros podría tal vez dar con él (y digo tal vez porque la entrada a la trocha que se desviaba del sendero no era invisible, pero sí incierta, ambigua, sólo franca para quien conociera el sitio de antemano). Por otra parte, tampoco el sendero era sendero, sino un simulacro de ramificación y de desbroce, una trampa ante la entrada forajida. Podría decirse además que la nave o barracón o secadero hasta tenía una suerte de porche, o pórtico, de



cuatro o cinco metros arrancado a la espesura, protegido por cambrones y batido por el hábito, al que se accedía por una suerte de seto salvaje. En mi corazón yo lo llamé foso, como la protección que rodeaba a los castillos medievales, y sólo más adelante decidí llamarlo foso del león. Entramos, pues, en dicho foso y el gordo guardián y el flaco samaritano se miraron indecisos. Ábrete, sésamo, dijo el flaco samaritano. Se quedaron ambos un momento inmóviles, como esperando. Pero el gordo guardián se impacientó enseguida. Abre de una vez, dijo. Abre tú, replicó el flaco samaritano. Pareces tonto, dijo el gordo guardián. Empezaron a discutir. Pensé que era por el insulto, pero al final comprendí que era por las llaves, porque ninguno de los dos había tenido la precaución de coger las llaves de la caseta o la cabaña o lo que fuera aquella madriguera y se culpaban mutuamente del olvido. En algo coincidieron finalmente: en que no se enterara Noé León de tan absurdo despropósito. Y decidieron buscar una solución.

## 24

Vemos las montañas desde lejos, aprendemos su perfil, memorizamos la línea quebrada de su orografía. Ese simple ejercicio nos basta para identificarlas luego en las fotografías o en el cine, en las guías de viaje, en los documentales de televisión, tanto da que pensemos en las montañas universales, en la fisonomía de los volcanes, en picos señeros, como en los hitos de tierra de murgaños, Los Huranes, la Sierra de Múrida, la Cuerda del Serbo, El Garabero o Los Angores. Pero en realidad la silueta de una montaña es apenas apariencia. La verdad verdadera, la sustancia de la montaña, está en el interior, en la hondura de sus profundidades. No cabe confundir la mirada del paseante con, por ejemplo, el conocimiento del cazador. El cazador conoce las madrigueras, las hondonadas, los regajos, los vericuetos, la espesura. El cazador desmenuza las entrañas de la sierra. El paseante, en cambio, ni siquiera conoce, tan sólo identifica. El paseante sólo

aspira al deleite retórico. El cazador, en cambio, pertenece a la sierra, es un signo interior. Digo esto porque, con respecto a la sierra a la que me habían llevado, yo era sólo un pobre paseante: apenas tenía de ella una noción lineal, fotográfica. Había leído su descripción en las páginas impresionistas del *Travel of Murania*, la había visto desde la ciudad o desde el trayecto último en la camioneta, incluso la había atravesado a pie, andando, sí, pero sin pausa ni experiencia. Y ahora, sin embargo, estaba hundido en el fondo de sus entrañas, en la oscuridad de un foso, junto a un mísero caserón vagamente insepulto. Durante largo rato estuve solo. Y estar solo, de noche, en la sierra, más aún si no es por propia voluntad y es una sierra ajena, no proporciona ninguna sensación de placidez ni bienestar, antes al contrario. Lo diré: tenía miedo. El gordo guardián y el flaco samaritano se habían alejado discutiendo la culpa. Oía sus voces mientras se alejaban. Supuse que se dirigían al coche para tomar alguna decisión. También temí que estuvieran discutiendo cómo proceder conmigo. Tal vez se trate de un secuestro torpemente planeado, me dije, y no de protección. Tal vez me dejaran abandonado a mi suerte. Tal vez me estuvieran brindando la ocasión de huir. Tal vez, tal vez. La mente enfebrecida no dejaba de imaginar y de temer talves. Y en esa incertidumbre, barajando el secuestro, el abandono y la huida, el menor ruido, el más leve movimiento de la sombra o la misma sombra inmóvil resultaban estremecedores. Es curioso el espanto que producen desde la oscuridad las siluetas difusas. Las dificultades de la luz impiden delimitar los contornos de los árboles, de las rocas, los ringorrangos de la maleza, y esa indefinición de la materia (que nos afecta en grado sumo y se manifiesta en la imposibilidad de dar nombres a las sombras: un olivo, una roca, un matorral) la convierte en fantasma: la ausencia de nombres crea monstruos. La noche es miope. Por eso amedrenta. Luego cesaron las voces de los vigilantes y reinó el silencio. A veces me llegaba como un eco de la discusión, pero no puedo decir que oyera otra cosa que mi desasosiego. Quizás hablaran en voz baja, los dos junto al coche patrulla susurrando, porque la noche impone unos límites que casi nadie se atreve a traspasar y romper el silencio con insolencia parece atentar contra la armonía natural. Quizás, también, no estuvieran hablando, sino vigilantes, a la espera de que yo iniciara el movimiento que delatará mis culpas y les permitiera actuar contra mí. Quizás se hubieran alejado todavía

más (aunque no con el coche patrulla: no había oído arrancar el motor) y hubieran decidido no volver. Poco importaba. Sobre todas las cosas prevalecía una soberana: el miedo que sentía.

## 25

La incertidumbre, sin embargo, *su* incertidumbre, se prolongó durante bastante rato, al cabo del cual oí el motor del coche: al encenderse, al arrancar, al ir alejándose. Entonces regresó el gordo guardián (oí también el ruido de sus pasos en la vegetación mientras se acercaba) y se sentó bajo el enmarañado arco vegetal de zarzas y aligustre. Estuvimos los dos en silencio sintiendo apenas cómo avanzaba imperceptible la madrugada, sin variaciones de luces ni de sombras. Nada sucedía. Se instaló en la sombra una especie de sosiego, de equilibrio, de foto fija, como si quedara garantizado que, de momento, nada iba a suceder. Poco a poco, sin embargo, vencido por el sueño, el gordo guardián se medio tumbó, mancornado, bajo el arco, obstruyendo la entrada (o la salida) del foso, las tenebrosas fauces (se diría) de la nave, no sé si pensando que pudiera yo intentar escapar y, por ello, adelantándose a todo intento o posibilidad de fuga o, tal vez, para respirar mejor y no ahogarse en la opresiva oquedad de tan angosto y natural recinto. Hubo un momento, incluso, en que, a juzgar por la energía ferroviaria de la respiración, debió de quedarse dormido. Después no cupo ya ninguna duda: roncaba con desesperación locomotora. Por mi parte, aproveché el saliente de una roca a ras de suelo para sentarme en posición reflexiva, buscar en vano el nirvana a través de la meditación y procurar mantener cierta despierta dignidad en la postura, cierta vigilancia ante el temor de lo imprevisto. No mentiré si digo que eché de menos la protección del calabozo: cautivo, pero seguro, sin más inconvenientes, dada la situación, que el sitio, la intendencia y la amenaza verbal y verdural de la alcantarilla. Seguía temiendo lo peor y dudando no ya de las intenciones del gordo guardián, que nunca me había

inspirado confianza, sino de las del flaco samaritano. Pensé que me había engañado desde el principio, que su amabilidad era un señuelo, que había pretendido y conseguido conquistarme con bocadillos y sopicaldos y tortilla, que su tranquilo, Travel, tranquilo, no era sino ironía o paradoja, un recurso fácil de la hipocresía, que el gordo guardián y el flaco samaritano eran en realidad el bueno y el malo, y viceversa. Temí que todo fuera idea del flaco samaritano, la huida del calabozo, la inmersión en la sima de la sierra, la búsqueda de un hoyo recóndito. Temí (en vano lucha la razón contra el temor) que me hubiera sacado del calabozo y que hubiera dado tantos rodeos hasta el caserón para que nadie pudiera dar testimonio de su maldad, a saber, pensé, entregarme a algún representante de la turbamulta, tal vez algún familiar, novio o amigo de LA JOVEN DESA (a estas alturas ya había amontonado yo toda una trama truculenta sobre el enigma titular), para someterme a un interrogatorio severo y sin contemplaciones (patadas, puñetazos, cigarros encendidos apagados en mis carnes, sádicos tormentos genitales, todas las torturas occidentales y orientales), en el mejor de los casos, y, puesto en lo peor, para tomarse la justicia por su mano, acabar conmigo de una vez y hacer de aquel foso mi tumba, mi sepultura. Pensé todo esto largamente, durante el tiempo que tardaron los ojos en acostumbrarse a la oscuridad dentro de la oscuridad, o el tiempo que tardaba la oscuridad exterior en invadir la oscuridad interior, la ceguera guiando a la ceguera, y mecido por el convulso sueño del gordo, los espasmos de su corpulencia, el profundo estruendo de sus ronquidos. De modo que, guiado por no sé qué repentino ímpetu, me desentumecí con unos cuantos movimientos atléticos para probar la hondura o la fragilidad del sueño, sorteé el cuerpo del gordo guardián atrancado en la entrada del foso, crucé bajo el arco del seto salvaje y salí al sendero, a la vereda matorral tras la que se escondía el caserón. Huyó, me dije.

Deshice el camino a oscuras entre la maleza en la creencia de que regresaba hacia el punto en que habíamos bajado del coche, pero pronto supe que andaba equivocado. En algún recodo elegí una ruta errónea y seguí a ciegas. Subí un trecho áspero, vertical, dificultoso. Durante mucho rato me moví a rastras entre rocas y matorrales, con máximo sigilo, por si se hubiera despertado el gordo guardián y se le hubiera ocurrido emprender la persecución (si así fuera, me dije, compensaría la escasa agilidad con el conocimiento del terreno, por eso debía alejarme más y más del foso y esperar que el flaco samaritano tardara en volver con las dichas llaves), hasta que salí al fin, derrotado y malherido, a un claro siniestro y acechante. Creo que aquella noche llegué a entender lo que ha de sentir confusamente un animal perseguido por cazadores. No iba herido yo por disparo alguno y, sin embargo, me compadecí como si me hubiera convertido en un pobre animalillo asediado, confuso e impotente. Por eso me tumbé en aquel claro de la sierra. Rendido por la fatiga y dispuesto a claudicar, decidí abandonarme a la suerte. El mismo cansancio me ayudaría a dormir, pensé. De pronto, sin embargo, ocurrió algo que atrajo toda mi atención y que hasta me hizo revivir. De algún sitio, desde el fondo de la noche, surgió una armoniosa voz entonando con profundo desconsuelo y honda melancolía una hermosa canción de amor. En la maleza se escondía un espíritu atormentado, un corazón entregado al dolorido sentir de los poetas, reo de penas de amor incompatibles, repartido entre el propio amor a la persona amada y el deseo de lo mejor para esa persona amada más allá del egoísmo y la felicidad del reo. Como nunca había tenido yo experiencias sentimentales de tales características (ni las he tenido después, en gran parte por culpa precisamente de aquel infausto episodio, que anuló para siempre mi sentimentalidad y me redujo a una especie de autismo impenitente) no puedo expresar con exactitud la conmoción que produjo en mí aquella voz ni la sensación de sosiego y de tristeza que me embargó, como si, frente a las penas de quien así cantaba, mi situación fuera apenas una estancia placentera en la placidez del paraíso. Decía la voz:

Quiero yo que estés conmigo,  
no porque lo quiera yo,  
quiero que lo quieras tú,

que lo queramos los dos,  
pero, si no quieres tú,  
no quiero quererlo yo  
y, si quieres a otro, quiero  
que te quiera como yo.

Era tanta la dulzura, tal el sentimiento de las palabras, tan ingeniosos y afinados los retruécanos, que me sentí en las remotas entrañas de Sierra Morena, olvidé mi propia pesadilla y mi propia angustia se convirtió en compasión y simpatía por aquel pobre corazón enamorado y generoso y penitente. La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó en mí tanta admiración y contento, que deseé vivamente que continuara, pero el canto se acabó con un profundo suspiro y al cabo de un rato la música se disolvió en sollozos. Esperé con emoción la repetición del prodigio mientras imaginaba que el pobre enamorado no había podido soportar su pena y se había echado a la noche y a la espesura para desahogar sus tribulaciones. Pero mi imaginación es poco provechosa, así que viendo que el silencio se prolongaba y que, aunque entrecortados, arreciaban los sollozos, quise saber quién era el triste, tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos. Fue en vano. Me levanté con la intención de buscar al cantor, dispuesto a orientarme siguiendo el lamento de la melodía, pero cesó la voz, cesaron los sollozos, y el silencio de la noche cayó sobre mí tal vez con más pesadumbre que sobre el pobre enamorado de la romanza.

Puesto en pie y reconfortado por la tristeza de la canción, decidí seguir huyendo. Seguí subiendo ásperos vericuetos verticales. Me moví de nuevo entre breñas y berruecos y no puedo saber cómo, salvo por los designios del azar, me encontré frente a una tenebrosa oquedad. Aun en la oscuridad pude distinguir que se trataba de una cueva. Dudé. Podría ser un buen escondite, pero también podría ser el peor escondite, bien porque fuera sobradamente

conocido, bien porque fuera madriguera de alimañas. Esto último era poco probable, pero, con miedo, la imaginación no tiene límites. Me decidí finalmente. La entrada era baja y estrecha, angosta y latebrosa, según el traductor de *Viaje de Murania*. Tuve que agacharme para entrar en un espacio más negro que, como suele decirse, boca de lobo: lóbrego, húmedo, mohoso. Voy de calabozo en calabozo, me dije. Y apenas entré sentí una presencia, un aliento tal vez, un olor, una respiración. Por si acaso, decidí no sobrepasar la entrada más allá de la línea de sombra, o sea, que me senté, apoyé la espalda en la roca y aguanté. Me contuve durante unos minutos y seguí percibiendo la presencia. Tal vez se tratara de algún animal que allí tuviera su guarida, algún mamífero inofensivo, un perro cimarrón (evité a conciencia zoologías carniceras). Tal vez fuera el jadeo del cantor, pensé, la persona elegida por los hados para la venganza, que habría pretendido atraerme con la estrategia de las sirenas, que me perseguía en la subida y cuya respiración amenazante se repetía en eco entre las galerías de la naturaleza. Durante mucho rato tuve la sensación de que había alguien en la cueva y de que ese alguien (fuera o no fuera el cantor enamorado) buscaba venganza. No podéis imaginar lo larga que es la madrugada. Siempre son las tres, las cuatro, y otra vez las tres, las cuatro. Más tarde, pese a todo, me calmé y pude sentir cómo avanzaban los minutos, imperceptibles y en silencio, sin variaciones de luces ni de sombras. Nada sucedía. Tampoco fuera de la cueva sucedía nada. Parecían surgir de todas partes los ruidos de la noche, su monótono son, la diminuta fauna subterránea de la sierra. Y todo lo invadía la quietud inacabable de la sombra. Hay una hora de la madrugada en que todo es lento insomnio, apagada espera, naturaleza inmóvil. Sólo mi imaginación trazaba con ansiedad episodios crueles, golpes, acero, sangre, crimen. Hasta que de pronto se empieza a adivinar la claridad, la sombra empieza a diluirse y la cercanía del día restablece, a pesar de la tensión y la vigilia, el ritmo de la sangre y el hombre inocente se dispone a vivir, esperar, sobrevivir. Fue el anticipo de la aurora lo que me sacó del pausado letargo del miedo y la vigilia. También influyó el relente. Tenía frío. Y fue entonces, al prosperar la primera claridad, cuando pude apreciar las dimensiones del antro y arrastrarme, si bien tímidamente, por precaución, por sus secretas y angostas galerías. Aunque de oídas (de leídas, mejor), reconocí entonces el sitio, supe dónde estaba. Always

apenas le dedica en *Travel of Murania* un par de páginas a la cueva, pero bastaron para mi comprensión. Eché de menos el libro entonces, los dos ejemplares y sus reproducciones (los dibujos de Alway, las ilustraciones de la traducción castellana), y me entretuve evocando el contenido con memoria fotográfica. Me encontraba en el refugio de un singular bandolero decimonónico, un afamado personaje que sembró el pánico en valles y encrucijadas entre viajeros y caminantes y que recabó luego el aplauso popular ante la eficacia y la reiteración con que aplicaba los viejos procedimientos de asalto húrdales a las desconcertadas tropas napoleónicas. Alcanzó, pues, la gloria local de un pirata en tierra y su fama permaneció durante años en la memoria popular, en romances de ciego y en pasos de rueda, si bien, según Alway, ya en los tiempos de la excursión y el *Travel of Murania* (en los primeros años treinta, cuando la república) era un nombre olvidado, tal vez, añade, porque una cosa es el orden de los acontecimientos y otra el orden o el desorden de la fama, esto es, si el sujeto fue primero bandolero y luego guerrillero o más bien al revés, primero guerrillero y luego, acabada la efervescencia bélica y la gloria militar, no le quedó otro remedio que sobrevivir con sus batidas camineras. Me distraje fantaseando sobre la figura del bandolero y sobre sus hazañas, que seguramente, salvo los añadidos legendarios, se habrían desarrollado en algunos de los sitios por donde había transcurrido mi excursión. Y en algún momento de la evocación me debí de quedar dormido. Lo sé porque soñé. Soñé con alimañas sanguinarias, soñé con el cantor enamorado, soñé con el gordo guardián y con el flaco samaritano, soñé con el conductor de la camioneta, soñé con el psicópata silbante. Yo huía y todos me perseguían. Sólo el bandolero me auxiliaba, me escondía en la oscuridad de guaridas secretas, en la oquedad de madrigueras guturales. Todo ello, no obstante, fue también inútil. Cuando desperté, el flaco samaritano me miraba sonriendo. Buenos días, Travel, dijo.



Caminamos entre la maleza a trompicones. A ratos avanzábamos por un sendero estrecho y poco hollado. No parecía, desde luego, que por allí pasara nadie con frecuencia, ni siquiera tal vez de tarde en tarde, me dije. Como yo había hecho el camino de noche, a oscuras, quise levantarme sobre mis pies por encima de la espesura y los arbustos no tanto para explorar el paisaje como para situar nuestra posición con respecto a la ciudad, pero el flaco samaritano me lo reprochó, no sé si porque retrasaba la marcha o porque consideraba mi curiosidad indiscreción y mi indiscreción un riesgo inútil. Vamos, Travel, decía, que se ha acabado la excursión. Seguí, pues, sus pasos, aunque no sin dejar de buscar referencias más allá de la sierra, y al cabo del tiempo, poco más de media hora, según creo (supuse que yo había girado en torno a un punto de noria en las tinieblas), tras una sinuosa trocha a la derecha, llegamos por segunda vez a la maraña del foso, a la miseria de la nave, barracón o secadero caqui, cuyo camuflaje vegetal y tabacoso delataba su antigua función militar. Sólo ahora pude en realidad apreciar las características del sitio, los laberintos del sendero, la ramificación de la encrucijada ciega. Cuando llegamos al barracón, el flaco samaritano, ahora ya sí con llave, abrió la puerta y con un gesto abierto de la mano me invitó a tomar posesión del aposento. Que no se trataba de una vivienda era más que evidente, y no sólo porque careciera de habitaciones o, mejor dicho, que constara de una única dependencia de uso plural, sino porque aún quedaban restos de usos pasados, sobre todo material secundario, defectuoso u obsoleto del ejército: cascos, bayonetas, minas, granadas, un cetme agujereado, las puertas desvencijadas de un camión militar. No contaba con lujo inmobiliario alguno e incluso el mobiliario era, más que austero, escéptico y abatido: una suerte de mesa plenaria o presidencial muy historiada y coja, una estantería a juego con la mesa, un sillón consistorial, tres sillas rústicas, tres banquetas de mesón (dos triangulares y oscuras, la otra cruciforme) y dos camastros. Se advertía igualmente que los camastros, arimados a la pared, servían o habían servido con más frecuencia como sofás que como camas y yo juraría que procedían de la misma fábrica que el camastro del calabozo si es que no eran producto de alguna subasta de material municipal excedente, camastros presidiarios, pues. En un rincón se amontonaban en desorden rejas, alambradas, señales de tráfico, tapas de alcantarillas, desechos municipales en

depósito, óxido y herrumbre. Había incluso material de cocina de dudosa elegancia palaciega: sartenes fuliginosas, cazos de aluminio con abolladuras, cacerolas de porcelana ennegrecida, vasos, platos y cubiertos que sin duda habían tenido un mejor uso urbano y que, ya fuera por deterioro, ya por sustitución, habían ido a parar al hondón de la sierra y compartían con el barracón los mismos desconchones, la misma insalubridad. También vi ingredientes para cocinar: sal, aceite, arroz, café. Dada mi alimentación en los últimos días, me pareció que contemplaba la mayor suculencia gastronómica del mundo. Por todo ello tuve la sensación de que acabábamos de entrar en una casa inexistente y de que habíamos descendido al subsuelo de la sierra. Así que cuando el flaco samaritano me dijo que aquel barracón, que había sido establo antaño y alojamiento de tropa, era ahora un almacén o depósito de la seguridad nacional, esto es, de Noé León, no pude por menos que sonreír y, sumando el desorden del lugar, el nombre de la autoridad y la hondura palustre del foso, marear las palabras: el arca de Noé.

## 29

No llevaríamos en el barracón ni media hora (empleada en enumerar las condiciones de mi arresto: aplicación del método *pecú*, dijo) cuando hasta nosotros llegó primero el ruido del motor del coche patrulla, poco después el alboroto apresurado de la maleza y la hojarasca y finalmente el bufido del gordo guardián y una blasfemia. El flaco samaritano se apresuró a su encuentro. Yo me asomé a un como rosetón que junto a la puerta había (que por analogía pasó a ser ojo de buey) y los vi gesticulando, el flaco samaritano intentando calmar al gordo guardián y el gordo guardián fuera de sí como queriendo alcanzar a toda costa el (en lo sucesivo) arca de Noé. Oí claras y contundentes amenazas. Será cabrón, decía, será cabrón, repetía con voz agitada, jadeante, y toda su corpulencia se estremecía en aspavientos. Supuse que el gordo guardián pretendía vengarse en mi insignificante persona de la

afrenta de la fuga. Yo era, pues, el cabrón, si bien, ahora, sólo cabrón, sin asesino. Yo era quien me iba a enterar. Pero la agilidad del gordo era inversamente proporcional a su masa o cantidad de materia y en ese trance al flaco samaritano no le era difícil cortarle el paso e impedirle el acceso al arca. Hubo un momento en que el gordo guardián, ante la oposición del flaco samaritano, pareció querer agredirlo (empujarlo, más bien, apartarlo a manotazos), pero el flaco samaritano le cogió el brazo, se lo retorció y le dijo algo al oído. El gordo guardián escuchó con atención y pareció calmarse, incluso sonrió. Traman contra mí, pensé. Siguieron un rato así, enredados en sus ridículos vaivenes, pero poco a poco debió de advertir el gordo guardián que iba perdiendo fuelle, que su energía no podría combatir nunca con la agilidad y el arte marcial del flaco samaritano y decidió finalmente rendirse. Ambos se alejaron entonces del foso, caminaron sobre la grava, el flaco samaritano con el brazo sobre el hombro del gordo, dándole de vez en cuando palmadas de ánimo o consuelo. Al rato se oyó el motor del coche patrulla y después el gordo guardián volvió solo, entró en el arca y me miró con ojos fieros, pero no dijo nada. La sola idea de tan pintoresca compañía (o vigilancia) me desagradó, cuanto más el hecho cumplido, porque el gordo no sólo carecía de conversación, de compasión y de movimiento, sino que incluso parecía disfrutar provocando y acentuando el sufrimiento ajeno, el mío al menos. Lo comprobé enseguida. Lo primero que hizo fue medio tumbarse de nuevo en la entrada (o la salida) del foso del león, exactamente igual que en la madrugada. No supe si era precaución, inercia o ironía. Dejó a un lado unas alforjas de ruta que traía consigo y me lanzó miradas de desafío, como embestidas taurinas. No era difícil traducir su sentido. A ver si ahora te atreves, Traves, a ver, atrévete. No había, desde luego, posibilidad de escapatoria, pero el infeliz ignoraba que mi intento anterior había sido apenas un experimento, un juego de azar, y por eso, por su ignorancia, hasta parecía que con cada mirada se henchía y aumentaba la corpulencia con que ocluía el angosto pasadizo. Le hice alguna pregunta insignificante, de tanteo (sobre la cueva y el forajido, en concreto), y no sólo no me contestó, sino que emitió un gruñido, desaprobó mi solicitud con un alzamiento despectivo de cabeza y, en último extremo, aprovechó el momento para atormentarme con su actitud. Se medio incorporó, es decir, se medio sentó, atrajo hacia sí las

alforjas, rebuscó en su interior y empezó a vaciar el contenido sobre un mantel de estroza: pan de horno, embutidos, tasajos, queso añejo, higos pasos. Los alimentos del desierto, pensé. Sacó luego de alguna parte una navaja y empezó a comer con exagerada ostentación y manifiesta complacencia. Me miraba con mala cara y carrillos hinchados. Ancho panza, pensé (hasta en las tribulaciones surgen ocurrencias). Supuse que el contenido de las alforjas sería para los dos y que antes o después, cuando considerara que se había burlado lo suficiente y que había disfrutado a un tiempo de la comida y de la burla, me dejaría probar bocado. No fue el caso. Ni las migajas compartió conmigo. Cuando el sol alcanzaba su plenitud y las sombras del matorral caían verticales, el gordo guardián se complacía con parsimonia en el procedimiento alimenticio y yo diría que se recreaba doblemente: en su propio placer de gordo inmundo, por una parte, y en la contemplación del sufrimiento que su actitud me deparaba, por otra, sin que pueda yo determinar qué placer era más intenso ni en qué esdrújula medida se complementaban, tan explícito era el deleite, con tan glotona y grotesca golosía saboreaba la espesa dulzura de los higos secos. Me pregunté si padecería algún severo trastorno nutritivo, si tan voluptuosa tragonía provenía de su voluntad o su volumen. Tanto daba. Lo cierto, en cualquier caso, fue que concluyó la morosa y golosa alimentación y no sólo no se dignó proporcionarme algo de comida sino que fue metiendo de nuevo en las alforjas las sobras de tan succulento banquete e incluso espantó con la mano y como con repugnancia las migajas, las pieles del embutido, las cortezas del queso. Juré que, si se presentaba la ocasión, me vengaría. No estoy seguro de que pueda decir que, salvo las contingencias del desplome, la ocasión se presentara. De hecho, sufrí en más de una ocasión el mismo ultraje y, en contrapartida, apenas si perturbé su sueño silbando tontamente de madrugada. Por fortuna, el flaco samaritano volvió poco después. El gordo guardián entonces, en trance de siesta, se levantó a duras penas, con mucho esfuerzo y aparato, lo que provocó las chanzas del flaco samaritano. Aúpa, atleti, dijo. Sabed que no se había movido en toda la mañana de la entrada del foso, que su resistencia para tan intenso reposar parecía inagotable, por lo que no eran extrañas las burlas de su compañero. Por eso, aunque con cierto disimulo, me reí. Nunca lo hubiera hecho, aunque fue en realidad mi única venganza. Las

personas que tienen conciencia extrema de sus defectos e incapacidades, de sus manías y sus insuficiencias, son especialmente sensibles al eco que despiertan en quienes los miran, viven tan pendientes de su condición como de la actitud de los demás ante las manifestaciones de esa condición. Así era el gordo guardián. Por eso le molestó tanto que me riera y por eso quiso vengarse de mi risa. Será cabrón, dijo. Patoso en su torpeza, olvidó las características del escenario en el que estábamos, de modo que cuando quiso llegar hasta mí, puño en alto y sin pararse en barras, ya fuera por su propia torpeza o por la irregularidad de la grava, patinó, vaciló, se le fueron los pies y cayó al foso de culo. Fue entonces, al verlo pataleando en el hondón, cuando me acordé del profeta que fue arrojado al foso de los leones y cuando, por concordancia con el arca de Noé, decidí referirme de ese modo, en singular, al foso: el foso del león. No había terminado, sin embargo, la justicia divina con el gordo guardián. Avergonzado, espoleado a un tiempo por la vergüenza del culetazo, se levantó con tanto brío, con tan desesperado ímpetu, que se dio un cabezazo en el saliente de una roca, un capricho estalactita de granito, un cabezazo que además de ser sin duda dolorosísimo, por lo inesperado (algo parecido a cuando al cruzar inadvertidamente una puerta demasiado baja nos estrellamos contra el dintel), lo tumbó de espalda y lo dejó transido en el suelo, sobre las migajas de su banquete, durante un buen rato. Le atendió el flaco samaritano con la virtud propia del nombre con que yo lo había distinguido y, cuando volvió en sí, que no fue pronto, le ayudó a levantarse y le instó a que se fuera. Pensé que así me protegía de la cólera del golpe. Con todo, cuando ya se iba, volvió el gordo guardián sobre sus pasos, se asomó a la entrada del foso y me miró intensamente con ojos fieros, con ceño hosco. Habló apenas. No, Traves, dijo, no, no, no. Y me siguió mirando todavía un rato largo (mirada que movía más a risa que a temor) antes de alejarse definitivamente. Sabed, sin embargo, que más tarde lo compadecí, porque supe que no había venganza posible contra él, que arrastraba consigo (y por eso era como era y se comportaba como se comportaba) agravios que no admitían reparación, afrentas sin más porvenir que el egoísmo y la amargura, pero no pude ya, pese a todo, alterar el retrato negativo con que lo había catalogado. Crujieron sus tardos pasos sobre la hojarasca de la siesta y oímos luego el ruido quejumbroso del motor del

coche. Entonces el flaco samaritano me invitó a entrar en el arca de Noé y se sentó de espaldas a la entrada, en una banqueta. No temas, Travel, dijo, se le pasa pronto, es un buenazo. Calló un instante, como si estuviera pensando, antes de hablar de nuevo. Hay cosas peores, dijo, y más graves.

## 30

Como muestra de esa gravedad sacó de un bolsillo (a diferencia del atuendo habitual, sobrio y reglamentario, ahora llevaba un extraño uniforme de camuflaje, como de guerrillero perdido en el corazón de las tinieblas, decorado con vegetación silvestre, exuberante, y lleno de compartimentos) un par de hojas volanderas de periódico, una de ellas entera y la otra demediada, un par de páginas maltrechas, arrugadas, con manchas de vino o de café, de churros o fritanga, y malamente arrancadas a la prensa local. Imaginé al buen flaco samaritano tomando una cerveza en alguna de las cafeterías de la plaza que yo había frecuentado en los primeros días de mi excursión, leyendo parsimoniosamente en la barra el periódico de la casa y, al marcharse, rasgando a escondidas y de modo abrupto e insolente el par de páginas que interesaban a su desventurado prisionero, al desdichado náufrago del arca de Noé. Más tarde pude comprobar que la prensa local dedicaba al caso toda la página trece, la desventurada página de la superstición (bien es verdad que con un par de fotos de relleno) y más de la mitad de la página catorce. Toma, Travel, dijo, para que te instruyas. Me extrañó tanta disposición informativa, sobre todo cuando hasta ese momento las órdenes del incógnito León habían impedido que se me comunicara el más mínimo detalle sobre el caso para no contaminar las respuestas en el interrogatorio que al menos hasta el momento nadie me había hecho, al que nadie me había sometido (nunca hubo interrogatorio, ya lo he dicho). Sea ello como fuere y por lo que fuere, ahora el flaco samaritano me tendió aquellas hojas de periódico. No me espantó el titular, o me espantó sólo por el tamaño desmesurado de la letra, porque su

contenido bien se podía deducir y bien lo había deducido yo, en efecto, de la bola de papel que cayó por el sumidero, el intrigante caso de LA JOVEN DESA. Pero algunos párrafos de la noticia (si es que podía llamarse noticia) eran verdaderamente descorazonadores para mí y supuse yo entonces que felices para el conductor de la camioneta. Sin duda, quien hubiera escrito aquellas monstruosidades, sobre todo uno de los sueltos de la página trece, o bien era un miserable como periodista y pretendía soliviantar a los lectores con sus soflamas y sus sospechas y sus insinuaciones, o bien mantenía alguna connivencia con el tipo de la camioneta o con el verdadero culpable del secuestro o la violación o el crimen o lo que fuere, si es que no era acaso el mismo tipo de la camioneta, y si es que no era el mismo tipo de la camioneta el autor de tanta doble villanía, la desaparición de la joven y los escritos del periódico. Por lo demás, no es difícil imaginar, por una parte, cuál era el resumen de los hechos que el miserable hacía y cuál, por otra, la clase de insinuaciones que en la página trece aportaba. Leí apresuradamente una vez tamañas barbaridades, las volví a leer, las releí y las releí, que así como insistimos en lo incomprensible una y otra vez hasta lograr desentrañarlo así también reincidimos en lo inverosímil intentando comprender el porqué de la inverosimilitud o, si no, la razón de su diabólico ensamblaje. Como además la tarde se alargaba interminable, alisé una y otra vez con la palma de la mano aquellas hojas insensatas, hasta la tersura original, diría, y allí me empapé de toda la maldad que se cernía en torno a mí y allí me compadecí sin compasión de mi estado, mísero, infelice.

## 31

Al parecer, la joven desaparecida (no sé si cabe aquí decir que valga la redundancia: que valga si ha de valer, pues a lo dicho, una vez dicho, no le queda otro remedio que, bien o mal, haber sido dicho; también los hechos son irreversibles), la joven desaparecida, como digo, cuyo nombre reducía el

periódico a iniciales (la prensa siempre con ese ánimo anónimo), la joven, digo, había decidido acudir con su pandilla (un número indeterminado de amigas y amigos) a las pandorgas y venerandas del juglar, precisamente las mismas fiestas en las que concluía la excursión que hizo Alway en los años treinta y las mismas en las que había decidido yo que concluyera mi excursión, como de hecho en principio había logrado, pues no contaba con tan agrio suplemento carcelario. Las pandorgas y venerandas se prolongan durante varios días y, si bien en la época en que yo las conocí no tenían mucho que ver con lo que parece que fueron en otros tiempos, ni en los tiempos que relata *Travel of Murania* ni menos aún en los remotos tiempos del propio juglar, no obstante, atraen tanto a la juventud festiva y estival de los alrededores como a cierto turismo que disfraza de antropología cultural su espíritu carnavalero. Según el periódico local, *La voz de Murania*, que es prensa canalla, o al menos lo era entonces, la pandilla de la joven desaparecida se deshizo como tal al segundo o al tercer día de las pandorgas, cosa que, por lo que cuenta el periodista (que firma también con iniciales: en cierta prensa todo es presunción, presunción de culpa, presunción de firma), sucede cada año, pues al sumarse la apoteosis de la gula y la lujuria con la numerosa afluencia forastera se producen combinaciones imprevistas y se crean prontas amistades, casi siempre efímeras, sólo muy de vez en cuando perdurables, de modo que, añadía, no era extraño que quienes iban juntos a las pandorgas volvieran separados y que quienes iban separados volvieran juntos de las venerandas y que, si eran de Murania, prolongaran durante el resto del verano tan solazada y placentera compañía si es que acaso no concluía en compromiso de futuro y juramento venerando vitalicio, lo que dios ha unido no lo separe el hombre, etcétera. Siguiendo, pues, la tradición, el grupo empezó a descomponerse al segundo o al tercer día: hubo quien se unió a pandillas de otra aldea, hubo quien formó pandilla nueva con los desterrados de la gloria (existe como frase hecha para estas agrupaciones efímeras la expresión *panda de pandorgas*), hubo quien encontró pareja con la que perderse por los campos de batalla del llamado huerto de los olivos (que era el objetivo primero y último de mucho venerando) y hubo, en fin, quien consumió aguardiente de la sierra en tan ingentes cantidades que no recuperó el sentido ni la sensatez hasta al cabo de una semana, etcétera. Por



eso los testimonios en torno a la joven desaparecida eran difusos, intermitentes, contradictorios. Tras asegurar que había conversado con todos o casi todos ellos (me detuve en el *casi* con consternación), el presunto periodista optaba por prestar mayor atención a tres de ellos: una amiga, una prima y el novio de la prima. El testimonio de la prima y del novio primoroso de la prima era una misma y sola declaración, sospechosamente (este adverbio es mío, lo puse aquella misma tarde en la placidez del foso del león, también es mío el adjetivo primoroso, aunque más tardío) alterna y de consenso: que ambos habían pasado juntos las pandorgas, sin separarse un solo momento uno de otro; que la joven desaparecida los había acompañado durante los dos primeros días junto con su propio novio (el novio de la joven desaparecida, se entiende); que al cabo de esos dos días la perdieron de vista sin saber por qué y que no habían vuelto a verla ni a saber nada de ella hasta el momento de la entrevista. La amiga, en cambio, que no era amiga amiga, sino antigua compañera de bachillerato, no la vio o apenas la vio durante los dos primeros días, porque formaba parte de otro grupo y enseguida además se dedicó a menesteres que no quería pormenorizar, ah, de los olivos, me dije, pero sí la vio el tercero. Iba sola, dijo, y estaba muy enfadada, porque había discutido con su novio. El periodista se negaba a reproducir las palabras que la amiga ponía en boca de la desaparecida: tanta era al parecer la furia de la frase y tanto el pudor del periodista. ¿Riñas de enamorados?, se preguntaba. Supe así, por tanto, por los dos testimonios, que la joven desaparecida tenía novio y por eso me extrañó que del novio no apareciera testimonio alguno. ¿Por qué se enfadaron si fue que se enfadaron? ¿Qué hizo el novio cuando se enfadaron y, sobre todo, después del enfado? ¿No sería sospechoso el novio de todo lo que pudiera haber acontecido tras el enfado? ¿Habrían seguido el gordo guardián y el flaco samaritano o el propio Noé León la pista del novio, sus pasos sospechosos? Le hice estas preguntas al flaco samaritano. Es un buen muchacho, dijo, aunque ahora quizás haya hecho una tontería: nadie sabe dónde está. Y añadió algo más. Que era primo del gordo guardián, primo segundo, puntualizó. Sigo. El caso es que la amiga no sólo vio a la joven desaparecida el tercer día, enfadada, como dijo, sino que también la vio el cuarto día en compañía de un forastero que llevaba una mochila. Los vio alejarse a ambos y juntos hacia los olivares de Casas del Juglar. Ahí entro yo,

pensé: en la categoría de forastero con mochila que se alejaba con una chica por el camino de los olivares (la gente hablaba siempre, entre sonrisas, ya lo he dicho, del huerto de los olivos, pero a mí me costaba emplear esa expresión, y todavía me cuesta, no tanto porque me pareciera burla de los evangelios, sino porque me parecía un mal chiste). Ahora bien, yo no me había alejado con ninguna chica hacia los olivares ni hacia ninguna otra parte de Casas del Juglar. También la amiga, seguía el testimonio, había hecho buenas migas desde el primer día con un forastero, lo que era cosa habitual, como digo, y por eso no le extrañó nada que la joven desaparecida, bien para darle un escarmiento al novio, bien por pura afinidad efusiva inmediata, buscara consuelo o venganza o satisfacción en el forastero de la mochila. Para nada le extrañó. Insistía en ello: para nada, para nada. Fue la última vez que la vio. Así podría resumirse más o menos el contenido de la noticia, la página trece de *La voz de Murania* de aquel malhadado miércoles: unos hechos imprecisos y un sinfín de interrogantes.

## 32

La pandilla regresó en desbandada de las pandorgas, como era habitual entre pandillas, por lo que nadie reparó en principio en la ausencia de la joven. Fue sólo al día siguiente, tras preguntar, más por curiosidad que con alarma, a la prima y al novio primoroso de la prima, cuando se originó cierta inquietud, y no tanto por la ausencia como por la ignorancia. Habían dado primero por supuesto que se habría quedado a dormir en casa de la amiga, cosa que, según parece, hacían de manera frecuente y recíproca, si bien la madre sospechaba que era un simple recurso de una u otra, o de ambas a un tiempo, para hacer lo que les apeteciera. La juventud es así, habría dicho la madre. También nosotros de jóvenes teníamos nuestras cosas, dijo, y eso que eran otros tiempos. Pensaron después que el regreso de Casas del Juglar habría sido tan fatigoso y tan tardío, más aún sabedores de que se había

producido una discusión en la pareja, que la joven y el novio se habrían encaminado directamente al chiringuito de la barca para ganar tiempo (al fin y al cabo la temporada fluvial acababa de empezar) o para recuperar a solas la armonía. Fue más tarde, pues, cuando el novio primoroso de la prima llegó diciendo que había bajado al río y que ninguno de los dos estaba en el chiringuito, ni la joven ni el novio, cuando la familia alertó a la Guardia Civil sobre el caso, más todavía por precaución que con temor, pues pensaban que la pareja habría elegido otro refugio, otro campo de plumas. De modo que sólo al cabo de cuarenta y ocho horas estuvo la Guardia Civil sobre aviso para iniciar sus averiguaciones. Al principio, como era de rigor, practicaron sólo diligencias rutinarias, es decir, interrogaron a la prima, al novio de la prima y a la amiga que no era amiga amiga, además de a otros grupos de jóvenes que se habían desplazado igualmente a Casas del Juglar durante la semana festiva o que hubieran podido tener conocimiento lateral de alguna anomalía. Siguieron averiguaciones de carácter intermunicipal, esto es, conversaron por teléfono con las autoridades de los pueblos vecinos o se desplazaron para hacer pesquisas sobre el terreno a los puntos negros de la comarca a los que pudiera haber ido a parar la joven, tal vez en compañía de otros jóvenes con los que hubiera trabado amistad, o incluso con el forastero de la mochila (si bien entonces no se sabía todavía nada sobre dicho individuo: las sospechas que lo señalaban vendrían más tarde). En estas indagaciones empleó el benemérito cuerpo una mañana y una tarde y a medida que pasaba el tiempo sin que la joven apareciera empezaron también a crecer la ansiedad, las preocupaciones y los temores de familiares, de amigos, de la ciudadanía común, y empezó también en cierto modo a cundir la desesperación, pues en esta tierra desventurada la gente está acostumbrada por la historia y por los acontecimientos a ponerse siempre en lo peor y a pensar que nada bueno puede derivarse de indicios manifiestamente negativos. Fue entonces, al tercer día, si no me fallan las cuentas, cuando la Guardia Civil decidió iniciar una búsqueda campo a través. Así que se desplazaron varios números con perros y rastrearon, a lo ancho, en batida abierta, el camino que separa Casas del Juglar de Murania, un recorrido profesional y minucioso, un rastreo carabinero, que, sin embargo, no deparó resultado alguno. Probaron entonces con los caminos que conducen de Casas

del Juglar hacia los distintos puntos susceptibles de soluciones (la ermita, por ejemplo, o los pueblos que se iban alejando de la ruta de Murania), una exploración en espiral primero, como tejiendo una tela de araña, y radial después, avanzando en línea hacia los límites de la circunferencia, pero, como la voz se había propagado a estas alturas de modo imparable, en esta exploración colaboró ya de forma tan entusiasta y desinteresada como morbosa y patológica (a las masas les guía el olfato de la muerte, buscan de hecho huellas de violencia y trazas del cadáver) la turbamulta cuyos más agrios representantes se agolparon luego en torno al sumidero de mis desdichas. También fue tarea vana. Al cabo de los días, cuando el runrún de las fiestas ya empezaba a ser historia, no hubo otro tema de conversación ni de preocupación ni de morbosidad que la misteriosa desaparición de la joven. Para mayor abundamiento en algún punto de la geografía comarcal que nadie supo nunca concretar o que por estrategia policial se mantuvo en secreto, porque de ese modo, me dijo el flaco samaritano, sólo conocían el dato los profesionales (como él) y el culpable, aparecieron un par de prendas que, como primero reconocieron la prima y el novio de la prima, llevaba la joven en el momento en que se fue de su lado y, como reconoció después la amiga, seguía llevando en el momento en que la vio alejarse con el forastero de la mochila: unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Nadie vio tales prendas tras su recuperación (de nuevo la estrategia policial: más tarde supe que todo ello, tanto el desconocimiento del lugar de la aparición como la ocultación de las prendas a ojos ajenos, formaba parte de la teoría que el llamado Noé León denominaba la sed de sal), pero corrió la voz de que en ambas prendas había manchas de sangre. Poco después de tan fatal descubrimiento se detuvo al forastero de la mochila.

También el suelto de la página trece estaba firmado con iniciales, las mismas que habían elaborado la confusa y tendenciosa noticia principal, pero ahora, tras la deglución de los diversos testimonios y supuse que con alguna interesada filtración, el presunto periodista emitía opiniones propias y se permitía enhebrar disparatadas conjeturas. Como todo el mundo sabía, afirmaba, se había identificado al forastero con mochila con el que la joven desaparecida tomó el turbio camino del llamado huerto de los olivos. Era joven y forastero, naturalmente, pero suficientemente conocido porque durante las últimas semanas, desde finales de mayo o principios de junio, según declaraciones de muy diversa procedencia comarcal, había estado recorriendo los alrededores sin más equipaje que su mochila y un saco de dormir. Según esas mismas declaraciones, no habrían sido pocas las molestias que había ocasionado en su recorrido, tanto en los pueblos por los que había pasado (que habían sido casi todos, porque según parece pretendía seguir los pasos del libro que el reputado hispanista norteamericano que mejor comprendió la idiosincrasia de tierra de murgaños escribió tras recorrer nuestra región en los años republicanos), como sobre todo en algunos de los huertos que se cultivan a uno y otro lado del Myrtes y del Jayón, los huertos más francos y floridos, los más frutales. También se sabía que dicho individuo había acudido a la ermita de san Hervacio, en las cimas del Garabero, y que se había unido después a la romería que habitualmente desemboca en las pandorgas y venerandas del juglar. Quienes compartieron con él camino de regreso de la romería afirman que, por la cantidad de preguntas que hacía y por lo desmedido de su curiosidad, aparentaba tener muchos conocimientos sobre Casas del Juglar, su historia y sus tradiciones (desde la leyenda del bestión mascariento y el juglar hasta las aventuras de su más heroico forajido o de su más célebre alcalde, sin olvidar asuntos como la encina cazurra o el holito), lo que según había podido comprobar el humilde cronista no podía ser sólo resultado de una lectura minuciosa del libro del mencionado hispanista, sino síntoma de una premeditación y de un propósito. No se sabe si el interfecto (*sic*) participó después activamente en las dichas pandorgas y venerandas del juglar, entre otras cosas porque en tales fiestas todo está permitido, *nihil verum, omnia licita*, subraya, como en las antiguas bacanales, y nadie se preocupa de lo que hagan o puedan hacer los demás

(actitud que en anteriores ocasiones ha provocado conflictos de orden público, altercados, reyertas e incluso, hacía tres años, un extraño homicidio), pero no era aventurado suponer que quien acudía a dichas fiestas lo hacía con la intención de participar en ellas, lo que llevaba a pensar que el dicho individuo habría participado tanto en las pandorgas como en las venerandas, e incluso (no sería la primera vez que ocurre) que todo su recorrido no tendría otro objetivo que tan populares y renombradas fiestas. No obstante, se le pudo finalmente identificar como el forastero con el que había trabado relación la joven desaparecida, por lo que, hechas las averiguaciones pertinentes, se habría procedido a su detención, la cual, tras una extraña y rocambolesca peripecia, tuvo lugar en las inmediaciones del caserón del sueco, desde donde fue conducido a las dependencias municipales. Se procedió a examinar su cuaderno de notas (pues en su arrogancia el individuo pretendía imitar en todo al reputado hispanista norteamericano), pero ni sus escritos ni sus dibujos habían proporcionado indicio alguno que determinara su más que probable culpabilidad. Se estaba, no obstante, a la espera de que los interrogatorios aportaran nuevas luces sobre el caso. Por lo demás, dadas las continuas manifestaciones que por parte de la multitud enfurecida se producían alrededor de dichas dependencias, la autoridad estaba contemplando la posibilidad de trasladarlo a sitio más seguro, no, probablemente, sin riesgo de fuga o de que tal circunstancia le permitiera al susodicho sujeto acogerse más tarde a errores de procedimiento en una no descartable vista judicial. Se seguiría informando. Ni que decir tiene que el nombre del facineroso quedaba reducido a iniciales, mis clamorosas iniciales.

## 34

Cuando, durante la búsqueda de la joven desaparecida, se encontró un cadáver en las proximidades del barranco del Jayón (un paraje, por cierto, en el que yo había dormido un par de noches), se corrió la voz de que habían

encontrado sin vida el cuerpo de la joven. Varias evidencias demostraron enseguida, incluso entre los que descubrieron el cadáver, que no podía tratarse de la joven, por el grado de descomposición primero, por el atuendo también, pero sobre todo porque se trataba de un varón. Pese a ello, e incluso cuando se deshizo el equívoco, se dispararon todas las hipótesis en una misma dirección: a saber, que, si el cuerpo encontrado entre los matorrales no pertenecía a la joven, bien podía, en cambio, la joven haber corrido la misma suerte. Por ello se incrementó la iracundia de la alcantarilla y la amenaza de la gasolina en la mazmorra. Quién podía ser aquel sujeto semienterrado, con la ropa desgarrada y diz que con signos de violencia, fue algo que no preocupó demasiado a la turba enfurecida: hasta tal punto la desaparición de la joven prevalecía sobre todo otro crimen o muerte que pudiera haberse producido. Es algo que yo nunca habría podido entender si lo hubiera sabido en el momento en que se produjo, pero lo cierto es que sólo lo supe más tarde, cuando ya casi vivía, entre la prisión, la curiosidad y el escondite, en el arca de Noé. Se indagó entre la gente (alcaldes, Guardia Civil, jueces de paz) por si había noticias de individuos desaparecidos en Murania o en los distintos pueblos de tierra de murgaños, en el justo perímetro del *Travel of Murania* (podría decirse), sin que las investigaciones arrojaran logro alguno. Si nadie había desaparecido, si nadie había muerto, se preguntaba la autoridad forense, se preguntaba la autoridad policial ante el cadáver, de quién se trataba.

## 35

Podría decir que me costó hacerme a la idea, pero sería aún más apropiado decir que no logré hacerme a la idea. Como digo, leí y releí una y otra vez aquel par de hojas de periódico y, a pesar de todos los esfuerzos, no conseguí reconocerme en la figura del forastero con mochila ni verme como un sujeto astuto y egoísta, feroz y primitivo, capaz de entablar conversación

con una joven, de intentar seducirla, de conducirla engañosamente por la senda de la disipación veneranda y de entregarse después, como sugería entre líneas el periódico, al ejercicio de una violencia sexual salvaje y gratuita entre los olivos. Ni siquiera como ejercicio de ficción o fantasía logré verme en el papel de forastero con mochila, ni recurriendo a los efectos de alguna sustancia estimulante (el aguardiente de la sierra, por ejemplo, que sí probé, aunque no en exceso), ni descifrando las confusas secuelas en blanco y negro de una pesadilla. Todo me resultaba absurdo, atroz, disparatado. Sí puedo decir que desde entonces, desde la tarde en que el flaco samaritano me llevó aquellas hojas de periódico, cada vez que oigo la palabra *olivos* la asocio con padecimientos sobrehumanos, acude a mi memoria el episodio del huerto de los olivos, que es un lugar de dolor y sufrimiento, un sitio de pasión, y de traición, y de besos embusteros, y de sudor de sangre, o me bailan en la cabeza emociones de bachiller, viejos olivos sedientos bajo el claro sol del día, el recuerdo de una brisa triste por los olivos, apenas ya se ven los olivares de la madrugada, etcétera, hasta el punto de que ahora ya sólo esa palabra *olivo*, por muy claro que sea el sol del día, desencadena el soplo de esa brisa triste y me contamina, me llena de tristeza, me hunde en una forma gratuita e inagotable de desánimo que ni el más claro sol del día ni la más intensa vigilancia de la luna logran disipar. Oigo la palabra *olivo* y lloro. Allí estaba yo, pues, junto al foso del león, con la brisa del atardecer y condenado para siempre a mi propio huerto de los olivos, a los constantes altibajos de mi pasión, de mis padecimientos. Pero, como digo, por más que lo intentaba, no me veía reflejado ni representado en el forastero de la mochila. Cierto es que yo era forastero y que había recorrido la comarca a pie con la mochila al hombro, que había hecho fotos, que había saciado a veces el hambre asaltando huertos a la orilla del río (y también sin asaltar, pues en más de una ocasión me entretuve en charlas reposadas con algún que otro hortelano que practicaba los buenos principios de la hospitalidad: alimentos y conversación, cordialidad y amparo), que había tomado notas en un cuaderno de campo, etcétera, las tareas del viajero, cabría decir, pero ahí acababan las similitudes. Sin embargo, estuve convencido de que sólo yo podía ser el forastero y que todo aquello en lo que no había participado era invención y fantasía, burbujas de una verdad que sólo alguien (el culpable, de haberlo) conocía, a cuyo



corazón (el corazón de la verdad, pero también el corazón de ese culpable) no se llegaba, y de esa dificultad de acceso surgían las menudencias laterales que se volvían contra mí. Yo pude hablar, en efecto, con alguna joven, preguntar algún pormenor relacionado con la fiesta, qué sé yo, entonces no lo recordaba y después, por más que lo he intentado, no he podido reconstruir minuto a minuto mi actividad en las malhadadas pandorgas y aún más malhadadas venerandas del juglar. Puede que en las averiguaciones policiales sean los indicios menores los que marquen el camino de la solución, pero yo no podía llegar de ningún modo a la categoría de indicio menor. No era yo, por tanto, quien había dado pie a la existencia del forastero con mochila, sino los desventurados hechos de la desaparición de la joven, la incógnita de su paradero, la dolorosa incertidumbre de unos y otros, lo que había terminado derivando en la figura firme y sospechosa del forastero con mochila. Yo era, pues, un producto de los hechos y de la incertidumbre, de la amargura con que los dioses nos hieren y castigan y mortifican para entretenerse y divertirse. ¿Cómo se llamaba aquella película en que el personaje se levanta de la mesa en el momento justo en que un botones vocea el nombre de alguien a quien llaman por teléfono?

## 36

Dándole vueltas a la situación mientras contemplaba el crepúsculo, viendo desde el foso del león cómo las bandadas de garcetas acudían a recogerse en la fresca humedad de las orillas del río, y mareando con torpes filosofías de cautivo la herencia de la especie, un reiterado e invariable ir y volver, siempre siempre igual, relacioné ese acogerse a los árboles (pronto comprobé que acudían cada tarde y que se acogían al mismo árbol) con la desaparición de la joven, con su ir y no volver, y empecé entonces, poco a poco, a interesarme por ella y a imaginar su historia. Fue como si la conciencia me avisara de que me había estado equivocando en mis juicios y

de que sería conveniente que diera un giro a la visión que tenía del asunto. Es cierto que, dada la sucesión de hechos en que me había visto involucrado, mi primera reacción había sido contraria a la joven, a la que con más instinto que razones consideraba la primera, si no única, culpable de mis desgracias. Era una especie de reducción del pensamiento y de la realidad a construcciones condicionales negativas, a la disolución de hipótesis irreversibles: si ella no hubiera ido a las pandorgas, si ella no hubiera discutido con el novio, si ella no hubiera entrado en el huerto de los olivos, si ella no hubiera, si ella no, etcétera, y la irrefutable conclusión final: yo no estaría aquí, esto no hubiera pasado, etcétera. Naturalmente, yo no tenía conocimiento cierto de estos datos (que hubiera discutido, que se hubiera dirigido al huerto de los olivos), esto es, argumentaba sobre lo poco que me había contado el flaco samaritano, sobre lo que había leído en los recortes de periódico, pero sí sufría en mí mismo las consecuencias (el calabozo, la turbamulta, el arca de Noé), de modo que daba por buena toda la información que me había llegado y la analizaba en mi beneficio, en mi defensa, si cabe recurrir a términos procesales. Sería, pues, al cabo de las horas, incluso de los días, cuando se despertaron poco a poco, lentamente, mis simpatías por la joven, pero tuvieron principio aquella tarde. Al fin y al cabo, pensé, mientras seguía el vuelo de las garcetas, era ella la que había desaparecido. No se sabía cómo, pero sin duda la desaparición habría sido dolorosa, porque toda desaparición conlleva violencia y acaso villanía. Podría incluso haber muerto. Podría haber tenido una muerte horrible e indigna, humillante y salvaje. Quién podía saberlo. Tal vez se descomponía su cadáver en alguna hondonada del terreno, en el fondo de un pozo, en el lecho cenagoso del río. Que ello hubiera tenido para mí consecuencias malignas era a fin de cuentas una derivación secundaria de la que, en todo caso, no podía hacerse responsable a la joven. Más responsable era, a mi juicio, el conductor de la camioneta. Y más aún el astuto y trapacero Noé León, el comisario reversible, que, sospechando de mí o quizás sin sospechar, como pura estrategia, como mero método de investigación criminal, viéndome presa fácil de sospecha policial, había decidido entregarme a la vigilancia del gordo guardián y el flaco samaritano y exponerme a las iras de la población, la población furiosa entre la que con toda probabilidad se escondía y camuflaba el verdadero culpable, acaso el

que gritara con más fuerza, el que con más virulencia pidiera mi cabeza, el que con más alharacas plañideras lamentara la muerte de la joven, el que encendió la mecha de la alcantarilla, al que ofrecía ahora en bandeja de plata mi pobre desamparo en un punto ciego y hundido de la sierra. Y el caso es que, tal vez por la melancolía del atardecer, de pronto sentí que había alguna vinculación secundaria entre la joven desaparecida y mi humilde y maltrecha persona. Era como si la joven hubiera seguido un trayecto que conducía desde un punto indeterminado de su breve biografía (la juventud es sólo principio y brevedad) hasta las pandorgas del juglar y como si ahora yo iniciara otro trayecto que salía de las pandorgas y quién sabía hasta dónde conduciría y por qué caminos discurriría. Sentí una suerte de lazo fraternal, de azar solidario, que me hacía querer conocer algo más de la joven desaparecida. Y por primera vez deseé entonces que la muchacha no hubiera muerto y lo deseé por ella misma, no para quedar libre yo de culpa y de sospecha. Por eso le pedí al flaco samaritano que me hablara de la joven, que me contara pormenores de su biografía. El flaco samaritano me miró sonriendo.

Era una chica especial, dijo. Es, corrigió: muy especial. Sin embargo, tras tan expeditivo arranque, no supo explicar con claridad en qué consistía el atributo de la especie y vaciló, además, continuamente entre el presente y el pretérito, con mayor propensión al pretérito *era* que al *es* presente: la desaparición, me dije, es una forma de ausencia peligrosa, sin concordancias ni gramática. Por eso, siguió, hay algo inconcebible en los hechos, al menos en parte de los hechos. El flaco samaritano conocía a la muchacha desde hacía tiempo (aquí, además, nos conocemos todos, dijo) y podía hablar de ella, pues, con todo conocimiento. No era una belleza de cine, llamativa, de exhibición (tú has visto la foto del periódico, dijo), pero algo había en su semblante que la impedía pasar inadvertida, una cierta serenidad, una determinación, quizás también una inteligencia. Hubo un tiempo, haría tres o cuatro años, en que, cuando el flaco samaritano llegaba a su casa a mediodía, sobre las dos y media, la encontraba siempre en compañía de su novio en el portal de una tienda de muebles. Suponía que habían salido de clase, que habían bajado por la avenida y que, como adolescentes enamoraditos, se demoraban pegajosos en la despedida: caricias, abrazos, besos, palabras tontas y chiribitas chiribitas. Había dos cosas curiosas, según el flaco samaritano, y especiales. Una era que nunca había sentido envidia del joven. El flaco samaritano tenía su propia teoría del deseo. Siempre que un hombre ve a otro hombre con una mujer en trance amoroso, decía, si la mujer es atractiva, se siente inmediatamente en el papel del otro hombre, lo envidia, le gustaría estar en su lugar, etcétera. Hay excepciones, naturalmente, decía. Y había discutido muchas veces sobre esas excepciones con el gordo guardián, un tipo al fin y al cabo excepcional. Según el gordo guardián, quien ha padecido celos corruptos o infidelidades ciertas no se ve nunca más en lugar del otro hombre en ese trance de amor, sino que renueva su dolor y ve

siempre a su rival, al hombre del que siente o sintió celos, al hombre con el que lo engañaron, etcétera, porque el engaño es una forma de destierro, una expulsión del paraíso. Pues bien, decía el flaco samaritano, viendo a la joven desaparecida con el joven enamorado, él, el flaco samaritano, que al menos de momento no estaba entre las excepciones ni había sido expulsado del paraíso, no sentía envidia ninguna. Le parecía que había una adecuación tan natural y tan proporcionada entre ambos que nunca se hubiera considerado digno de interferir, habría sido una infamia, una vileza, una mancha. Formaban una pareja perfecta, dijo, y uno nunca debe interrumpir la perfección. Ni descomponer la armonía. Y como prueba de esa perfección el flaco samaritano esgrimía otro argumento. Por muy modernos que nos creamos, decía, nos cuesta admitir que una chica pueda exhibir en público y a plena luz sus devaneos amorosos, que deje a la vista de todos sus regocijos enamorados, entendemos que hay alguna ofensiva obscenidad en ello, algún impudor, y esa consideración revierte de manera negativa sobre la joven. Pues bien, él veía casi todos los días a ambos jóvenes en el portal de la tienda de muebles y en ningún momento se le ocurrió arrojar malos pensamientos sobre la muchacha. Prueba de esa manifestación natural del amor, añadido yo, es que el flaco samaritano ni siquiera se atrevía a pronunciar los groseros adjetivos (tal vez con sufijos diminutos) que sin duda le pasaban por la cabeza o que pensaba que pasaban por la mía, a los que él mismo ponía puntos suspensivos o espacios en blanco. Eso era, en resumen, lo que de especial tenía la muchacha: que no despertaba el deseo siendo atractiva y que no la manchaba ninguna obscenidad. De esa doble circunstancia extraía el flaco samaritano la inconcebible discordancia de que hubiera podido perderse con un forastero desconocido por la senda del huerto de los olivos. Y como si hubiera un modo mejor de corroborarlo salió del arca de Noé, fue hasta el coche patrulla y regresó al momento con la prueba. Desplegó sobre la mesa plenaria un cartel de amplio formato, el retrato de la joven que, aplicando a las desapariciones el método *wanted* del *far west*, se había distribuido por toda la tierra de murgaños. No sé muy bien por qué, si por propia devoción o por atormentarme con la imagen, el caso es que pegó el cartel en la pared del arca, como en un panel publicitario o un tablón policial, y desde allí me contempló la joven un día y otro día.

Lo que me llevó a evocar un *western* raro, de esos en los que el eco nostálgico de la soledad y el heroísmo se torna atardecer. Es la historia de un individuo pintoresco, simpático, arbitrario y fanfarrón, que se constituye en juez al oeste del río Pecos y dicta justicia en su *saloon* empuñando un libro de leyes y un revólver. Lo que mejor recuerdo, sin embargo, es la veneración que siente por la señorita Lillie Langtry, una actriz remota, hasta el punto de que un enorme retrato suyo preside tanto el *saloon* como el tribunal de justicia y que ofenderla, de palabra u obra, es delito mayor. De hecho, un borracho que se atreve a disparar contra la imagen paga su osadía con la vida. Pues bien, el juez nunca ve en persona a la señorita Langtry: ni la ha visto ni la va a ver. Es veneración a distancia y en ausencia, más propia de adolescentes que de hombres maduros. Tal vez, me dije, la singularidad del juez, lo mismo en su caprichosa aplicación de la ley como en la admiración por la actriz, obedeciera a la inmadurez del carácter, al adulto que se empeña en seguir siendo niño y persevera en la ficción y en la fantasía. Alguien así, según creo, por muy ocurrentes que sean los guionistas, no puede ser fruto de la inspiración. El caso es, como digo, que nunca vio a la señorita Langtry. Después, tras la muerte del juez, por la curiosidad que despiertan en ella las noticias que le llegan, la actriz en persona acude a la ciudad (creo recordar que, en su honor, también la ciudad se llama Langtry) y puede ver hasta dónde ha llevado su vehemente admirador la idolatría, sobre todo cuando le cuentan la suerte que corrió quien se atrevió a disparar sobre el retrato. Todavía recuerdo el paseo de la actriz por la ciudad con melancolía solidaria. Las disimetrías del azar siempre me han producido cierta emoción y cierta amargura. Así se entretienen los dioses o la providencia, así se divierten: moviendo a destiempo los hilos de la trama, separando lo que tenía que estar junto, trazando rutas paralelas en tiempos diferentes, como si, ante la eventualidad de que se desarrollaran de manera simultánea algunas acciones recíprocas y felices, decidieran aplicar diferentes calendarios y así evitar coincidencias y buena ventura. Si bien yo sólo estaba al norte del Jayón, me sentí un poco como el juez al oeste del río Pecos: preso en la imagen de

alguien a quien no conocía ni iba a conocer. La permanencia documental en la pared del arca del póster de la joven, una fotografía mediocre, en blanco y negro, desvanecida en la ampliación, hacía que en mi mente confusa y desconcertada bulleran sin orden ni prioridades los hechos, la desaparición, la camioneta, la mazmorra, la alcantarilla, la fatalidad, lo que fuera que hubiere ocurrido en las venerandas del juglar y, en fin, las consecuencias que todo ello estaba teniendo para mí y las que tendría en el futuro, de las que al fin y al cabo la joven, aunque sin culpa, era la causa y la ausencia y la presencia.

## 39

No sé si las cosas cambiaron en la barca, dijo el flaco samaritano. El chiringuito, aclaró ante mi pregunta, la pareja trabajaba en la barca. En los pueblos con río la gente baja en verano a la llamada del agua, se baña en los suaves remansos de las pesqueras y consume sangría o cerveza en los chiringuitos. También en Murania hay chiringuito, dijo, la barca del gordo, el gordo de la barca. Aunque tengo ahora una rara sensación, una intuición, más bien. Creo que a la barca se le ha acabado la fortuna, que no sólo no prosperará más, sino que pronto desaparecerá de la faz del río. No es que no tenga futuro, no, tampoco tiene ya presente. Pertenece al pasado. Como pertenece a otro pasado más remoto la balsa de los areneros que todavía se conserva como reliquia atada a un árbol en el viejo embarcadero. Otros tiempos los de la balsa, dijo, tiempos de esplendor, miseria y paradoja. La asociación de las antiguas diversiones con las desgracias populares se vuelve contra esas diversiones de modo irreversible, y no voy a decir que eso ocurra por desgracia, no, sino que es el modo más cómodo que tenemos para sobreponernos y olvidar. Eso es lo que ocurre ahora, lo que ocurrirá en lo que queda de verano y lo que ocurrirá en los próximos veranos. Toda catástrofe produce cambios, cada desgracia marca un nuevo rumbo, de la destrucción surgen los tiempos venideros. Sin embargo, hace unos años, ante la bonanza

del negocio, el novio de la joven empezó a trabajar en el chiringuito, sábados y domingos al principio, y por puro parentesco, pero pronto se convirtió en trabajo formal, no sólo porque el gordo sea un vago redomado y redomado, que lo es, sino porque prefería repartirse y pavonearse entre sus varios negocios, las tres tabernas de la ruta que regenta y ahora, especialmente, el bar de la plaza, centro de todas las neuralgias municipales y administrativas, así que delegó las tareas del río y durante dos o tres meses, más o menos, porque el verano siempre depende de la meteorología, el novio de la joven pasaba el día en el río. A veces, cuando, en días de mucho calor, algunos insomnes se quedaban junto al frescor del agua hasta la madrugada, el joven dormía en el chiringuito. La joven bajaba al río todas las tardes, se bañaba, nadaba con alguna precipitación autodidacta, se tendía al sol las horas muertas o mataba el tiempo en compañía del novio, tuviera éste poca o mucha tarea (siempre la misma al fin y al cabo: cervezas, refrescos, sangría y comistrajos industriales), charlando con unos y con otros, o haciendo solitarios en una mesa solitaria. Poco a poco, no obstante, la edad de los noctámbulos insomnes empezó a cambiar y fueron muchachos jóvenes quienes alargaron las madrugadas y quienes aprendieron no ya a trasnochar sino a vivir sólo de noche. Nunca me ha gustado esa moda, dijo el flaco samaritano, aunque la entiendo. La juventud está cansada de comprobar una y otra vez que los afanes de su vida son incompatibles con los de la vida adulta. Los adultos se adueñan del día y de la ciudad, ostentan el monopolio del tiempo y del espacio, y los jóvenes quedan relegados a la periferia de uno y otro. Por eso han terminado descubriendo que sólo les queda una opción: apartarse, alejarse, esto es, apropiarse de los lugares solitarios y de las horas intempestivas, vivir mientras la ciudad duerme. Por eso empezaron a retrasar las horas domésticas, el sueño, y así decidieron vivir de noche, recogerse al amanecer, vivir al margen y en los márgenes. Además, el invierno es frío y las noches de invierno frigoríficas, o sea, un obstáculo para la juventud noctámbula y lechuza, pero el verano no sólo ofrece todas las posibilidades abiertas de la noche, sino que dota a las horas nocturnas de la mayor gratitud y amenidad. Si a ello se añade la cercanía del agua, el frescor del río y la luz de las estrellas, nada más comprensible que las largas y estériles horas de los jóvenes en los alrededores del chiringuito y en una u otra orilla del río, o en



ambas, pues jóvenes insensatos había que cruzaban a nado de una a otra orilla, a veces por capricho, a veces en competición espontánea, a veces temerariamente, lo que ocasionó más de un sobresalto y más de un disgusto (un joven se ahogó dos veranos atrás). Además, el gordo, que como todo negociante es avaricioso, vio enseguida las ganancias de la moda y decidió mantener abierto el chiringuito toda la noche y pasar de los refrescos y la sangría a los licores de alta graduación. Y ése fue el momento en que la joven se hizo imprescindible y el momento en que el gordo la contrató y decidió confiar en la pareja para llevar el negocio del río. Con su supervisión, claro: bajaba muchas mañanas a inspeccionar. Y así han sido las cosas en los últimos tres años y así serían también en principio este año. Ahora nada volverá a ser como antes. Tú mismo puedes recomponer el panorama, Travel: el río, la pareja en el chiringuito, unas fiestas de pueblo y la desaparición de la muchacha. Naturalmente, siguió el flaco samaritano, cuando se tuvieron las primeras noticias tras las pandorgas y una vez que se comprobó que no estaba con la prima ni con la amiga, con las que a veces, en casa de una u otra (y viceversa), se quedaba a dormir, al primer sitio que acudimos fue al río. Algo sabíamos de una discusión y, al no encontrar al novio en casa, pensamos que podrían haberse reconciliado y estar celebrando la reconciliación a solas en el chiringuito. Pero en el chiringuito no había rastro de la joven. Estaba el novio, sí, triste y abatido, y solo, sentado a una mesa, haciendo un solitario. Había ido directamente de las pandorgas al chiringuito. Para estar solo, dijo. Estaba, por una parte, enfadado y tenía, por otra, ganas de llorar. Cuando la perfección se rompe no hay marcha atrás. La perfección, una vez contaminada, es irrecuperable. En la perfección las heridas dejan cicatrices permanentes. Ignoraba todo lo que pudiera haber ocurrido desde la discusión (que no fue una discusión, dijo, fue mucho peor) e ignoraba que la joven hubiera desaparecido. Allí lo dejamos, con su tristeza y su turbación. Fue después, al pensar que la tristeza y la pesadumbre pudieran no ser productos del amor y el desamor, del fin de la perfección, sino de la mala conciencia y de los remordimientos, cuando volvimos a buscarlo y cuando comprobamos no sólo que había causado grandes destrozos en las existencias del chiringuito, lo que acaso se debiera a la furia o a la desesperación, sino que también él había desaparecido, lo que resultaba más difícil de entender o de

explicar, pues, aplicando al hecho un estricto silogismo policial, esto es, anteponiendo la culpa a la desesperación (podría haber emprendido la busca por su cuenta con estrategia de enamorado), huir lo convertía en sospechoso, condición que, no sé si *primus inter pares* o al revés, compartía conmigo. Nadie ha vuelto a verlo. Por eso lo buscamos.

## 40

Nada dice el periódico del tipo de la camioneta, dije señalando con desolación las hojas esparcidas en la mesa plenaria. El flaco samaritano me miró compasivo y, como si hubiera advertido mi suspicacia y entendiera que estaba perdiendo la escasa confianza que podía lograr de mí en tal situación, o tal vez porque estuviera cansado de mi insistencia sobre el conductor de la camioneta, el caso fue que decidió ir administrándome algunas dosis inofensivas de información interna. No eres tú el único, dijo. Se detuvo un momento, como si no encontrara la palabra adecuada: sospechoso, pensé, tal vez detenido. Noé León ha procedido con sagacidad, continuó, porque has de saber que no hay caso que no resuelva el gran Noé León. Ante mi gesto de incredulidad, siguió hablando. No debería hablar, porque las gestiones policiales son secretas, pero te contaré algo, dijo. Y según hablaba no pude por menos que recordar el final de esa película que se desarrolla en Casablanca durante la guerra, en la que dos antiguos amantes se encuentran en una situación adversa, con la adversidad dolorosa del romanticismo cuando caduca, y en la que casi al final, tras un tiroteo que pondría en peligro la libertad del héroe, un policía corrupto pronuncia una frase memorable. Detengan, dice, a los sospechosos habituales. Ése era aquí el caso, en singular: el sospechoso. Se trataba, según contaba el flaco samaritano, de un delincuente común, conocido como el zotalito, del que se sospechaba o se sabía que carecía de escrúpulos menores (broncas, robos callejeros, asaltos a domicilio, tráfico de drogas) y se temía que, en según qué condiciones,

careciera también de escrúpulos mayores. Contaba, además, con antecedentes adecuados para el caso presente, a saber: había sido vecino tiempo atrás de la joven desaparecida (la diversidad domiciliaria es consustancial al delincuente social), había proclamado hasta la extenuación su devoción por ella y precisamente a causa de esa devoción (de sus manifestaciones, de sus secuelas) se había peleado con el novio de la chica en la madrugada de un viernes de feria y música y ginebra. Parece, incluso, que el delincuente había llegado a blandir una navaja con cierta compostura marcial, un baile de esgrima suburbial, barriobajera, que habría puesto en apuros a su adversario si no hubieran intervenido los presentes primero y la autoridad municipal después. Como el altercado había tenido lugar quince o veinte días antes de las pandorgas (hace apenas un mes, dijo), cabía inferir que el delincuente pudiera haber buscado el desquite, la revancha, la propia satisfacción o tal vez pretendía darle una lección a su rival: conmigo no se juega, algo así. En todo caso, había que investigarlo, pero parecía poco razonable que para vengarse del novio tuviera que asaltar, atacar, raptar, violar y acaso asesinar a la joven desaparecida, aunque, una vez iniciado el desvarío, hasta el desenlace más trágico podría deberse a una contingencia psíquica imprevista. Dado el carácter compulsivo del delincuente, su inestabilidad psicológica y la inconsciencia de su cerebro, incapaz de comprender y menos aún de aplicar principios morales y legales a su comportamiento, podría haber decidido, sin mucha reflexión previa por otra parte, tal vez incluso impulsado por las circunstancias y el azar, vengarse del novio de la chica por persona interpuesta, hacerle sufrir hiriendo, profanando, humillando, privando de vida y de sentido a la persona por la que el novio de la chica estaría dispuesto a matar y a morir. Si hubiera sido así, habría que demostrar, en segundo lugar, que el delincuente había estado en las pandorgas y venerandas en los días de autos. Ahí precisamente empezaban los problemas, ahí naufragaban las teorías criminales del gran Noé León. Los amigos de la joven (la amiga, la prima, el novio de la prima) no recordaban haberlo visto en Casas del Juglar, ni antes, ni durante, ni después de la discusión que separó a los enamorados. Sí habían visto, en cambio, al forastero de la mochila y prestado testimonio con total rotundidad. Pensaba Noé León, no obstante, que, en el caso de que pretendiera vengarse y si fuera otro el sospechoso, tendría tal vez la suficiente

astucia como para no hacerse visible, para no pregonar con su presencia sus turbias intenciones y proporcionar pruebas de sus andanzas a los testigos. Sería éste un argumento que, por lo mismo, podía favorecer al forastero de la mochila, o sea, a mí, pero, dado el carácter habitual del delincuente, no parecía que Noé León tomara muy en cuenta esa variable. Por lo demás, averiguaciones inmediatas al margen de la pandilla arrojaron otro resultado: el delincuente no había salido de Murania en los días aciagos. De modo que, para mi consternación (es un modo de hablar: todo esto había pasado ya, antes de que el flaco samaritano me lo contara), fue devuelto a la libertad de las calles, a las broncas, a los robos a domicilio y a los trapicheos estupefacientes. Lo conozco bien, dijo el flaco samaritano, y pongo la mano en el fuego por su inocencia. Y te diré más, añadió: si hubiera estado en las pandorgas y hubiera advertido el peligro que se abatía sobre la joven, mal lo hubiera pasado el forastero con mochila.

## 41

Como no es fácil elegir entre dos penalidades, no sabría decidir si era peor el arca o el calabozo, si la culpa incierta o la página trece, pero fueron las revelaciones de la página trece las que me atormentaron durante la noche, la primera noche en el interior del arca de Noé. Se había marchado el flaco samaritano, había vuelto el gordo guardián (por más vueltas que le di, nunca llegué a entender la heterodoxia de mi cautiverio), se había tumbado en uno de los camastros y enseguida se hundió en las plácidas profundidades de un sueño a reacción. Aunque en otras profundidades, turbias, lóbregas, yo también me hundí: en el otro camastro, en la oscuridad, en la tribulación. Pasaba el tiempo sin pasar, en su más persistente eternidad. Y yo, preso de las pesadillas de la vigilia, rendido y acobardado, no hallé más refugio que medir el compás de los hondos rebudios (*sic*) del gordo guardián, los intervalos, el volumen, el estremecimiento. En vano intenté evocar películas de presidiarios

y penitenciarias, de soledades y desiertos: sólo la agitación de la noche imponía su presencia. Tal vez en algún momento de la madrugada llegara hasta el arca el lamento lejano del cantor, quiero que lo quieras tú, que lo queramos los dos, ecos acaso de la cueva forajida, secretas endechas de la mansión de Santa Bárbara, pero, como al cabo de las horas me dormí, tuve que desconfiar de mis sentidos y poner en duda la veracidad del canto. Más aún, y sobre todo, porque, cuando desperté, el gordo guardián había desaparecido. Si mi sueño había vencido al furor del centinela, si se había prolongado contra viento y huracán, si se había, en fin, sobrepuesto a su despertar y a los ajetreos de su marcha, entonces toda la información procedente de mis sentidos había de quedar en suspenso, y sin confirmación. Lo cierto en cualquier caso es que el gordo guardián había desaparecido y que yo estaba solo. No sabía realmente ni en condición de qué ni en qué condición estaba en el arca de Noé, pero enseguida comprobé las evidencias: estaba encerrado. Tal vez el gordo guardián habría cumplido su turno, pensé, y, ante la ausencia o la tardanza del flaco samaritano, había abandonado la vigilancia. Tanto daba. Yo estaba solo y encerrado, cautivo en el corazón de la sierra.

## 42

Oí entonces el motor del coche patrulla. Han pasado los años, pero estoy seguro de que, si sonara ahora mismo en la calle ese motor, lo reconocería sin vacilación. Más aún. Si al modo como los expertos proceden en las catas o demás probaturas sensoriales (vinos, aromas y gastronomías) yo tuviera que distinguir entre un sinfín de motores, identificaría sin vacilar el ruido del motor del coche patrulla: hasta tal punto forma parte de mi experiencia y mi memoria. Tracé enseguida la cronología de la aurora, a saber: relevo o cambio de turno al amanecer, retraso del flaco samaritano, aburrimento del gordo guardián, o impaciencia, y abandono del arca desoyendo la trama (si

no las órdenes) de Noé León. Ahora, pensé, el coche patrulla devolvía al flaco samaritano a la vigilancia. Me levanté del camastro y, al comprobar que el gordo guardián había cerrado el arca con llave, imaginé otro procedimiento: regreso del gordo guardián en el coche patrulla a la ciudad, encuentro puntual con el flaco samaritano en el aparcamiento municipal, relevo, regreso del flaco samaritano en el coche patrulla al arca de Noé. Si así fuera, habría un tiempo muerto en la vigilancia, media hora tal vez, una hora acaso, y el arca carecería de protección, correría peligro el prisionero, podría huir. Así andaba cavilando, desglosando la cronología del cautiverio, cuando oí rumor de pasos. Me invadió enseguida una sospecha. Fuera quien fuera, parecía querer amortiguar el ruido, se acercaba con sigilo, como si no quisiera que se advirtiera su presencia. Podría tratarse de algún cazador furtivo, alguno de los pescadores clandestinos que cogían ranas (ignoro si las ranas se cazan o se pescan) en la orilla del río para venderlas luego a precios subrepticios en la plaza de abastos. Pero me equivocaba: ni cazador, ni pescador. Me asomé al ojo de buey y lo vi venir. Era un tipo sucio y desgredado. El perfil de su rostro mostraba todos los indicios de la sospecha y en su indumentaria (vaqueros desastrosos y camisa lóbrega) la inmunodeficiencia sobrepasaba a la inmundicia. Si no hubiera estado cerrada con llave el arca de Noé, habría tenido miedo. Incluso estando cerrada lo tuve: cuando el tipo, al verme, se detuvo. Me miró fijamente con sonrisa boba y ganas me entraron de retirarme, pero, sabiéndome protegido, preferí mostrar algo de coraje y mantenerme quieto, inmóvil, impasible. El forastero de la mochila, dijo y remató la afirmación apuntando con el dedo y emitiendo una risita estupefaciente. No contesté. Y por la risa supe. Alguacil, alguacil, me dije. El forastero de la mochila, insistió. Repitió la frase, el gesto y la risita. Seguí sin contestar. Sorteó entonces el foso del león, se acercó al ojo de buey (que, por ventura, tenía una reja en cruz), abrió las manos en aspersion y dijo: Uhfff, como si quisiera darme un susto en ultra alta frecuencia. Me lo dio, de hecho, y por eso, apagado el coraje, me aparté. Emitió otra vez su risa tonta de alguacil alguacil. Luego oí que se alejaba y respiré, y suspiré. Supuse que su llegada al arca había sido casual y, aliviado, recobrado el ánimo, me asomé de nuevo al ojo de buey para verlo marchar. Lo que vi entonces me desconcertó. Daba vueltas en torno al foso del león como sonámbulo, se

detenía, fijaba los ojos en un punto y tanteaba con la mano, como si buscara huevos en un nido de tórtolas. Así probó en tres o cuatro sitios. De pronto se detuvo. Tate, cartucho, dijo y volvió a aguzar su risa. Se acercó entonces a la puerta con decisión. Cantaba.

¿Dónde están las llaves,  
matarile rile rile?  
Donde están las llaves,  
matarile rile ron,  
León.

Agitaba la mano como un ilusionista al que le ha salido bien el truco. Entonces entendí y se acrecentaron mis temores. Había estado buscando la llave, la había encontrado y se disponía a entrar en el arca de Noé. Ya estaba abriendo, ya entraba. No era, pues, un visitante casual. Había estado al acecho y había aprovechado el tiempo muerto entre la huida del gordo guardián y la llegada del flaco samaritano. O peor aún, pensé: estaba compinchado con uno de los dos (o con los dos) para quedarse a solas conmigo en el hondón del arca. Me matará, pensé, acabará conmigo. Lo pensaba en sentido figurado, ciertamente, no creía que fuera a liquidarme, pero bien podría romperme todos los huesos y dejarme malherido. Su aspecto de delincuente barriobajero y artista de toxicomanía hacía temer lo peor. Un espíritu vengador, me dije. Abrió, pues, la puerta y entró en el arca de Noé. Yo me fui retirando poco a poco, me coloqué detrás de la mesa plenaria, dispuesto a no sabía qué, a mitigar los golpes acaso. Tranqui, tío, dijo, siéntate. Y me senté en una silla. También el tipo se dispuso a sentarse, en una banqueta, la banqueta cruciforme precisamente, y, no sé por qué, anticipé *in mente* un episodio de cine mudo, pero no dije nada. Y, en efecto, en el momento justo en que se sentó, dada la irregularidad de las patas de la banqueta, por una parte, y dado el estado poco ágil del disidente, por otra, el caso fue que cayó hacia un lado con tanto estrépito y tanta barahúnda, que no pude por menos que evocar el topetazo del gordo guardián y a duras penas evité la risa. Cuando se saben dueños de la fuerza y son además partidarios activos de la violencia, las víctimas de su propia torpeza se consuelan con la exageración de sus recursos, de modo que, si ya el tipo venía a algo concreto

y con malas intenciones, la caída, tan ridícula, se volvía claramente en mi perjuicio. Más dura será la caída, me dije. Pero no me reí. Pensé incluso echar a correr: la puerta estaba abierta. Tampoco lo hice: no quería zozobrar en el foso del león. Desde el suelo el tipo empezó a reír de modo incontenible, no con la risa tonta del principio, sino a carcajadas y espasmos, unas carcajadas que se alimentaban a sí mismas y duplicaban o multiplicaban la convulsión del ángel caído, muerto de risa en el suelo e incapaz de controlar sus contorsiones. Tardó un buen rato en reponerse, más yo creo de la risa que del costalazo, cosa que me tranquilizó. Gran consuelo es, sin duda, saber ver la parte risueña de la propia desgracia. Y cuando al fin se repuso, se levantó con mucha parsimonia, probó de nuevo la geometría de la banqueta (sin sentarse), desestimó finalmente su inestabilidad y eligió el camastro del ojo de buey, donde se tumbó a conciencia. No sé qué me sorprendió más, si que durante un rato se limitara a mirar sin decir nada, como si estuviera hundido en graves reflexiones, o que, cuando habló, dijera lo que dijo. Vengo a echarte un cable, dijo. Me miró y al ver mi cara, alucinada y boquiabierta, y temerosa, según creo, volvió a la risa tonta. A echarte una mano, tío, aclaró. Me pregunté (estupefacto, supongo) si pretendería hacer negocio conmigo, proporcionarme alguna sustancia tal vez, una solemne tontería, porque yo carecía de recursos, pero me equivocaba de nuevo. No, no, dijo al advertir mi perplejidad, vengo a socorrerte, en serio, de verdad, en serio. Por éstas, añadió besándose las puntas de los dedos en piña. Te ayudaré a escapar, dijo. Con una condición, añadió: jurar por lo más sagrado que era inocente. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, dijo riendo. Juré, naturalmente. Lo sabía, dijo, un tío legal. Y cuando le pregunté por qué (por qué la seguridad, por qué la ayuda) me contó sus razones. Soy el zotalito, dijo. Ex delincuente, puntualizó, y era como una presentación, una tarjeta de visita desmentida a continuación por el currículum. En este puto pueblo, decía, cada vez que pasaba algo iban a por él. No podía negar que en muchas ocasiones estuviera metido en el ajo, porque había participado en muchos ajos, dijo, en cosas menudas, trapicheos, pero en otras muchas ocasiones se enteraba de que había pasado algo cuando los alguaciles aporreaban su puerta y se enteraba de qué había sido cuando lo llevaban en el coche patrulla o cuando el puto Noé se lo contaba. El puto Noé (rara vez mencionaba a Noé



León sin anteponerle *puto*) a veces intentaba engañarlo, inventaba historias falsas, falsos tirones, falsas papelinas, falsas navajas, para ver si el zotalito lo interrumpía, le llevaba la contraria, se delataba en suma, todo por averiguar si tenía algo que ver en el asunto o si sabía quién tenía que ver. He dormido en este chozo más noches que en mi casa, dijo. Pero no siempre funcionaban las técnicas del puto Noé. El zotalito no se chupaba el dedo. Por eso quería echarme un cable, dijo, para fastidiar al puto Noé. También, dijo (y eso parecía para él cuestión menor), porque sabía que yo no había sido, que yo no había hecho nada, si es que algo se había hecho. Ni siquiera el puto Noé tenía idea de lo que había pasado. Por eso iba dando palos de ciego, dijo. Por eso me detuvo a mí, forastero con mochila. Por eso aplicó el protocolo de costumbre y detuvo al zotalito. Porque no sabía cómo solucionar el embrollo. Y si algo temía más que nada Noé León, por su prestigio, por su obstinación, por su currículum, era dejar un caso sin resolver. Ahora bien, no sólo Noé no sabía, nadie (y subrayaba con esmero *nadie*) sabía lo que había pasado, salvo el que hubiera cometido la fechoría, si es que había habido fechoría. El zotalito tenía las cosas claras. En este puto pueblo hay dos tipos de gente: unos son tontas del culo y otros tontos de los cojones. Pero a él no le engañaban tan fácilmente, nadie, ni el puto Noé, ni nadie: el zotalito tenía la sospecha de que no había pasado nada, de que en el fondo había una trampa, quizás del puto Noé. Tenemos que abrirnos, dijo de pronto. Se levantó del camastro y se dirigió a la puerta. Yo seguía tras la mesa plenaria. Desde fuera me apremió a dejar el arca de Noé. Deprisa, dijo, deprisa.

En la misma puerta estaba cuando oí ruido de motor detrás del arca, anuncio inconfundible del coche patrulla. Me quedé paralizado al pronto, temeroso e indeciso. El zotalito, en cambio, no dio muestras de haber oído nada y avanzó bordeando el foso hacia la salida. Sólo al advertir que no lo

seguía se volvió y me apremió (vamos, tío, dijo), pero no porque hubiera percibido la llegada del coche patrulla. Yo no me moví. No sabría decir qué pensamientos se amontonaron en mi mente, si sopesé en la balanza de las incertidumbres las ventajas y los inconvenientes que se derivarían del disparate de seguirlo y volver acaso a las inclemencias de la cueva forajida o del despropósito de quedarme bajo la vigilancia del gordo guardián y del flaco samaritano, si sospeché que había empezado a seguirlo tan dócilmente más por miedo o por inercia que por afán de libertad, si se había apoderado de mí tal indolencia que prefería acatar y cumplir órdenes antes que cuestionarlas, si a los ecos de la antigua disciplina militar se había sumado el desconocimiento de la disciplina penitenciaria o cualquier variante solidaria del síndrome escandinavo. No lo sé. Lo cierto es que todavía no me había movido de la puerta (había abandonado la protección de la mesa plenaria, había iniciado la salida, tampoco sé decidir a estas alturas con cuánta determinación) cuando el flaco samaritano apareció bajo el arco matorral del foso, por detrás del zotalito, sin que, por otra parte, pareciera sorprenderse en exceso, falta de sorpresa que a mí, en cambio, sí me sorprendió y me hundió en sombrías cavilaciones y en negras y turbias desconfianzas. A dó irá el buey que no are, dijo, salutación que no alcancé a entender y que molestó sobremanera al zotalito. Empezaron por ello a discutir. El flaco samaritano le reprochaba que, habiendo estado detenido de modo preventivo en relación con los hechos y puesto luego en libertad, no tuviera mejor ocurrencia que presentarse en el arca de Noé a saber con qué nobles (*sic*) intenciones, más aún sabiendo que todo el mundo estaba al tanto de sus sentimientos. Qué sentimientos ni sentimientos, replicó airado el zotalito e hilvanó de memoria la letanía de su desgracia, los perjuicios que su condición le acarreaba, la mala suerte de estar siempre en el centro de la sospecha del delito, ser siempre el único pringao, y en tanto que hablaba, con cierto disimulo, como de puntillas y agitando los brazos en un extraño y desacordado compás, como el soporte gestual de entonación de un mal actor, pretendía sortear el obstáculo que el flaco samaritano suponía en el sendero del foso. El flaco samaritano, entretanto, sonreía. Y cuando el zotalito hizo el último movimiento, el arranque de fuga, el flaco samaritano, también como sin querer, jugando al despiste, movió la pierna en quiebro deportivo casi a ras de

suelo, con marrullerías de zaguero, y el zotalito trastabilló y cayó con tanta contundencia como había caído un rato antes de la banqueta cruciforme. En esta ocasión, sin embargo, no hubo risa tonta, sino lamentos, protestas y maldiciones. Quien sí rió fue el flaco samaritano, y riendo y dando pábulo a su risa con fórmulas de película (resistencia a la autoridad, tienes la obligación de permanecer en silencio, todo lo que digas se usará contra ti, etcétera) le ayudó a levantarse, sin demasiados miramientos, por cierto, ni contemplaciones, le retorció un brazo, lo esposó y le propinó un torniscón risueño. Entraron ambos en el arca de Noé y se sentaron, uno en un camastro y otro en una banqueta triangular.

## 44

Más concretamente, el flaco samaritano se sentó en el camastro y el zotalito, escarmentado, escogió la banqueta triangular. Habiendo sido testigo del episodio anterior, era digna de ver la precaución con que el zotalito (que ahora además estaba esposado, las manos a la espalda, y doblemente dolorido) examinó la banqueta. La movió primero con un pie para evitar las irregularidades de la superficie del arca y se sentó luego con suma levedad, como en levitación inversa, o como esos astronautas que aparecen en el cine documental privados de gravedad y, por ende, etéreos. O como si el arca de Noé se moviera en los ajetreos del diluvio zarandeado por los vientos y las olas. Así descendió el zotalito sobre la banqueta. Enseguida retomó el hilo de sus lamentaciones y culpó al flaco samaritano y al gordo guardián de sus desventuras, pero culpó sobre todo al puto Noé. Desmenuzó durante un rato sus argumentos: pasados, presentes y futuros. El flaco samaritano lo miraba entretanto sonriendo y silencioso, como si estuviera esperando algo, pensé. Tal vez estuviera buscando una explicación para Noé León, o una justificación ante los mandos superiores: cómo era posible que el zotalito hubiera encontrado la llave del arca, matarile, por qué estaba allí, quién le

había informado sobre el paradero secreto (arcano, diríase) del forastero de la mochila, si sería culpa del gordo guardián o del propio flaco samaritano, etcétera. De modo que tal vez discurrieran paralelas, simultáneas y divergentes la inane locuacidad del zotalito y los flacos pretextos del samaritano. Hasta que este último se cansó. Cierra el pico, dijo, que me duele la cabeza. Pero el zotalito no cerró el pico, sino que cambió de conversación y, poco a poco, no sin torpeza, pero con énfasis, expuso su teoría sobre el extraño caso de la joven desaparecida. Precisamente porque sus sentimientos eran poderosos además de incombustibles sabía de la parejita más que nadie y, desde luego, más que el puto Noé. Qué sentimientos ni qué sentimientos, exclamó el flaco samaritano entre risas, pero el zotalito no atendió a la broma, o lo que fuere. Si había empezado a haber dificultades entre la pareja, dijo, ni había sido culpa suya (del zotalito), ni había sido justo al llegar las pandorgas. Las dificultades venían de atrás, de antes incluso que el zotalito le cantara las cuarenta al enamorado. Más aún, dijo, la pelea en que lo detuvieron una vez más (la noche del viernes de feria), fue precisamente por esas dificultades. Cuáles eran exactamente las dificultades, en qué consistían, no podía decirlo, esto es, no lo sabía, tal vez nadie las supiera, tal vez incluso sólo fueran quimeras y fantasmas de enamorados, pero sabía que eran ciertas e incluso, para un buen observador, evidentes. Y, según sospechaba, algo tenía que ver en la discordia el puto pávito. Qué había pasado, no lo sabía, pero algo había pasado, algo había enturbiado la armonía, y en ese algo no podía saberse a quién correspondía la culpa y a quién el tormento, quién había quebrado la perfección y a quién había herido con la quiebra. Antes o después lo averiguaré, dijo, y cuando lo averigüe ya veré lo que hago, que el amor es cosa confusa, enrevesada. El amor es fortuito, frágil, aleatorio y tangencial. De sobras lo sabe tu colega. El amor es ambiguo y fatigoso. El amor cansa. El amor es adversidad y sólo adversidad. Qué sabrás tú del amor, dijo el flaco samaritano. Yo soy un delincuente, dijo el zotalito, y sé más que tú de muchas delincuencias. Y sé que es un alivio que nadie te quiera, porque entonces, a solas, no tienes tampoco ninguna obligación. Tú, en cambio, eres un tonto del culo, subrayó, y un bobo de los cojones. El flaco samaritano se levantó del camastro y se acercó al zotalito con el índice acusatorio enhiesto, visiblemente ofendido, casi furioso. No me busques que me encuentras,

zotalito, amenazó. Por un momento temí que cantara el gallo, esto es, que un golpe o un empujón diera por tercera vez con el zotalito en tierra, pero el flaco samaritano se contuvo. Por tu culpa tengo ahora un problema, dijo, agitando todavía el dedo del gatillo. Y el problema era que no se atrevía a tomar una decisión: o marcharse con el zotalito a los dominios carcelarios urbanos de Noé León y dejarme, por tanto, solo en el arca, como había hecho el gordo guardián cuando se cansó de esperar, o quedarse en el arca con los dos todo el santo día, hasta que con el cambio de turno volviera el gordo guardián. Aunque no lo decía, creí advertir que la indecisión provenía del miedo a equivocarse, de no saber tal vez cómo reaccionaría Noé León según optara por una u otra solución. Mal estaría dejarme solo y mal estaría también no comunicar a la superioridad la irrupción del zotalito en el refugio clandestino de la penitenciaría, pero era incapaz de adivinar qué error o qué desorden pesaría más en el fiel de las ordenanzas. No hay nada peor que enfrentarse a un falso dilema, como, por ejemplo, en el caso del flaco samaritano con respecto a nosotros aquella mañana de julio, tener que decidir si quedarse con los dos o marcharse con el zotalito y dejarme solo en el arca, cuando (de ahí la falsedad del dilema) sabía sobradamente (y lo reconocía) que ninguno de nosotros tenía culpa de nada. Hay otra solución, dijo de pronto el zotalito. El flaco samaritano lo miró con cara de asombro, como si considerara imposible que de aquel espíritu consumido pudiera surgir alguna variante en la irreversible trama (o batalla) del tablero. Podemos irnos todos, expuso el zotalito su propuesta. Por separado, añadió: yo a mi casa, el forastero a su tierra y tú a tomar por el culo. No pudo reprimir su risa tonta y el flaco samaritano le arreó un sopapo al pasar, bien por la risa tonta, bien por la orientación que le había tocado en suerte, pero se quedó luego pensativo. El zotalito tenía razón. Al fin y al cabo sólo proponía lo que tal vez hubiera ocurrido si el flaco samaritano se hubiera retrasado un poco más y, aunque en parte sería culpa suya por el retraso, sería más culpa del gordo guardián por no haber esperado el relevo. Por mi parte, no sabría decir si finalmente, como mal menor, decidió permanecer con los dos en el arca o si, por el contrario, sólo dejó pasar el tiempo a la espera de que las circunstancias y la inercia de las horas o las veleidades del azar decidieran por él. Si pudiera dar marcha atrás en el transcurso del tiempo, eliminar una hora del día, hacer que no

hubiera pasado lo que había pasado, lo haría sin vacilar, pero advertía también que estaba sustituyendo un dilema por otro, a cual más falso, y que, así las cosas, le había sobrevenido un día tonto y habían caído sobre él unas circunstancias del todo inoportunas. Lo cierto en cualquier caso es que el tiempo fue pasando y que allí seguíamos los tres, yo junto a la mesa, el zotalito esposado en la banqueta y el flaco samaritano alternando el sosiego y la inquietud, a veces en el interior del arca y a veces en torno al foso, reo de esos paseos articulados, propios de salas de urgencia en hospitales, que no calman al paseante y atacan los nervios de todos los demás, pacientes e impacientes. Tranqui, le dijo el zotalito cansado de tanto ir y venir. Qué sabrás tú, replicó el flaco samaritano. Si yo te contara. Eh, eh, atajó el zotalito, no me cuentes tu vida.

## 45

El caso fue que, como el flaco samaritano no abandonaba su hormigueo y el zotalito, incombustible, era incapaz de controlar su locuacidad, llegó un momento en que el primero, no sé si para callar al segundo o por matar el tiempo, inició una suerte de interrogatorio en el que yo era mero espectador. No se trataba de un simple arrebató confidencial, sino de un currículó, de un resumen biográfico. Y como la fatalidad mueve a compasión y como la reincidencia en sinsabores es un claro signo de los furores del destino, el zotalito se ganó mis simpatías. Cómo está tu madre, preguntó el flaco samaritano, no sé si con sorna. De puta madre, respondió el zotalito. Volvió a moverse el índice en el aire acusatorio. Que le den, dijo el zotalito. Y como para que yo entendiera tal diálogo decidieron desgranar el contexto en la lenta mañana del arca de Noé. Por lo que hablaban, el zotalito había tenido una infancia desdichada y una vida en consonancia con esa desdicha. Había también una personificación de la culpa: su puta madre. Más con mis palabras que con las suyas, si se me permite la licencia (todas las palabras

aquí vienen a ser mías), cabría decir que las siguientes serían, si lo fueran (y muchas lo son), sus palabras. Yo, Travel, soy delincuente, dijo el zotalito. Pero te diré que uno no se hace como es así porque sí, uno se hace como lo van haciendo poco a poco los demás. Yo al menos me hice así, unas veces a favor y otras en contra. En ocasiones uno se comporta del modo que más agrada a los demás y en ocasiones del modo que más les molesta, y así, combinando agrados y molestias, es como uno se va haciendo y se hace. Lo normal es que haya equilibrio entre el agrado y la molestia y por eso la mayoría de la gente ni es mala ni es buena, sino mala a medias y a medias buena. Pero cuando prevalece en exceso uno de los elementos, sea el afán de agradar o sea el afán de fastidiar, entonces la cosa pinta mal, porque quien se excede en el afán de complacer se hace un buenazo y, por tanto, un infeliz, y quien se excede en el afán de disgustar se hace rebelde o, como es mi caso, delincuente. O sea, un infeliz. Toda la culpa es de mi madre (en adelante omito el epíteto *puta*). No te imaginas cómo era mi madre cuando yo era chico. Después cambió, pero ya era tarde y además me importaba una mierda. Hay culpas que no admiten penitencia, que no se pagan nunca por mucho empeño que se ponga en ello, que duran siempre. Cambió, digo, pero preferiría que no hubiera cambiado, porque el cambio era para ella un consuelo y para mí, sin embargo, una limitación, un obstáculo, un estorbo. Sobreviví, no obstante. Yo veía de chico cómo las madres de otros críos, de mis vecinos, la madre de la muchacha desaparecida, por ejemplo, la madre del novio, incluso la madre del puto pávito, y otras madres de otras gentes, se desvivían por los chiquetos, los llevaban, los traían, los acercaban al parque, les reían las acrobacias en los columpios, les compraban golosinas en el quiosco, organizaban fiestas de cumpleaños, todo ese carnaval de niñerías. Tú lo sabrás mejor que yo, que tú parece que has sido afortunado. Pues bien, mi madre no era así, sino todo lo contrario. Para ella yo era un criado, un siervo, un puto esclavo. A mi madre, por ejemplo, le gustaban los caramelos de limón, unos que llaman limonitos, ahora los tiene aborrecidos, pero cuando yo era chico le gustaban mucho, y me mandaba al quiosco a comprarlos y no sólo no me dejaba comprar para mí chokolatinas (ya entonces el chocolate era mi perdición), sino que contaba los de limón que le traía por si me había comido alguno en el camino. Los contaba, sí: se vendían por pesetas, no al

peso, como ahora. El peso y la peseta, qué curioso. Ahí empezó mi delincuencia. De vuelta del quiosco, mientras veía a los otros críos en los columpios, me comía un limonito, a veces dos o hasta tres, y cerraba luego el envoltorio en hueco. Mi madre nunca pensó que fuera culpa mía, porque sabía que le tenía miedo, sino del fabricante, que daba así alivio a su codicia. Si alguna vez pensó que fuera culpa mía no lo dijo, porque no estaba tan pendiente de los limonitos huecos como de mis olvidos. Nada le hacía tan feliz como que yo olvidara sus recados, y el caso es que los olvidaba muchas veces, porque soy de natural distraído y estaba siempre en Babia. Cómo acechaba mi llegada, con qué ardor deseaba que me hubiera olvidado de los putos limonitos y con qué furia se vengaba en mis carnes del olvido. Nunca tuvo conmigo modos de madre ni maneras. Nunca me llevó al parque, ni celebró mi habilidad en los columpios, ni me organizó fiestas de cumpleaños. Siempre prefirió su vida cómoda, de puta madre. En mi cumpleaños, se limitaba a darme un tirón de orejas y a decir la misma gilipollería año tras año. Ya no eres un niño, decía, ya eres mayor, así que compórtate como las personas mayores. Ni una chocolatina, ni un juguete. Sin embargo, el día de su cumpleaños era especial y retorcido, más aún que el olvido de los limonitos. Se sentaba de mañana en el sofá y ponía cara de sufrimiento. No era por miedo a envejecer o porque adquiriera conciencia del envejecimiento, no, su desidia no daba para esos pensamientos: era para comprobar si a mí se me olvidaba. Una vez, de chico, le tiré de la oreja. Ya no eres una niña, le dije, ya eres mayor, y me arreó un sopapo. Otro año lo olvidé. La vi sentada en el sofá, pero, en mi inconsciencia, no reparé en la cara de sufrimiento. Fue peor. O fue mejor. Depende del punto de vista. Se duplicaron los sopapos y sus lamentos llegaron hasta los oídos de la providencia. Con lo que había hecho por mí, decía, la trataba como a un trasto viejo, como a un mueble inútil, como a un trapo sucio. Que toda la artillería del chantaje, pensé, se resuelve en la retórica. Otro año no lo olvidé. Feliz cumpleaños, dije al verla en el sofá, y en su rostro se reflejó una amargura sin límites. Hasta tal punto disfrutaba la hijaputa con el olvido, hasta tal punto deseaba que olvidara los limonitos, que olvidara el cumpleaños. Prefería el olvido a la felicitación, porque el olvido le daba derecho a la amargura y la felicitación, en cambio, la condenaba a la bondad. Desde que advertí la intensidad de sus ansias, no



recuerdo si a los ocho o nueve años, no volví a felicitarla: o lo olvidaba de veras o lo olvidaba aposta, más lo segundo quizás que lo primero, que la memoria está más presta a las maldades, pues así me divertía viendo la secuencia entera del melodrama, el ridículo regocijo de su disgusto. La veía sentada en el sofá el día en cuestión, la miraba con el ceño fruncido y salía a la calle a jugar con los chavales. Entonces me llamaba y se desahogaba a mi costa y a costa de mis costillas, qué curioso. Ahí empecé a odiarla. Y ahí empecé a hacerme delincuente. Robaba chokolatinas en el quiosco cuando compraba los caramelos, por ejemplo, pero sobre todo, además de los caramelos huecos, decidí rebozar un par de limonitos con zotal. No te puedes imaginar lo que sentí viendo las consecuencias. Ocurrió en el último cumpleaños que olvidé. La vi sentada en el sofá como otras veces con su cara sombría, víctima del sufrimiento anual de sus pecados. Enseguida supe lo que ocurría, porque ya me había acostumbrado a la escenita, y por eso disimulé. Pero aún más la irritó advertir que el olvido era intencionado, malicioso y malintencionado. No hace falta que cuente los detalles, la cólera que desplegó contra mi olvido y mi desaire, la furia con que me golpeó y me pateó el mondongo. Decía eso con frecuencia: te pateo el mondongo. Yo tenía trece años y mientras me retorció en el suelo bajo los golpes (primero a mano, después a pie y finalmente a badila, o sea, sopapos, patadas y badilazos, evitando darme en la cabeza, pero repasando con la badila el resto del cuerpo, por fortuna para mí de forma plana, que si me da de canto allí me quedo), mientras me retorció, digo, y me defendía con llantos y con súplicas, decidí que era la última vez, que aquella paliza era la última. Además, ya me daba vergüenza seguir haciendo recados de mocosos, así que ese mismo día por la tarde recurrí a la estrategia del zotal. En contra de mi costumbre, cuando le entregué la bolsa de caramelos no salí huyendo, sino que me quedé viendo cómo se zampaba los limonitos. Los devoraba. No dejaba que se deshicieran lentamente en la boca, que es como deben comerse caramelos y como se come el chocolate, retardando el sabor, no, ella los masticaba, los trituraba con los dientes, se oía en su boca ruido de cristales mientras los comía, y es más, los comía de tres en tres. Y allí estaba yo esperando el milagro del zotal. Que, naturalmente, se produjo. Hizo unas muecas raras de pronto, como si le extrañara el sabor, pero fue apenas un parpadeo de sorpresa. Enseguida

engulló otros tres limonitos, para matar el sabor, no sé, y en esa nueva ración debía de ir más zotal, porque de pronto empezó a sudar, la cara se le volvió azul, le castañeteaban los dientes y los ojos miraban con desvarío, como si quisiera encontrar una explicación a su malestar en las paredes, en el techo, en todo, menos en mí, que la miraba sonriendo, entre el asombro y la satisfacción. Luego se derrumbó sobre el sofá, resbaló y cayó al suelo. Entonces gritó. Me muero, hijo, dijo la hijaputa. Ojalá, dije. Me acerqué, le tiré de la oreja y le metí más zotalitos en la boca para que fueran haciendo efecto y compañía a los anteriores. Feliz cumpleaños, dije. Y me fui y la dejé en el suelo, convencido de que se moriría (yo había visto morir ratas y hasta un gato) y de que ya no tendría que soportar más su maldad. Después vi que un tipo dejaba una motocicleta junto al quiosco y no tuve mejor ocurrencia que dar una vuelta en moto. Me pillaron, porque a mí siempre me han pillado. Me han pillado incluso cuando no he hecho nada, tú ya lo has visto, así que qué te voy a contar. Me llevaron a casa tirándome de la oreja. Pensé que no era mi cumpleaños, pero que me daban a mí los tirones que no le darían a mi madre. Era un alguacil nuevo, un puto novato, que quería hacer méritos ante el puto Noé. ¿Desde cuándo tienes moto tú, agostini?, me dijo el tonto del culo en plan gracioso. Pretendía contarle a mi madre la travesura para que ella se encargara de guiarme por el buen camino. Fíjate que mi fechoría la salvó. Seguía tumbada en el suelo, inconsciente. Yo pensé que estaba muerta. Pero no. Se la llevaron al hospital y la reanimaron. De no haber cogido la motocicleta hubiera muerto y por eso me arrepiento de haber pillado la puta motocicleta, porque hubiera preferido que muriera. Ahora me da igual. Cuando volvió del hospital era otra. Hijo mío, dijo. Que te den, dije. Empezó a tratarme bien, a mimarme, a preparar las comidas que me gustaban, como si quisiera ganarse mi cariño. Ya era tarde. Y además era mentira, sólo miedo, puto miedo. Pero a mí ya no me importaba nada. Es más. A veces la amedrentaba. Preguntaba si quería limonitos del quiosco y le entraban todos los temblores y, como temblaba, yo no sólo preguntaba, sino que a veces le tiraba un limonito a la cara, como se tiran sobras a los gatos, ahí va, le decía, un zotalito, y casi le daba un patatús. De ahí me vino el alias, dijo: el zotalito.

Eso es todo. Dejaron pasar lo de la motocicleta por ser la primera vez y porque les dio pena la vieja. Con la segunda motocicleta, sin embargo, no me perdonaron y me hice delincuente profesional. Puto alguacil, concluyó.

## 46

Se levantó en esto el flaco samaritano, golpeó con el pie la banqueta que sostenía en equilibrio al zotalito, la banqueta volcó (no otro era el propósito) y el zotalito cayó al suelo, desde donde se entregó con amago de sollozos a la retahíla de su lamentación. Me acordé entonces de una película extraordinaria que había visto una noche en televisión y, por primera vez desde mi captura, no era yo el protagonista en el paralelismo de la historia, no era una versión anticipada de mis desdichas ni la amenaza de una profecía, sino una muestra de la degradación objetiva e infeliz del hombre en este valle de lágrimas. En la presentación de la cinta, un crítico de cine contó primero pormenores del rodaje, se recreó en la biografía y en la filmografía del director, en la sobreactuación de los actores, antes de concluir (y entiendo que lo decía como elogio) que la película no era, en última instancia, sino una degeneración de las formas clásicas del drama. Por mi parte, creo que el drama nunca degenera, que el drama no es otra cosa que la degeneración inmemorial del hombre, pero tal vez no esté capacitado para dilucidar asuntos de poética. La película contaba la historia de un individuo que, sin razones objetivas, caía desde las más altas cumbres al más hondo precipicio, de la potencia del triunfo y de la cima al acto de la negación y del abismo. No había sufrido un desengaño, no había padecido persecución por justicia, no había sido víctima de la depredación social, esto es, no había sido empujado por factores exteriores a su última condición. No. Su propensión a vivir en el abismo era natural, endógena, dijo el crítico, fruto de su carácter y tal vez de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu. El tipo aparentaba una edad tardía, en torno a los cuarenta y cinco, los cuarenta y siete años, pero se nos

hacía saber que era más joven, que tenía la edad de Cristo y de Alejandro Magno. No me gustan las alegorías, no me gusta que, porque algunos personajes notorios coincidan en las edades de la muerte (veintisiete, treinta y tres o treinta y seis), esa justa edad se torne propicia para otras muertes y anticipe o requiera funestos paralelismos en biografías de héroes. Naturalmente, el protagonista arrastra en su caída a la gente próxima, sobre todo a la madre, que se va hundiendo con él en los estragos de la inmisericordia. Sin embargo, de toda la película sólo recuerdo dos escenas concretas. En una el protagonista es humillado en la calle por un agente de la autoridad. El agente de la autoridad se siente superior, por ser agente, nada más, y en el ejercicio de esa superioridad golpea al pobre desgraciado, lo insulta, se burla de él cuando lo tiene sometido en el suelo, en una situación muy parecida a la que yo había visto aquella mañana, el flaco samaritano humillando con arrogancia al zotalito. En la otra, la madre camina a ciegas por una calle suburbial buscando al hijo. Sabe que le han dado una paliza, sabe que lo han dejado maltrecho, pero no sabe que está tendido inconsciente a la puerta de los billares. La madre va gritando y los gritos son estremecedores. Clama con un desgarró que produce escalofríos, ¡ayuda, ayúdenme!, y al mismo tiempo, de modo intermitente, pronuncia terribles maldiciones con furia estigia, con ira erinia, con un aullido ronco y hechicero. Tal vez ahí fue donde el crítico vio la degeneración del drama, una simple valoración estética, una pura cuestión formal, y ello porque la mujer grita como en las tragedias griegas y grita verdades con la misma contundencia y la misma sabiduría y el mismo dolor y la misma dimensión moral con que las declamaban las heroínas clásicas, con el mismo desgarró y, según creo, y aquí está la divergencia, con más verosimilitud, sin mitologías, que una cosa es la declamación y otra el aullido. Sin embargo, precisamente por eso, por ser más verosímil, por estar más próxima al dolor común, por ser en definitiva reconocible, porque el desgarró es barriobajero, es ordinario, carece de aura, es opaco, esto es, por ser persona más que personaje, su presencia y su relato, su parlamento y su figura producen el efecto contrario al de las heroínas clásicas, un rechazo radical. Yo al menos no me identifiqué con la mujer, ni con su sufrimiento, ni con su triste heroísmo. Ésa es la cuestión: es más mujer que heroína. Además, ella no sabe que camina en dirección

contraria, que cada paso que da la aleja del hijo (que no sé si al final muere, no me acuerdo), pero el espectador sí lo sabe y ni siquiera el hecho de saberlo lo mueve a compasión, porque la compasión, que es selectiva y arbitraria, también se rige por reglas perezosas. Yo eliminaría la secuencia, no la hubiera incluido, porque su propia fuerza produce repudio, aunque sin duda fue por eso por lo que la incluyeron. Pues bien, en eso pensaba yo viendo al zotalito en el suelo, entregado a quejas lastimeras, y oyendo la risa del flaco samaritano.

## 47

Yo era el puto alguacil, Travel, dijo riendo el flaco samaritano y así justificaba el derribo de la banqueta. Más tarde, en el sopor de la siesta, a medias entre el análisis clínico y la ficha policial, y con abundante quincalla sociológica, trazó el retrato (perfil, decía) del delincuente. Fue un muchacho común hasta la sustracción de la segunda motocicleta, cuando lo detuve por segunda vez. Como a punto estuvo de ir a un correccional, una penitenciaría de juventud, ahí supo que había cruzado una frontera hostil, que había entrado en territorio prohibido y que pertenecía ya a ese territorio. Porque el primer robo fue despecho, pero el segundo fue a conciencia, fue una elección, la voluntad de adscribirse a un club de difícil retorno. El porqué no era fácil de determinar. Puede que fuera, en efecto, culpa de los padres. Al fin y al cabo tenía quejas de ambos, del padre en ausencia, por abandono, y de la madre en presencia, por badila y limonitos. Pero quién sabe si, en el caso de que el padre no los hubiera abandonado, las cosas no hubieran sido aún peores. El padre era violento y pendenciero, desaprensivo y caprichoso, juerguista y bebedor, mal bebedor por cierto, de los que sucumben con dos chatos a la conciencia negra del vino peleón y al afilado acero de las navajas, de modo que tal vez fuera mejor que los abandonara. Lo triste, en todo caso, fue que la pena de la madre se volviera contra el muchacho, convencida, en

su insensatez, de que era culpable del abandono, de que si no hubiera nacido el crío no habría perdido al hombre, uno de esos casos desventurados en que las ansiedades amorosas y las pasiones románticas se anteponen al curso de la naturaleza. Por eso decidió hacerle la vida imposible al chico y se la hizo. Eso era lo grave: que lo hacía a propósito, con toda maldad, como si ejecutara una sentencia o se entregara con crueldad a la venganza. No podía sospechar que era precisamente su actitud la que convertía al muchacho en el retrato del padre, un retrato moral, digamos, en el sentido de que, ante la injusticia con la que se le trataba, ante la veleidad y el egoísmo que regían las acciones de la madre para con él, estaba perdiendo toda referencia positiva, toda posible distinción entre el premio y el castigo, entre el mérito y el demérito, entre el bien y el mal. Si la madre lo castigaba sin motivo, si le hacía la vida imposible porque sí, por capricho, por desidia, por despecho subsidiario, y sus acciones no se volvían contra ella, entonces todo estaba permitido, no había ley ni justicia ni equidad ni providencia, y naturalmente antes o después tenía que llegar la gota que rebosara el vaso. Y llegó. Y no sólo rebosó: lo desbordó. Fue una inundación. El chico finalmente explotó. Fue el día en que la madre cumplió treinta y tres años. Se lo he oído decir cientos de veces. Cumplí treinta y tres años y empezó mi crucifixión. Antes sufría por el pasado, por lo que se fue, y a partir de ese momento sufrió por el futuro, por lo que no sabía si terminaría ocurriendo, por miedo, por apego a la vida. Comenzó entonces su peor deterioro. La mujer atractiva (la amargura inicial incluso le favorecía) y abandonada a penas de amor perdido (lo que la hizo engordar, pues combatía la desazón comiendo y sin moverse) se tornó temerosa y avinagrada. Su carácter pasó de inestable a oscuro. Aborreció los limonitos, adelgazó hasta quedarse en los huesos y así, agria, escuálida y avejentada, huía huraña por las calles como alma en pena. Nunca volvió a encargarle nada al muchacho, no sólo porque no se fiara de él y lo temiera, sino porque sabía que el muchacho ya era un delincuente. Se volvió respondón, deslenguado y agresivo. Se entretenía hiriendo a la madre con palabras y con amenazas. También con hechos: a veces la obligaba a comer limonitos. Después llegaría la cualificación profesional con el quiosco como tapadera, pero ésa es otra historia, un expediente aparte. En fin, Travel: que la vida es cruel con los desventurados.

Tras mucho darle vueltas, tras mucho discutir con el zotalito y tras mucho recomendarme prudencia y discreción, pareció encontrar finalmente el flaco samaritano una solución a tan tonto embrollo. Ambos, como ya sabía, samaritano y zotalito, se conocían de antiguo. Habían sido vecinos de barrio y, con diferente reparto de papeles, colegas de comisaría: no en vano fue el flaco samaritano, puto alguacil, quien lo llevó a tirones de oreja cuando las motocicletas. Incluso había ejercido en cierto modo de protector del zotalito en sus primeras malandanzas, un poco a la manera como muestran esas bienintencionadas películas norteamericanas en que un cura progresista, de evangelio literal y con preocupaciones sociales, protege a jóvenes descarriados, aprendices de *gangster* predestinados al drama. (Ésta no la voy a contar: no es de mi agrado.) Ambos se reprocharon a gritos lo que habían hecho o habían dejado de hacer desde aquel entonces y alternaron la discusión con una muletilla cargada de hipótesis de blancas contra negras: si tú, si tú, si tú, prolija letanía de *sitúes*. Tal vez por alguna de las cosas que se echaron en cara, por lo que hizo antaño o por lo que había dejado de hacer, el flaco samaritano consideraba que tenía todavía algún compromiso y alguna responsabilidad en la peripecia social del delincuente. Y por eso tal vez decidió que saldrían los dos juntos del arca, que se presentarían ante Noé León y que el flaco samaritano hablaría en favor del zotalito, que maquillaría el episodio de las llaves, su entrada en el arca y toda la aventura posterior. Ya se le ocurriría algo, dijo. No lo veía muy claro, sin embargo, el zotalito, no porque no se fiara de las intenciones del flaco samaritano, sino porque le parecía absurdo tener que buscar excusas o pretextos, incluso tener que inventar patrañas en favor de alguien que al fin y al cabo estaba acostumbrado a ser pararrayos de todas las sospechas y, en consecuencia, a dormir en las celdas (las había recorrido todas, decía, había grabado groserías, aforismos y ocurrencias en los muros de todas ellas) del sótano municipal. Qué importancia podría tener, puestos en la mala saña del puto Noé, que éste lo acusara de haber invadido la propiedad municipal, de haber intentado obstaculizar o abortar los designios de la autoridad, de haber en

suma perpetrado cualquier desatino o llevado a cabo cualquier maldad que al puto Noé se le ocurriera maquinar, si todo ello, por junto o por separado, no haría sino incrementar un historial delictivo ya suficientemente documentado, trazar en su biografía más muescas de desacato y dar más muestras de su supremo sentido de la libertad. Otra era su propuesta, pues. Cuánto mejor sería que abandonara el arca a solas y por su propio pie, que se fuera como había venido, con sigilo y precaución, y que el flaco samaritano se quedara vigilando al peligroso forastero de la mochila (quiso poner ironía en la palabra *peligroso*: no lo consiguió) que había soliviantado la paz de Murania. Fuera ello como fuere, al cabo de mucho discutir y de mucho desmenuzar los pros y los contras de acudir o no acudir donde Noé, ambos abandonaron el arca en buena armonía e incluso gastándose bromas de viejos conocidos. Desde el ojo de buey los vi partir. Antes el flaco samaritano se deshizo en recomendaciones: no tenía que hacer caso de nada ni de nadie, no tenía que dar conversación a nadie que tuviera la osadía de acercarse al arca, como se había acercado el zotalito, e incluso sería preferible que, si oía ruidos de gente acercándose, hiciera lo posible por pasar inadvertido, por hacer que el arca pareciera desierta, cerrada pero vacía. Era mejor no comprometer con la presencia, aunque fuera silenciosa, la curiosidad, sin duda malsana, de quienes por voluntad o azar se acercaran al arca, si es que se acercaban. Tantas y tan disparatadas recomendaciones hizo el flaco samaritano que cuando finalmente se fueron pensé, ahora ya sin temor, porque lo había pensado muchas veces, que acaso todo estuviera ocurriendo según un guión previo, que en realidad lo que se pretendía al dejarme solo no era otra cosa que averiguar cuánta gente, ya fueran sospechosos, ya vengadores iracundos, se acercaba a mi reclamo, que incluso la llegada del zotalito no hubiera sido sino un ensayo para examinar mi comportamiento ante la llegada de personal ajeno a la obra pero de un modo o de otro implicado en el crimen, que incluso apenas abandonaran el arca de Noé pregonaran mi soledad (el zotalito era indiscreto y parlanchín) y desamparo en la brusquedad de la sierra.



Di por buenos mis temores cuando regresó el flaco samaritano al cabo de unos minutos. Ni siquiera había arrancado el coche patrulla, por lo que deduje que había acompañado un rato al zotalito, lo había dejado libre (decisión que aprobé sin reservas: porque era justa) y había regresado al arca. Se sentó en el camastro y guardó silencio. Pasaba el tiempo lento de la mañana. Hacía calor. Hora va siendo de que me cuentes algo más sobre la joven, sondeé. Ya me había hablado el día anterior, pero quería saber a qué atenerme al pensar en ella, saber si todos tenían opiniones favorables o si alguno reprochaba sus actitudes, sus comportamientos, si había algún tipo de rechazo a su persona, por ser buena, por ser guapa, por ser feliz, por lo que fuera, dije. Poco cabe decir de una muchacha, respondió el flaco samaritano, cuando es discreta y cuando es su discreción lo que más sobresale. Cómo puede sobresalir la discreción, repliqué: la discreción siempre ha de ser discreta o no es, en caso contrario, discreción. Discreción enfática o notoria, dije, es una contradicción en los términos. Eres muy listo tú, Travel, dijo el flaco samaritano con sorna, pero admitió el argumento. Te contaré un episodio que viene al caso y así comprenderás por qué Noé León detuvo al zotalito y comprenderás por qué el zotalito tiene tanto que ver con la joven desaparecida. Ya conoces al zotalito, estás al tanto de sus hazañas, los limonitos, las motocicletas, sus méritos delictivos, pero no sabes cuál fue su enésima malandanza. Conoces un orden de fechorías que incluye primero los limonitos con zotal, luego el robo de una moto que no tuvo repercusiones penales y finalmente el robo de una segunda moto que lo convirtió o empezó a convertirlo en lo que ha llegado a ser, aunque es difícil admitir que haya llegado a ser algo. Bien, eso es el prólogo. Escucha ahora el caso de la tienda de golosinas. No es la siguiente fechoría, ni la siguiente, ni la siguiente, pues pasó de robar motocicletas a robar coches y, además, ha atracado bares, tiendas, iglesias, farmacias, gasolineras y administraciones de lotería, por eso digo la enésima. Se produjo en una tienda de golosinas infantiles que hay frente al cruce. Según parece, el zotalito entró con la intención de comprar limonitos para atormentar a su madre por vete tú a saber qué nueva o última

humillación real o figurada. Te ahorro los detalles. Sabemos que a la menor mirada airada de la madre, a la menor reprimenda, a la menor postura melancólica y abatida en el sofá, se acercaba a ella haciendo oscilar la bolsa de limonitos en la mano, o tal vez un par de limonitos, uno en cada mano, limonitos, mamá, le decía, tus preferidos, mamá (*mamá* con coña, que en serio es *madre*), y los desenvolvía ante la mirada aterrada de la madre y se los hacía tragar. Era como si se hubiera empeñado en acabar con la madre o, si no, hacerla sufrir lo indecible, hacerla temer su sola presencia en casa. Lo cierto, en cualquier caso, es que cuando entró en la tienda de golosinas no estaba la dueña. Tal vez esperara precisamente a que no estuviera la dueña, que, en las indecisiones mercantiles de la hora, tenía por costumbre acomodarse en la barra de la cafetería del cruce, tomar café (hay quien dice que vino) y charlar despreocupadamente mientras se deshacía la mañana. Casualidad o previsión, el zotalito no se lo pensó dos veces y aprovechó la circunstancia. Se llenó los bolsillos de limonitos y se apropió del dinero que había en la caja, que no podía ser mucho, la parca recaudación de monedas preescolares, aunque luego la dueña denunció una cifra astronómica. El zotalito abandonó la tienda a la carrera y no se tomó mayores molestias. Y justo entonces se produjo uno de esos azares que todo lo embrollan. Pasaba por el cruce la joven desaparecida, que entonces era una niña, que por alguna anomalía llegaba tarde al colegio, y decidió entrar en la tienda, parece que también con la intención de comprar golosinas, pero, al ver que estaba vacía, salió, se asomó a la puerta y miró en una y otra dirección. Fue justo en ese momento cuando, tras apurar el café (o el vino) y arreglar el mundo con su charla, regresaba la dueña. No sé, Travel, si tú lo has podido comprobar, pero todas las dueñas de tiendas de golosinas son odiosas: odian a los niños, no los soportan, los tratan mal, los insultan, los engañan, son brujas, son las brujas. Yo creo que los cuentos infantiles que contienen brujas se inspiran en las dueñas de las tiendas de golosinas. Puedes, pues, imaginar la que armó al ver un montón de limonitos esparcidos por el suelo y sobre todo al ver la caja de la recaudación abierta y vacía. Naturalmente, culpó a la joven, a la niña. La cogió unos dicen que del pelo y otros que de la oreja y a tirones, de lo uno o de lo otro, la arrastró dando voces, ¡ladrona!, hasta el paso de peatones que controlaba la policía municipal. Por desgracia para la bruja, la niña no llevaba

encima ni limonitos ni dinero, de modo que no podía demostrarse que fuera culpable del atraco, pero la cría se recluyó en terco silencio y no respondió a ninguna pregunta. La bruja pensaba que el silencio delataba la culpa y que ya se habría guardado la chiquilla de esconder las monedas en algún escondite de donde recuperarlas impunemente, pero el guardia municipal, al que la falta de pruebas le convencía de la inocencia de la muchacha, creía que se debía al miedo, al aturullamiento. Finalmente la dejaron ir, libre y sola, sin cargos, diríamos hoy, y la muchacha abandonó el lugar con toda dignidad y entró triunfante en el colegio, donde tampoco contó nada ni justificó el retraso. Ahora bien, su entereza consistió sobre todo en que había visto salir de la tienda al zotalito y lo había protegido con su silencio. Yo esto no lo sabía, nadie lo sabía, dijo el flaco samaritano, o no lo sabía en su totalidad. Sabía la parte correspondiente a la niña, pero no la infracción previa del zotalito. Me lo contó todo él mismo en la celda la otra tarde. Alguacil, alguacil, pensé. Cómo podría yo haberle hecho nada a la chica, decía una y otra vez el zotalito, si una vez me protegió. Fue entonces cuando me lo contó. No siempre he tenido la misma suerte, decía el zotalito. Por ello le estaré siempre agradecido. No sé si la niña guardó silencio por bondad o por discreción, pero desde entonces el zotalito siente una devoción quijotesca por la joven. Sentimientos, dijo. Eso también serviría para comprender que el zotalito nunca haría nada que pudiera perjudicar a la joven desaparecida, dije, sino todo lo contrario. Ay, Travel, dijo el flaco samaritano, la pasión es ciega y la delincuencia es delincuencia.

## 50

Luego se levantó y tiró sobre la mesa su propia revista de prensa infame. Si la primera vez que me proporcionó recortes de periódico (que más que recortes eran trizas o desgarrones, que el flaco samaritano no recortaba, sino que descuajaba, despedazaba, descuartizaba la prensa local) pensé que era un

gesto de buena voluntad, la manida versión del guardián compasivo que se muestra en el cine, la segunda vez temí que hubiera un doble juego, a saber, que se filtraran por una parte falsas noticias con torcidas intenciones al presunto periodista de iniciales clandestinas (que incluso podría no tener existencia física, ser una invención del periódico o del propio Noé León, si no el mismo Noé León de puño y letra oculto tras una máscara alfabética, un heterónimo alfanumérico, y acogándose a una versión rotativa o tabloide del policía gordo de *Sed de mal*) y que, por otra, el flaco samaritano hubiera recibido el encargo de hacerme llegar tales noticias, tales filtraciones, no tanto para tenerme informado sino para hacerme ver hasta dónde podían llegar en sus manejos los agentes del orden, la mafia de la ley. Que los recortes fueran o parecieran arrancados abruptamente de un periódico de cafetería y que tuvieran además manchas de café o cerveza, expansiones del líquido absorbido por el papel secante, no eran sino camuflajes de la doble intención del cambalache, el buen samaritano convertido en enviado del diablo, un flaco esbirro del mal. No pensé en todo esto cuando me alargó el segundo recorte, sino cuando lo leí, esto es, después de leerlo. Había pasado la primera noche en el arca de Noé y la había pasado en vela, tumbado sobre uno de los camastros. El gordo guardián, por su parte, en su turno de noche, había colocado el segundo camastro contra la puerta y había dormido a toda máquina. Hasta mañana, Traves, había dicho al tumbarse. En algún momento de la madrugada me pareció oír la voz de la tristeza: quiero yo que estés conmigo, no porque lo quiera yo, quiero que lo quieras tú, que lo queramos los dos. En algún otro momento regresó del más allá el gordo guardián para poner fin a mi silbo de rey de la montaña. Calla de una vez, Traves, dijo, que pareces el afilador. Había llegado después el zotalito con su aire furtivo y estrambótico. Así pues, a media mañana, tras tanto sinsabor, me sentía cansado, derruido, la mirada perdida en los engañosos fulgores de la sierra. El hambre, la vigilia y la incertidumbre (no saber durante cuánto tiempo se prolongaría la situación ni hacia dónde me conduciría, la sensación de estar ante un muro inamovible e infranqueable, los pies hundidos en cemento) me habían convertido en un muñeco desarticulado, un pelele exánime. Fue entonces cuando el flaco samaritano me alargó el recorte de prensa. Más noticias, Travel, dijo. Era apenas un cuarto de página: marcas de barra,

bordes irregulares, dos pérfidos titulares, duplicación de iniciales como marca de la infamia. En primer lugar, en relación con el caso de la joven, las autoridades informaban de que había cesado la búsqueda. Después de que expertos de la Guardia Civil y unidades especiales de rastreo hubieran batido y examinado minuciosamente no sólo los alrededores de Casas del Juglar sino todo el territorio comarcal, con especial atención a zanjas, acequias, pozos, canteras, movimientos recientes del terreno, camuflajes de vegetación, trampas para ciervos o jabalíes y demás depresiones registradas en la cartografía oficial (pues, tras los hallazgos iniciales del par de prendas ensangrentadas, no parecía que hubiera ya mucha esperanza de encontrar a la joven con vida), se había suspendido la búsqueda definitivamente. En segundo lugar, según indicaban fuentes generalmente bien informadas, había sucedido algo imprevisto aunque no irremediable. Cuando, por razones de seguridad y protocolo, se había procedido al traslado del joven excursionista detenido en las inmediaciones del caserón del sueco (era la segunda vez que incurría en flagrante falsedad: había sido en la venta del puente), el forastero de la mochila que había sido visto con la joven en las pandorgas, en un descuido de los vigilantes, el forastero, un sujeto hábil y atlético, dotado de una agilidad fuera de lo común, había saltado del coche patrulla en el que era conducido desde las dependencias municipales a la cárcel provincial y había emprendido la huida campo a través (nunca mejor dicho, pensé). Desconcertados ante tan imprevisto comportamiento, los guardianes encargados del traslado habían corrido tras él, pero, ante lo abrupto del terreno (se diría que el fugitivo había elegido el sitio más favorable a sus propósitos de huida), no habían podido alcanzarlo, si bien daban por hecho que el joven se escondía en algún lugar de la sierra de Santa Bárbara. Sin embargo, pese a movilizar a todas las unidades disponibles, el comisario Noé León había declarado que no habían encontrado aún el rastro del fugitivo, si bien no descartaban que fuera capturado de nuevo en las próximas horas, captura que no se había producido al cierre de la presente edición.

Tal vez porque me sorprendí más de una vez mirando con obsesión el retrato clavado en la pared, tal vez por el mismo extraño hechizo de la foto, que acaso proviniera más de la certeza de la desaparición que de la técnica fotográfica, una especie de hipnosis subjetiva, no lo sé, lo cierto es que, por analogías con la situación, poco a poco en mis insomnios e infortunios fui extrayendo de la memoria fragmentos de una película que, sin embargo, no logré recuperar con nitidez, cosa que, si no dejó de preocuparme, no dejó también de proporcionarme algún consuelo, alguna ocupación, en el tiempo muerto y vacío de la cautividad. Era una película con más sombras que luz en la que, por otra parte, siempre las sombras parecían presagiar algo siniestro, aunque no terrorífico, ni fantasmal, ni monstruoso, sino natural, cotidiano, quizás un rostro vigilando desde la oscuridad o la figura de alguien que se ha escondido por precaución y se convierte en testigo oculto e imprevisto de los hechos, lóbregas insinuaciones de una amenaza sin nombre ni definición. Por eso era más siniestra la sombra: porque escondía el acecho de la conciencia. Es la más intensa manifestación de lo siniestro: que el temor supere a la sombra, que el miedo venga del vacío, los latidos de la culpa en los enigmas de la noche. La historia consiste en un profesor ya mayorcito y bastante apocado que, en sus ratos libres, pinta cuadros extraños y, aun sin saberlo, valiosos. Un anochecer ve casualmente el retrato de una mujer expuesto en el escaparate de una galería y queda atrapado y como trastornado por su magnetismo. Sé que en el cine se ha abusado siempre del azar, igual que en la literatura, pero, sin embargo, no sólo no me extrañó sino que me pareció positivo que poco después, de regreso a casa y con la memoria del cuadro bullendo en la cabeza, el profesor presenciara una escena callejera: un tipo rubio y ebrio golpeando a una mujer, y no a cualquier mujer, porque eso carecería de sentido en la trama, sino precisamente a la mujer del cuadro. El pobre profesor siente un pronto cívico y heroico, acude en socorro de la mujer y, con ayuda del paraguas o del bastón, pone en fuga al agresor. Se toma luego un café o una copa con la mujer y cae fatalmente rendido a sus encantos. Hasta aquí llegaban bien mis evocaciones, pero en este punto no

sabía cómo seguir. Lo que significa que también en la memoria abundan los fundidos. Después el profesor se dedica a pintar en casa de la joven, como si tuviera allí su estudio o su taller, e incluso le hace un retrato, que no sé muy bien si, por algún trampantojo surrealista del cine o de la sombra, es el del escaparate o no, esto es extraño. Lo cierto, en cualquier caso, es que más tarde, en algún momento avanzado de la historia, se presenta en casa de la mujer, en el mismísimo taller de pintura, el tipo turbio que la golpeaba en la calle y en idéntico estado rubicundo de ebriedad. Celoso y sorprendido, el profesor lucha con él, lo apuñala, lo mata. He ahí el crimen. Como es inofensivo y tiene conciencia del bien y del mal camina luego por las calles nocturnas de la ciudad, en lucha con las sombras, con su homicidio a cuestas, acechado por todos los signos de la inminencia, y, como no soporta la culpa, recurre al suicidio dos o tres veces, colgándose del techo, envenenándose, etcétera, pero algo falla. Ahí me quedé. No sé cómo sigue. Sólo recuerdo que al final vuelve a ver con sorpresa, no sin cierta ajena extrañeza, el cuadro de la mujer en el escaparate, como veía yo la foto de LA JOVEN DESA, el cuadro que él mismo pintó. Así se cierra el círculo, la historia, la alegoría. Es una cinta rara.

## 52

Apenas dormí en toda la noche. Me lo impidieron la confusión mental en la que intentaba poner orden, la respiración del gordo guardián y la canción lejana y dolorida del enamorado. Pero algo dormí, pues al amanecer me despertó el ruido del motor del coche patrulla. La aurora de rosados dedos había rasgado el velo de la noche, el gordo guardián había salido del arca con sigilo y partía en busca del flaco samaritano, giraba, pues, una vez más la rueda del día. Poco después, no obstante, oí nuevo ruido de motor y, enseguida, pasos en la grava, rumor de voz. Después, silencio. Pensé que se había invertido el orden del relevo, que el flaco samaritano llevaría en coche

al gordo guardián a la ciudad y después regresaría y que estaría de nuevo solo durante media hora o tres cuartos. Pero me equivocaba. Llegó al instante a mis oídos una simpática cancioncilla entonada por una voz extrañamente singular, una voz que nada tenía que ver con la del enamorado que esparcía sus amorosos sentimientos en la noche, sino una mera voz aficionada, como de esos tipos que ajustan la melodía y aun la letra de sus entonaciones a unas cualidades canoras escasas, tonadillas de apariencia improvisada, tarareadas sobre la marcha al amparo embustero de otras letras y otras melodías. Arreglos de carretera, podrían llamarse. Bien. Basta de teoría musical. Lo cierto era que la canción se iba acercando reiterativa al foso del león y que decía:

Qué quieres que te cante,  
qué quieres que te cuente,  
si eres un maleante  
y yo soy mala gente.

No supe entender la tonadilla como un anticipo ni como una tarjeta de visita, así que bien podéis imaginar la sorpresa que me produjo ver asomar por el arco de enramadas y aligustre la cabeza sonriente del conductor de la camioneta, un completo falsario. Debí de poner cara de asombro, quedarme mudo y perplejo, aunque hablé como si el gordo guardián y el flaco samaritano estuvieran presentes. Es él, dije. Porque, en efecto, era él. Y allí estaba, alegre y arrogante, canturreando, con mi mochila en una mano. Y allí estaba yo, entre el susto y el temor, temblando. Si ya la fuga nocturna en el coche patrulla, primero, y mi propia huida después hacia la cueva forajida me habían llenado de temor y de turbias sospechas de venganza, mucho más me atemorizó la presencia diurna del conductor de la camioneta, el tipo que me recogió en la carretera, el tipo que, sin duda, había manipulado las pruebas (la camiseta, la sangre, el pantalón vaquero), una venganza, me dije, sin subterfugios, a plena luz, y seguro que con la complicidad del gordo guardián y el flaco samaritano. Se quedó de pie en la entrada un rato, sin moverse, sin dejar de mirarme, y sonriendo, y cuando me hubo examinado a conciencia volvió a cantar subrayando las palabras, acentuando la ironía con mucha solfa. Cantaba, pues, sus variaciones:



Ya me tienes delante,  
ya me tienes presente,  
qué quieres que te cante,  
qué quieres que te cuente.

Muchas veces después me he sorprendido a mí mismo entonando estas cancioncillas, que te vaya bonito, qué quieres que te cante y otras que le oí al tipo de la camioneta, musiquillas con las que a veces me levanto a primera hora y que no me abandonan luego a lo largo del día, como si al cabo de los años permanecieran en mi ánimo las insidias de tan desventurado trance. En aquel momento me pareció que la burla (el canto, la escenografía) excedía toda medida. No sólo se presentaba allí, sino que lo hacía con jovial insolencia, libre de toda sospecha, cuando sin duda estaba manejando los hilos de la trama para esconder su implicación en el asunto. Eché de menos al flaco samaritano. Su presencia no habría mejorado la situación, sería inútil que yo señalara al cantor como el tipo de la camioneta, de sobra lo sabría él, me dije, al fin y al cabo yo había pasado directamente de la camioneta al calabozo, pero contar con un testigo de lo que fuera a suceder habría servido al menos de consuelo. De pronto, sin embargo, el conductor de la camioneta dejó de cantar qué quieres que te cante y qué quieres que te cuente, se acercó a mí, dejó la mochila en el suelo (tus pertenencias, diría más tarde), me tendió la mano y se presentó. *Bon giorno*, Travel, dijo risueño, soy Noé León.

## 53

La sonrisa despertó en mí, como una revelación, la memoria de una imagen nítida. Hay un escritor de novelas baratas que corre de un lado a otro en una ciudad de calles lóbregas, de sombras alargadas y de sonidos subterráneos. Es de noche. Hay un gato, unos zapatos y una obstinada musiquilla. De pronto la luz de una ventana ilumina un rostro en el que se abre paso lentamente una sonrisa traviesa y enigmática. Así sonrió Noé León.

Por tanto, no podría trazar un retrato sin caer en la caricatura y en la simplificación. Poco puedo decir de su figura y en lo que se refiere al carácter no pasaría de reducirlo a dos o tres brochazos, con razón, sin duda, que donde hay brocha gorda no caben pinceles. Siempre he aborrecido, por una parte, las descripciones físicas, porque nunca he sido capaz de imaginar con algún criterio un rostro a partir de los rasgos genéricos de la literatura (alto, ojos negros, nariz aguileña, mentón afilado, frente amplia, etcétera), y siempre me han resultado sospechosas, por otra, las catalogaciones psicológicas, porque las combinaciones de sangre, flema, cólera y melancolía son más numerosas que la historia entera del ajedrez. Pesa además en su contra como retratado, o en la mía como retratista, una circunstancia previa y agravante, que es haber dado pie a la animadversión antes de declarar su identidad. Si no hubiera parado la camioneta en el puente de la venta, si no me hubiera invitado a subir, si no hubiera hecho un gesto en la plaza al gordo guardián y al flaco samaritano (un simple gesto de consecuencias graves: como no pudo evitar el enamorado de la princesa, como se le escapó a la aciaga mensajera que vio en la plaza al criado del rico mercader), si no hubiera, en fin, maniobrado en mi contra con perversa anonimia, tal vez yo pudiera tener una noción más ecuánime de su perfil, pero no fue así, lo que ocurre no puede no haber ocurrido, no hay reversión posible, nunca se regresa al cuatro de octubre desde el quince, de modo que no puedo liberarme de los prejuicios. Así pues, sólo destacaré uno de sus rasgos, un rasgo completamente negativo si consideramos a Noé León como ser social, pero absolutamente positivo y eficiente como ser policial. Por deformación profesional tal vez, o acaso por negligencia psicológica, quién sabe si por trastornos o insuficiencias del carácter, Noé León sólo veía a las personas como funciones, representaciones esquemáticas de la trama del crimen. Quizás también, según creo, por circunstancias adversas del destino (causa o efecto, quién lo sabe): ejercía en una ciudad, en un territorio, de baja estadística homicida. Tal vez pudiera entender los sentimientos, los movimientos del espíritu, analizarlos, ahondar en ellos, pero sólo para advertir (con sutileza, eso sí) las ramificaciones del

mal interior y sus repercusiones violentas, o sea, su potencia criminal. Examinaba, pues, a las personas como el director de escena que tiene que elegir al mejor actor para cada personaje. La elección, no obstante, se centraba sólo en una variante: la criminología. Para Noé León la aclaración del crimen era un *casting*: se limitaba a desechar a los actores que no estaban a la altura del papel hasta quedarse con el protagonista verdadero. Supongo que por eso, por su pintoresca percepción del reparto, me vino a la cabeza la palabra *noesis*. No había para él individuos, ni personas, sólo máscaras, figuras informes con rasgos aptos o no aptos para su proyección criminal. Por mi parte, tengo una certeza: que, colocado frente a mí, nunca me vio a mí, que sólo vio a través de mí, como si yo fuera transparente, como si atravesara con su mirada mi cuerpo no sé si para ver más allá o para ver el fondo, como mirando a través (me pregunto si no influiría esto en que decidiera llamarme Travel, si no me impondría el nombre de Travel para otorgarme una identidad ficticia). Y con sólo verme, tal vez incluso en mis primeros días en Murania, cuando buscaba yo al amigo de Alway, decidió que era forastero, sí, y con mochila, pero que no destacaba precisamente por mis aptitudes criminales. Supongo que me olvidaría, como si me arrojara de la nómina de sus afanes, y que luego, al verme en la venta del puente, rescató mi figura inocua, la consideró útil para sus propósitos en el caso de la joven desaparecida y en la inocencia del joven enamorado y decidió usarme como actor secundario en la trama que elaboró su fantasía, o su imaginación. La sed de sal es esa trama.

## 55

Se plantó, pues, ante mí con cara risueña, sin pestañear. Se había sentado a la mesa plenaria, con solemnidad judicial, pero de pronto se medio incorporó y, en escorzo, con las manos apoyadas en la mesa e inclinado hacia mí, cantó de nuevo.

Qué quieres que te cante,

qué quieres que te cuente,  
quieres que me levante  
o quieres que me siente.

Se burlaba, por supuesto, y nunca me han gustado los individuos que se burlan de las personas que tienen a su merced. Así se comportan los forajidos de las películas del Oeste, los *gangsters* provisionales, los esbirros del poder. No son individuos, de hecho: son tipos, más aún y peor, son tipejos. Pertenecen a una categoría inferior del carácter. Se ufanan de un mérito que no les corresponde y abusan de una situación que les regalan, pero que no merecen. Debí de mirarlo tras el canto con expresión ambigua, entre el desprecio y la desconfianza, entre el desafío y el recelo. Siéntate, Travel, dijo entonces. Y dejó de sonreír, se tornó serio, conciliador. Me senté con precaución en una banqueta y Noé León volvió a sentarse en el sillón, cada uno a un lado de la mesa. Pensé que había llegado la hora del interrogatorio y temí, en mi desvarío, que fuera un interrogatorio con tormento. Si me habían trasladado del sótano del calabozo al arca de Noé, tan sigilosamente además, de noche, a lóbregas, era para emplear sin testigos las armas clandestinas del inquisidor. Y pensé que incluso haber pasado una noche en la cueva forajida podía no haber sido descuido del gordo guardián, pues en una operación secreta no se olvidan tan fácilmente los pormenores (las llaves, en este caso, tan a mano después para el zotalito), sino estar dentro de las previsiones (tal vez fuera un disparate, pero lo pensé), ser un acto deliberado, una amenaza efectiva, con la voluntad de hacerme descubrir los numerosos lugares recónditos en los que podrían llevar a término sus designios, fueran éstos los que fueren. Encerrarme o enterrarme, enumeré designios, y he de confesar que la sola semejanza entre las dos palabras ya me acobardó. Y como la mente vuela por su cuenta fue entonces cuando se me ocurrió pensar que estar en el arca de Noé, en aquella precisa arca de Noé, era un triunfo de la ironía en la adversidad, porque, en efecto, me pareció notable paradoja que, frente a la verdadera arca de Noé, la bíblica, que por mandato divino pretendía salvar una muestra de cada especie ante la inminencia del diluvio universal, cuyo cometido era, por tanto, salvar vidas y era, así, un arca de vida, estuviéramos en un barracón militar de la sierra, esto es, una moderna arca de Noé que pretendía lo contrario y servía para esconder de los cauces

legales, como si éstos fueran un diluvio universal, las violencias a que sometían a los prisioneros. Cierto es que no había alrededor ningún instrumento de tortura, ni potro, ni rueda, ni polea, ni pozo, ni picana, ni siquiera había uno de esos poderosos flexos que dejan al policía en la oscuridad y ciegan con su torrente de luz al prisionero, pero la imaginación del que teme el tormento es inagotable y las malas artes y artimañas que atribuye al torturador carecen de límite y de fin. El tormento es infinito. Y cierto es también que como sala de interrogatorios aquel barracón distaba mucho de los escenarios del cine. Otra cosa es que el reo sospechoso lleve el miedo incorporado y vea peligros físicos y riesgos espirituales incluso entre los pucheros de la cocina, porque el miedo es tan ubicuo como la divinidad. Eso era lo que me pasaba a mí. Has de saber, Travel, dijo al cabo Noé León, que te hemos traído aquí por tu seguridad. Había sabido, dijo, de los insultos y amenazas de la turba de la alcantarilla y no quería exponerme a las iras de la población. Los casos de jóvenes desaparecidas levantan demasiado revuelo, tienen excesiva repercusión, los periódicos trazan relatos truculentos, hipótesis pornográficas, porque la gente goza con la violencia, se le prenden las neuronas con las brutalidades del sexo, combina con rara moral el rechazo y los detalles, de modo que, por una parte, se encienden por contagio los ánimos de la población y, por otra, se dificultan considerablemente las pesquisas policiales. Te daré más detalles sobre el procedimiento, dijo, porque los caminos de la investigación son tan torcidos e inescrutables como retorcidos y recónditos son los caminos de la providencia. Cada caso es un mundo y no hay reglas escritas sobre el particular. Cada caso requiere su propio libreto, como cada dolor requiere su propio llanto. Cada caso, Travel, impone una forma propia de averiguación, y tú formas parte por igual del caso y de la averiguación. Pero has de saber que te hemos traído aquí por seguridad, por razones logísticas y silogísticas también, Travel, pero sobre todo por seguridad.

El modo como me miró a continuación (fijamente, con dureza, sin pestañear) fue significativo y no necesitaba traducción. De hecho, Noé León no pronunció palabra alguna al respecto. Incluso insinuó una sonrisa cursiva antes de entonar en voz baja su musiquilla favorita: que te vaya bonito, que te vaya muy bien. No hacía falta más. El sentido de su mirada, de su sonrisa y de su tonadilla era transparente. Conque intentaste huir, dijo luego. No te lo aconsejo, añadió. He ahí tu paradoja: eres un prisionero libre. Si intentas el menor movimiento, Travel, tal vez no hagamos nada, no nos precipitaremos, tal vez hasta te dejemos en paz, incluso preferimos que vuelvas a recorrer de nuevo los caminos de tierra de murgaños, que retomes los vericuetos de tu excursión. Pero atente entonces a las consecuencias. Nada ni nadie te librará de las iras de la multitud. Bastará que hagamos correr la voz de que durante el traslado a la audiencia provincial aprovechaste un descuido del guardián para escapar. Añadiremos que le robaste el arma reglamentaria al centinela y que eres por tanto un sujeto armado y peligroso. La calderilla informativa tiene una eficacia inmediata. Nadie tan fuera de sí como un criminal acorralado, diremos. Y ten por seguro que no se producirá entonces una persecución masiva, que no se desplegará por los campos la ciudad entera ni los pueblos de la comarca, como ocurrió cuando se emprendió la búsqueda de la joven, pero los que salgan tras ti te encontrarán y, cuando te encuentren, no se andarán con miramientos ni chiquitas. No te diré que aliente yo la ley de fugas, ni siquiera en tu caso, pero tampoco tengo mayor inconveniente en que, si un prisionero decide fugarse y se fuga, la mera fuga justifique todo lo que al fugitivo le pueda sobrevenir. Quien huye corrobora su culpa. Aunque sea inocente, añadió. Mientras estés bajo mi custodia soy responsable de tu seguridad, pero, si escapas, tú serás el responsable de lo que pase. Te diré algo más. Cada vez que un delincuente ejerce como tal su ejercicio perjudica, en primer lugar, a la víctima a la que ataca, roba o mata, y, en segundo lugar, al sistema social, que se ha dado unas reglas de obligado cumplimiento. La labor del policía en ese caso, tan habitual, por lo demás, tan cotidiano y reincidente, es descubrir al delincuente y detenerlo. Ambos, delincuente y policía, son números del sistema, meras funciones. Como hay maleantes tiene que haber agentes de la ley. Ambos son representaciones funcionales de carácter recíproco, uno está en función del otro, son la cara y la cruz. En el

paraíso no habría policías ni asesinos. Todos seríamos felices y viviríamos dichosos en el jardín del edén. Ahora bien, Travel: una vez que el policía ha descubierto y capturado al delincuente, si éste consigue fugarse, comete una villanía mayor. Ya no es sólo el delincuente que ha atacado a una víctima y ha quebrantado las leyes. Ahora, además y sobre todo, se ha burlado del policía. Ambos dejan en ese mismo instante de ser representaciones del orden y el desorden, del bien y el mal, del delito y la ley. Ambos en ese mismo instante se vuelven enemigos personales. La fuga del delincuente convierte al policía en víctima y, en cuanto víctima afectada por un mísero maleante, redoblará su empeño en una nueva captura a como dé lugar. Pensarás que esa actitud convierte al policía en delincuente, que se excede en sus funciones, que tanto celo profesional convierte al delincuente en víctima y al policía en delincuente. Tienes razón. En la mayoría de los crímenes no profesionales, una vez cometidos, cambian las tornas: el policía es el lobo y el criminal es el cordero. Es un círculo vicioso. Pero resulta tan insoluble y tan paradójico como el enigma del huevo y la gallina. A saber: si puestos a elegir en ese enigma, al actualizarlo, siempre escogeremos la gallina, en el caso que nos ocupa siempre escogeremos al policía. La elección tiene su lógica. Antes he dicho que delincuente y policía son funciones recíprocas, pero una antecede a la otra. Primero fue el delincuente y luego el policía. Ahí tienes como prueba la historia de Caín, el primer delincuente. Mi culpa es demasiado grande para soportarla, exclamó después de matar a su hermano. Y le dice a Yahvé con buen criterio: Hoy me echas de este suelo y he de esconderme de tu presencia, convertido en vagabundo errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará. Yahvé, sin embargo, trazó sobre Caín una señal para que nadie que lo encontrase le atacara. No sería tu caso: la señal sería para que te atacaran. Pero acabo, que no era de esto de lo que quería hablar. Si primero hubo delincuentes y luego policías, es justo que se invierta el orden al final y se prefiera al policía antes que al delincuente. Así habló Noé León. Y tras una pausa incisiva se echó a reír con deliberada exageración, como si quisiera desmentir con carcajadas sus palabras.

Me preguntó luego (volviendo al lobo y al cordero, dijo) si había obtenido en mi juventud (no tan remota en aquel tiempo) el título de bachiller y si éste era de letras o de ciencias, o si había realizado con éxito estudios superiores de filosofía y letras, cosa que él daba más o menos por supuesta a tenor de mis devaneos con *Travel of Murania*, pero no era porque le preocupara mi formación académica ni porque tuviera interés alguno en mi expediente, sino para poder dar rienda suelta a su locuacidad, exponer ante una audiencia apta sus teorías sobre psicología criminal y glosar el manual del comisario con todos los sumandos, resultandos y considerandos de su inagotable ímpetu especulativo. Me preguntó si conocía la fábula de Fedro sobre el lobo y el cordero, un clásico, dijo, del aprendizaje del latín. Que no, le dije, que yo no había hecho bachillerato de letras, que era de ciencias, y que tampoco había estudiado filosofía ni filología. No me dio tiempo, sin embargo, a decir que carecía de honores universitarios, porque, ajeno a mis palabras, Noé León ya había iniciado su disertación recitando de memoria la fábula de Fedro. *Ad rivum eundem lupus et agnus venerant*, dijo, *siti compulsi*: un lobo y un cordero acudieron a beber a un mismo arroyo impulsados por la sed. *Siti compulsi*, repitió. Ése es el centro de toda teoría del crimen, dijo con énfasis cursivo: *Siti compulsi*. Y siguió combinando latines con su propia versión castellana y explicando con pormenores y paráfrasis la sustancia de la fábula. Básicamente, la trama consiste en que el lobo recrimina al cordero por enturbiar el agua, una acusación fehacientemente falsa, porque el lobo está más arriba, el cordero más abajo y la corriente de los riachuelos baja y no sube, así que, ante la evidencia adversa de la orografía, el lobo tiene que recurrir a no menos falsas ofensas de antepasados del cordero para poder ejercer su condición de lobo. No recuerdo si al final el lobo se abalanza sobre el cordero y lo mata o si la fábula termina sin más con la moraleja, la evidencia de que se buscan pretextos para oprimir a los inocentes y justificar con razones inventadas la injusticia en provecho propio. Yo conocía la historia como cuento popular, sin griegos ni latines, pero también es verdad que para mí era más una



estampa, una foto fija, como las carteleras del cine, o como un cuadro del rastro: el lobo y el cordero situados a la orilla del arroyo, más arriba el lobo, más abajo el cordero, y el lobo mirando al cordero con ojos feroces y traidores, como buscando una culpa imposible. Fin. El lobo mata por lobo y el cordero muere por cordero: de ahí su fortuna simbólica. Pero, si yo me había quedado en la representación del escenario, Noé León se había quedado más atrás, en la primera parte de la alegoría, esto es, en los personajes de la trama, el lobo, que es el malo, y el cordero, que es el bueno, porque es víctima, y sobre todo en la causa del encuentro: *Siti compulsi*. Todo crimen, según Noé León, obedece a los impulsos de la sed y todos los criminales actúan *siti compulsi*. Si se comprobara, por ejemplo, que la joven desaparecida había sufrido una muerte violenta, por parte de algún indeterminado forastero con mochila, dijo (y estaba claro que ése era yo), o por parte de algún conocido de Murania, añadió (y ahí no supe si ampliaba el campo de las sospechas o se recreaba en las disyuntivas del discurso), sería evidente, siguió, que ambos, el forastero o el muraniense, habrían actuado impulsados por la sed, porque el sexo y el amor son variaciones de la sed y porque la violencia es el lenguaje del sediento. El asesino acude al lugar del crimen impulsado por la sed: si va con premeditación es porque ya tenía sed antes (el muraniense, por ejemplo), si va sin premeditación y a pesar de ello ejerce la violencia, es porque las circunstancias le despiertan unas ansias irresistibles de beber (el forastero con mochila). Y una vez en el lugar del crimen el asesino actúa como el lobo. No importa que el cordero esté situado más abajo, no importa que no tenga culpa alguna, sólo importan las necesidades o apetencias del lobo, que son las verdaderas razones para aniquilar al cordero. Como mucho, necesita cargarse de razón, convencerse con un descargo justo y verdadero, aparentar una justificación moral. Se equivocó el profeta al predecir la convivencia del lobo y el cordero y la cohabitación del leopardo y el cabrito. La fábula se impone aquí a la profecía. Sin embargo, Travel, dijo, en verdad en verdad te digo, si me lo permites, que no se equivocó al anunciar la comensalía del becerro y el león, que la sabiduría de los profetas es oscura e insondable. Comerán juntos el becerro y el león, recitó con retintines bíblicos. Y me pregunté si el león sería León, si no sería yo el tierno y cándido becerro y si no sería, en fin, la conversación

nuestra singular comensalía. Así era más o menos la definición del criminal que hacía Noé León y así la descripción del crimen. De tales supuestos se desprendía una conclusión operativa, los modos como el encargado de solucionar cada caso criminal tiene que enfrentarse a los procedimientos de la sed. La sed de sal, dijo Noé León. Así lo llamo, Travel, la sed de sal.

## 58

Habrás oído alguna vez la vieja máxima policial, dijo Noé León: que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Como la mayoría de las generalizaciones, es una verdad a medias o una media verdad. A veces es sólo un método de persuasión, a veces un señuelo, una manipulación hipnótica, una inferencia. Porque sólo el mal asesino cae en ese hábito o en ese error. Pues has de saber, Travel, que, si bien todos los asesinos son malos desde cierta óptica moral, también, desde la pura catalogación criminal, atendiendo a su habilidad ejecutiva, se puede y aun se debe hablar de buenos y malos asesinos. Es un axioma escolástico. Y cabe asegurar que sólo el mal asesino vuelve al lugar del crimen. El buen asesino, ya sea un profesional, ya haya sido dotado por la naturaleza de inmejorables facultades homicidas, considera cumplida su tarea con la comisión del crimen. Hizo lo que tenía que hacer y él lo sabe: *c'est fini*, misión cumplida. Acaban sus preocupaciones con la ejecución. No hay que darle más vueltas. Ése nunca vuelve al lugar del delito. El mal asesino, en cambio, tiene que cerciorarse de que efectivamente hizo lo que hizo, de que no se trata de un sueño ni de una pesadilla. Puede deberse a los reparos morales que la acción le acarrea, a que carece de certezas ejecutivas, a que es un advenedizo en el ejercicio de la muerte. Puede ser también un amago de vanidad: yo lo hice, yo solito, soy el mejor. Por eso vuelve al lugar del crimen: porque no sacia su sed con la muerte de la víctima. El mal asesino sigue teniendo sed y, lo que es peor, se trata de una sed que nunca saciará. Porque la muerte nunca apaga la sed. Por

eso el mal asesino es un sediento sobrevenido. Supongo, Travel, que has leído alguna vez la biblia, que conoces al menos sus pasajes más célebres. Recordarás, sin duda, uno que viene al caso. Buena es la sal, dicen los evangelios, pero, si la sal se vuelve sosa, quién la salará. *That is the question*: la sal sosa. Si la sal se vuelve sosa, quién la salará. Parece un trabalenguas, y puede que lo sea en sentido estricto, pero no lo es en verdad. Porque eso y sólo eso termina siendo el crimen para los malos asesinos: sal sosa, sal insulsa, sal insípida. Por ello se empeñan en salar la sal, por ello acuden una y otra vez al lugar en el que cometieron el crimen, necesitan cerciorarse de que lo cometieron, de que fue allí, de que, puesto que todo ha vuelto a ser como era antes de la muerte, parece mentira que fuera allí, o bien aquí fue, aquí lo hice, etecé, eceté. Para que la sal no pierda el sabor, esto es, para que el crimen permanezca, el asesino tiene que rehacerlo cada día. Tal vez esto parezcan divagaciones ociosas de provincia, pero puedo poner numerosos ejemplos que lo demuestran. El último extremo de este asunto lo integran los asesinos en serie, ese gran enigma de la historia criminal y de las ciencias del alma. Y sin embargo su tipología es sencilla: el asesino en serie es un pobre hombre que vuelve una y otra vez al lugar del crimen. No importa cuál sea el germen de su patología: la estética, el juego, el desafío, la voz de Dios. Da igual. Es una patología elemental. Necesita que la sal vuelva a ser sabrosa y por eso certifica y revive el primer crimen mediante la comisión de otro y otro y otro. No mata por afán compulsivo ni por imperativo patológico, sino por sed de sal. Cada nueva muerte es una afirmación del primer crimen. Y una exaltación, y una celebración, y una conmemoración. También es falta de imaginación, espíritus obtusos, si no lo veo no lo creo. Y hablando de celebraciones y conmemoraciones, pondré otro ejemplo extremo: la santa misa. La misa, que por alguna razón recibe el nombre de sacrificio, no es otra cosa que ir una y otra vez al lugar del crimen y que, por muy simbólicamente que sea, volver a cometerlo cada día. Las mismas palabras del evangelio lo ratifican. Haced esto en conmemoración mía, dice el maestro. De ahí que yo piense que la realidad criminal del mundo es una cuestión evangélica. En fin, Travel, hasta las fiestas tradicionales consisten en volver al lugar del crimen: la conmemoración de una batalla, la celebración de haberse librado del último caballero de la cruz invertida, la ejecución sucesiva de los caballeros que

acudieron al rescate de la princesa, todo son regresos, el eterno retorno al lugar del crimen. Hay una excepción que tú muy bien conoces. Las pandorgas y venerandas del juglar no conmemoran un crimen, son el crimen mismo. Te lo demostraré, Travel.

Tengo aficiones, dijo Noé León, que unas veces considero estériles, otras sólo inocuas y que tal vez sean siempre las dos cosas. De cuando en cuando, aplicado a una de esas aficiones, me entretengo buscando sentidos diversos a las frases hechas, a los refranes y a los tópicos, segundos sentidos, podría decirse. Me pregunto por qué surgieron y cómo se fue modificando su significado y su modo de empleo a lo largo del tiempo, hasta el punto de que algunas de estas locuciones no sólo han perdido su valor de origen, sino que se usan sin ton ni son, sin saber a cuento de qué, como si hubieran configurado una abstracción o una jaculatoria, un *ora pro nobis* hueco cuya mera formulación solucionara todas las adversidades. Se lo debo a un profesor que tuve en clase de latín, cuando el bachillerato, un viejo cascarrabias, y no sé si es virtud que agradecer o vicio que deplorar. Tal vez sea una pérdida de tiempo, pero cuando sobra el tiempo no puede decirse que se pierda o se malgaste: simplemente se deja pasar en ensoñaciones sin relieve. Lo dejó dicho un poeta: si al final todo se pierde, razón de más para perder el tiempo. Viene esto a cuento de uno de esos dichos: negar el pan y la sal. Seguro que lo has oído alguna vez. En origen, negarle el pan y la sal a alguien era sólo (y ya era mucho, porque era todo) privarle de alimentos básicos, de la nutrición elemental, pero ahora, cuando le negamos el pan y la sal a alguien, le estamos privando de sí mismo, estamos anulando a la persona y sus cualidades inmediatas, la inteligencia, la astucia, la bondad, todo. La estamos negando. Pues bien, Travel, yo sigo indagando en la dirección que me interesa. Y creo que a cada persona le corresponde una ración de pan y una ración de sal en sea cual sea su profesión, esto es, que, puesto que en negar el pan y la sal tanto el pan como la sal están tomados en sentido figurado, ese sentido figurado se puede ampliar a todas las cosas que atañen a la vida del hombre. En la actividad criminal, que no por ser delictiva

deja de ser actividad, el pan es el propio crimen y la sal es la continuidad del crimen. El criminal se da a sí mismo el pan y la sal, se alimenta primero con la sangre y la muerte (el pan) y después con las secuelas psicológicas de la sangre y la muerte (la sal). De ahí viene la sed de sal, pues una vez cometido el crimen, comido el pan, surge la necesidad de la sal. Y al fin y al cabo es la sal y no el pan lo que da sentido a la vida. El pan es alimento inmediato, cotidiano. El pan es producto de la tierra. La sal (salvo cuando se vuelve sosa, de ahí la singularidad de su condición) repercute en todo lo que toca, se expande, modifica la naturaleza de lo que sala. Y además la sal es producto del mar, condensación de un elemento primordial. El hombre es mar y tierra, agua y materia, pan y sal. El hombre queda configurado por la sal. He ahí la importancia de la sal. Por eso la misma voz del evangelio que habla de la sal sosa alza luego esa voz para destacar la universalidad de la sal. Vosotros sois la sal de la tierra, dice el sermón de la montaña, no el pan de la tierra, ni el trigo, ni la harina, sino la sal, *sal terrae*. Y aunque diga *vosotros* dirigiéndose a la audiencia, que si no recuerdo mal son los apóstoles, lo cierto es que el hombre es la sal de la tierra. Todos lo saben. Incluso el lobo y el cordero van a beber al mismo arroyo *siti compulsi*. Y si no lo interpretas como un torpe juego de palabras tendrías que admitir que la sed de sal, en el caso del criminal, impulsa a veces a salir, porque la sed es impulsiva y la sed de sal no admite dilación. Una objeción, dirás: la sal no es alimento, es condimento. Tienes razón, respondo. Pero ya sabes lo que también dice la voz del evangelio: no sólo de pan vive el hombre. Así Noé León devanaba el noema.

## 60

Todo esto, sin embargo, dijo Noé León, puede enfocarse de otro modo, porque otros son los lugares a los que se vuelve siempre: son los lugares del dolor y los lugares del placer. E innumerables son las razones por las que se vuelve. Azúcar y sal. A los lugares del placer se vuelve por nostalgia, por el

tiempo perdido, por las tentaciones de la añoranza, por el sabor de la magdalena, que es dulce. A los lugares del dolor se vuelve por remordimiento, por desazón, por penitencia, por neurastenia, por paranoia, por aflicción, por mortificación, por masoquismo, esto es, para alimentar el dolor. En este último caso es cuando se produce la enorme paradoja, la verdadera sed de sal. Así que, cuando se dice que siempre se vuelve al lugar del crimen, lo que se está en verdad diciendo es que siempre se vuelve al lugar del dolor, por una parte, y al lugar del placer, por otra, y, en consecuencia, quien vuelve al lugar del crimen lo hace por remordimiento, para aplacar su dolor, o por placer, para revivir la sensación gozosa, voluptuosa, que experimentó al matar. Ahora bien, dijo Noé León, a veces no hay lugar o, si lo hay, no sabemos señalarlo. No se producen entonces los ciclos de la sed y de la sal y el investigador se mueve a ciegas. En el presente caso, por muchas conjeturas que se hagan, nunca podremos determinar con exactitud el lugar de los hechos, entre otras cosas porque tampoco podemos determinar con precisión los hechos. Hay mucho territorio entre Murania y Casas del Juglar, por una parte, y además los hechos son más difusos que confusos. Hasta puede ocurrir que esos hechos, si es que se produjeron, *tuvieran lugar* (sic, dijo) fuera de nuestro territorio. Pudo abandonar la joven la comarca con el forastero de la mochila, seas tú ese forastero o no lo seas, Travel. Como no eres tonto, entenderás que nos hayamos agarrado al clavo ardiendo del forastero, o sea, a las escasas informaciones que nos proporcionan los testigos. Digo: pudo irse la joven por esos mundos de Dios con el forastero, lo que te vendría bien, pues no serías tú entonces *el* forastero, a no ser que fueras tan ingenuo como para quedarte en la venta o en el caserón del sueco y además para subirte en el coche del primer cantamañanas que se brindó a llevarte. Cantó:

Qué quieres que te cante,  
qué quieres que te cuente,  
si soy yo el maleante  
y tú eres buena gente.

Como maniobra de distracción, siguió, esto es, como sed de sal, sería bastante torpe, fruto de un razonamiento primitivo o infantil: como el niño que al taparse los ojos piensa que no lo ven. También puede ocurrir otra cosa: que no haya caso en realidad. Aquí nadie se atreve a pronunciar las palabras fatales, ni los periódicos, ni la radio, ni la gente, pero, aunque se nieguen a nombrarlo, todos temen lo peor, y lo imaginan, e incluso lo desean. No podemos remediarlo: nos gusta la destrucción, nos atrae la violencia, nos entusiasma el mal, el mal en general, y el mal ajeno en particular. Cada acto de violencia en otros lo entendemos como un acto de venganza por nuestra parte. Que se jodan, pensamos. Pero nadie pronuncia las palabras fatales porque perdura la creencia de que en este mundo siniestro basta nombrar las cosas para que se produzcan. En fin, Travel, tú sabes cuáles son esas palabras, tú conoces los sinónimos del crimen. Pero, como digo, pudiera ocurrir que no hubiera sinónimo alguno, que no hubiera nada, sino vacío e insignificancia. Como ves, aunque no se hagan públicas, manejamos todas las hipótesis. En cualquier caso, como te decía, no hay lugar del crimen. Por eso hay que crearlo. Y espero que tú me ayudes en la creación. Cuando no hay lugar del crimen, se inventa un sucedáneo, y la sed de sal se sustituye por el lugar del criminal. Volvamos, pues, como estrategia, a la vieja máxima policial. Decimos que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen no porque ocurra, sino para que ocurra, o, según las reglas que se desprendan de cada investigación, para que no ocurra. Y ahora nos conviene introducir en la máxima una modificación: como no podemos pregonar que algo ocurriera en un punto exacto, treinta y nueve coma setenta y dos latitud norte, por ejemplo, y cinco coma sesenta y seis longitud oeste, porque estamos ante un caso sin coordenadas, hemos de marcar otro punto de la sierra donde se crucen la latitud y la longitud del crimen. Éste es el punto. Nosotros estaremos al tanto para cuando se presente la ocasión, porque una certeza sí tenemos: si hubo crimen en las pandorgas, lo cometió un mal asesino. Por eso eres tú ahora el lugar del crimen.



Por un momento, Travel, dijo Noé León a propósito del cadáver hallado en la Quebrada del Jayón, pensé que pudieras ser tú, cosa que desestimé enseguida, cuando vi el cuerpo en el depósito, pues la descomposición indicaba que llevaba muerto tiempo suficiente como para que no hubiera podido estar en las pandorgas, pero es cierto que, antes de verlo, temí que fueras tú, el mejor candidato a forastero con mochila. Es más, fue por eso por lo que decidí detenerte justo cuando regresaba de explorar y hacer algunas comprobaciones en los alrededores del barranco del Jayón y te vi tan tranquilo, tan despreocupado, en el puente de la venta. Pensé que aquél podía ser el destino del culpable de la desaparición, si es que había algún culpable, o del sospechoso de la desaparición, sobre todo si el sospechoso era forastero y llevaba mochila. Nadie impediría que los allegados a la joven o el mismo culpable real, si lo había, decidieran cargar sus iras contra el sospechoso. Si en el proceso de búsqueda alguien me encontraba por esos montes, decía Noé León, por esos bosques con la mochila al hombro, y se le ocurría pensar que yo sería un buen culpable, un culpable idóneo, verosímil, y decidía acabar conmigo, y me encontraban semienterrado en un punto creíble, entonces ya no habría nada que hacer. Mancha de mora con mora verde se quita, dijo Noé León: la mejor coartada de un crimen es otro crimen. Te protegía al recogerte y propiciaba, de paso, que el culpable o los culpables se desenmascararan. Lo que no hemos podido averiguar es a quién corresponde el cuerpo hallado en el barranco.

Queremos que todo tenga explicación y que se nos proporcione esa explicación, que se desmenucen los pormenores de los hechos, las causas y los efectos, queremos saber por qué cada ficha de dominó arrastra a la siguiente y cómo se suceden los impulsos del azar y la causalidad. Por eso sobrellevamos mal o nos negamos a sobrellevar la incertidumbre, no saber qué ha ocurrido con la joven, si ha muerto o no ha muerto, si hubo un forastero con mochila, etecé, eteté. No sé si es por costumbre, por pereza o por algún estímulo intelectual, que creo que no, que sólo preferimos la tranquilidad a la incertidumbre y que, una vez conocidos los hechos, apenas nos importa lo ocurrido, queremos saber lo que ocurre y por qué ocurre, pero poco nos importa lo que ocurra. Nos interesa la información, pero no nos preocupa el acontecimiento. Si apareciera el cadáver de la joven todo el mundo se quedaría tranquilo, tal vez un primer llanto, unos primeros lamentos, concentraciones en la plaza, clamores de justicia, etecé, eteté, pero luego paz y proverbios: el muerto al hoyo y el vivo al mogollón. Preferimos la certeza a la esperanza. Del mismo modo puede decirse que preferimos la desgracia a la ignorancia. Hay, sin embargo, algo en lo que no reparamos. Siempre me han llamado la atención esos poetas jóvenes que hablan con entusiasmo y sentimiento de la muerte, como si tuvieran mucha experiencia de la muerte real, transitiva, sin advertir que todo su conocimiento de la muerte es literario, estético, nominal. Pues bien, entiendo que en general todos somos como esos poetas jóvenes, todos nos movemos entre el entusiasmo y el sentimiento, y la experiencia de la muerte que tenemos o creemos tener es ajena, de tanatorio y coche fúnebre, de cementerio y días de noviembre. Pero hay algo en la muerte o en los atisbos de la muerte que siempre se nos escapa y a lo que, por mucho esfuerzo que pusiéramos (que tampoco ponemos tanto), nunca llegaremos. Nos conformamos con la noticia de la muerte, con el hecho físico inmediato de la muerte, pero nos desentendemos de la muerte misma, de la muerte del sujeto, hasta el punto de que si la muerte es una frontera, un límite, el que separa al sujeto de nuestra orilla, la noticia de la muerte es para nosotros también límite. Nos dicen: la joven ha muerto, literalmente, y esa frase entierra toda nuestra capacidad de entender. Como si la muerte misma marcara los límites de nuestro entendimiento y nos impidiera acceder a su misterio. Como si se nos dijera:

hasta aquí podéis entender. Sabemos, sí, que toda nuestra vida gira en torno a la muerte, que la muerte es el eje de nuestro paso por el mundo, etecé, eceté, pero lo triste es que nos conformamos con ese saber y no extraemos de ello consecuencia provechosa alguna. Marca, pues, la muerte nuestra vida, pero también es el fundamento de nuestra ignorancia, de nuestra miseria, de nuestra mezquindad y de nuestra insignificancia.

## 63

Propuso finalmente el método del cautiverio y su dialéctica. Te pintaré el panorama con toda claridad. Tal y como están las cosas, barajaremos dos opciones, dijo Noé León. O tal vez tres, añadió, según se mire. En cualquier caso, todas ellas singulares. Se trata de una sencilla aplicación del método  $p/q$  (o  $q/p$ , si lo prefieres, que de ambas formas puede y debe decirse), con toda la carga de subíndices o superíndices que quieras, dijo. La lógica  $p/q$  es eficaz y contagiosa: yo soy adicto (no sé si te has dado cuenta). La primera opción es que te quedes aquí, siguió hablando Noé León, vale decir:  $p^1$ , no secuestrado o prisionero, sino seguro y protegido, pues no es tarea de vigilancia la que llevan a cabo el gordo guardián y el flaco samaritano, sino de protección. Yo mismo dedico más tiempo a protegerte que a acusarte. La segunda opción es que no te quedes, que salgas, vale decir:  $q^1$ . Tal y como están los ánimos, antes o después, sobre todo si andas a tus anchas por Murania, más aún si te dedicas a merodear por los escenarios que frecuentaba la joven, alguien se aprestará a la venganza y la ira del pueblo caerá sobre ti no ya como una maldición sino como una avalancha. Es un riesgo que no deberíamos correr: ni tú te lo mereces, ni yo quiero que ocurra. Y, puesto que he dicho que tal vez tres, en el caso de que salgas, la tercera posibilidad sería  $q^2$ : que te marcharas para siempre, que abandonararas la ciudad, la comarca, la región, que te encerraras en tu madriguera madrileña y que olvidararas todo lo ocurrido. Pero, como creo que eso no te gustaría, que te ha de gustar saber no

sólo lo que ha ocurrido, que a la vista está que no lo sabemos ni bien ni todavía, sólo tenemos indicios, atisbos circunstanciales, sino también lo que queda por ocurrir, lo que terminará ocurriendo antes o después, y como los dos tenemos la seguridad de que sólo cuando ocurra lo que indefectiblemente ocurrirá llegaremos a saber con nitidez lo que ocurrió al principio, entonces, si sales de aquí, si abandonas este ruinoso barracón, merodearás por ahí y acaso tu presencia no sólo se volverá contra ti, sino que condicionará lo que aún no ha ocurrido y tiene que ocurrir. La elección es tuya. No seremos nosotros quienes forcemos tu decisión. Aquí puede aparentarse hacia fuera una forma de cautividad, la gente se descuidará pensando que tenemos al culpable a buen recaudo, incluso haremos circular el rumor de que te hemos trasladado a la penitenciaría regional y al mismo tiempo haremos circular el rumor contrario y así cada cual dará crédito al que más le convenga y de este modo sea quien sea el sujeto afectado por la sed de sal terminará cayendo en la trampa, en su propia trampa, si es que hay trampa y hay quien. En caso contrario, dijo, podemos irnos todos de aquí, los funcionarios del orden a sus tareas, yo a mis averiguaciones y tú, Travel, a tus travesías. Ahí tienes la mochila, el saco de dormir, tus pertenencias todas, el cuaderno, la cámara de fotos, los libros. Tú decides.

Que te vaya bonito,  
que te vaya muy bien,  
y si ves a Benito  
que le den, que le den.

Sonrió satisfecho tras la serenata y me miró con suficiencia desde la mesa plenaria. ¿Todo claro?, preguntó. Entendió mi silencio como aceptación y dio por cerradas las instrucciones. Bien sabía yo que quien pone literalmente en práctica *Travel of Murania* no podría sustraerse a los pormenores de este extraño caso, dijo. El flaco samaritano y el gordo guardián se alternarían en la vigilancia del arca. A veces me dejarían solo, pero eso no significaría que lo estuviera. Estarían siempre al acecho. Por lo demás, el arca contaba con una notable ventaja: su propio carácter recóndito, de casi madriguera o escondite, era ya una tentación e incluso una provocación. De la misma forma que lo manifiesto es una forma de

ocultación, dijo, la mejor ocultación es una forma de manifestación y proclamación. Tal era la paradoja: lo oculto en lo manifiesto y lo manifiesto en lo oculto. Podrás irte, dijo, huir, si quieres, ya sabes, eres un prisionero libre, pero no te lo aconsejo. Para nosotros será fácil seguirte, hacer que te encuentren otros, dejar que corras peligros y accidentes, pero preferimos que seas el señuelo, Travel, el lugar del crimen, el sitio de la sed. En realidad sólo espero que venga un sujeto. Sé que eres aficionado al cine, que has leído mucha novela policiaca, que has visto mucho cine criminal (mis hombres me mantienen informado al detalle), de modo que conocerás de sobra la técnica detectivesca con que lector y espectador se enfrentan a la novela policiaca y al cine criminal, la regla de oro del investigador pasivo, a saber: cuanto más sospechoso es un personaje menos probabilidades hay de que sea culpable. En el cine, dijo Noé, a mayores indicios, menos culpa. Estrategias del guión, artilugios de la trama. La ficción requiere de esos errores, señuelos narrativos. En la práctica, el crimen funciona de otra forma. Por regla general, a quien apuntan todos los indicios es culpable. A ése es al que aguardamos. Pueden venir varios, no te digo que no, como ha venido el delincuente colegiado, pero sólo uno me interesa. Si viene, será el que estoy buscando. Viniendo se delata. No hace falta que haga nada: bastará con que venga. Dichas estas cosas, y otras muchas que omito, pues era locuaz y discursivo, Noé León abandonó el arca cantando:

No quiero perros ni gatos  
alrededor de la casa,  
los gatos porque maúllan  
y los perros porque ladran.

Y dejó al flaco samaritano a mi cuidado. Ni uno ni otro quisieron decirme para quién tendían la trampa, para quién era yo idóneo señuelo. Dudaban del éxito de mi actuación en el caso de que el señalado por León hiciera acto de presencia en el arca de Noé. O bien, pensé, si no señalaban, nunca habría error en el pronóstico.

Muchas son las mentiras, muchos y variados los tipos de mentira, pero básicamente pueden reducirse a dos, como los santos mandamientos: mentiras de defensa y mentiras de ataque. A mí no me incomoda, me puede molestar más o menos, pero no me incomoda el uso de la mentira como arma de protección, tanto da que sea protección propia como protección ajena, que se trate de piadosas mentiras o de falsos testimonios. De algún modo hay que combatir el sufrimiento, atenuar los sinsabores de la vida, esquivar los golpes de la fortuna. También de la verdad pueden decirse y de hecho se dicen muchas cosas: la verdad os hará libres, la verdad duele, la verdad ofende, etecé, eceté, como decía Noé León, fórmulas tópicas en que se encierran los atributos positivos o negativos (más lo segundo que lo primero) de la verdad. Creo que a veces es preferible la esclavitud a la libertad y creo también que no es mala idea protegerse del dolor, de las ofensas o de la misma libertad con mentiras. Ahora bien, existen dos tipos básicos de mentira, como decía. Las mentiras de ataque procuran daño, venganza, violencia: son mentiras del mal. Puede que a veces tengan justificación, que sean resultado de un daño previo, y entonces adquieren un doble sentido y son aceptables, pero hay mentiras que procuran daños y que no son justificadas. Pueden provenir de patologías dañinas o de inconsistencias morales. Son estas últimas las que me sublevan. Y durante un tiempo pensé que era a estas mentiras a las que se dedicaba y con las que se entretenía en su ocio Noé León y que todo el asunto de la sed de sal era una de esas mentiras gratuitas, poéticas, metafóricas. Que el zotalito y otros presuntos o implicados mintieran en su relación con la joven desaparecida no me parecía mal, eran mentiras defensivas, pero las mentiras de Noé León (si es que mentía, yo pensé entonces que sí) eran otra cosa, estaban en otra latitud. Algo en sus palabras me hizo sospechar que todo era pura invención, mentira de hecho y de derecho, que la joven no había desaparecido (que no se trataba al menos de una desaparición delictiva, quiero decir, que tal vez hubiera huido, que se hubiera escondido, que se trataba en suma de un juego de guardias y ladrones), que Noé León había ideado un rompecabezas policial por el mero gusto de mover los hilos de la

trama y hacer bailar a las marionetas diciendo tonterías con atiplada voz y harpadas lenguas. Si como policía Noé León tendía a la abstracción del crimen, a ver números y representaciones en la gente, figurantes de la trama de la muerte, acaso también le gustara divertirse haciendo rebosar el vaso, buscando y forzando simulacros. Sería un procedimiento astuto para controlar la acción sabiendo de antemano el resultado. Si un detective medianamente inteligente y con algún sentido de la rectitud y la justicia tiene detenido al sospechoso de un crimen real, por muy convencido que esté de sus teorías, siempre admitirá un resquicio para la duda o el error. Pero si se trata de sospechosos de un crimen inexistente, de una desaparición ficticia, el comportamiento de los sospechosos será real y el detective tendrá campo abonado para la investigación psicológica, para el ejercicio policial, para los silogismos de invierno. Dicho de otra manera: podrá comprobar hasta qué punto un inocente convertido en sospechoso puede terminar resultando culpable e incluso confesar que ha participado en hechos que de sobra sabe el policía que no han sucedido. Que se haga como ejercicio, con conejillos de indias, tal vez sea tolerable, aunque inhumano. Que se haga por diversión, con cobayas del azar, tal vez sea humano, pero intolerable. Qué pretendía Noé León con sus experimentos, si ejercicio o diversión, es algo que no me era entonces dado averiguar.

## 65

Por la tarde cayó una tormenta caudalosa y cruel. La meteorología, que no deja de ser un capricho de los dioses, se alía en ocasiones con la desventura para acentuar su sinsabor. Parecía mentira, de hecho, o broma del destino, o burla de la providencia. Habíamos visto desfilar inmutables las lentas horas del mediodía con una luminosidad ofensiva, la agresión de la transparencia, y las aún más lentas horas de la siesta con un bochorno que subía desde el río y ascendía hasta las livianas cumbres de la sierra. Pronto

advertimos, sin embargo, que se oscurecía el arca de Noé, que lo invadía una penumbra intensa y repentina, que ciegos nubarrones habían cubierto el cielo como si los dioses hubieran lanzado sobre la tierra el más poderoso y despiadado eclipse universal. Uy, uy, uy, dijo el flaco samaritano, voy a tener que irme. Por si las moscas, añadió. Y, en efecto, se fue. Viendo lo que se nos venía encima, anticipaba con buen criterio, pensé, la hora del relevo. Una vez más, por tanto, como ocurría cada amanecer y cada atardecer, me quedé solo. Enseguida cayeron las primeras gotas, gruesas y expansivas, como bosta de Dios, y después ya fue un no parar. A la avanzadilla de los primeros gruesos goterones le siguió el ejército en pleno, recio y poderoso, sin tregua, con fragor. Igualmente intrépidos llegaban los truenos, los relámpagos, y la tarde se convirtió en un ensayo del fin del mundo y del juicio final. Si no había cerca un pararrayos, que no creo, tal vez fuera la humedad profunda del arca o algún capricho similar de la naturaleza, lo cierto es que parecían caer sobre mí todos los rayos y los truenos del mundo y la tormenta, como un estruendoso y terrible bombardeo luminoso a la caza de un único objetivo en la trinchera. Si es verdad que a veces el paisaje o las diversas horas del día, un secarral de encinas, una verde campiña con riachuelo o un huerto de los olivos, un amanecer o una puesta de sol, son sólo reflejo o proyección de nuestro ánimo, entonces, por mi parte, poco dado a verdores ni a crepúsculos, bien puedo decir que nunca como en la contemplación de aquella tormenta vespertina me he sentido tan identificado con los elementos y tan acorde con la furia de la naturaleza y con tantos deseos de romper todo lo que hubiera a mi alrededor, si bien sólo llegué a arrojar contra la pared, por lo demás en vano, la banqueta cruciforme. Me arrepentí en el acto, como si la joven desaparecida reprochara serenamente desde la fotografía mis arrebatos primarios. Recordé entonces las palabras de Noé León. A la gente le gusta contemplar la lluvia, el fuego, las tormentas, había dicho: no se trata de flaqueza lírica, ni es desolación crepuscular ni son ecos de la aurora, sino el rescoldo primitivo de un afán, nostalgia de la violencia primordial. Y enseguida parecieron correr ríos imprevistos, turbulentas escorrentías que bajaban de la sierra, y empezó a inundarse la hondonada en que se había levantado o hundido el arca, y ascendía el nivel del agua alrededor, y quedó cubierto el sendero en el que había bailoteado el zotalito y en el que había



resbalado el gordo guardián, y se llenó el foso del león hasta rebosar, y llegó un momento en que se diría que el arca entera flotaba en medio de las aguas, y entonces sí que pensé que estaba solo, a solas con la imagen mural de la joven desaparecida, sin la compañía de una pareja de cada especie de las que pueblan el universo mundo, solo, digo, abandonado y completamente solo, en el arca de Noé, y que desaparecería de la faz de la sierra.

## 66

Pasó al cabo la tormenta y durante mucho rato el arca de Noé pareció flotar sobre las aguas. Desde el ojo de buey veía inundado el foso del león, el sendero estrecho y enramado que hacía las veces de porche o pasadizo o túnel. Si se hubiera producido el relevo en aquel momento y hubiera llegado el gordo guardián, habría tenido que hundirse en el cieno, traer botas de mariscador o caminar sobre las aguas, pero ni llegó el gordo guardián, ni volvió sobre sus pasos el flaco samaritano, ni apareció nadie en definitiva. Imaginé un momento la ciudad inundada e imaginé que no sería tanta desventura que de vez en cuando la providencia arremetiera contra el mundo y contra los hombres y sus sediciones con diluvios o con incendios que arrasaran tanta purulencia. Imaginé que Murania entera perecía bajo las aguas fulminada por la ira de dios, que se cumplían las profecías de una biblia territorial y apócrifa. E imaginé también que la ira de Dios provenía de la injusticia que en Murania se cometía conmigo. A uno le gusta pensar de tarde en tarde, bien llevado por el insomnio, bien por la angustia, bien por la desesperación, que alguna vez, aunque fuera muy excepcionalmente, todo podría girar en torno a uno mismo, ser la causa indirecta de la venganza de los dioses, sentir el poder inagotable de las cumbres del Olimpo. Sé que es un sinsentido, porque toda arrogancia, incluso en ejercicios de terapia y fantasía, se vuelve contra uno, que el mero hecho de soñar es una clara prueba de nuestra insignificancia, que imaginamos tales disparates precisamente porque

los sabemos imposibles. Sí era posible, sin embargo, que los dioses hubieran enviado la tormenta con otra intención, pensé, a saber, que saliera a flote el cadáver de la joven desaparecida, que fuera el modo elegido por los dioses para desbaratar la incertidumbre. Sólo faltaría entonces que la ira de la providencia alcanzara también con su rayo y su relámpago al sujeto anónimo, forastero o no, que hubiera llevado a cabo la fechoría. Pero, por desgracia, los dioses, que como todo lo saben carecen de instinto policial, se refugian siempre en su insolvente ambigüedad. Así, si se producía la venganza, si lo alcanzaba el rayo, nunca sabríamos ni que lo había alcanzado ni por qué. Sería una noticia anónima y la venganza requiere manifestación, declaración, conocimiento por ambas partes: saber por qué se muere y saber que se mata. Además, en el caso del cadáver flotante, deberían los dioses multiplicar el azar: no bastaría con que flotara el cuerpo de la joven: alguien tendría que descubrirlo. Y entonces temí que se propagara otro rumor, que se dijera que había aparecido el cadáver sin que hubiera de verdad aparecido y que, al furor de la noticia, la ciudad entera, la turbamulta de la alcantarilla, se dirigiera al arca de Noé para llevar a cabo el linchamiento del forastero de la mochila, el desventurado e infelice Travel. Todo podría suceder y todo podría esperarse de la retorcida malevolencia de Noé León y, por mi parte, yo lo temía todo. Así que repartí mi tiempo (que era todo el tiempo, toda la tarde, que ahora ya, tras la tormenta, empezaba a clarear) entre la esperanza y el temor, el temor de que se oyera de pronto la algarabía del ¡cabrón asesino! avanzando en procesión por entre la espesura y la esperanza de que apareciera, en cambio, una humilde paloma con un ramo de olivo en el pico pregonando el fin definitivo del diluvio. Pero pasaba el tiempo y nadie venía, ni la masa enfurecida ni la paloma del señor con un ramo de olivo en el pico, y la tarde avanzaba ajena a temores y esperanzas.

Y del mismo modo, artera y sigilosa, llegó la noche. La tormenta había refrescado el ambiente y durante un rato sentí temblor y frío. Mientras hubo alguna claridad me entretuve leyendo recortes de periódico en la mesa plenaria. Después (pronto) resultó imposible. Avanzaba la oscuridad y nadie acudía en mi auxilio: ni venía el gordo guardián ni regresaba el flaco samaritano. Llegó un momento en que ya no pude ver ni adivinar si el arca de Noé seguía flotando sobre las aguas (las pocas aguas del exiguo océano del hondón en que se había construido el barracón) o si, por el contrario, alguna forma de drenaje natural y subterráneo iba desecando el almarjal. Olvidábaseme de decir que el arca de Noé carecía de luz eléctrica, así que se comprenderá con qué lentitud pasaban las horas ciegas de la noche, cómo reinaba el silencio y nada acontecía. Eché de menos la solidaridad del flaco samaritano e incluso la corpulencia mostrenca y silenciosa del gordo guardián, la respiración agitada y trepidante de su sueño. A veces se oía un ¡cloc! afuera, como si cayera algo en el agua, de donde deducía que el arca de Noé todavía flotaba. Cada ¡cloc! era bienvenido, porque al caer (¡cloc!) (¡cloc!) aguzaba el oído a la espera del siguiente. Se reproducían de tarde en tarde, pero se trataba al fin y al cabo de un ejercicio, de una actividad y, por tanto, en el más exacto sentido de la palabra, un pasatiempo, un ejercicio de garita. Intenté a ratos sintonizar el transistor (no sé si he dicho que Noé León me trajo la mochila con mis cosas), pero acaso la tormenta había destrozado los repetidores y las antenas y no se oía emisora alguna, o quizás fuera técnicamente imposible que se hundieran las ondas en el hondón del arca. Intenté dormir tumbado en el camastro, pero volví a sentir frío, un frío (diría) medular, a saber: no tenía frío, lo contenía. De vez en cuando me levantaba, tramaba una especie de ficción gimnástica (un par de saltos polimorfos, alzarme quince o veinte veces sobre las puntas de los pies, hacer y deshacer quince o veinte cuclillas) para entrar en calor. Todo era en vano: tenía oxidado el cuerpo, entumecidos los músculos, embotado el ánimo. No me quedaba, pues, otro remedio que acomodarme al frío y a la vigilia, sobrellevar la noche oscura. A veces encendía la radio para, pese a la ausencia de emisoras, sentir la cercanía de las ondas, el silbo lejano y desesperado de la onda corta, las cigarras mudas y fogosas de la frecuencia modulada, un simulacro de gente al otro lado de la sierra o al otro lado del

río. La noche, en fin.

## 68

De pronto, en la madrugada, una sombra emergió de las aguas y se asomó al arca, encendió una linterna e hizo un gesto con la mano, como diciendo aquí estoy, aquí me tienes, y no entró, se detuvo, examinó la oscuridad menguante. Con cada movimiento de las manos la luz de la linterna desplazaba las sombras con tenebrosos visajes. Cuando entró finalmente, el foco de la linterna exploró las paredes y se detuvo un momento tembloroso en el retrato de la joven desaparecida. Después, el intruso se arrodilló frente a mí, acercó su rostro al mío desde arriba (yo estaba medio derrengado en el camastro) y me miró en silencio durante un rato, con ojos acaso enrojecidos, tampoco supe al pronto si por la pena o por la furia, o por ambas cosas, y sentí compasión por lo primero, miedo por lo segundo y un extraño sentimiento ambiguo por la mezcla de ambas cosas. La temblorosa luz de la linterna dejaba entrever su desamparo: estaba empapado y parecía recién salido de la más hosca espesura, rasguños en la cara, la camiseta desgarrada. No hizo falta que dijera quién era para que yo lo adivinara sin ninguna duda: era el novio de la joven, un muchacho de poco más de veinte años, tal vez el cantor de la noche, quiero yo que estés conmigo, y no supe ya si temer o entristecerme. Si se trataba del sujeto al que esperaban, para el que yo era el cebo, para el que me había convertido Noé León en el lugar del crimen, entonces el joven había elegido el momento más adecuado para venir a mí: de madrugada, tras la tormenta, sin vigilancia, en abandono. De ahí el temor. Al lado, no obstante, en paralelo, se imponía la tristeza. Las penas de amor son tan irracionales que, por su propia ridiculez, inspiran una lástima solidaria y fraterna, tendemos a la comprensión de esas formas de estupidez, de cursilería, de bajo romanticismo. Eso es el hombre: un ser que sufre tontamente, que labra sus padecimientos surco a surco y sin fin. Pero, como

yo estaba indefenso y abatido y derrotado de antemano, temí que cualquier acceso violento que le acometiera al joven (puños, rodillas, pies, navaja) tendría agudas y graves consecuencias para mí. Pensé una vez más que el gordo guardián y el flaco samaritano habían tramado todo el episodio para la venganza: la noche, el sitio apartado, la confianza, la incitación, el allanamiento, la soledad del arca. Y, al mismo tiempo, la combinación de pena y furia me hacía sentir (he aquí el sentimiento ambiguo) que el joven tenía derecho a aliviar su dolor haciendo sufrir a quien de manera directa o indirecta se lo provocaba, y, si bien yo no tenía culpa de nada, me sentía culpable de su estado. Nada había hecho yo, pero para el joven yo era el único obstáculo en su felicidad, la causa oficial (noética, podría decirse) de su desdicha. Sé quién eres, dijo: el forastero. En contra de lo que temí, no me agredió, sin embargo, no me golpeó. Es más, al cabo de un rato se echó a llorar. Te vi en la covacha, dijo, la otra noche. Y enseguida, con voz entrecortada y entre sollozos, empezó a hacer preguntas, preguntas y más preguntas, sin atender a respuestas ni a razones, como si al articular las palabras atropelladas de su incertidumbre estuviera dando forma y sentido a su dolor, como si al nombrar los temores de novio ultrajado y humillado ordenara el desvarío de su conciencia y de su corazón: qué habíamos hecho la joven y yo, qué me había dicho, de qué habíamos hablado, si estaba enfadada con él, si nos habíamos besado, si la había desnudado con mis sucias manos, si nos habíamos acostado en los olivares, qué había pasado después, adónde había ido, qué había sido de ella cuando se acabaron las pandorgas, si habíamos quedado en vernos en otro sitio, etcétera, etcétera. De nada sirvió que yo intentara sacarle del error, de la acumulación de errores. Nada de lo que él decía había sucedido o, cuando menos, no había sucedido conmigo como personaje, como adversario, como amante de la muchacha, pero todo era real para él, todos sus miedos y todas sus sospechas se habían cumplido, así alimentaba ciegamente sus heridas, la realidad sucumbía ante el amor herido y atemorizado y nada de lo que yo decía o intentaba decir llegaba a sus oídos ni a su corazón.

Cesaron luego el llanto y los sollozos, pero el joven no sólo siguió allí, sino que, por la actitud, más serena ahora, de un sombrío sosiego, no parecía tener intención de marcharse. Aunque seguía teniendo los ojos rojos y la cara extraviada, ya había agotado el repertorio de sus incertidumbres y había dejado de hablar, de preguntar, de atragantarse con sus propias palabras. Y como si, tras la desmesura de su monólogo inquisitivo, un monólogo que fue a un tiempo torrencial y apagado, recitado como una cantilena en trance y desvarío, hubiera alcanzado alguna suerte de calma, alguna suerte de catarsis que hubiera apaciguado ya que no eliminado los recuerdos o las ideas o las conjeturas que perturbaban su espíritu y se resignara finalmente a la aflicción, se había acomodado en el suelo junto al camastro, y a veces volvía la cabeza y me miraba con tristeza, y a veces iluminaba con la linterna el retrato de la joven, y a veces, en fin, dirigía la misma mirada triste hacia la maleza de la sierra o hacia la porción de río que desde el ojo de buey tal vez se presentía, una sombra plana y alargada. Supuse que trasladaba a los atisbos del paisaje su propio estado, su resignación y su derrota, su rendición y su fracaso, y temí incluso que se arrancara con alguna confianza lírica lastimera, que en su vida ya nunca habría un amanecer, por ejemplo, o que en su alma había más zarzas y abrojos que en toda la sierra de Murania. Temí incluso que trazara algún paralelismo de contraste entre mi bienaventuranza y su desdicha. Pero no. Era la suya una tristeza pacífica y era el suyo un sufrimiento resignado. La conformidad con la agonía no deja de ser un rasgo de heroísmo: aceptar el fin con semblante austero, sin aspavientos ni lamentaciones, consciente de los límites del hombre, es uno de los atributos del héroe anónimo, sin épica ni gesta. Convencido, pese a mis negaciones, de que yo había estado entre los olivos con la joven desaparecida, se aferraba a mi presencia como si yo fuese o sobre mí recayese la última huella o el último recuerdo de la joven antes de desaparecer, como si quedara en mí algún último vestigio de la joven antes de que se abatiera sobre ella la incertidumbre del destino. Yo era, pues, al mismo tiempo, según imaginaba, la causa de su desasosiego y el clavo ardiendo al que se sujetaba, infierno y

santuario. Supuse, en cualquier caso, que se marcharía una vez comprobado mi carácter inofensivo, pero se quedó junto a mí con la mirada extraviada e induciéndome al mismo grado de compasión que me gustaría que tuvieran conmigo, no ya en situación semejante, sino en la extraña situación presente de mi desventura: inocente y fugitivo. Así que, viéndolo tan abatido, intenté consolarlo con cierta astucia solidaria, esto es, no con fórmulas vacías del tipo no te preocupes, todo se arreglará, olvídalo, etcétera, pues bien sé que cualquier esfuerzo intelectual para olvidar, por mínimo que sea, no hará otra cosa que fortalecer la presencia en la memoria de lo que se quiere o se prefiere olvidar, que no hay paradoja más contraproducente que las exhortaciones del olvido, sino dándole conversación, hablando y haciéndole hablar. Fue así, por tanto, en una de esas situaciones en que las confidencias se desatan sin pudor ante desconocidos y precisamente por desconocidos, como supe algo de los amores del joven y de sus amarguras, pues también se sabe que, en general, a la gente no sólo le gusta hablar de aquello que le preocupa o le entusiasma, de aquello que absorbe sus sentidos y nubla su razón, tanto da que sea en sentido positivo como negativo, que lleve a las más altas cimas del entusiasmo como a las más negras honduras de la desesperación, sino que encuentra en ello una gratificación suplementaria y un consuelo a los que no se aviene a renunciar. Ambos jóvenes, esto es, el joven que estaba sentado a mi lado y la joven desaparecida, se conocían desde niños, habían ido juntos al colegio primero y al instituto después, y fue precisamente en el segundo curso del instituto cuando advirtieron que eran algo más que amigos de grupo o de pandilla y, desde que fueron conscientes de esa advertencia natural, de esa atracción, de esa complementariedad, podría decirse que eran novios, un noviazgo prematuro tal vez, pero consistente, apuntalado en los imperecederos cimientos de la inocencia y el descubrimiento y la reciprocidad. Al principio tuvieron que soportar las burlas y las bromas de los compañeros, Romeo y Julieta, decían, las reprobaciones de algún que otro profesor ante las muestras públicas de amor (besos, arrumacos, amartelamientos) en aulas, pasillos y recreos, y la oposición de los padres de ambos, que no censuraban propiamente los amores sino que ponían objeciones a la edad con que los habían emprendido. ¿Sabías que Julieta tenía trece años?, preguntó. Pero la fuerza y la sustancia de su

amor estaba por encima de tales contingencias: ni amigos ni profesores ni familia habían podido deshacer un sentimiento que parecía dictado de antemano por la propia naturaleza. No podían vivir (y no vivían) el uno sin el otro. Siempre estaban juntos, a todas partes iban juntos, nada los separaba. Habían tenido a veces algún conflicto entre sus amistades, pues estaban tan entregados el uno al otro que los amigos percibían tanta dedicación como una muestra insoportable de egoísmo, como una forma de negación de la mínima solidaridad necesaria para andar en grupo, de modo que a veces, en excursiones escolares, en romerías a san Hervacio, en las mismas pandorgas de años anteriores, habían sido dados de lado (circunstancia por otra parte que no les importaba: se bastaban a sí mismos y si no se sobraban era porque su mutua necesidad era insaciable) y andado los dos a solas, en amorosa y plena compañía. Pero las dificultades se superaron pronto, sobre todo cuando los amigos empezaron a estar emparejados, pues no es lo mismo una pareja en un grupo de individuos a su aire que una pareja en un grupo de parejas. Así, cuando a los demás les llegó, por edad, por necesidad o por convención, su propio enamoramiento, se configuró una pandilla sólida, amena y divertida, no una vulgar y efímera panda de pandorgas. Naturalmente, también habían sufrido altibajos, pero más por exceso que por defecto, más por el volumen de exigencias que por exposición de carencias, pues no había carencia alguna. Visto desde el presente, esto es, desde el entendimiento perturbado del joven sentado en una banqueta del arca de Noé, de ahí habrían procedido precisamente los últimos acontecimientos y el desastre final, del que él era inocente al mismo tiempo que culpable. Si se vive en trance permanentemente superlativo, tiene que haber un descubrimiento de la normalidad. Toda exageración requiere su descanso, toda cima una pendiente. Ni la vigilia perenne ni el sueño eterno son posibles: hay que velar y hay que soñar, también hay que dormir. El amor superlativo produce una fatiga irreversible. El joven había empezado a notarlo hacía unos meses, después de la fiesta de nochevieja, más concretamente. Fue primero apenas una como ausencia, un estar con el pensamiento en otra parte, aunque sin pensar, tal vez mero producto del cansancio, como una estela de la insatisfacción. No le dio entonces importancia, pero ahora estaba seguro de que en esas fechas la joven se había detenido, había reflexionado y había



empezado a llegar a la conclusión de que su vida no era vida ni su amor era amor, sino ignorancia y miedo y sinrazón. Había pensado sin duda que una vida entera así, como la que había llevado en los últimos años, sería completamente insoportable. Que hay valles y montañas, pero también llanuras, o, cuando menos, mesetas o penillanuras. Que sus amores los habían anulado a ambos y que, por ello, carecían de voluntad, no eran personas, sino la mitad de un ser común, como esos animales mitológicos que están constituidos por dos mitades de animales distintos, las sirenas, los centauros. Y tal vez pensó que en esa combinación de hombre y animal a ella le correspondía la parte infrahumana, el caballo, el pez, el ave, y que si era así se acercaba la hora de atender a su propia naturaleza y avanzar por cuenta propia: correr, nadar, volar. La situación se fue agravando poco a poco y no de una manera directa. No hubo discusiones, sino un deterioro imperceptible, una erosión subterránea, un enfriamiento progresivo. No hubo fiestas de carnaval, por ejemplo. La joven las pasó en cama, con fiebre. El joven no tuvo entonces sospecha alguna, pero después creyó (y lo seguía creyendo) que, aun siendo cierta la fiebre, no era también sino una excusa: ninguna fiebre hubiera impedido tiempo atrás que estuvieran amorosamente juntos. Se sucedieron episodios menores, insignificantes, pero no por ello menos significativos, episodios que él no supo percibir como el anticipo del fin, cuyos indicios no supo descifrar y a los que por tanto no pudo oponer remedio alguno. Siempre hay velos cubriendo la verdad, siempre resquicios para encontrar explicaciones complacientes. Al hombre le gusta engañarse: antepone el engaño al sufrimiento. Por eso, al no saber ver lo que ocurría, tampoco pudo prever el final, que tuvo lugar en las pandorgas. Cuando se vive en la suma perfección, la menor contrariedad da al traste con la gloria. Eso fue lo que ocurrió: que él no supo bajar de la perfección a la normalidad, del Garabero a la llanura. Y así, cuando la joven, ya antes incluso de llegar a Casas del Juglar, cuando bajaban de la ermita (hicieron el recorrido a pie, con la pandilla y con algunos peregrinos comunes), la joven empezó a proponer algunas condiciones, a requerir alguna independencia, a sugerir que cada uno pudiera tener vida propia. No pretendía una ruptura ni una separación ni una tregua, o eso pensaba el joven ahora, sino una combinación de amor y libertad, de pareja e individuo. Pero él no pudo entenderlo, no podía entender

que le propusiera renunciar al estado dichoso en que llevaban varios años. Ése fue su error y ésa su culpa. Poco después de llegar a Casas del Juglar y tras una última discusión (sin voces, sin gritos, pero las discusiones sordas son peores) ella se alejó del grupo, del joven y tal vez de sí misma. Buscó entonces la compañía del forastero, fuera quien fuera el forastero (no había forma de que el enamorado admitiera el error de su relato), y procuró que el joven tuviera noticia de ello. Tal vez quisiera sacarle de su error, darle una lección, hacerle ver que la vida es ancha y que nunca es definitiva. Tal vez quisiera darle un motivo para el fin definitivo, una suerte de cortesía última: quemar las naves. Fuera ello como fuere, ahora ya todo era irremediable: el amor, ellos, la joven y tal vez también la vida. Ésa era su triste historia. Y bien creo que en ese punto ya sabía yo sobre la pareja más que nadie en Murania, más que el mismísimo Noé León.

## 70

Ahora ya, dijo el joven enamorado, todo es para mí tristeza y desolación, nada ya me sacará jamás de este despropósito. Si ella no aparece, nada puedo esperar, estaría acabado, sería el fin. Pero te confesaré algo, forastero. Estoy deseando que aparezca, no pienso en otra cosa ni tengo otra esperanza ni otro anhelo. Y al mismo tiempo también tengo miedo de que ocurra. Es una sensación insoportable. Por ella, deseo que aparezca pronto, sana y salva y feliz. Por mí, en cambio, tengo miedo. Sea como sea, todo se vuelve contra mí. Sé que si no aparece nada tendrá sentido, todo será en lo sucesivo inútil y, peor aún, todo habrá sido también inútil en el pasado. Pero tengo miedo de que si aparece tampoco nada tenga sentido para mí y todo sea también inútil y haya sido inútil hasta ahora, y vacío y engañoso. Ése es mi drama. Si no aparece, siempre podré pensar que han sido los elementos, como los que abatieron a la Armada Invencible, los que se han abatido sobre mí, que soy débil y vulnerable. Pero si aparece y no recuperamos el sentido ello indicaría

que nunca ha habido sentido, que todo ha sido farsa y espejismo, todo alucinación. Y si aparece y recuperamos el sentido será ya otro sentido, un sentido distinto y tal vez tortuoso, la asunción de un destino ensombrecido, porque nos hemos querido hasta ahora con alegría y nos queremos en adelante con dolor. En cualquier caso, ocurra lo que ocurra, nunca llegaré a saber qué tormento sería más llevadero, si el duelo de la ausencia y del vacío o el suplicio de la culpa, las dudas y las compensaciones. No queremos ser responsables de nuestras desdichas, pero tampoco queremos que sean culpables de nuestra desdicha las personas a las que queremos. Nos cuesta asumir que quien nos hizo felices nos haga después desdichados, porque esa desdicha contradice la felicidad anterior, la niega, la anula, la tacha, la destruye. Aquí me tienes, por tanto, forastero, no sólo en un mar de dudas, sino también en un mar de pesadumbre, náufrago entre mares. Todo se vuelve contra mí. Yo mismo me vuelvo contra mí. Mis pensamientos son contradictorios y, aunque no lo son mis sentimientos, la misma contradicción del pensamiento vuelve también contradictorios los sentimientos. Por ello sé, por esa doble contradicción, que sufriré pase lo que pase y que no me perdonaré nunca lo que ocurra. Sé que a veces sólo el hecho de haber deseado que algo ocurra (algo negativo, se entiende, una desgracia, un accidente, una ruina, una muerte) nos hace sentirnos culpables del hecho cuando, al margen de nuestra intervención, termina ocurriendo y fatalmente se produce. El deseo nos condena. Somos víctimas de nuestros deseos doblemente: a menudo porque no se cumplen, pero a veces, y al margen de que se cumplan o no se cumplan, sólo por haber deseado. No es ése ahora mi caso. O tal vez sí, y no lo sé. No he deseado que ocurra nada malo, pero el solo hecho de haberlo pensado, de haber puesto en la balanza del destino la posibilidad de que algo haya ocurrido y de que algo no haya ocurrido, esto es, de que aparezca o no aparezca la persona a la que más quiero en este mundo, el solo hecho, digo, de haber contemplado esa doble posibilidad, ya me condena para siempre, al margen incluso de que ocurra o de que no ocurra. Me pregunto si el solo hecho de haberlo pensado implica ya una parte, incluso mínima, de deseo. Porque, si el pensamiento conduce al deseo, el deseo conduce a la culpa. Más

aún: el solo pensamiento ya me hace culpable. Por eso sé que estoy perdido. Por eso sé que no tengo ya destino ni porvenir. Y por eso sé que sólo hay una solución.

## 71

Dos cosas diré sobre todo esto que cuento del joven enamorado: una es que lo cuento, porque lo oí en su propia voz (aunque no fueran ésas sus palabras exactas; ya os he advertido sobre este particular: sus palabras son mis palabras), y otra es que no lo entiendo. Nunca he sido una persona entusiasta ni he sentido arrebatos o efusiones de tanta hondura ni he sido dado a aspavientos sentimentales ni a zalamerías románticas. Por eso no lo entiendo o lo entiendo sólo como tramas de cine, pasiones decimonónicas, cumbres borrascosas, esto es, como invenciones con las que el hombre sustituye o intenta sortear las limitaciones de su condición. Sí entendí, en cambio, lo que, a preguntas inocentes por mi parte, el joven enamorado contó a continuación. Y era, por lo demás, algo extremadamente simple: tenía miedo. Más aún, dijo: todo se había vuelto contra él, sabía que algo le iba a pasar y estaba acobardado. Desde el instante mismo en que la joven le dio la espalda en Casas del Juglar y se perdió entre la multitud festiva, supo que le esperaban malos tiempos, pero no pudo entonces imaginar (o lo imaginó sólo equivocadamente) en qué dirección iba a ir o a venir la maldad de esos tiempos. De hecho, al principio no pensó en otra cosa que no fuera la amargura del desamor, los padecimientos de una felicidad que se desmoronaba y la humillación que suponía advertir que no había recuperación posible o que, si la había, no dependía de él, ni de su determinación ni de sus deseos. Algo parecido, pensé yo entonces, al miedo de viajar en avión, donde el viajero teme porque sabe que no puede controlar los mandos, frente a la tranquilidad de viajar en coche, donde el conductor considera que las vueltas y revueltas del camino no suponen riesgo alguno

frente a su habilidad con el volante. Con ambas máquinas puede uno estrellarse, pero sólo en el segundo caso puede tener el viajero alguna culpa en el estrellamiento. Ésos eran los temores del joven: saberse condenado a un sufrimiento cuyo fin no dependía de su habilidad ni de su voluntad, sentir que caía en vertical desde las alturas de la suma perfección hacia el abismo de la soledad y del fracaso. No contaba, por tanto, con la desaparición de la muchacha ni, menos aún, con la camiseta y los vaqueros ensangrentados ni, a fin de cuentas, con las consecuencias que se derivaban de ambas cosas, de la ausencia primero, pero más tarde de la sangre, sobre todo de la sangre. Al fin y al cabo, nadie sobrevive a un desastre aéreo (y esto no es un enunciado, es un pronóstico). El joven había regresado de Casas del Juglar antes de que acabaran las pandorgas, porque, sin la compañía de la muchacha, nada tenía que hacer allí ni le quedaba deseo alguno de reír, bailar, comer presas de venado y panecillos de san Hervacio o beber aguardiente de la sierra, ni menos aún de perderse en la lascivia del huerto de los olivos. Había vuelto solo, caminando campo a través, lejos de la carretera y de los atajos comunes, pegando patadas a las piedras y a la vegetación, vengando en los arbustos los espumarajos de su rabia. Tuvo la mala suerte de encontrarse con Noé León en la venta del puente. Se ofreció a llevarlo, pero declinó la oferta y siguió enfurecido y solo y a pie hasta Murania. Ni siquiera pasó por su casa. Se fue al chiringuito y se puso a hacer solitarios: no quería saber nada de nada. Por eso no pudo responder a las preguntas ni a los requerimientos de la Guardia Civil sobre el paradero de la joven cuando lo encontraron a la orilla del río, confuso y hundido. Como algunos amigos de la pandilla contaron que se habían enfadado, que habían discutido y que cada uno se había ido por su lado, la misma naturaleza de los hechos lo convirtió en sospechoso de lo que hubiera podido ocurrir. Era absurdo, aseguraba el joven, pero la sola noticia de la discusión (que además es falsa, dijo) fue razón suficiente para sospechar e incluso dar por sentado que en algún momento del regreso habían coincidido, que se había producido un encuentro entre ambos después de las fiestas, que incluso tal vez el joven se hubiera escondido en algún punto del camino para salirle al encuentro a la muchacha. El solo pensamiento era completamente disparatado, decía, pues en modo alguno podía suponer él (lo juraba por lo humano y lo divino) que la joven vendría sola, por caminos

torcidos, por cuetos y vericuetos, y en el caso de que viniera sola, nunca podría saber por qué precisos cuetos y vericuetos lo haría. La Guardia Civil, por su parte, argumentaba que no tenía por qué haber ocurrido necesariamente así, que bien podría el joven haberse apostado a las afueras de Casas del Juglar, haber espiado los pasos de la muchacha, haberla seguido en su camino de regreso y haber aprovechado la circunstancia de que caminara sola para salirle al encuentro, tal vez discutir de nuevo, tal vez llegar a algo más grave que la discusión. Prueba de ello serían las prendas ensangrentadas que había encontrado Noé León y una desaparición que tenía todos los visos de ser definitiva. Sólo quedaba una incógnita por resolver: dónde había escondido (o enterrado) el cadáver. Con esa lógica criminal lo habían acosado una larga mañana en la orilla del río. Ahí entendí por qué no me habían interrogado cuando estuve en el calabozo municipal: habían dedicado todos sus esfuerzos a hacerle confesar al joven, acosarlo para que confirmara sus sospechas, encontrar el cadáver y cerrar el caso. Pensé incluso que mi detención podría ser sólo un suplemento de la investigación, una alternativa de recambio, una maniobra de distracción para desviar a la turbamulta del verdadero culpable. Ahora bien, bastaba ver al joven para advertir que no era culpable, que tenía un carácter débil y que en modo alguno (salvo por accidente) podría llegar a mancharse las manos de sangre. Tal vez podría cometer un crimen limpio, como todos, todos estamos en condiciones de apretar un botón para que muera un indigente en las antípodas (como en aquella película sobre el reloj de cuco: matar con mando a distancia tal vez no sea demasiado traumático, la limpieza física atenuaría la responsabilidad moral) o un gatillo para acabar con un enemigo irracional, pero no todos somos criminales. El joven no lo era. Por eso cuando lo dejaron en paz, ciego de cólera, no encontró mejor desahogo que destrozar el chiringuito. Después, calmado, salió a buscar a la joven por su cuenta y recorrió los caminos y exploró las hondonadas sin suerte y en vano, lo que no hizo sino incrementar las sospechas y agravar su situación. Todo ya le daba igual. Prisionero de su carácter y de los remordimientos de la ruptura, según él, todos lo consideraban culpable, el único culpable, todos creían que tal vez, en efecto, la joven había recorrido con el forastero de la mochila el camino de los olivos, pero que el joven enamorado los había seguido y había decidido

vengar por propia mano la humillación, el orgullo herido, etcétera. Por eso habían publicado la noticia de mi fuga: no tanto para convertirme en el verdadero culpable a ojos de la gente como a ojos del joven enamorado. Es una trampa, dijo el joven, un truco, es una farsa compuesta por Noé León. Él sabe que ni tú ni yo tenemos culpa.

## 72

Hundido en el hondón de sus tribulaciones, el joven enamorado abandonó el arca con las primeras luces aún confusas, no sin mirar el retrato de la joven antes de salir. No he hecho nada malo, dijo, pero no importa: pagaré por ello. Lo vi ir con compasión. Era un muchacho triste y propenso a la melancolía, poco dado al bullicio y a la diversión, uno de estos individuos que ganan enteros en la penumbra, en la conversación menor (binaria, si así puede decirse), y que, si no pasa inadvertido en grupo, es precisamente por exceso de contención, por su discreción, por mantenerse al margen o en segundo plano, de modo que si nos fijamos en él, y creo que lo hacemos de modo necesario, es para considerarlo personaje secundario, meritorio de grupo, personaje de carácter. Una paradoja: atraer la atención sobre sí por su analogía con el crepúsculo. Ya siempre estará con los desventurados, me dije: no porque los comprenda, sino por ser uno de ellos. Me invadió entonces una extraña sensación de solidaridad con el joven y fue esa sensación la que me impulsó a huir. No pude resistir la tentación. Había pasado la noche en vela, había sentido frío y se me había entumecido el ánimo con la aflicción del joven enamorado. Me habían dejado solo, es cierto, y el hecho tal vez se debiera únicamente a la tormenta (yo no podía saberlo), a que se hubieran anegado los caminos, a que se hubieran inundado todas las travesías de la sierra, a que se hubiera desbordado el río, a que hubieran tenido que dedicar todos los efectivos al auxilio de gentes en apuros, la miseria inmobiliaria de la periferia, podría ser, pero también acaso el hecho (mi abandono por parte

de las fuerzas del orden, tanto gordas como flacas, fieras como samaritanas) fuera deliberado, un modo rudo de someterme a prueba. Pensé que tal vez estarían esperando precisamente a ver si me escapaba, o si al menos lo intentaba por segunda vez, para deducir del atrevimiento o la abstención la prueba de mi culpa o de mi inocencia. Si se atreve a huir, culpable, pensé que acaso pensarían, si no se atreve es que no es capaz de matar ni a una mosca y entonces no sólo es inofensivo e inocente, sino infeliz y timorato. Pero tampoco quise reparar mucho en las estrategias del razonamiento porque sabía con total certeza que el encadenamiento de silogismos en arrastre es una de las formas de la parálisis. Quien tiene que atar todos y cada uno de los cabos de una acción sin dejar un solo cabo suelto termina al cabo atando sólo cabos y no sólo nunca acaba nada sino que tampoco acaba de empezarlo. Perdón. Así pues, cargado de razones (o de sinrazones) flacas, frías y nocturnas, electrizado por la tormenta y sus derivaciones, me asomé a la puerta del arca de Noé y salí a flote, yo mismo la paloma con el ramo de olivo entre los dientes. Todavía quedaban restos de agua en el sendero y el foso del león era un charco estrecho y alargado, como el releje de un carro olímpico o el surco de un arado titánico. Lo sorteé sin dificultad, me asomé al arco vegetal de la entrada, miré a los lados y en torno, por ver si en algún punto se veía el coche patrulla o si había indicios de vigilancia, secretos vigías en el mástil de proa del arca, y ante la inmensidad solitaria de la sierra y de su alta maraña decidí definitivamente huir. Atrévete, Travel, me animé. Volví un momento sobre mis pasos, me eché al hombro la mochila sin nada que no fuera mío, salvo los recortes de periódicos (el *Travel* de Alway, el cuaderno de hule, la leica, el transistor), y sobrecogido por el fulgor de la aurora y por la primera luminosidad del día emprendí la huida. Recorrí los primeros caminos de alrededor, busqué la cueva del bandolero decimonónico y no la encontré, me guíé por el espacio siguiendo la memoria del oído (el eco del motor del coche patrulla, la serenata nocturna, el alguacil alguacil del zotalito), pero no es fácil trasladar a los ojos las secuelas de una vaga noción acústica. Me detuve. No sólo no tenía ni idea de dónde estaba sino que tampoco sabía hacia dónde ir ni qué dirección tomar. Pensé que lo mejor sería subir, ascender hacia las cumbres de la sierra, pasar al otro lado y caminar siempre en dirección contraria a la ciudad, hacia el norte y hacia



oriente, pero la inercia de los músculos tendía a lo contrario, así que fui bajando, dejándome caer por vericuetos insignificantes, esquivando las encrucijadas abiertas y escondiéndome con precaución ante cualquier ruido sospechoso de pasos o de fieras, hasta que llegó a mis oídos la voz inmaterial del agua, me sedujo la mansedumbre del rumor (ya se sabe que el agua y el fuego tienen un rotundo poder hipnótico) y llegué finalmente a la orilla del río. Contemplando su lenta superficie, pensé que tal vez fuera más cómodo seguir su curso, que siempre tiene una orientación precisa, que la idea primera de atravesar la sierra por la misma cumbre. Sólo me faltaba decidir si caminaría a favor de la corriente o en contra, hacia la mar, que es el morir, o hacia las fuentes, que es el origen, manantial de desdichas, principio al fin de todo fenecer.

## 73

Discurría paralelo al río un camino de tierra y, aunque no tenía yo el ánimo para penitencias, menos aún a tales horas y en tales circunstancias, decidí seguirlo río arriba. Mostraba huellas atroces de la tormenta y en algunos puntos parecía un anticipo de la ciénaga. Caminé, pues, por él, con doble precaución, precaución de caminante, por los peligros y las trampas del lodo, y precaución de fugitivo, por si alguien me veía y me reconocía, que, si a un lado estaba el agua, al otro había o huertas o vegetación alta y espesa (yo rumiaba la palabra *almarjal*, una fijación de infancia) y ya se sabe lo madrugadores que son los hortelanos, el mimo con que acuden a sus parcelas para examinar los daños de la tromba de agua, y ya se sabe también que tememos sobre todo lo que no podemos ver y que, a poco absurdas que sean las condiciones, en territorio hostil o en horas de penumbra, adivinamos asechanzas en lo oculto y en los ruidos anónimos. Fui atento, por tanto, a los hitos del trayecto fluvial. Vi el letrero más absurdo que quepa imaginar en la entrada del puente por el que salí de Murania en los inicios de la excursión:

Prohibido tirarse del puente. ¡Funesto agüero! Vi un burro con anteojeras girando ciegamente en una noria, lo que, dada la tormenta, eran tan absurdo como la prohibición del puente. Vi casetas desguarnecidas al borde del camino, cobertizos hortelanos de la más pintoresca arquitectura y el más diverso material: plásticos, tablones, uralitas. No llegué muy lejos, sin embargo, un par de kilómetros tal vez, o poco más, pues el mismo azar que me impulsó a seguir río arriba quiso que pronto, tras las huertas y el almarjal, llegara a un chiringuito, mejor dicho, a la barca, el único chiringuito que quedaba en el río si era cierto lo que había contado el flaco samaritano. Fue por eso, por ser el único y por la historia que albergaba en relación con el caso de la joven desaparecida, por lo que decidí explorarlo. Estaba desierto, cerrado y desierto. Y semejaba campo de batalla: mesas y sillas rotas o volcadas, botellas de cerveza o de refrescos por el suelo, bolsas de plástico destripadas, jarras y vasos rotos, cristales. Cabría suponer que a los asiduos del ocio fluvial les había sorprendido la tormenta y habían emprendido una huida precipitada y que, dada la virulencia del agua, el dueño o el camarero no habían tenido más opción que dejarlo todo como estaba y acogerse a techado. Cabría suponer también que lo dejaran siempre así, que la desidia de los chiringuitos es proverbial, como proverbial es igualmente la clientela. Al fin y al cabo apenas amanecía y no era probable que a tan temprana hora acudiera nadie a bañarse ni, menos aún, a beber sangría, cerveza u otros mejunjes de río y playa. Mera suposición, no obstante: tal vez la tormenta había ayudado, pero la desolación del chiringuito debía más al arrebató del joven enamorado que a las inclemencias del temporal. La desesperación también es, al fin y al cabo, una tormenta. En cualquier caso, lo exploré con atención, como si del escrutinio pudiera surgir algún atisbo del embrollo. Pensé que me hubiera gustado tomar café, un buen café negro, sin sal, cargado y consistente, oscuro como mis desdichas, pero, viendo la estructura inusual del sitio, como hecho a pedazos, era poco probable que hubiera tenido nunca cafetera. A un lado había como un pequeño embarcadero, en el que acaso en los tiempos de esplendor del río atracaran barcas de remo, botes de pareja o piraguas de competición, pero en el que ahora sólo anclaba una rudimentaria balsa, cuatro tablones carcomidos sobre bidones negros de verde herrumbre, a la sombra de un árbol oblicuo y vigoroso. Tras el

mostrador (exento, sin persianas ni cierres metálicos, una variante tabernaria del arca de Noé) no había nada: estantes desaliñados y vacíos, restos apenas de la cólera. Tal vez habría alguna mercancía en el interior, un interior seguramente discreto y, dada la extensión, revuelto, embarullado, al que se accedía por dos puertas, una en el mismo mostrador y otra trasera, ambas cerradas, una con llave de cerrajería, otra con candado. Me entretuve un rato dudando. Di dos o tres vueltas en torno al chiringuito sin objetivo alguno. Después me subí en la balsa del embarcadero y casi me caí al agua con el balanceo del impulso. Estaba la balsa atada al tronco de un árbol y ganas me entraron de soltarla y dejarla ir río abajo. Sería un buen modo de demostrar que no pretendía huir, que, teniendo ocasión para huir, no había huido, y así demostraría *de facto* mi inocencia. Si algo me detuvo, al pronto, fueron dos cosas. Una: mi incompetencia marinera, esto es, saber que no sabría conducir la balsa a las inmediaciones del arca de Noé. Dos: el miedo a que me acusaran luego de haber robado la balsa y las consecuencias que de tal acusación derivarían. Por eso no la solté. Me limité a prolongar la ensoñación, a imaginarme navegando río abajo, a la deriva, sobrepasando el arca de Noé, encadenando ríos y afluentes hasta llegar a un río mayor y, con él, a las inmensidades del océano. No sé por qué tendemos (yo, al menos) a expandir la realidad, a convertir pequeñas arboledas en bosques mitológicos, riscos mediocres en cimas inaccesibles y presas de pescadores en mares absolutos, pero, contemplando aquel leve recodo del río desde la balsa, dejé que mi mente esparciera alrededor toda la estrechez cautiva en que se había mantenido los últimos días. Y así fue como perdí todo afán de fuga y como se me quitaron las ganas de seguir río arriba (a nada conduciría la escapada, es más, se volvería en mi contra: volví a acordarme por cierto de otra película, echando el bofe, la de la pena y la nada) y como me llegó de nuevo la incertidumbre: subir o bajar, ir o volver. Podía también elegir una opción distinta: acercarme a la ciudad, recorrer la plaza lentamente, entrar en la cafetería en que Noé León me invitó a una cerveza, beber allí el café que no había en el chiringuito, pedir que lo anotaran en la cuenta de Noé León. No hubo tiempo, sin embargo, para deshacer la incertidumbre ni para tomar una determinación. Qué haces, forastero, dijo una voz a mis espaldas. Me sobresalté por la voz, pero aún más por *forastero*, hasta que advertí que había

en la pregunta más curiosidad que reproche, más cortesía que curiosidad, y en la palabra *forastero* más broma de *far west* que identificación criminal. Quien habló no pretendía asustarme y tampoco tenía mayor interés en saber qué hacía un desconocido de pie al amanecer sobre una balsa abandonada, pero me volví asustado y respondí de manera instintiva. Nada, dije. Reconocí enseguida al gordo guardián en el tipo que se acercaba, pero enseguida también, por las ráfagas del reconocimiento, advertí que no era el gordo guardián. Era el gordo bis. Era el dueño del chiringuito y de la barca, era el hermano del gordo guardián, compartían algo más que las pintas o el aire, eran dos gotas de agua, tal vez dos goterones. No quise preguntar, porque no sabía el nombre del gordo guardián y porque no podía basarme en el hecho de que, siendo desconocido y forastero, conociera al gordo guardián sin levantar sospechas. Llegó hasta el embarcadero pero no hizo el menor ademán de subir a la balsa, cosa que agradecí, pues dada su corpulencia nos hubiéramos ido ambos a pique, náufragos de agua dulce. Y allí nos quedamos los dos, sin hablar, en situación un tanto estúpida, él mirándome a mí y yo mirando en varias direcciones, ahora al río, ahora al chiringuito, ahora al visitante, con timidez, sin fijación alguna. Terminé por preguntar al buen tuntún, con disimulo, sobre el chiringuito, si el aspecto que presentaba se debía a los estragos de la tormenta, si abriría más tarde, etcétera. No, no puedo abrir, dijo el gordo bis, ni quiero. Que hablara en primera persona facilitó la conversación: puesto que él mismo se declaraba dueño del chiringuito ya podía yo preguntar sobre el no poder abrir y el no querer. Y así supe que la barca llevaba cerrada varios días, como precintada, desde las pandorgas, dijo. Había ido a las pandorgas y venerandas del juglar, dijo, como iba todos los años, desde hacía siete, y no como participante en unas ni en otras (aunque me ves obeso, dijo, como como un pajarito), sino como tabernero. Iba, pues, cada año a las pandorgas, extendía su instalache en el prado de Casas del Juglar, aportaba su cargamento de chiringos propios y recibía a cambio una simbólica contraprestación municipal. Porque no iba por dinero, sino por patriotismo. Hay que conservar las tradiciones, dijo. A la vuelta de las pandorgas, sin embargo, no le quedaron ánimos para el chiringuito del río. Y habló entonces de la desaparición de la joven, de la búsqueda por los alrededores (la turba exploradora arrasando con el ímpetu

huno del caballo de Atila toda la tierra de murgaños), de la desaparición posterior del joven enamorado, de las sospechas preventivas con que buscaron al zotalito, de la detención de un forastero con mochila... Aquí se detuvo en el recuento de episodios y me miró y vio la mochila, y pensé que por esa señal me reconocería y que todo cambiaría, pero no fue así o no pareció. Es cierto que se detuvo un instante en el relato, pero quizás pensara que forasteros había muchos y mochilas también, o tal vez ni siquiera reparó en la mochila y yo atribuí a la mochila un silencio que bien podría haberse producido por sí mismo, por la respiración interna del relato. Después siguió con la historia, una historia que yo conocía de sobra en lo que se refería al caso y en lo que a mí mismo se refería y que desconocía cuando hablaba de sí mismo, de su amistad con la joven desaparecida, de la relación laboral que mantenía con el joven enamorado, un joven sobre el que, aunque yo no lo creyera, dijo, recaían cada vez con más fuerza las sospechas populares. Por eso andaba contrito y mohíno el joven, buscando a solas por la sierra el cuerpo de la muchacha, hundido en la agonía y el dolor, queriendo encontrar el cuerpo y al mismo tiempo temiéndolo, y pasaba también las noches perdido en la negra sierra (dicen que a veces cantando en su locura romanzas de amor y desamor) y lo más triste de todo ello era que, pese a perseguir el rastro de la joven a causa de su amor y su desvarío, la gente cada vez con más fiereza consideraba que era una estrategia, una artimaña, un modo de ocultar la culpa exhibiendo la pena. Pobre muchacho, dijo, qué poco sabe de la vida. Por eso había venido el gordo bis esta mañana al chiringuito, como venía de vez en cuando, por si el joven daba alguna señal, por si la tormenta lo hubiera pillado en el monte del desánimo y le hubiera impulsado a refugiarse en el chiringuito. Por eso estaba allí. Nada más. También, dijo, porque sé que sospechan de mí. Todos los que conocemos a la muchacha somos sospechosos, unos más que otros, pero todos sospechosos.

Seguía yo sobre la balsa, hecho ya un marinero dulce en seco, y el gordo bis apoyado en el árbol que asombraba a la balsa, cuando oímos que alguien se acercaba canturreando. De lejos vimos que era un muchacho joven y, a tenor de los hechos, conocido. Al vernos, antes de llegar a nuestra altura, dejó de cantar, alzó la mano, sonrió y se detuvo un momento. Luego se acercó. Venía a bañarse, dijo. Era rubio, guapo, con ademanes meritorios de actor secundario, y, por el modo de dirigirse al gordo bis, cabría pensar que simpático y atrevido, dado a bromas de carácter. Se subió enseguida a la balsa y, haciendo presión con las piernas en compás, ora sobre un pie, ora sobre otro, empezó a balancear la tosca embarcación, no tanto, por lo demás, como, según creo, pretendía: era una balsa indómita incluso para el naufragio. Deduje entonces que mis titubeos iniciales se debieron más a mi torpeza navegante que a posibles deficiencias de la balsa o a errores de cálculo por parte del armador. Viendo los modos de enredar del joven me vinieron a la cabeza dos palabras: guaperas y chuleta. No iba desencaminado, pues no tardé en comprender que aquel rubio no era cualquier rubio sino precisamente el rubio, el mismo al que el zotalito había llamado el pávito, el puto pávito, todavía no sé por qué. Un chulo, un fantasmón, un hijoputa, había dicho el zotalito. Quería saber si abriría el gordo bis la barca y cuándo e intentó convencerlo de que sí y de que enseguida. Dudaba el gordo bis, sin embargo, o añadía a la indecisión un hondo desánimo, y el rubio se ofreció incluso a ayudarlo en el servicio hasta que volviera o apareciera finalmente el joven enamorado, si es que volvía o aparecía, y el gordo bis fuera indulgente (por los destrozos) y todos supieran finalmente a qué atenerse. Pero el gordo bis dijo que no podía, que estaba triste, estoy hundido, dijo, y no hacía otra cosa que lamentar los golpes que una y otra vez le deparaba la fortuna, la mala fortuna siempre. Y hasta tal punto extremaba sus quejas y tan torpemente (una suerte de aflicción oronda), que llegué a dar forma a un pensamiento infame, a saber, que la naturaleza de tanto dolor podría no ser inocente. Si el gordo bis iba cada año a las pandorgas, si levantaba el tinglado de chiringos en las viejas eras, si la joven desaparecida trabajaba para él, bien podría entonces tener algo que ver en la desaparición o en el malentendido, o en ambas cosas, bien podía ser la primera consecuencia de la segunda, y su dolor no sería sino manifestación de la culpa, remordimiento, dudas sobre

cómo solucionar el caso, no saber, en definitiva, si entregarse y confesar o si esperar a que pasara el tiempo y cayera el olvido sobre la joven y el aturdimiento sobre la culpa, o acaso estrategia de la defensa. Imaginé la discusión de la pareja feliz, un enfado pasajero, me dije, una tontería efímera, e imaginé que la muchacha, en lugar de irse con forastero alguno al huerto de los olivos, decidiera privarse de la fiesta y ayudar al gordo en su oficio de tabernero ambulante. Lo que ocurriera después sería culpa del azar, de la vieja confianza, de los estímulos del aguardiente o de todo ello combinado y agitado por los dioses. Pero veía al mismo tiempo al rubio quitarse las zapatillas, los vaqueros y la camiseta, dejarlos sobre la balsa, quedarse en bañador y saltar de cabeza al agua y pensé que también podría tener que ver en la desaparición de la muchacha. Y pensé también que tal vez los dos tuvieran algo que ver, el rubio y el gordo bis, y que su encuentro en la barca tan de mañana no sería entonces casual, y que acaso hubieran quedado para averiguar si con la tormenta el furor del agua había sacado a flote el cadáver de la joven de la honda sima en que lo hubieran arrojado. Etcétera, etcétera. Lo que no podía conjeturar era que mi presencia allí fuera voluntad ni estratagema de Noé León. Pensé que caía sobre mí la maldición de los dioses. Pese a su inmovilidad, la balsa había conseguido marearme y el mareo había hecho girar los torbellinos de la imaginación.

¡Juventud, divino tesoro!, dijo de pronto una voz a mis espaldas. Como no había visto ni oído acercarse a nadie y como no reconocí en la voz la voz del gordo bis (que ya tenía yo identificada doblemente, por el primer gordo, primero, el gordo guardián, en las mazmorras municipales, y por el segundo gordo, el gordo bis, después, desde hacía un rato, a la verita del río, pues a la equivalencia de la figura sumaban los dos gordos la semejanza de todos sus otros atributos), me volví sobresaltado. A menos de dos metros de la balsa

(yo me había subido de nuevo a la balsa), de pie, sujetando una especie de báculo peregrino, un pintoresco viejo seguía con admiración la gimnasia acuática del rubio. Viejo con báculo, pensé. Estaba tan cerca que podría alcanzarme con el bastón si quisiera o, si tuviera malas intenciones, darme un severo bastonazo. ¡Juventud, divino tesoro!, volvió a decir cuando vio que lo miraba y señaló con el báculo las acrobacias del rubio. Los dos volvimos nuestros ojos hacia el río. Y el rubio, avisado por su propio radar de la nueva presencia (y toda vez que el gordo bis parecía haberse desentendido de la exhibición y refugiado en el chiringuito), reinició con renovados bríos y fogosas energías sus piruetas fluviales y se esmeró con entusiasmo durante un rato en la gama de sus habilidades. Al cabo, sin embargo, también el viejo del báculo se cansó de mirar, o se cansó al menos de mirar al rubio, y me miró a mí fija, inquisitivamente, achicando los ojos y frunciendo el entrecejo, yo diría que con admiración no menor que la que había dedicado al rubio y, desde luego, con un escrutinio que nada tenía de negligente ni de accidental. Aunque no dejé de sentir un punto de temor, pues pese a lo temprano de la hora algo había de amenaza sombría y taciturna, de lóbrega advertencia, en aquella mirada decrepita, quise suponer que se debía sólo a mi postura sobre la balsa, pues los viejos en todas partes ven peligro, y por eso me atreví a imitar los movimientos que había llevado a cabo el rubio un rato antes junto a mí: abrí las piernas e intenté agitar la balsa hacia uno y otro lado haciendo presión de modo alterno con uno y otro pie, como si accionara un columpio de agua. Pero, tras el minucioso examen de mi persona, al viejo del báculo o no le llamaron la atención mis ejercicios o prefirió charlar aparte con el gordo bis. Ah del tabernáculo, gritó. Ah del tabernáculo, gritó por segunda vez esgrimiendo el báculo a modo de pendón o de fusil. Acudió a la llamada el gordo bis, se acercó lento a la balsa. ¿El pan nuestro de cada día?, dijo. Asintió el viejo, haciendo la vía del calatraveño, bromeó, y ambos se alejaron luego, como entre líneas, pensé, o en sobre aviso. Durante un rato conversaron junto a las ruinas del chiringuito o tabernáculo. Yo les veía mover las manos, señalar las mesas caídas y las sillas rotas, apuntar hacia las orillas del río que se habían visto afectadas por la tormenta, los remansos en que parecía haberse producido una batalla de lodo y cieno, y también vi cómo el viejo me señalaba con el báculo y el gordo me miraba y movía la cabeza y



asentía a las explicaciones. Después se separaron. El gordo bis desapareció tras el chiringuito y el viejo emprendió el camino de su rutina (ya había inferido yo que daba un largo paseo cada mañana y que el camino paralelo al río era especialmente idóneo para tan tenaz propósito: tranquilo, estrecho, salvaje, solitario y sin encrucijadas). No obstante, antes de seguir río arriba, como luego siguió, se acercó a la balsa, me miró y me apuntó con el báculo sin decir palabra. Luego se fue.

## 76

Presumió el rubio en el agua de habilidosa natación (braceos, buceos, zambullidas, somormujos), mientras el gordo bis y yo lo contemplábamos en silencio, como si fuéramos el público invitado a la exhibición, hasta que se cansó o decidió que, en cuanto público, éramos demasiado pocos o demasiado pasivos para el alto nivel de su arrogancia deportiva, y salió del agua y se entretuvo en la orilla con deliberada displicencia en una tabla atlética de calentamiento y centrifugado. Y finalmente, como la gentileza del sol empezaba a relegar al olvido los estragos de la tormenta (era verano, al fin y al cabo) y las infidencias de la mañana, se tumbó en la hierba ajeno a todo. Fue entonces cuando el gordo bis levantó del suelo una de las sillas caídas, arrastró una mesa hacia los límites del enramado con mucha parsimonia y se sentó tan anchamente en la línea de sol y sombra. Yo seguí un rato indeciso junto a la balsa (había abandonado la deriva marinera por miedo a que el rubio insistiera en sus bamboleos o convirtiera la balsa en oscilante trampolín) e hice intención de marcharme, aunque no sabía bien si río arriba o río abajo, cuando el gordo bis me llamó. Sospeché al pronto mala intención en la llamada, pero luego creí que no la había. Me senté en una silla junto a la misma mesa y durante un rato intercambiamos frases vanas, oráculos estivales, fórmulas meteorológicas. Hasta que el rubio se cansó de la hierba o del sol o de la inercia y se acercó a nosotros. Apuntando con el índice al

voluminoso, pacífico y sobresaliente barrigón del gordo bis, soltó una carcajada. Pancha es Castilla, dijo. Y se sentó a su lado. Así era también su aflicción: pancha, pensé. Le convenció después para que sacara unas cervezas (que no estaban frías) y unos frutos secos (que tampoco estaban demasiado secos), pecios del doble naufragio de la barca, y decidieron sobrellevar así la mañana fluvial. Vale decir que hablaron de esto y aquello, de lo uno y lo otro, pero no podían evitar la comidilla del mes y del verano y una y otra vez se enredaban en pormenores y habladurías del caso, sobre la joven desaparecida, sobre el joven enamorado, sobre las pandorgas y venerandas, sobre el runrún de la investigación y sobre sus telarañas. Era una conversación oblicua, subterránea, en código cerrado, a la que yo asistía como convidado mudo. Privado de referencias y de notas al margen, se me escapaba la mayor parte del asunto y no distinguía las bromas de las veras ni la ironía de la vehemencia. Ambos admitían que algo había ocurrido en la pareja y que ese algo había propiciado y precipitado los acontecimientos, aunque no sabían precisar bien qué acontecimientos más allá de la desaparición primero de la muchacha y el desvarío posterior y errante del joven enamorado, si es que había habido otros acontecimientos intermedios. No se ponían de acuerdo, sin embargo, en el reparto de culpas. Así como en las competiciones deportivas los aficionados son infinitamente tolerantes con las infracciones de su equipo e infinitamente severos con las del equipo contrario, así el gordo bis defendía sin objeciones la inocencia del joven enamorado y la culpa de la joven y así también el rubio, con mayor énfasis, si cabe, defendía lo contrario, la culpa del joven y la inocencia de la joven. Así me pareció al menos. Y digo esto porque al rato me pareció todo lo contrario, que el alegato del rubio se inclinaba a favor del enamorado y en contra de la joven y la réplica del gordo bis, por el contrario, absolvía a la chica y condenaba al joven. La argumentación rayaba en el absurdo, pues ninguno de los dos sabía qué había ocurrido o, si lo sabía, procuraba no proporcionar ninguna baza al adversario. Por momentos pensé que ambos sabían algo y lo ocultaban, que no era lo mismo lo que sabían uno y otro y que cada uno intentaba averiguar lo que el otro escondía. No predominaba, sin embargo, en el diálogo la sutileza dialéctica. Más bien parecían dos idiotas jugando al mus. Por mi parte, no sabía qué pensar. Los dos me daban mala espina, uno por chulo y por

guaperas y otro por pancho y satisfecho, y en algún momento pensé que uno de ellos era el verdadero responsable de todo lo malo que hubiera ocurrido (mi intuición se inclinaba por el puto pávito), pero he de admitir que, a pesar de los indicios y los síntomas, el carácter no es delito. Llegó luego una muchacha insípida, que saludó de lejos con la mano. Chao, dijo el rubio levantándose, se alejó canturreando, ahora soy arenero, porque tengo un harén, se adentraron ambos al instante en el agua y alternaron melindres, arrumacos, regocijos y cabriolas.

Una mosquita muerta, había dicho el flaco samaritano de aquella chica (eso supuse, no pude corroborarlo) hacía dos tardes. Y mientras devanaba la madeja psicológica de sus observaciones, yo me entretuve en las tribulaciones de los atributos. Quien usara por vez primera la expresión *mosquita muerta*, me dije, bien podría figurar en los anales de la fortuna lingüística con singulares méritos, que encubrir la maldad, la hipocresía y la mala intención bajo una mosca diminutiva y muerta fue sin duda una invención certera. Pero el vano devaneo entre la mosca y la mosquita tenía menos interés que la voz y las palabras del flaco samaritano a las que yo ahora añadía el escenario, como si evocando su voz en *off* recayera en sitio real la verdadera proyección. Hemos sabido ahora, había dicho, que antes de las pandorgas ocurrió algo. El qué, eso no hemos llegado a saberlo, pero ocurrió. Estaban en el río, como de costumbre, la joven desaparecida, el joven enamorado, el rubio y la prima, y, según parece, en algún momento, mientras el rubio hacía el tonto en el agua y en la balsa de los areneros y mientras el enamorado colocaba cajas en la cámara secreta del chiringuito, alguien, tal vez el gordo bis, tal vez algún bañista, oyó discutir a las muchachas. De qué discutían, el testigo no lo supo. Le llegaban frases sueltas, palabras deshilvanadas, dijo, y aseguró que la prima hablaba sin

alteraciones, monocroma, monocorde, incluso con la mirada baja, como una mosquita muerta, en suma, y que, en cambio, la joven desaparecida, tan serena, tan simpática, se agitaba nerviosa y alterada, como si perdiera los estribos y el control. Pensó al pronto que se trataba de una discusión, pero después fue aumentando el brío de las palabras: un enfado, una riña, una bronca. En cualquier caso, vista la escena a distancia, la joven desaparecida ponía la autoridad y la prima la sumisión, la servidumbre, el acatamiento, pero luego no supo qué pensar, porque, cuando cesaron las palabras y la prima se metió en el agua con el rubio, la joven desaparecida rompió a llorar con descaliento. Qué pasa, preguntó el enamorado al advertir la escena. Eso sí lo oyó el testigo. La joven lo miró con ojos brillantes, húmedos, las mejillas pálidas, y, como si la pregunta fuera una espoleta, la joven duplicó los bríos del llanto, se sentó en una silla y se deshizo en lágrimas, abundantes, raudales, prolongadas, definitivas. Y al cabo de mucho rato de consuelo inútil se levantó, se quitó la camiseta y se lanzó al agua. Unos y otros, el testigo, el enamorado, la vieron nadar con saña, con vehemencia, hasta que el ejercicio o el cansancio aliviaron la pena, o la ira, o la desazón. Debió de estar en el agua quince minutos, veinte acaso, al cabo de los cuales salió, se vistió, sin secarse siquiera, y abandonó el escenario. La vieron alejarse por el camino del puente de la prohibición y fue la última vez que la vieron muchos, porque en los días siguientes no fue a trabajar y poco después llegaron las pandorgas. El resto era todo misterio.

Me miró en esto el gordo bis con ojos ambiguos (yo seguía el tiple chapoteo de la parejita: el pávito y la prímula, pensaba, en honor del zotalito), mezcla de curiosidad y prevención, como si tuviera que acomodar mi figura presente con la sobrevenida, pero no advertí, enseguida al menos, ningún cambio en su actitud. Quizás incurriera en una mayor locuacidad para insistir

en las desventuras del chiringuito, de la tormenta, de las pandorgas y venerandas, de la muchacha desaparecida y el joven enamorado, de la impostura que llevó a un par de jóvenes a engordar de manera sobrenatural, pero también es verdad que hablaba desganado y como de memoria. Pensé incluso que, si yo tuviera la facultad de hacerme invisible o de desaparecer sin que lo advirtiera, él seguiría desmenuzando su letanía. Entretanto, habían llegado nuevos bañistas, individuos esporádicos, esforzados nadadores solitarios, una pareja enfervorizada en remojo de amor, un pescador de caña dulce. Me pareció que todos ellos evitaban el chiringuito y que miraban al gordo bis con aprensión. Incluso cuando el rubio y la prima se cansaron del agua prefirieron alejarse. La muchacha se tumbó lejos al sol y rechazó con displicencia la propuesta de consumición (un refresco, una cerveza) que le hizo el gordo bis. Vete a la mierda, replicó en sordina a medida que se alejaba. El rubio, a su vez, aburrido, alternó malabarismos en la balsa con intermitencias en el agua, hizo el tonto en general. Por mi parte, no dejaba de sentir también diversas aprensiones. Pensaba en el arca de Noé. Me preguntaba si me habrían echado ya de menos. Me preguntaba si habría acudido alguien más alentado por la noticia de mi fuga. Me preguntaba si el rubio y el gordo bis estarían entre los visitantes esperados, si tendría que haberlos esperado en el arca de Noé en lugar de haber acudido a su terreno. Pensé luego en el viejo del báculo. No era temor, sin embargo, ni secuela de su sentencia, sino una obsesión menor, como la musiquilla que proviene del sueño o que se oye en la radio a primera hora y martillea luego sin remisión a todas horas, durante todo el día. Había otra razón, ciertamente. Una vez que se marchó el viejo, quise de repente evocar su cara y sus ademanes como algo remotamente familiar, como si hubiéramos coincidido en algún lugar alguna vez. Dónde, no lo sabía. Cuándo, tampoco. Ese detalle acentuaba la obsesión del regreso, la esperanza de una iluminación, a saber: tratar de situar su figura en algún punto de los días pasados al verlo de nuevo, encontrar el dónde y el cuándo. Se trataba, por tanto, de una cuestión de recorrido y resistencia. Puesto que el viejo había seguido caminando río arriba, en algún momento deberíamos verlo regresar río abajo y, como se prolongaban en exceso el tiempo y la tardanza, crecía mi vigilancia y no atendía ya al soliloquio del gordo bis. Me preguntaba hasta dónde llegaría el sendero fluvial, qué edad

tendría el viejo y cuántos kilómetros aguantaría a su edad. Así las cosas, todo como en suspenso, decidí marcharme. Me levanté, le pregunté al gordo bis el precio de la cerveza que había tomado y no sólo no quiso cobrarme sino que se levantó, entró en el chiringuito y regresó con más cerveza. Se excusó, porque no estaba fría y, también, por no tener nada para acompañarla, ni queso azul, dijo, ni morcilla negra, y esas referencias precisas despertaron en mí un viejo sinsabor. Como decía un amigo mío, el mundo está lleno de magdalenas. Y el queso y la morcilla no tienen menos alicientes. Fue en ese momento cuando advertí que el gordo bis me estaba entreteniéndome, reteníendome con la charla amorfa y la cerveza tibia. No lo pensé entonces con tanta lucidez, porque no me dio tiempo, pero le estaba dando vueltas a tales alimentos, el queso y la morcilla, y a su periferia coloquial. Porque son primordiales, iba pensando, ambos pueden conjugarse con *dar* y conformar un significado sucesivo: nos las pueden dar con queso y nos pueden dar morcilla, a veces de modo consecutivo. En ese punto estaba, asociando a la morcilla un obsesivo sonsonete, y si ves a Benito, que le den, que le den, cuando (pensé que por culpa de la cerveza tibia) el mundo se desdobló. Hola, Traves, oí a mi espalda. No hacía falta volverse ni mirar de frente al gordo bis para saber que era el gordo guardián el que había hablado.

Os estábamos esperando, dijo el gordo bis. Pero el gordo guardián hizo caso omiso a la salutación. Ciertamente, era algo digno de ver y aun de admirar: dos individuos idénticos, con la misma figura y la misma corpulencia, con la misma voz e igual semblante, de pie el uno frente al otro, sin mirarse, como si entre ambos hubiera un espejo de pared mutuo, recíproco y complementario. Traeré otra cerveza, dijo al cabo el gordo bis. El gordo guardián no contestó, ni siquiera emitió el estado de servicio con que en el cine se rechaza toda invitación a whisky. Entonces ocurrió algo

pintoresco. La culpa fue del chachachá, entonó el gordo bis, la culpa fue del chachachá, y, aunque parecería imposible, se marcó unos pasos de baile tan bien traídos que ya quisiera yo tener esa habilidad, ese ritmo y esa desenvoltura. Después se alejó con parsimonia hacia el chiringuito. Yo entretanto le daba vueltas a la salutación del gordo bis: Os estábamos esperando. Al principio me pasó inadvertida, pero después reparé en ella, en el *os* y en el *estábamos*. En el caso de que el gordo bis estuviera esperando a su hermano, si es que era frecuente o habitual que el hermano se acercara al chiringuito en similares circunstancias, habría dicho *te*. Y *estábamos* se me antojaba un plural ambiguo, pues no sabía si me incluía en la espera o si era más bien el rubio (míralo, lo estoy viendo ahora mismo, saluda desde lejos el hijoputa dando brincos en el agua, presumiendo nataciones ante la prima insípida) el socio del plural. Pero, por otra parte, había dicho *os* cuando sólo había acudido uno. Me preguntaba quién o quiénes faltaban a la cita, qué se escondía o quién detrás del *os*. La respuesta, sin embargo, no se hizo esperar, y no porque yo preguntara: llegó por sí misma. Me manda Noé, dijo el gordo guardián. Te vienes conmigo, Traves, añadió, por las buenas o por las malas. La verdad de los hechos, pese a todo, no la supe hasta más tarde. Ahora estamos todavía en el chiringuito. El gordo guardián no se ha movido, no ha pronunciado más palabras que las imprescindibles. Lo estoy viendo. Andando, dice. Y yo me levanto, hago un gesto ambiguo al gordo bis, que sale del chiringuito con tres cervezas en la mano, y al rubio, que no se da por enterado, el puto pávito, *impávito*, me digo, y sigo al gordo guardián río abajo por el sendero de lodo y hierba. Volvemos al arca de Noé.

Bajábamos río abajo por el sendero, yo delante y el gordo guardián detrás, para vigilarme, supongo, y sin pronunciar palabra. Aunque oía su respiración a mis espaldas, a veces me volvía para comprobar la distancia que

había entre nosotros. Era una comprobación rutinaria, incluso innecesaria, no sé si decir de cortesía. Si hubiera querido huir, me hubiera bastado echar a correr. No creo que el gordo guardián pudiera ganarme a la carrera, porque, si ya en el mero caminar se advertía su dificultosa parsimonia, su ritmo lento, su quejumbrosa asfixia, no sé qué sería puestos a competir en velocidad campo a través, sorteando obstáculos y saltando tapias. Pero ya he dicho que no pensaba huir. Podría haberlo hecho a primera hora y me había entretenido en la balsa con el gordo de la barca tras desechar la idea. A veces se lo decía. No sufras, gordo guardián, no me voy a escapar. En esto estábamos cuando llegamos al huerto de la noria, una propiedad privada en cuyo muro, de poco más de un metro, había abierta una amplia brecha por la que podrían entrar sin dificultad y sin duda entraban personas y animales. Tal vez a ese uso precisamente se debiera, es decir, que la habrían practicado a propósito para ese fin de paso o *pasajero*. No lo sé. Ahora, en la noria en la que el burro giraba interminablemente vimos a un tipo de pie sobre el brocal del pozo mirándonos. Resultaba cómico porque, en el momento en que el burro con tan lenta pereza se alineaba con el tipo, éste saltaba a pies juntillas a la otra parte de la palanca, como si jugara a la comba. Era claro el diagnóstico: un infeliz. Y a medida que nos acercábamos nos miraba con mayor insistencia, más fijamente. No sé si nos estaba esperando, si le habían llegado rumores de mi paradero o si, por el contrario, quiso el azar que nos viera y compusiera en su imaginación la secuencia acertada de los hechos. Cuando llegamos a su altura se subió a la palanca y dio dos vueltas completas en torno al pozo al ritmo lento y cansino del burro, y reclamó después nuestra atención. Eh, gordillo, dijo, déjame a mí, que se va a enterar de lo que vale un peine. El gordo guardián se detuvo. Déjate de peines, andaraje, respondió, y síguete andarando. Pese a lo cual el tipo saltó desde el brocal al suelo con desenvoltura zascandil y reclamó la presencia del gordo guardián junto a la noria. Yo esperé en el sendero. Hablaban en voz baja. De vez en cuando, de entre el tono monocorde de su conversación, me llegaban palabras sueltas: muchacha, mochila, forastero, chiringuito. Tal vez me llegaran todas las palabras con la misma intensidad, puede ser, pero sólo lograba descifrar las que me afectaban directamente (me pregunto si esto sería lenguaje sintomático), que eran además las que con mayor frecuencia estadística



emitían, sobre todo forastero y mochila. También oí pantalones y camiseta, que eran las tristes prendas de la sospecha y de la detención. Hubo un momento en que dejaron de hablar y se encaminaron al sendero, el pobre infeliz delante, decidido, y el gordo guardián detrás, como si tratara de impedirlo, pero sin impedirlo, porque llegaron hasta mí. El tipo de la noria me miró con ojos fieros, con extravío lunático. Eres el forastero, dijo. Se llama Traves, dijo el gordo guardián. No, gordillo, dijo el infeliz, través el que yo le voy a dar: es forastero y va a saber lo que vale un peine. Pensé que el valor del peine sería violento, o sea, que intentaría agredirme, pero se quedó allí frente a mí vociferándome encima, agitando las manos, sin más acción. Y entonces fue el gordo guardián quien me sorprendió. Venga, andaraje, dijo, enséñale lo que vale un peine, que se entere de una vez. El andaraje se quedó paralizado, como si tampoco él supiera lo que valían los peines, o como si no supiera cómo enseñarme a mí tan misterioso precio. El gordo guardián le metió prisa. Venga, andaraje, dijo, o le enseñas lo que vale un peine o te lo enseño yo a ti. El infeliz me miró como con miedo, o avergonzado, y dio un paso atrás. Largo, andaraje, dijo el gordo guardián. El infeliz se volvió hacia él como con malas intenciones. De nada le sirvió. El gordo guardián le cogió del cinturón, lo levantó en el aire como si fuera un muñeco de paja boca abajo, y se acercó al río. El pobre suplicaba. No, gordillo, berreaba, no. Y el gordo subía y bajaba el brazo hasta que el infeliz casi rozaba el agua, y cuando lo tenía casi en el agua le preguntaba: cuánto vale el peine, andaraje, cuánto vale. El andaraje se debatía en el aire como un pelele descoyuntado. No lo sé, gordillo, decía, no lo sé. Y así estuvieron un rato largo, que al menos a mí se me hizo largo, hasta el punto de que sentí lástima por el andaraje, pobre alma cándida aferrada al desvarío neurológico. Luego lo soltó en la hierba sin delicadeza. Y el andaraje se levantó de un salto y echó a correr como los perros cuando huyen de las pedradas de los gamberros y se encaramó de nuevo a la noria y encadenó mil maldiciones. La llama secará los ramos, la flor será barrida por el viento y su follaje es vanidad, dijo con desgarrada voz. Muela para otro tu mujer y otros se encorven sobre ella, porque hay maldad e iniquidad, siguió vociferando. Es inofensivo, dijo el gordo guardián cuando reemprendimos el camino. Y rubricó la sentencia con refranes quebrados. Perro ladrador, dijo. Y por la

boca muere el pez. A mí, sin embargo, me pareció que estaba poseído por el fuego iracundo de los viejos profetas y he de decir que todavía lo veo en sueños y que me producen desasosiego sus oráculos.

## 81

Insensato, dijo Noé León apenas nos vio. Habíamos bajado río abajo por el mismo sendero que yo había recorrido río arriba al amanecer, pero al llegar al puente desde el que estaba prohibido tirarse el gordo guardián se desvió y, sin que yo supiera muy bien por qué atajos, llegamos enseguida al arca. Nos estaban esperando. Fuera del arco vegetal, como vigía en la cofa ojo avizor, estaba el flaco samaritano, que silbó al vernos, y al reclamo del silbo asomó la cabeza, bajo el arco mismo, de Noé León. Insensato, dijo. Antes de declamar con solemne prosodia:

Huyeron sin hacer ruido,  
pero pronto regresaron,  
porque los habían seguido  
y porque los alcanzaron.

Si la montaña no viene a mí, yo voy a la montaña, dijo el filósofo, añadió. Me has decepcionado, Travel. Creí que eras lo bastante inteligente como para entender los mecanismos de la sed de sal y las ventajas del método. Ahora, después de tu escapada, no sé si puedo fiarme de tu entendimiento o temer nuevas imprudencias. Siento, dijo, que has dado al traste con el artificio. Tuve, sin embargo, la impresión de que sentía más alivio que indignación, como si hubiera temido por mi persona desde el momento en que supo (o supuso) que me había fugado o que había intentado fugarme. En cualquier caso, no había sido grave el intervalo entre la noticia de la fuga y la escenificación del regreso (aprecié que decían *fuga*, no *desaparición*, elección léxica que no sólo indicaba en qué concepto me tenían, sino también los negros nubarrones que se cernían sobre

*desaparición*). Entremos, dijo Noé León, entremos. Así que entramos y, para mi sorpresa, en el interior del arca, sentado a la mesa plenaria, estaba el viejo del báculo. Post iucundam iuventutem, exclamó al verme, post molestam senectutem, de donde deduje no sólo que tenía conciencia permanente de su edad sino que le extrañaba, acaso por contraste, cualquier manifestación impulsiva de la gente joven, ya fuera redundar en acrobacias acuáticas, como el rubio, ya fuera abandonar el arca de Noé, como el desdichado Travel que yo era. Y a renglón seguido desglosó para la audiencia, pero sobre todo para mí, su misma peripecia matinal. Noé León, por su parte, tras dejar que el viejo del báculo se explayara en aventuras (las filologías del crimen, dijo), enumeró los peligros que podían haberme acechado, cuya pluralidad bien podía decirse que era singular, pues, en realidad, si todo era como Noé León divagaba, uno solo era el peligro y muchos los peligrosos. Temía, en suma, que alguien quisiera tomarse la justicia por su mano, sin que se pudiera determinar el grado o la gravedad del impulso punitivo, matiz que variaría según los diversos elementos peligrosos quisieran llevar su ira hasta el extremo o prefirieran limitarse al escarmiento. Porque si al criminal le puede la sed de sal, dijo León, al afectado por los hechos le puede la sed de sed, que es una variante perversa e insaciable de la sal. Las cosas que afectan para toda la vida son irreversibles y según el grado de irreversibilidad que la desaparición de la joven supusiera para quien me buscara o me encontrara, así sería o hubiera podido ser el grado de violencia, de castigo, de venganza. Además, dijo Noé León, hay que distinguir entre quienes disfrutan con el ejercicio de la violencia, y por tanto golpean una y otra vez con saña y con placer, y quienes disfrutan con la contemplación pasiva del sufrimiento con el mínimo coste moral por su parte, lo que habrían logrado fácilmente en mi caso tirándome al río cerca de las pozas, en el tramo de los ahogados, podría decirse, que era, según supe, el mismo que justificaba la prohibición del puente. (También está, dijo, entre paréntesis, el ejercicio intelectual de la violencia, la violencia como actividad intelectual, como aplicación de la inteligencia, puro e intenso placer intelectual, pero eso no forma parte, Travel, de tu insensata historia.) De ahí que cuando Noé León supo, primero, o bien supuso, que me había fugado, porque le informó el flaco samaritano al encontrar el nido vacío, y cuando supo, después, que estaba en el chiringuito

del barquero, el lugar más peligroso para el forastero señalado por la autoridad y los periódicos, y más aún en compañía de quienes estaba (noté cierto énfasis en el *quienes* plural, como si fueran igualmente peligrosos el gordo bis y el rubio impávido, lo que, por otra parte, confirmaba mis sospechas), se preocupara doblemente y, según creí advertir, empezara a sentirse culpable de sus decisiones y de sus mentiras.

## 82

El viejo del báculo había seguido su paseo río arriba, hasta el puente de la pesquera, por donde cruzó, como solía, y, en lugar de volver por la otra orilla, se desvió hacia la carretera y acogiose a las leyes naturales del camino. Más llano, más recto y más corto, dijo. Tal era el método circular de la teoría del paseante. Que a la gente, decía, no le gusta ir y volver, porque la vuelta es repetición de la ida e ir reconociendo los puntos por los que ha pasado antes hace el paseo más largo y fatiga en exceso el pensamiento. En cambio, si no se regresa por el mismo sitio, es un solo ir. No otra es la virtud de la circunferencia: todo es ir. Bien lo supo Moebius y bien lo supieron los vecinos de Königsberg. No hay migas de pan ni hay pulgarcitos. Teoría discutible, en todo caso, pensé. Y luego, con cívica premura, bajó a paso largo, dentro de sus límites andantes (más adagio que allegro, dijo), hasta dar con Noé León en su despacho. El forastero de la mochila está en el tabernáculo, le dijo. Que me había encontrado en la balsa era claro, pensé, pero, teniendo en cuenta que desde que me detuvieron y hasta aquella misma mañana sólo me habían visto (sabiendo que era yo, quiero decir) cinco personas: el gordo guardián, el flaco samaritano, el joven enamorado, el zotalito y Noé León, que me hubiera reconocido no me pareció al pronto tan explicable. La razón del reconocimiento, sin embargo, era bien simple. El viejo del báculo era huésped vitalicio de El Torreón del Norte y me recordaba de los primeros días, cuando yo buscaba con ansiedad al compañero de viaje

de Walter Alway. Después de las pandorgas llegó a El Torreón del Norte el rumor de que habían detenido a un forastero y de que ese forastero no era otro que el que se había alojado tres o cuatro días en el hostel. Por eso al verme sobre la balsa tan libre y despreocupado se alarmó, por eso habló con el gordo bis, para saber si había detectado alguna anomalía en mi comportamiento (que estuviera nervioso o esquivo, que mostrara impaciencia por seguir mi destino, minucias así, sospechas mediocres de un lector de novelas policiacas), y por eso acudió presuroso, y no sé si malévolo, o si tal vez indulgente, a informar a Noé León de que el forastero de la mochila se había dado a la fuga y estaba tan campante en el chiringuito de la barca. Así desglosó el viejo del báculo para la audiencia, pero sobre todo para mí, su peripecia matinal y así, pensé, la repetiría indefinidamente por los días de los días, que así hizo la vía del calatraveño aquella desventurada mañana. ¡Jodido viejo!, me dije, ¡qué cabrón!

## 83

Me acordé entretanto con alguna pesadumbre del intrépido granuja que entre la pena y la nada elegía la nada. Recordé que era víctima de una doble delación, pero no fue, sin embargo, la delación que le conduce a la muerte la que me vino a la memoria, sino la delación anónima, imprevista, farisea. El joven está sentado en un coche descapotable, con sombrero, gafas negras y un cigarrillo en la boca (siempre tiene un cigarrillo en la boca), viendo en el periódico la noticia de su crimen y su fotografía. En la acera un tipo con gafas oscuras que fuma en pipa compra el periódico a un vendedor callejero. Se produce entonces un cruce de miradas esquivas entre ambos personajes, el joven granuja medio ocultándose tras el periódico, las gafas, el sombrero y los malabarismos del cigarrillo, y el tipo de las gafas oscuras y la pipa mirando alternativamente al periódico y al joven, comparando, reconociendo, atando cabos. Una joven con traje de rayas, unas rayas ciertamente indelebles

y letales, sube al coche y el coche arranca. Se ve luego al tipo de la pipa y las gafas oscuras hablando con la policía y señalando con la mano el coche que se aleja. Tal, me dije, el viejo del báculo. En todo hombre late un corazón delator. Tal, también, la turbamulta de la alcantarilla. No hay mayor aglutinación que la furia de la sangre.

## 84

Más me interesaban, sin embargo, los testimonios de la pareja del chiringuito y su implicación, si es que la había, en los hechos. Por eso pregunté. No te aventuras, Travel, por derroteros oblicuos, respondió Noé León, no te vaya a pasar lo que al joven Cálamo, que vino tras una oscura querencia y salió malherido y desquiciado. Has de saber, no obstante, que de todos los testigos de las pandorgas la primita es la menos fiable, porque es una muchacha insignificante. Cierto es que en el fondo de la insignificancia cunde a menudo la maldad y que desde la insignificancia se clama a menudo en silencio contra el mundo. Van a saber éstos quién soy yo, dice el insignificante en su corazón, pues sabe que la insignificancia es precisamente su coartada. Quién va a esperar ninguna anomalía, ninguna anormalidad, ninguna barbarie de quien en nada destaca, de quien se caracteriza por su sumisión. La insignificancia, por otra parte, es la norma, es lo normal. No te signifiquen, nos decían de niños. Y lo dijimos después nosotros de mayores. Tal vez sea sobre todo pedagogía de la precaución, vacuna de la arrogancia. No sé. A quien se le dice una y otra vez que no se signifique es porque tiene alguna tendencia a la significación. Ahora, sin embargo, hablo de quienes son insignificantes por naturaleza o por carácter, no de aquellos cuya insignificancia procede de un acto de voluntad o de una determinación moral. Y la primita (y cada vez que oía *primita* yo traducía a *prímula*) es insignificante por naturaleza y por carácter. Por eso no es fiable. Lo que no quiere decir que sea sospechosa. Fiable y sospechoso no son aquí la cara y la

cruz. No es fiable porque sus testimonios son también insignificantes, se ajustan a lo que se espera que diga, no se salen del surco de la evidencia, y, por tanto, no dirá nunca nada interesante y nunca sabremos si dice lo que sabe o menos de lo que sabe o más de lo que sabe, ni si habla por sí misma o habla por boca de otros. Y no es fiable porque, en el caso de que dijera algo de interés, tampoco sabríamos si lo dice con voluntad informativa, testimonial, o si, por el contrario, está intentando salir de su insignificancia y aprovechar la desaparición de la prima (que es la que tiene verdadero significado) para alcanzar su propia significación. La primita ha vivido siempre al amparo de la joven desaparecida, todo lo ha hecho a modo de imitación de la joven desaparecida, su noviazgo con el rubio, por ejemplo, es una reproducción (una fotocopia) de los intensos amores de la joven desaparecida y el joven enamorado. Por fortuna ha ido a dar con el rubio, que es tan insignificante como ella, pero al que le importa un bledo la insignificancia, más aún, que tiene en la insignificancia su significación. El rubio se significa a sí mismo ante sí mismo y no necesita más significación. Un viejo profesor mío lo llamaba, en términos psicológicos, la significación reflexiva (o intransitiva, no recuerdo bien). No hace falta que la significación pase al exterior. Es más, la significación exterior del rubio no coincide en nada con la interior. Se pasa el día exhibiendo sus habilidades atléticas, como si fuera una atracción pública. El tabernero le ríe las gracias y las acrobacias, porque cree que atraen a la gente y hacen más rentable el chiringuito. El rubio disfruta haciendo el chulo, se admira a sí mismo, cree que el personal lo admira, y el tabernero cree que así vende más cerveza. ¡El rubio, la atracción gimnástica del río! Hay quien piensa que se hacen apuestas, que le proponen retos, desafíos, lanzarse de cabeza desde tal árbol, tal altura, o desde el puente, aguantar bajo el agua tanto tiempo, etecé, eteté. No lo sé. Si es así, serán apuestas calderilla. Más probables son otros negocios, otros trapicheos, otros tejemanejes. En cualquier caso, la idea que tiene el rubio de sí mismo es completamente opuesta a la idea que la gente tiene del rubio. Con la excepción, tal vez, de la primita. Y en qué medida las declaraciones de la primita pueden ser una venganza, la venganza de los insignificantes, es algo que no podremos saber nunca salvo que surjan nuevos datos, que lleguen nuevas informaciones, que podamos recomponer el rompecabezas con piezas

que todavía no hemos encontrado. Has de saber, Travel, que se ha indagado por todos los rincones de la comarca, que se ha hablado con todos los habitantes de Casas del Juglar, y que no se ha avanzado un ápice en la materia. Tendrían que hablar las piedras, cosa poco probable, pero cuando hablen tú serás el primero, Travel, si no en oírlas, en saberlo.



Todo malentendido conduce a un *no*, un *no* rotundo, final, definitivo, siguió perorando Noé León, pero nadie sabe a ciencia cierta en qué consistió. Cierto es que aquel día, tras la discusión y el llanto, ninguna de las dos volvió al chiringuito. Tampoco se las vio en ninguna otra parte, ni juntas ni por separado, de donde unos deducen que ninguna de las dos salió de casa y otros, en cambio, que siguieron devanando el problema, su complejidad y sus consecuencias. Como todo esto son sólo conjeturas posteriores e hipótesis de efecto retardado, esto es, interpretación de signos antiguos y confusos que en su momento no adquirieron la categoría de signos, recuperación de gestos, conversaciones y comportamientos remotos que pasaron en su momento inadvertidos por insignificantes, no se puede preferir ahora una versión a otra, salvo con el sentido común como recurso. No cabe, sin embargo, sostener que en casos criminales impere el sentido común sobre el desvarío o la locura ni tampoco que haya de vincularse necesariamente el crimen con el malentendido. Algunas conversaciones inmediatas cifraban el malentendido en un mal de amores, ya fueran celos, ya infidelidades, ya simples intermitencias del gusto, el cansino y melancólico deshojar la margarita de los afectos y los días, el duelo de la incertidumbre entre las lealtades y el carácter, un *sinfín*, en fin, de vicisitudes que los mayores reducían a tonterías de chiquillas, rabietas de adolescentes, la época en que más se sufre por caprichos del aprendizaje o más se aprende por los antojos del sufrimiento. Pero hay que desestimar tales conjeturas. No se puede aplicar el sentido común a lo que se sale del común sentido. Tal vez el malentendido haya sido serio, pero ha de basarse en algo que se salga de la naturaleza común de la adolescencia y de la juventud. No ha de ser algo superficial ni transparente. Puede que sea algo simple, hasta demasiado simple tal vez, pero sin duda oculto, oscuro, inaccesible. Lo prueba un hecho: que ni el rubio ni el joven

enamorado saben sobre qué versó la discusión, ni qué problema había o podía haber entre ellas. Si los muchachos no estaban al tanto de las razones del disgusto cabe entender que se trataba de algo entre ellas y, puesto que ellas son amigas y son primas, el malentendido o tiene que ver con la amistad o tiene que ver con la primura o la primatura, es decir, con el parentesco. Si el problema radicase en la amistad, o el rubio o el joven enamorado o ambos estarían al tanto, con más o menos información, pero al tanto. Habría indicios, *bien sûr*. No los hay. Y si tiene que ver con el parentesco caben dos opciones: o es algo que les afecta sólo a ellas o bien afecta a sus padres, a sus hermanos. Si les afectara sólo a ellas, el parentesco quedaría teñido por la amistad y el malentendido se resolvería antes o después, triunfaría la amistad. Si tiene que ver con el parentesco superior o lateral, padres o hermanos, como creo, a las jóvenes se les plantea un conflicto de lealtades entre la familia y la amistad. Se trata de la imposibilidad de combinar ambos contrarios. He ahí el conflicto. Por eso también creo que el malentendido no tiene solución. Puede tratarse incluso de algo que ocurriera hace tiempo y que en cuanto ocurrido es irreversible y que sin embargo ha llegado a su conocimiento hace poco. De esa noticia, de esa novedad, de ese conocimiento viene la discusión, y de no saber cómo afrontarlo viene la confusión: de ahí el desconcierto, de ahí el llanto. En relación con la amistad cabe otra conjetura: que compartan un secreto, una confidencia dolorosa, el aturdimiento de una infamia, y no sepan cómo conducirse. Si fuera así, nunca se sabrá qué sucedió.

## 86

Y entonces de pronto ocurrió algo insólito en lo que sólo yo reparé: de los ojos del gordo guardián caían gruesos y silenciosos lagrimones. Al ver mi asombro los demás siguieron la dirección de mi mirada y, turbado por ello, el gordo guardián abandonó el arca con precipitación. Sus pasos se perdieron en la maleza como se perdió al poco rato el ruido del coche patrulla en la

oquedad encendida de la sierra. Me interesé, naturalmente, por el llanto, pero nadie respondió. Todos sabían algo que yo ignoraba. Parecía imposible, sin embargo, alejar de la conversación al gordo guardián, evitar que las palabras diferidas ocuparan el lugar del ausente. Intenté, por ello, una vía indirecta. ¿Gemelos?, pregunté. Me refería, claro está, a los dos gordos. Me alegra que hagas esa pregunta, Travel, dijo Noé León con ironía, pues, tal vez por las singulares circunstancias de mi nombre, siempre me ha interesado la cuestión, y entendí que se aferraba a mi pregunta para no hablar del llanto. Gemelos o mellizos, nadie y nadie lo sabe, dijo, ni siquiera ellos. Aquí hay una larga tradición de gemelos, de lo más peculiar, te lo aseguro, y éste es un modelo más, una alevosía estructural. Hay una teoría particular sobre los gemelos, que se aplica además con éxito a la acción criminal, que es donde encuentra su manifestación más sublime y más teológica. Se dice que en alguna parte del mundo hay un doble nuestro, que todos y cada uno tenemos un doble en algún sitio. Se dice que en las antípodas hay alguien que repite todos nuestros movimientos, pero al revés, diametralmente, del mismo modo que nosotros repetimos los suyos. O en los antípodas, dijo el viejo del báculo, que de ambas formas puede y debe decirse. Y que nunca, siguió sin pausa Noé León, podremos encontrarnos porque eso significaría la muerte inmediata, no sé si de uno de los dos o de ambos, una especie de fulminación mutua o recíproca. Somos seres viceversos, dijo Noé León, o, como dice aquí la sabia senectud (se refería al viejo del báculo), *viceversus*, doble versus doble, hermano versus hermano, un verdadero *p/q* o *q/p*. No sé. Muchas afirmaciones nunca pueden comprobarse, incluso incluyen en su desarrollo la imposibilidad de su comprobación y, por lo demás, tanto da que sean ciertas como que no. Es verdad que a veces vemos a alguien que es idéntico a alguien, no hace falta viajar a las antípodas ni a los antípodas para ello, y hasta puede ocurrir que alguien se encuentre con su doble en alguna parte, puede ocurrir, digo, pero son sólo documentaciones parciales. Extenderlas a la generalidad, extraer una conclusión universal (todo hombre tiene su doble) de unos cuantos casos casuales, azarosos y fortuitos, va contra toda lógica y contra todo razonamiento. Las raras veces que se ve juntos a los dos gordos (tú has tenido ese privilegio esta mañana, pero ya te digo que es muy raro verlos juntos: hace años que se odian y se evitan), cuando los veo juntos,

digo, me acuerdo de los antiguos silogismos y no puedo por menos que repasar las viejas combinaciones. De estudiante, dijo Noé León, pregunté en clase de filosofía sobre el uso de las letras  $p$  y  $q$  en las proposiciones lógicas. Yo veía (y por eso pregunté) una relación de simetría, de equivalencia visual, de alfa y omega, podría decirse, en la elección, siempre, claro está, que se escribieran en minúscula. No es lo mismo  $p/q$ , en versales, que  $p/q$ , en minúscula. Lo diré de otro modo. Ante un espejo la  $p$  sería  $q$  y la  $q$  sería  $p$ . De ahí, pensaba yo, tal vez por la naturaleza de mi nombre, que ambas pudieran ir en armonía o en oposición, asociarse o excluirse. Ésa era mi divagación, pero el profesor no pudo ( $p$ ) o no quiso ( $q$ ) responder. Y ya fuera por la ausencia de respuesta ya fuera por la simetría del espejo, lo cierto es que me aficioné al método  $p/q$  y a sus inagotables vericuetos deductivos. Así las cosas, dijo, no sabré yo determinar si estos muchachos (se refería al gordo guardián y al gordo bis) son dos gotas de agua o  $p/q$  ante el espejo, aunque me inclino por lo segundo y por que el espejo les devuelve lo que son y lo que no quieren ser, que en los espejos siempre nos vemos al revés. ¿Tú has leído a Winters, joven Travel?, preguntó de pronto. Y antes de que pudiera responder, como si nada hubiera preguntado, empezó a hablar de una de sus lecturas favoritas, la serie de novelas policiacas ejemplares de Edgar Winters, titulada, dijo, *Syllogismus*, que, sin embargo, el autor no llegó a concluir. Lamenté no haber tenido ocasión de hablar de Winters con Noé León en los días previos a la excursión, cuando buscaba al amigo juglarenño que los acompañaba, pero ahora ya no tenía interés ni en uno ni en otro. Noé siguió entretanto con Edgar Winters. *Syllogismus* constaría, lógicamente, de diecinueve episodios, pero, fuera por desidia, fuera por desencanto, Winters sólo llegó a escribir siete. Cada novela desarrolla una trama criminal en la que tanto el crimen como el método de averiguación responde a un modo de argumentación clásico y preestablecido: en la primera el procedimiento policial responde al enunciado *barbara*, en la segunda al enunciado *celarent*, en la tercera *darii*, y así sucesivamente. (Yo leí tiempo después la primera y no llegué a entender el procedimiento *barbara* en *Barbara*: por eso no seguí con el resto de la serie y me abstuve de explorar el procedimiento *celarent* en *Celarent*, *darii* en *Darii*, etcétera.) Pues bien, cada vez que veo juntos a los dos gordos, dijo Noé León, me acuerdo de aquellos silogismos: los dos

gordos son iguales, hay otros hombres iguales repartidos por el mundo, ergo siempre habrá dos hombres iguales, sean o no sean gordos. Estoy convencido, dijo, de que algo de eso hay, de que, aunque haya excepciones (cosa que tampoco se puede demostrar), ésa es la regla general. Y pienso que es sencillamente una respuesta de la naturaleza a la cara y la cruz de todo asunto, lo blanco y lo negro, el día y la noche, el bien y el mal, lo bello y lo feo, etecé y eceté. Con el tiempo, sin embargo, pienso, las cosas han evolucionado hasta el punto de que lo blanco y lo negro, el bien y el mal, el noé y el eón, etecé y eceté, han llegado a confundirse, es decir, que son gemelos. En principio, las cosas estaban claras. Como si se hubiera pasado de una suerte de creacionismo moral a un cierto evolucionismo moral. En el principio había dos personajes idénticos, aunque tal vez no gemelos, Caín y Abel, el bien y el mal, el criminal y la víctima. Y no estoy tan seguro de que no sean de alguna forma gemelos, añadió. Primero, dice el Génesis, creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. Después conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín. Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano. Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador. Escucha, Travel, porque esto no son vanas teorías, dijo Noé León, ni avenas locas, sino los vínculos de la providencia. El primer hombre nacido de mujer fue un asesino. Y el segundo murió asesinado. Ése ha sido el guión de la humanidad. Cuando se crearon personas de la nada, del barro, tuvieron semejanza divina, pero cuando la naturaleza entró en acción y nacieron personas de modo natural, *genitum*, puntualizó, *non factum*, fueron, en ese orden, asesinos y víctimas. Se equivocó el Dios de Abraham, me pregunto. No, respondo, no creo que el Dios de Abraham se equivocara, salvo en un punto. Dios quería un mundo en conflicto, porque un mundo feliz no lo hubiera necesitado nunca (a Dios, digo). A Dios le gusta la sangre, le gusta el dolor. Dios es cruel. Dios protegió a Caín con una señal, porque Dios está con los asesinos. Ésa es la divinidad del Dios de Abraham, del Dios de Isaac y del Dios de Jacob. Por eso soy ateo, dijo Noé León, por esa crueldad, por la señal de Caín, por la sed de sangre, un ateo criminológico, si quieres una categoría específica. Pero sigo. Aquí tenemos dos hermanos, dos gemelos, dos mellizos, o lo que fueren, y esta circunstancia merece tanta atención como análisis. Interrumpió entonces la divagación el viejo del

báculo con autoridad. Habrás de saber, curioso forastero, dijo, que Géminis, el signo del zodiaco, significaba en latín y significa *hermanos gemelos*. Y se explayó con parsimonia en un discurso filológico con referencias a Cástor y Pólux, los Dioscuros, dijo, hijos de Zeus y Leda, hermanos de la sin par Elena, y gemelos, subrayó, *gemini, gemelli*. *Gemini*, repitió con catedrática solemnidad, *gemelli*. Y enredado en los entresijos de la etimología fue encadenando las palabras, *gemellus* con *gemellicus*, dijo, y *gemellicus* con *mellicus*, lo que en definitiva venía a significar que, si provenían del mismo huevo, Cástor y Pólux serían *gemelli* y, si provenían de huevos distintos, serían *mellici*. *That is the question*, dijo Noé León: que tanto monta, que da igual gemelos que mellizos, que sólo son contingencias genéticas y, en definitiva, variantes menores de una sola generación. Gemelos y mellizos, abundó, son la cara y la cruz, el haz y el envés, el anverso y el reverso, de un mismo hecho, de un mismo cuerpo, de un mismo ser. Y, según creo, si es verdad que cada uno de nosotros tiene un doble en las antípodas, los hermanos gemelos o mellizos no lo tienen, porque cada uno es el doble del otro. Y si el doble de las antípodas repite milimétricamente los movimientos y los pasos y las acciones de su igual, los gemelos o los mellizos, en cuanto que son una anomalía, una excepción a las reglas universales de la naturaleza, invierten esa duplicación y hacen lo contrario. La propia contemplación en el contrario, en el hermano igual, les lleva a hacer lo que más los diferencie del hermano igual, lo que nos conduciría a la paradoja de que a los hermanos gemelos o mellizos, si están juntos y uno a la vista del otro, les corresponde una bifurcación moral, una senda de diferenciación. Y así a uno le correspondería el día y a otro la noche, a uno el sol y a otro la luna, a uno el sí y a otro el no, a uno el bien y a otro el mal, a uno *p* y a otro *q*, etecé, eceté. La pregunta que me hago a propósito de esto, siguió Noé León, es quién es quién entre nuestros gordos, quién el bueno y quién el malo, quién Caín y quién Abel. Cabría pensar que el funcionario es el bueno, por ley y obligación, y el tabernero el malo, pero dados los caprichos del horóscopo en general y de géminis en particular bien puede ser al revés, que el funcionario sea un lobo con piel de cordero y el tabernero un cordero arisco, enfurruñado y aullador. Y sabes, cantó:

Que no quiero gatos  
ni perros en casa,  
que los perros muerden,  
los gatos arañan.

Perros y gatos, me dije, serían, si acaso, *p/g*. Cuánta necedad, Noé León, dijo el viejo del báculo, cuánto despropósito, no sé si por la argumentación o por la cancioncilla. Pero Noé León se echó a reír. Me estaban tomando el pelo: así huían del llanto.

## 87

Mientras Noé León glosaba las teorías de la geminación, tan especulares como disparatadas (especulares, digo), me dio por aplicarlas a mi propia persona y ante mí surgieron fatalidades remotas, extrañas anomalías, retorcidas y malévolas disposiciones del azar. Si la camiseta ensangrentada y los vaqueros desgarrados que salieron junto con mi mochila del cajón de carga de la camioneta no eran un señuelo, un mero cebo policial para involucrarme en la desaparición de la joven, si eran verdadera prueba criminal de alguna violencia tras las pandorgas y las venerandas, entonces tal vez sí habría habido en Casas del Juglar un forastero con mochila y tal vez lo habrían visto acompañando a la joven todavía no desaparecida en el camino del huerto de los olivos. Ahora bien, ya fuera por la propia dedicación de los hortelanos provisionales a los impulsos de la especie, ya fuera por los efectos turbios y abstractos del aguardiente de la sierra, nadie pudo dar fe (y, si hemos de creer al flaco samaritano, no fue por falta de declaraciones y de interrogatorios) de que la joven y el forastero estuvieran en ningún momento en el huerto de los olivos, lo que tal vez indicaría que el forastero con mochila y la joven desaparecida se encaminaron, en efecto, al huerto de los olivos, pero que no se detuvieron, que siguieron su destino, como los surcos interminables que se prolongan hasta el mar y aun se hunden en el mar y

siguen más allá de todo meridiano, en pos de una inaccesible longitud, si bien en este caso en algún punto remoto de la tierra antes del mar tuvo lugar la infamia, si es que hubo infamia. Si hubiera ocurrido así, pensé, entonces en alguna parte había alguien que había sido en algún momento forastero con mochila, como yo, y que ahora, sin que cayera sobre él el menor fulgor de la sospecha, disfrutaría en su corazón de la maldad impune, sería al mismo tiempo culpable y victorioso, culpable anónimo y por ello triunfante, sujeto ajeno a toda sed de sal. Pero podría ocurrir, y no por casualidad para mi desgracia (porque esa maquinación nunca podría ser casual ni gratuita), que se tratara de mi propio doble, que no se hallaba en las antípodas, como sería su obligación, ni en los antípodas (si es que de ambas maneras puede decirse), sino que recorría los mismos caminos que yo recorría, seguía mis pasos con apenas algún desajuste espacial y temporal, sin apenas diferencia en el tiempo (tal vez un leve retraso) y con total exactitud en los lugares. Quizás hubiera venido precisamente en busca de su otro yo para llevar a cabo las maldades que mi condición moral me impedía cometer y acometer. Y si así fuere, ahora, mi doble, mi otro yo, estaría en alguna parte, a salvo, en tanto que yo, que era bueno, honrado e inocente (que lo era, que lo sigo siendo), pagaba con mi sufrimiento sus fechorías. A no ser, me dije, que fuera ésa precisamente la pretensión, que el forastero con mochila no tuviera tanto como objetivo perjudicar a la muchacha (una cooperante necesaria) como hacerme pagar los límites de mi bondad, como si me aplicaran el célebre dicho de pagar justos por pecadores, dicho célebre, por lo demás, porque no es escasa ni infrecuente esa alteración particular de la justicia universal. Entonces tal vez no iría detrás de mí, con ningún leve retraso, sino delante, anticipado, marcando las huellas que yo debería luego recorrer para caer en la trampa de la injusticia y la persecución y las vicisitudes del pecado.



En eso te equivocas, Travel, dijo Noé León. O no entiendes lo que digo o lo interpretas de manera torcida. No te importan los hechos, sólo el beneficio judicial, el sosiego moral. Tal y como yo lo veo, son tres situaciones y tres circunstancias que, si bien tienen algo en común, lo que podríamos llamar la duplicación, el espejo o la reflexión, son, por otra parte, completamente diferentes. Una cosa es nuestra representación en las antípodas, otra los géminis, o gemellizos, y otra la aparición del doble en el territorio propio, que es lo que tú propones en el caso de que hubiera habido otro forastero con mochila. Si ocurriera esto último, que no creo (es altamente improbable que haya un doble tuyo por ahí asaltando huertos y agraviando doncellas), la explicación sería otra, seguramente un recurso del sistema, de la estructura genética, de la sabiduría de la naturaleza. Del mismo modo que la naturaleza tiende al equilibrio biológico, a la compensación ecológica y a la nivelación geológica, así también tiende al equilibrio moral y a la justa proporción del bien y el mal. Se puede enunciar de un modo simple, a saber: cuando no hay doble hay que desdoblarse, cuando no hay un doble que nos lleve la contraria tenemos que llevarnos la contraria nosotros mismos. No se trata de que haya un bueno y un malo, como Caín y Abel, sino de que uno solo sea al mismo tiempo bueno y malo, o de que uno mismo sea a veces bueno y a veces malo, o, dicho de otra forma, de que uno mismo se atiene generalmente a los principios morales que amasó en su etapa de aprendizaje y en ocasiones se permite burlar la firmeza de esos principios. Como en la célebre novela, dije. Tampoco exactamente, dijo. En la historia de Jekyll y Hyde, que el primero se convierta en el segundo mediante la ingestión de sustancias de laboratorio es una decisión voluntaria, tomada a conciencia, con el afán científico de experimentar. Ciertamente es que luego la parte mala y negativa y abominable va imponiendo su autoridad, que es una de las formas de la tentación, y ganando terreno a la voluntad y al bien, pero al fin y al cabo es una alegoría y en las alegorías prevalece la intención sobre la acción. Lo que yo creo es distinto. Es la propia naturaleza la que establece la compensación de Jekyll y Hyde, una variedad racionalista de Caín y Abel. No es Jekyll quien decide convertirse en la probatura de Hyde. Te lo diré de otro modo. No eres tú quien decide que otro forastero con mochila te siga o te preceda haciendo el mal para que tú pagues por ello. No. Es la propia

naturaleza la que mueve los hilos de la balanza para que todo quede nivelado, compensado y equilibrado, para la conservación de su vasta superficie. Ten en cuenta que para ello debe ocurrir, y a menudo ocurre, lo contrario, esto es, que hay quien se ejercita siempre en maldades y sólo de vez en cuando incluye paréntesis bondadosos en el curso de su existencia. Ahí entran las psicopatías, las tendencias asesinas, los trastornos morales, pero también la codicia, la avaricia, la envidia, el egoísmo en suma. Ése es el punto, Travel, en que se equivocó el Dios de Abraham con Caín y Abel. Quiso enfrentarse a una dificultad insoluble, al trauma narrativo primordial, dos hermanos gemelos con la función melliza: representar por una parte el bien y el mal repartidos entre ambos y ser al mismo tiempo el bien y el mal recíprocos. Esto pertenece a otros ámbitos, a otras teorías, pero es prueba de cargo de la maldición y la condena.

## 89

Yo te puedo contar una historia más triste y desventurada que todos los caprichos lógicos que pueda incluir Noé León en sus *pecús* y sus *cupés*, dijo el flaco samaritano cuando nos quedamos solos, y tardé en advertir que no se refería al malentendido entre la joven desaparecida y su enamorado, sino a un episodio antiguo del que, sin embargo, no quiso darme luego más explicaciones. Imagina que un joven animoso se enamora de una chica de su mismo carácter, de su misma condición de espíritu. Tal para cual, podría decirse, o Dios los cría, etcétera. Pero no hace falta que lo imagines. Dalo por hecho. Ocurrió. Formaban una buena pareja y compartían numerosos dones: el don del sosiego, por ejemplo, y, más importante aún, el don de la alegría. Hay una sentencia antigua que dice despacito y buena letra. Pues bien, ésta era una pareja inscrita en la lentitud y la caligrafía. Entiéndeme: es un modo de hablar. Quiero decir que todo apuntaba a un porvenir dichoso. Y probablemente durante un tiempo, un par de años quizás, todo fue bonanza y

todo fue caligrafía. Ocurrió, sin embargo, algo desgraciado. Casi nunca podemos estar seguros de por qué ocurren ciertas cosas y a veces ni siquiera podemos estar seguros de que ocurran, pero ocurren y, una vez que ocurren, con porqué o sin porqué, ya son irreversibles. Me refiero a las cosas que, una vez hechas, no se pueden deshacer, que permanecen para siempre en el tiempo y la memoria, en el corazón y en el tormento, porque el hombre no puede volver atrás y anular los errores, ni siquiera los dioses todopoderosos pueden recomponer las heridas de los hechos. A veces, incluso, que las cosas ocurran o no ocurran es, a todos los efectos, secundario, porque una cosa son los hechos y otra la verdad, y frente a la verdad no hay hechos que valgan. En este caso, el joven del que te hablo estaba seguro de que ocurrió algo (puedo afirmarlo con rotundidad: ocurrió) y eso fue lo que dio al traste con la alegría y la buena letra y, en definitiva, con la pareja. El caso fue que a la joven le asaltó un día la incertidumbre: digamos que se le planteó un problema de identidad. Estuvo como otras veces, otras tardes u otras noches, con su enamorado, un chico bien parecido, simpático, romántico, bromista, y algo hubo o advirtió, nunca supo precisar qué, algo le hizo temer que el joven con el que estaba no era el joven con el que estaba habitualmente. Pensó que se había producido una suplantación. Y para mayor desgracia no reveló su incertidumbre en el momento en que se produjo la impostura. Antes al contrario, estuvo devanando el hecho y rumiándolo y quién sabe si con los días componiéndolo, y descomponiéndolo tal vez al componerlo con fragmentos de memoria, descifrando con retraso indicios que a saber si eran inocentes o certeros, e incluso llevando su reflexión hasta la mayor de las desconfianzas, pensando, por ejemplo, y hasta dando por hecho, que había una maniobra previa, una connivencia en el canje y en la falsificación, una curiosidad impertinente. El joven no dejó de advertir en la muchacha una extraña combinación de reticencia y de fervor, e incluso le insinuó algo al respecto, pero la joven, que no estaba segura de sí misma y menos aún de las intenciones del enamorado, optó por el silencio. Cuando finalmente quiso aclarar el asunto había pasado tanto tiempo y se habían torcido tanto los renglones, había perdido tanta belleza y tanta intensidad la antigua letra, que ahora fue el joven quien no pudo recordar ni siquiera con cierta aproximación la sesión en la que la joven había puesto todas sus incertidumbres y creyó

también él entonces en la suplantación, una suplantación que sólo podía deberse a la mezquindad del suplantador o a la curiosidad y la voluntad de la muchacha, a la insensata maldición del chachachá. Fue así como se volvieron uno contra otro y como se culparon mutuamente de tan adversa fortuna. Ella sobrevivió a la certidumbre de los hechos con una dosis pertinaz de trocatinta. Él, en cambio, sucumbió al embate de un viejo axioma sentimental: que sólo exige fidelidad quien no tiene otra cosa que ofrecer. Confianza que se pierde nunca más se recupera. Tenlo por seguro. Caben concesiones, pero no amnesia. Nunca se vuelve al punto anterior, a la situación previa. Y en tales casos, si no se puede cubrir con negro manto la sangre de la herida, mejor es sucumbir, concluir, acabar con todo y ser (o estar) libre, con agudo dolor, y solo, pero sin quedar condenado a la memoria. Como puedes suponer, la alianza se deshizo y cesó la alegría y se acabó la buena letra. La única virtud que conservó el joven fue el sosiego, un sosiego que le llevó por una parte a la sobrealimentación y por otra al cansancio del mundo, a la pérdida de todo entusiasmo y a la más triste, anémica y obstinada indiferencia: nada le atrae, nada le interesa, tan sólo sobrevive. Y el sosiego y la sobrealimentación lo hicieron engordar hasta alcanzar las dimensiones de un tonel. Lo que no deja de resultar paradójico es que el impostor (vamos a llamarlo así) pagó de la misma forma su primera deslealtad. Se casó finalmente con la joven, es cierto, una solución tan triste como mortecina, que, además, corroboraba, por una parte, la usurpación y anulaba, por otra, la (digamos) olvidanza, la amnesia, pero su figura también alcanzó las mismas desproporcionadas proporciones, la misma voluminosa dimensión, como si se produjera una suerte de reciprocidad en el dolor y la culpa, la humillación y la ignominia, la vergüenza y el cinismo, y por razones distintas ambos engordaran al unísono y en idéntica simetría, cada uno espejo de la malicia o la desdicha del otro. No sólo no es extraño, sino que es una ley antigua: la distribución poética del peso en el fiel moral de la balanza. Quien no siente el peso neto de la conciencia ha de cargar con el peso bruto de su grasa. Sólo uno de ellos supo, sin embargo, que para él se habían acabado ya todas las venturas, todas las lealtades y todo el porvenir. Desde entonces se evitan, pero, cuando se encuentran, siempre, antes o después, sobreviene el llanto. Demasiado tarde, como veis, para la compasión.

Y de pronto, tras días elocuentes y noches sosegadas, a la vuelta de un fin de semana incoloro, llegó un rumor no sé si insospechado pero desde luego inquietante. Vinieron todos a contarlo, el flaco samaritano, el gordo guardián y Noé León, y no sólo a contarlo, sino a ofrecerme un banquete de desagravio y despedida. Colocó el gordo guardián una parrilla en el foso del león y gobernó con maestría el punto justo de la carne a la brasa. El flaco samaritano trajo panecillos de san Hervacio, vino mascariendo y aguardiente de la sierra. El fin de las pandorgas, dijo. Noé León, por el contrario, sólo trajo la noticia del rumor y la efervescencia (no sé si creciente o aguardiente) de sus teorías. Y el rumor, claro es, me causó asombro: que alguien había visto a la joven desaparecida en una playa del sur el sábado a mediodía. Todos los rumores comparten siempre un ingrediente azaroso, que es la incertidumbre del origen. De ahí que, como de costumbre, en este caso tampoco se supiera quién había visto a la muchacha. Sorprendía que fueran tan meticulosos los detalles, tan inobjetable el testimonio, y que se desconociera, en cambio, la identidad del testigo. Ni siquiera se le podía atribuir una profesión, un gentilicio: vendedor ambulante, jubilado, muraniense, juglareño. Así pues, algún sujeto anónimo habría visto a la muchacha en la playa. Iba (o iría) sola, por la orilla, sin sortear el suave vaivén del oleaje, caminando sobre las aguas y sobre la arena, a trechos caprichosos e irregulares. No iba (no iría, etcétera: puesto que toda incertidumbre es condición, más convendrá atenerse a las imperfecciones del verbo), no iba en bañador, sino vestida: llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros remangados hasta las rodillas. Pese a la precaución indumentaria, como, por muy en calma que esté el mar, siempre hay olas disidentes, se le habían mojado los pantalones. Tal vez por eso dejó de preocuparse y decidió caminar más por el agua que por la arena, mojándose hasta medio muslo. Caminaba distraída, como ausente, con el semblante de enfado crónico que adoptan los adolescentes a menudo en compañía de los adultos, no sólo como si el mundo les fuera hostil, sino como si toda la hostilidad universal se concentrara de manera exclusiva y singular contra ellos solos. El testigo

anónimo la siguió durante un rato, a distancia, para cerciorarse de que era ella en efecto, de que se trataba sin ningún lugar a dudas de la muchacha desaparecida, para poder propalar luego su testimonio por el mundo, y la vio abandonar la orilla, apresurarse a saltos para esquivar las quemazones de la arena y sentarse finalmente, sola, en una terraza del paseo marítimo. Ocupó una silla (una silla roja, de plástico, con anuncio de refrescos) y puso los pies en alto, sobre el brazo de otra silla. El testigo la observó desde la barra del chiringuito y pudo ver que la muchacha habló con el camarero, que la conversación se prolongó más allá de lo razonable en el ramo de la hostelería litoral (el camarero señalaba con la mano las otras mesas, a los otros clientes, la muchacha señalaba los bajos húmedos y arrugados de los pantalones, puede incluso que se declarara insolvente u olvidadiza), que el camarero se retiró tras la conversación con rostro ambiguo, entre la sonrisa y el fastidio, y que atendió otras mesas y a otros clientes sin servirle nada a la muchacha y dirigiéndole miradas suspensivas, o acaso suspicaces, cada vez que pasaba junto a ella. El testigo pensó que la muchacha habría quedado con alguien y que lo esperaba antes de pedir un refresco o una cerveza, de modo que decidió esperar a su vez por ver quién era o quién sería el interlocutor, pero pasaba el tiempo y no llegaba nadie. Y el testigo entretenía su propia espera entre su cerveza, sus aceitunas, la soledad de la muchacha y los gestos de fastidio y suficiencia del camarero. Hasta que al cabo de un rato largo, tanto que se le habían secado los pantalones, la muchacha se levantó, dijo adiós con la mano al camarero, que ahora sí pareció sonreír con alguna franqueza, tal vez por compasión, tal vez por ver que al fin se marchaba la intrusa y la terraza recuperaba esa normalidad en que los camareros son sólo camareros y los clientes sólo clientes y no estorbos gratuitos, descaro suplementario. El testigo decidió seguirla para documentar con mayor rotundidad el testimonio, pero, al ver la sonrisa del camarero y el gesto de la mano, pensó si no se habría equivocado en sus deducciones, si no sería más bien que la muchacha no esperaba a nadie, que conocía al camarero, que era el camarero su aliado o su cómplice o lo que demonios fuere. Pidió, para corroborarlo, una cerveza con propósito engañoso. Qué le pasa a ésa, preguntó. El camarero no respondió, esbozó un gesto con la mano, pura displicencia profesional, como si dijera: la gente está loca, o algo así, y el testigo, en el dilema de dejar la

cerveza sin consumir o seguir a la muchacha, eligió la cerveza y las aceitunas y la calidad del sol y la luz del mediodía y vio cómo la muchacha se perdía por el paseo marítimo, con los pantalones remangados, descalza, de espaldas al mundo y a sus hostilidades. Y así fue como la condición se hizo para siempre incertidumbre. A no ser que todo sea una invención, dijo Noé León, que no haya habido sur ni mar ni vaqueros húmedos ni camarero antipático ni, menos aún, testigo de todo ello, sino un puro ejercicio de ficción, sutil composición de una coartada.

## 91

Como, en todo caso, el testigo anónimo, pese a dudar entonces sobre la veracidad de su propia experiencia (esto es, si se trataba realmente de la joven desaparecida o si era más bien, por el contrario, una aparición, una suerte de doble tal vez, ¡venturosa la hipótesis de las o los antípodas!, o incluso un engaño particular de los sentidos), no tuvo la delicadeza de guardarla en secreto, sino que la aireó a los cuatro vientos (acaso otro ingrediente necesario del rumor sea su inconsistencia documental, pues es precisamente esa inconsistencia la que da pie o alas a la invención ajena y a la transformación sucesiva de los detalles, no por caprichosa con menos fundamentos lógicos y no por fértil menos árida: que no es lo mismo decir la vi que decir vi a una chica que me pareció ella), lo inesperado del hecho causó notorio desconcierto. Verdad era que, pese al entusiasmo de algunos incondicionales, ya había cesado la búsqueda y que, por tanto, muchos de los que habían participado activa y solidariamente en el rastreo de los campos se hicieron cruces al oír hablar de la muchacha en una playa del sur. No podían entender que, sabiendo o intuyendo el revuelo que había armado (porque era imposible no saber que su desaparición traería consecuencias de un tipo u otro, que la radio y los periódicos locales agitarían el verano con su griterío), no hubiera hecho nada por evitarlo. También era cierto que sólo había una

forma de evitarlo: dar señales de vida. Creemos que una llamada de teléfono no supone una fatiga inagotable, pero nunca lo pensamos desde la situación del que pudiendo hacer esa llamada no la hace. Lo pensamos desde la parte de acá, no en la parte desde donde se hace (o no se hace) la llamada, sino en la que se recibe. Somos incapaces de imaginarnos en la parte de allá: porque estamos aquí, porque no hemos desaparecido. Vemos el auricular, pero ignoramos el micrófono. Por eso defendían algunos que tal vez la muchacha no llamara porque pretendía precisamente que su desaparición fuera notoria. La pregunta entonces era compleja e insoluble: contra quién se desaparecía. Uno huye de quien lo maltrata, de quien le hace la vida imposible, y huye por sí mismo, pero no es lo mismo la huida que la desaparición. Quien desaparece se esconde y desaparece contra alguien. Nadie imaginaba, sin embargo, contra quién desaparecía la muchacha. No se le conocían conflictos familiares que merecieran tal nombre. Ni sus padres (gente humilde, tal vez la madre con algún que otro desliz psiquiátrico y el padre con alguna propensión a distraer las adversidades), ni la abuela (con un mal genio que vertía especialmente contra la nuera, pero no contra la nieta), ni el hermano (más pequeño, enclenque, inofensivo) podían entre todos sumar un solo y sólido pretexto para justificar la desaparición. Tampoco cabía ver en el joven enamorado motivo alguno de desesperación, ni siquiera por las desavenencias que pudieran surgir en las pandorgas o que vinieran, si es que venían, de más atrás. Incluso, pensándolo bien, quizás debería estar más enfadado el joven enamorado que la chica desaparecida. De modo que, si había alguna otra razón, la gente la desconocía y no daba con ella a pesar de las cábalas, las conjeturas y las iluminaciones. Pensaban, en cualquier caso, que había algo oscuro en la desaparición y, peor aún, en las pretensiones que, fueran las que fueren, se ocultaban tras la desaparición. En definitiva, decían, quien se oculta o teme algo o lo trama. Y la opinión se dividió entre el temor y la trama. Y, como poco, entendían algunos que si no daba señales de vida sería por mala conciencia, la vergüenza de declarar que tanto alboroto había sido inútil, el sonrojo que le produciría enfrentar en la balanza dos realidades tan contrapuestas como el sufrimiento de la gente que buscaba su cadáver por las lagunas y los precipicios de Los Huranes frente a la apariencia de la joven disfrutando del sol, el agua y la arena del sur, tal vez incluso en compañía del



forastero de la mochila (lo que a mí me liberaría de toda sospecha y toda culpa: yo no estaba en la playa, sino en el arca de Noé). Por otra parte, los más afines negaban rotundamente el contenido del rumor y pretendían proseguir o reiniciar la búsqueda sin caer en la cuenta de que, dando cuerda a la maraña de la lógica de sus deseos, se hallaban ante la más terrible de las paradojas, a saber: que para negar la pertinencia del rumor tuvieran que preferir la hipótesis de la muerte.

## 92

Me acordé entretanto de otra película, cuyo título, por cierto, tampoco recuerdo. Antes de la excursión iba al cine con frecuencia, a cines de sesión doble casi siempre, pero soy de memoria flaca para los títulos y los nombres de los actores, soy de memoria débil en general para los nombres. Por eso se inventaron los moteos, los apodos y los alias, para asociar al individuo con sus atributos o con la circunstancia, al gordo con el guardián y al flaco con el samaritano. Además, como de muchos nombres no me acuerdo, no ya en el cine sino en la realidad, a veces, para disimular y convertir en rasgo de carácter la falta de memoria, procuro no usar tampoco los nombres de los que sí me acuerdo. Por cortesía hacia el olvido y por precaución: para que nadie se sienta menospreciado, para no manifestar mi insuficiencia gris. Al fin y al cabo los nombres no son nada, apenas una contrariedad administrativa, por más que la gente se aferre a ellos con desmesurada propiedad. La película que digo cuenta la historia de una investigación criminal. Han asesinado a una mujer y un policía investiga. Oyendo diversos testimonios acerca de la víctima y sobre todo contemplando el gran retrato que preside desde la chimenea el enorme salón de su apartamento (en Nueva York, supongo), el policía empieza a sentir por la mujer asesinada algo más que interés policial, el magnetismo de la imagen y el misterio de su persona le nublan la razón, la razón sentimental, se entiende, no la policial, que aplica con pericia. Sucede

luego que la mujer no ha muerto, que reaparece tan campante tras un fin de semana en el campo. Fue eso lo que me hizo recordar la historia: el retrato de la joven en el arca y la posibilidad de que anduviera a su aire por los mares del sur. Y como era poco probable que a Noé León le pasara con la joven desaparecida lo que al policía neoyorquino, porque la conocía antes de la desaparición y, más aún, porque vivía al margen de contingencias sentimentales, me pregunté si no sería yo quien tendría que experimentar de forma diferida los sentimientos del policía neoyorquino, no digo un enamoramiento confuso y perturbado (entre otras cosas porque yo nunca, ni antes ni después, he sabido en qué consiste el enamoramiento), pero sí una forma extraña y contagiosa de atracción. Lo que ello fuere no se basaría en la hermosura del rostro, sino en la mera presencia. De la joven desaparecida yo sólo había visto la foto del periódico y el póster *wanted* que pegó en la pared del arca el flaco samaritano. Ahora miraba el pasquín y no puedo decir que me sintiera atraído por la imagen. No era una belleza de cine. Ningún magnetismo se desprendía de sus facciones, de su mirada. Y si alguno tenía (magnetismo, digo), provenía más de las circunstancias de la desaparición y, por lo que a mí se refería, del hecho de que de una u otra forma yo estuviera vinculado a esa desaparición, no como partícipe, sino como secuela, como efecto dañino y secundario. Nos unían, pues, el error y el azar.

## 93

Sentado en la banqueta cruciforme, me quedé contemplando largamente el rostro de la joven desaparecida, su discreto sosiego, y de la contemplación de la foto, de las informaciones de la página trece y de los diversos testimonios que habían llegado a mis oídos (el flaco samaritano, el zotalito, Noé León, el joven enamorado), fui extrayendo, con los trazos de mi imaginación, un retrato favorable, aunque triste, de la causa de mis desdichas. Puede ocurrir que la imagen no obedezca tanto a las insinuaciones del

periódico o a los testimonios de mis visitantes y carceleros como a los matices grises de mi propia melancolía y que sea yo, en definitiva, quien, manteniendo los rasgos de la apariencia, dota al conjunto de expresión. Si así ocurre, sería un retrato falso, irreal, sobrevenido, pero, a pesar de todo, sería el retrato que ha sobrevivido y sobrevive. Tampoco importa demasiado: todos los retratos son falsos. Por tanto, sea como fuere, y pese al aura natural y la armonía de que hablaba el flaco samaritano, yo decidí que la joven luchaba con un carácter en perpetua contradicción. Pertenecía a una de esas familias de escasas posibilidades económicas y ninguna reflexión moral que, sin embargo y precisamente por eso, se encuentran a gusto en los límites prosaicos de su mezquina realidad. Hay muchas familias así, es un prototipo medio tan amplio como suburbial y periférico, asentado en los márgenes de la historia, de la política y del conocimiento. Carecen de instrucción positiva. Saben que hay otras formas de vida, las imaginan incluso, las ven en televisión, pero las saben ajenas y lejanas. Condenadas a la mediocridad, no se saben condenadas ni se reconocen mediocres. Ignorantes de las cadenas que las oprimen, viven ufanas de sí mismas. Habitan un mundo inferior y se sienten dueñas de ese mundo. Naturalmente, no puede sobrellevarse ese sentido de la vida sin abonarse a cierta malicia naturalista, a cierta insobornable mezquindad. Por eso puede decirse que ni sienten ni padecen, esto es, que soportan con procaz arrogancia sus miserias y que no advierten las miserias de los demás. Son ajenas a la piedad y a la compasión hasta tal punto que, si a alguno de los suyos le sonrío la fortuna (un buen empleo, la lotería o la quiniela, una herencia impensada), sólo esperan que se abata sobre él la ira del destino, por vileza, sin duda, pero también por el extraño y estrecho código de las compensaciones en que han crecido, por la balanza invisible en la que azacanean el premio y el castigo, el esfuerzo y la recompensa, porque están seguros de que toda anomalía positiva ha de ser corregida con un escarmiento del azar. Ésa era, según creo, la atmósfera moral en que se educó la joven desaparecida. Ahora bien, la joven pertenecía a la familia sólo en cierta proporción. Una parte de ella crecía en otra latitud y esa parte es la que originaba el conflicto íntimo. A diferencia de la familia, la joven sabía que hay otras formas de vida y aspiraba además a esa otra vida, pero al mismo tiempo sentía que formaba parte de la atmósfera moral de su

familia, de la mediocre y profunda desdicha de la familia, del mundo inferior, condenado y cautivo, que la había acogido desde la cuna. Sabía, pues, que su aspiración era ofensiva, heterodoxa, una forma de herejía que nunca le sería perdonada. De ahí las contradicciones de su carácter. De todas las opiniones de gente conocida que aparecieron en el periódico hubo dos que me parecieron especialmente acertadas. A veces lloraba sin motivo, dice una compañera de clase. Era una chica alegre y divertida de grandes ojos tristes, dice un profesor que le había dado clase durante cuatro años. Ése es su retrato: alegre y triste, el perfil de una joven escindida. A la alegría externa del contorno, del ambiente joven y diverso, de su vida en la otra orilla del mundo, se le sobrepone la amargura de la pertenencia a la familia, al barrio, a un origen cautivo. La alegría, pues, era a un tiempo propósito y fatiga, empeño y estrategia, medio y fin, pero era en vano, porque al regreso todo el edificio se derrumbaba y la alegría se escondía y afloraba el llanto y el silencio y la soledad.

## 94

Malas lenguas hubo, como vulgarmente se dice, que achacaron la desaparición a una estrategia de medicina subterránea. No estaría, pues, en ningún rincón del sur ni en ningún escondite aventurero ni, menos aún, corriendo mundo con el forastero de la mochila (esto último, entre otras cosas, porque, si bien era verdad que el forastero de la mochila había huido, que tal era la artimaña de Noé León, también lo era que había sido capturado a tiempo por la autoridad), sino pudriéndose en el quirófano de algún sótano inmundo. Sólo de cierta mezquindad moral cabe esperar tales conjeturas, más aún si nadie conoce dato alguno que apunte hacia esa necesidad o hacia esa solución de urgencia y de sigilo. Pero es cierto que alguien hizo prosperar la insidia *sotto voce*. Lo apuntó de pasada el flaco samaritano y Noé León glosó el rumor. Por eso, dijo, añaden pormenores circunstanciales a la trama, no es

tan seguro que se esconda el joven enamorado o que haya huido por temor a las investigaciones o por haber participado de algún modo turbio en la desaparición, sino que, tomando ciertas precauciones, dejando pistas falsas sobre la verdad de las idas y venidas, la ha acompañado hacia los suburbios de esa cirugía transfronteriza y marginal. O bien, siguen, si no la ha acompañado, si efectivamente se esconde o ha huido, entonces se debe a la culpa por haber propiciado esa claudicación quirúrgica, por no haber estado a la altura de los compromisos ni, mucho más grave, a la altura media del corazón. O ha huido aquejado por la vergüenza de la suplantación o se esconde a la espera de enfrentarse con ventaja ante el suplantador. Conociendo a la joven como yo la conozco, dijo el flaco samaritano, no sólo es improbable todo esto sino también disparatado, primero, porque, de no ser invención todo el suceso, alguien más estaría al tanto de los hechos y no se habría producido la desaparición de tan extraño y llamativo modo, y segundo, porque, si se hubiera dado la necesidad, la joven que aguantó el tipo de niña cuando vio al zotalito salir de la tienda de caramelos habría tenido el suficiente coraje como para enfrentarse al asunto de forma valiente y abierta, sin tapujos ni hipocresías. Nunca ha sido coraje, valor ni audacia lo que le ha faltado a la joven. Puede haberle faltado fortuna, ha sido escasa y breve su ración de alegría, pero nunca ha carecido de valor ni de entereza. Lo que ocurre, dijo Noé León, es que en esta tierra somos primero piadosos compulsivos y después feroces maledicentes. El paso de la virtud al vicio, Travel, o de la misericordia a la condena es muy extenso, no se circunscribe a estas regiones dejadas de la mano de la providencia. Desapareció la joven, se pensó que había una historia criminal en ello y la compadecemos, pero como no sabemos solucionar el caso nos empeñamos en darle vueltas al asunto y, aunque no sea de modo consciente, llegamos a la conclusión de que a quien algo le pasa merece que le pase y alguna o mucha culpa tendrá en lo que le pase, y convertimos a la víctima de los hechos en la víctima de nuestros juicios y nuestros pensamientos. Por si no había suficiente condena en los hechos, nosotros también la condenamos, añadimos condena a la condena. Ella se lo ha buscado, pensamos e incluso lo decimos. Y como no sabemos qué ha hecho para buscárselo lo inventamos, levantamos una ficción que pueda corresponder a la víctima. Por hache o por be, nunca deja de haber

razones para huir. En este caso, la huida al sur, el quirófano secreto, etcé, etcé. Y tras los etcéteras de León hasta el gordo guardián tuvo su frase, extraña y premonitoria. Yo sólo digo una cosa, dijo: no hay tres sin dos. Ni sin bis, bromeé en mi corazón, no sin advertir las sensaciones contradictorias que empezaban a acosarme, y a las que ya me he referido, a saber: no soportar, por una parte, la actitud que el gordo guardián mantenía conmigo (no sé si tal vez con el mundo en general), y no dejar de compadecer, al mismo tiempo, y también acaso de admirar, como si nos uniera alguna forma subterránea de complicidad, a quien tanto empeño ponía en el cultivo y en la perseverancia de su propio sufrimiento.

## 95

No sé si la vida imita al arte, como dijo un poeta que padeció varios cautiverios, pero a veces he comprobado que el pensamiento se anticipa al conocimiento de los hechos. Fue lo que pensé cuando el flaco samaritano empleó la palabra *neuropatía* al glosar la conducta de la madre de la joven desaparecida. Tras la desaparición no cesaron los rumores ni la curiosidad ni las especulaciones. Quienes la vieron ir de un lado a otro los primeros días, tras las primeras noticias de alarma, la primera ella en la denuncia ante la autoridad, la primera atravesando los campos y los valles al grito patético y desgarrado de ¡me la han matado, me la han matado!, ¡hija de mi vida y de mi corazón!, como una heroína trágica herida por el rayo de la fatalidad, la primera dando órdenes a la orilla del río y decidiendo en qué pozos convenía indagar o en qué hondonadas hacer exploraciones, la primera también, según me contó el flaco samaritano, dirigiendo el coro enfurecido al lado del ventanuco en el que me tuvieron encerrado los primeros días, ya sabéis: ¡cabrón asesino!, quienes asistieron a toda esa agitación y a toda esa cólera no mostraron la menor extrañeza cuando la vieron derrumbarse y llorar como poseída y pasar de los gritos de loca, ¡me la han matado, me la han matado!,

¡hija de mi vida y de mi corazón!, al mutismo más absoluto y contagioso y finalmente, entre gritos y silencios, desquiciarse hasta perder el juicio y enhebrar incoherencias sin sentido en la lengua inconfundible e indescifrable del diablo. Alguien auguró que se trataba de un trastorno psiquiátrico irreversible y que, fuera cual fuere la solución del caso, si alguna solución llegaba a producirse, la madre de la joven desaparecida ya nunca recuperaría su propio ser. Pero también entonces surgieron voces contradictorias, voces contrarias a los arrebatos propios del instinto, de la maternidad o del amor de madre. Puestos en el límite, dijeron, tan traicionero e histriónico es el amor como el remordimiento y tan equivalentes son sus manifestaciones. Puede que la madre de la joven desaparecida llore, dijeron, y que se vuelva loca por los impulsos de la propia naturaleza, porque son los hijos los que tienen que asistir a la desaparición de los padres y no los padres los llamados a sufrir por la desaparición de los hijos, que es ciertamente un sufrimiento insoportable, porque toda contravención de las leyes naturales desorienta y produce trastornos que no tienen remedio, pero también puede ocurrir que la madre tenga mucha culpa en la desaparición, que haya sido precisamente su actitud de madre la que por exceso o por defecto haya provocado la huida. Me acordé en este punto del zotalito, de la pasión de su madre por los limonitos, de la trágica historia del zotal. La desaparición de la joven sería, entonces, un limonito envenenado. El zotalito envenenó a su madre con zotal, un envenenamiento físico, médico, y la joven desaparecida habría envenenado a la suya con la huida, con la ausencia, un envenenamiento espiritual, psíquico, anímico. En ambos casos el resultado conduce a la fatalidad. Y aún había una tercera opinión. La de quienes pensaban que la locura provenía de la contradicción interna en la mujer, una contradicción dolorosísima, pues consistiría en la elección entre la propia culpa o la muerte de la hija. Esto es, que, cuando buscaban por los derrumbaderos y los caminos y las cuevas de la sierra, tal vez la madre no estaría sino poniendo en la balanza y sopesando dos posibilidades, a cual más terrible: la propia culpa en la desaparición o la preferencia de la muerte. Si aparecía el cadáver de la joven, si el culpable había sido el forastero de la mochila, entonces la madre no tendría culpa ninguna, quedaba libre de remordimientos, no le pesaría la conciencia. Ahora bien, para que eso ocurriera la chica tendría que haber muerto y, lo que a

ciertos efectos era peor, la madre tenía que desear que hubiera muerto. Sería, pues, ese deseo, anteponer la muerte por mano ajena de la joven al sentimiento de culpa por su desaparición, una opción irreconciliable, la que habría llevado a la madre de la joven desaparecida a la locura, una locura, yo también lo creo, de la que no regresará jamás. Qué extraños paralelismos, me dije. Porque también el joven enamorado se debatía entre el deseo, la voluntad, la culpa y los presentimientos.

## 96

Te quejas, Travel, y no tienes motivo y no tienes razón. Desde tu circunstancia, puesto que te has visto afectado por los hechos, cabe entender que algún motivo tengas, pero desde luego no tienes razón. Me explico, dijo Noé León en tanto el flaco samaritano repartía aguardiente (no olvidéis que me agasajaban en la despedida). El sufrimiento humano, el dolor, es una necesidad. El hombre no sobreviviría sin dolor. Tú has leído el Génesis, me dijiste. Es mi libro favorito. Has leído lo de la fruta prohibida y la expulsión del paraíso. Dirás que se trata de una fábula, que nunca hubo paraíso, que el edén es pura ficción, que el hombre estuvo desde el principio expulsado del paraíso. Estoy de acuerdo. Pero puedo decir más: por eso lo inventó. No porque estuviera expulsado, pues nunca existió tal expulsión, el hombre nace ya expulsado, nacer es la expulsión, sino para entender esa expulsión, mejor aún, para inventarla. No habría expulsión posterior sin paraíso previo. El paraíso no tiene otro objetivo en el Génesis que inventar la expulsión, escenificar el momento en que el hombre fue arrojado del interior de sus murallas de luz y fuego. Para poder conformarse con su realidad, una realidad triste, infeliz, mezquina y desdichada, el hombre tuvo que inventar un tiempo alegre, feliz, generoso y bienaventurado. No cabe decir que el dolor forme parte de la condición humana, no: el dolor es la condición humana. Si no hubiera dolor, el hombre lo inventaría. De hecho, el crimen gratuito es una de



las formas de provocar el dolor ajeno a quien no sabe encontrarlo por sí mismo. Un clavo saca otro clavo, dice el dicho, yo mismo lo digo, mancha de mora con mora verde se quita, la mejor cuña es de la misma madera, etecé, eceté. Son paráfrasis del dolor, expansiones concéntricas. Por eso entiendo que no se entienda o no se acepte el rumor sobre la aparición de la joven en la playa del sur, pero también entiendo la desaparición y entiendo que, si es cierta la aparición, o la reaparición, no quiera la joven o no se atreva a dar señales de vida. No tenía motivos para desaparecer, dicen. Bien. Puede que no tuviera motivos de los que llaman objetivos, que fuera efectivamente feliz, que viviera en el centro de su propio paraíso. La objetividad es eso al fin y al cabo, así la practicamos: no ponernos en lugar del otro sino poner al otro en nuestro lugar. No podemos saberlo. El semblante de la felicidad es una máscara: sólo apariencia. El payaso triste ríe, dicen. De acuerdo. La joven feliz llora. Todo lo derecho está al revés y todo revés está al derecho. Nadie está capacitado para entender el dolor ajeno. Otra cosa, sin embargo, quejumbroso Travel, has de entender. Menos capacitados estamos aún para entender la dicha ajena. Demos por supuesto que la joven fuera completamente feliz, que su felicidad no fuera una máscara, que sintiera una forma de dichosa plenitud, de gozo sin fin, de alegría infinita. Si así fuere, y tengo que dudar, porque sería una excepción universal, si así fuere, digo, no habría que buscar más razones externas, porque, a despecho de todos los sinsabores que con ella pudiera ocasionar a quienes la conocen, a quienes la aprecian y a quienes la quieren, sería la razón más poderosa para querer, buscar y llevar a cabo su propia desaparición. El hombre está condenado a buscar su dolor, sobre todo si es feliz. Si ya tiene un dolor, ha de mitigarlo con otro, como los clavos, las manchas y las cuñas. Si no lo tiene, no tendrá otro objetivo en la vida que buscarlo. Y cuando lo encuentre no tendrá más remedio que seguirlo hasta el fin. Si hubiera ocurrido así con nuestra joven, habría sido la persona más feliz de la comarca, pero también, por ello, la más desdichada, la más desventurada, la señalada por los dioses para el mayor infortunio. Esto lo explicaría mejor, dijo, con sabia senectud, el viejo del báculo, que es un filósofo del dolor. Y tú te quejas, Travel, de unos gritos y una cautividad. No tienes corazón ni entrañas. Deberías saber que contribuyes a un gesto heroico, quizás la hazaña más heroica que haya

ocurrido nunca en tierra de murgaños. Frente a la desdicha de la joven feliz, nada son las gestas del bestión mascariento ni de sus infantes, nada son los combates de los sérbolos y los húrdalos. Viva o muerta, esa muchacha es la mayor heroína de estos contornos y tú, Travel, con tus privaciones y tus insomnios, contribuyes a ese heroísmo. Además, has de tener por seguro que te ha tocado esta desdicha, pero, de haberla evitado, te habría tocado otra u otra y nunca podrás saber cuál de las dos o las tres es mejor, si la real o las posibles. No te quejes, Travel, pues los dioses te sonrén.

## 97

También te diré, Travel, que no estoy seguro de que se trate de una desaparición, como todo el mundo ha dado por supuesto desde que se dio por imposible recuperar un cadáver, y no de una huida. Lo he pensado desde el principio: por eso actué contra ti y, antes aún, contra el delincuente colegiado. La desaparición (tanto da que sea por propia voluntad como por crimen ajeno) supone búsqueda y la huida, en cambio, supone persecución. Aquí la búsqueda ha cesado, las dos búsquedas, la búsqueda del cadáver y la de los afiches, de modo que si el objetivo de la joven era desaparecer ya puede respirar tranquila: si alguien la ve en una playa del sur o en las montañas de la locura o en el río del olvido será casualidad, azar, enredos del destino, pero no imprevisión, porque ya cesó la hora de la sospecha. Si se trata de una huida, en cambio, no tenemos noticia de que haya perseguidor alguno. Y, según atestiguan los viejos tratados sobre la misteriosa huida de las personas sin motivos aparentes, esto es, en los casos de fuga sin perseguidor (y me pregunto si no estaremos precisamente ante alguna variante de ese modelo de fuga), dos son las posibilidades que se abren ante el investigador y dos los modos de enfrentarse a la investigación. Por una parte, es evidencia documentada que toda fuga sin perseguidor termina teniendo perseguidor. Quien huye porque sí, por las buenas, cabe decir, termina teniendo que huir

con alguna razón, vale decir, por las malas. La huida gratuita genera anomalías. La huida que no proviene de un perseguidor previo termina creando a su propio y consiguiente perseguidor. Y estoy hablando en términos naturales. No sugiero que quien huye porque sí termine siendo perseguido por los que lo buscan ni tampoco que acabe siendo su propio perseguidor, que huya sólo de sí mismo y que, por ello, nunca logre liberarse de quien lo persigue, de la sombra del perseguidor, la propia sombra. No sugiero que uno sea al mismo tiempo fugitivo y perseguidor, agente y paciente de la fuga. Eso son malabarismos verbales, jerigonzas de diván. Hablo en términos físicos, no psíquicos ni metafóricos. Si la joven ha huido porque sí, terminará encontrando un perseguidor real y huyendo de un perseguidor real. No podremos saber quién la perseguirá, pero ella sí lo sabrá. La segunda posibilidad es más barroca. Según algunos tratados, el fugitivo no huye del pasado, sino del futuro, no huye de lo que ha ocurrido sino de lo que va a ocurrir, puede incluso que huya para que ocurra aquello de lo que tendrá luego que huir, y la huida tiene entonces un antes y un después, como una doble huida, primero se huye para que algo ocurra y se huye después porque ese algo ha ocurrido o porque, aunque no haya ocurrido, aunque hayan fallado los engranajes de la acción y la reacción, ya no haya marcha atrás. Si así fuere en este caso, Travel, ten por seguro que algo ocurrirá o que algo de lo que no tenemos noticia ha ocurrido ya. Y en ello estaría la explicación de todo. Toda desaparición es compleja y toda fuga es ambigua. Se desaparece por gracia o por desgracia. Se huye del temor o de la culpa. En el caso que nos ocupa debemos combinar la esperanza y el temor. Si la joven ha huido de una culpa futura, si ha huido para que algo ocurra, debemos esperar, por una parte, que no llegue a ocurrir o que sea una chiquillada, que no sea un mal irreversible, y debemos temer, por otra, que se produzca, sea lo que sea ese algo, y que sea irreversible, porque entonces todo se habrá ido al infierno, no habrá solución para quien se vea afectado por los hechos y la joven, salvo que se asiente en las mayores cimas de la insensibilidad moral, quedará marcada para siempre con la señal de Caín.

No todo es culpa de los otros, dijo Noé León. Se equivocan quienes piensan que la culpa está siempre en otra parte, que otros son siempre los culpables, que cada uno es inocente en su conducta. Psicologías y sociologías se afanan en librar al individuo aislado de toda culpa, declararlo inocente por naturaleza, buscar en los alrededores responsables directos o indirectos del mal. Pero no todos los males que sobrevienen ni todas las desgracias se deben a deficiencias de las estructuras, a grietas sociales o familiares o afectivas. Habrá madres, como la del delincuente colegiado, verbigracia, que esclavizan a los hijos, pero no todos los hijos que van a por limonitos al quiosco terminan fabricando zotalitos ni desaparecen de modo extraño sin que nadie sepa nada de sus intenciones, sus andanzas y su paradero. Los jóvenes que terminan levantando la mano contra sus padres o abandonando la casa paterna tienen algo en común: son infelices y culpan a otros de su infelicidad. Yerran los sociólogos y los psicólogos. Lo que ocurre es que el hombre está predeterminado para la infelicidad y la desdicha y no se atreve a ser responsable de su infelicidad ni a asumir que no hay escapatoria, que es una condena innegociable. Toda huida es, por tanto, una huida de la desdicha y un propósito de felicidad. Pero hay un error en el punto de huida: se quiere asentar la inocencia de los desdichados sobre la culpa de los que les rodean. Ah de los padres, de las madres, de los hermanos, de los amigos, etcé, eceté. Es una expansión de círculos viciosos, como la piedra que es arrojada al agua y hace que las ondas se impulsen de manera sucesiva, una pescadilla que se muerde la cola, un encabalgamiento infinito. Hay quien dice que es una perversión pronominal: nosotros, vosotros y losotros. Porque si ahora los (vamos a decir) contaminados por la desaparición de la joven cometieran una locura (tirarse del puente, por ejemplo, arrojarse al tren, precipitarse al vacío, pender del techo, emborracharse con zotal) volvería a girar la rueda de la culpa y la inocencia y habría que buscar culpables para nuevas inocencias. Lo que nos llevaría a una extraña conclusión: que, desde un punto de vista social, la inocencia proviene de la desgracia, que basta ser desgraciado para ser inocente. No puedo estar de acuerdo con esa idea. Tampoco estoy de acuerdo

con la contraria, Travel, que la desdicha siempre se merece, que algo habrá hecho el desdichado para serlo, que el Dios de Abraham castiga a los pecadores capitales. No. Si no merecemos la felicidad, tampoco merecemos la desdicha. Y el grado en que nos acerquemos a una u otra deberá algo a los demás, a los padres (repara en que cuando no hay padres se busca la culpa en la orfandad), a los hermanos, a los amigos, pero será sobre todo tarea nuestra. Culpamos a las compañías del que está acompañado y culpamos a la soledad del solitario. Es un error. A nosotros nos corresponde nuestro destino. Y tanto la desdicha como la felicidad de los demás merecen nuestra compasión, nuestra piedad. Ahora bien, dijo, como me gusta conciliar contrarios, creo que a veces la desdicha proviene de la felicidad y la felicidad de la desdicha. Podría ser el caso de nuestra joven. La felicidad la condujo a la desdicha. No pudo soportar tanta dicha, tanta plenitud. Lo llaman síndrome del paraíso. Tampoco Adán y Eva pudieron soportar su felicidad y dieron con ello paso a la condición humana. La felicidad es aburrida, la felicidad hastía, harta, cansa, empacha, sacia, empalaga y finalmente exaspera. Y cuando llega a la exasperación es que se ha tornado desdichada (desdichada felicidad, eso, Travel, no sé si lo sabes, se llama oxímoron) y entonces cabe esperar cualquier cosa. En algo, no obstante, se diferencia de la desdicha. De toda desdicha puede proceder una desdicha mayor, porque el crecimiento de la desdicha no tiene límite. En cambio, de una felicidad no puede proceder una felicidad mayor, la felicidad se agota en sí misma y luego retrocede. La felicidad es un accidente y la desdicha es esencia. La felicidad es *estar* y la desdicha es *ser*. Por eso el delincuente colegiado ha ido de desdicha en desdicha, o de la desdicha a la desdicha, y no tiene marcha atrás, es un desdichado sin retorno, y por eso la joven desaparecida habría ido de la felicidad a la desdicha, y aunque por una parte quepa esperar que regrese y vuelva atrás y recupere parte de sus accidentes, por otra cabe temer con más motivo que eso sea ya imposible y que, esté donde esté y haga lo que haga, no le quede otro camino que el abismo y la ruina y la perdición y el crujiir de dientes.

La desaparición es más misteriosa que la muerte, Travel, dijo Noé León, porque la incertidumbre desasosiega más que la certeza. La desaparición es más oscura y más profunda, los ecos de la desaparición no acaban nunca. Es cierto que no sabemos nada de la muerte y es cierto que enterramos a los muertos y todo ello hace que la muerte también sea, en apariencia, oscura, profunda y misteriosa. Aun así, de la muerte tenemos una noción clara, por muy abstracta que sea esa noción, y es la noción de la propia muerte. No creas que te someto a un trabalenguas o que me entretengo en redundancias. Tautológico estás, amigo Sancho. No. Nos consolamos con variaciones superficiales. Decimos, por ejemplo, que es ley de vida, que nos aguarda en la última vuelta del camino, que somos sus siervos, que define nuestra condición, que nos diferencia de los dioses, un sinfín de atributos que son ciertos, es verdad, pero también secundarios. Es justamente en su carácter accesorio donde radica la fuerza de estas verdades de superficie, pues, si por una parte se limitan a poner cerco al hecho de que la muerte queda fuera de nuestra comprensión, de que su sustancia está por encima de nuestro entendimiento, por otra, sirven para proporcionarnos un clavo ardiendo, para que nos sosegemos en la idea de que sabemos de qué se trata sin saberlo, de que sabemos en qué consiste sin tener certeza alguna de su consistencia. Digamos que hacemos de la necesidad virtud: que nos engañamos con nuestra ignorancia o que convertimos la ignorancia en conocimiento. La desaparición, en cambio, no sabemos qué es. Me dirás que la muerte es una desaparición y estoy de acuerdo, pero sólo en parte. Podría admitir que se trata, en efecto, de una desaparición, la desaparición definitiva, que se desaparece de la vida. Pero no es menos cierto que cabría poner en duda que se trate de una verdadera desaparición, puesto que conocemos el paradero de los que desaparecen. Desaparecen de la vida, de acuerdo, pero se acogen a la tumba. La muerte es una certeza. Hay algo metafórico en la identificación de muerte y desaparición. No es lo mismo que una desaparición sin más. La muerte es desaparición del mundo y la desaparición propiamente dicha es desaparición en el mundo. No son lugares comparables ni equivalentes. De

hecho, y esto sería una prueba más de la notable diferencia, una de las mayores si no la mayor incógnita de la desaparición (por ejemplo, de nuestra joven) es saber o no saber si se trata de una desaparición definitiva. Y estarás de acuerdo conmigo, Travel, en que en el momento en que se tuviera certeza de que estamos ante una desaparición definitiva se templarían los ánimos, se soliviantarían de otro modo, por el ímpetu de la violencia, por los afanes de la venganza, pero se tranquilizaría el entendimiento. Ante la desaparición nos atribula la ignorancia de los hechos. Ante la muerte nos desconsuela el hecho en sí, pero sabemos a qué atenernos. Por eso la desaparición es más misteriosa que la muerte, más oscura, más profunda, y por eso también más dolorosa. Como digo, la muerte es una certeza irreversible, la desaparición una inagotable incertidumbre.

## 100

O se huye de alguien o de algo, decimos. También que se puede huir por temor o por felicidad. Con nuestra joven concluimos que no había nada ni nadie de lo que pudiera tener miedo (al menos en apariencia, pues siempre habrá en la vida de las personas galerías ocultas, soledades secretas, a las que está vedado todo acceso) y que podía huir de la felicidad, del exceso de vida, de la plenitud romántica, quién sabe qué cosas pueden colmar las aspiraciones de una persona si ni tú ni yo, Travel, hemos experimentado nunca tales estados ni tales éxtasis. Ahora bien, quienes vieron a la pareja feliz discutiendo en las pandorgas aseguran que, tras la discusión, tomaron direcciones opuestas. Después, el joven regresó a Murania solo y desolado. De la joven nunca más se supo, aparte de los testimonios sobre el forastero con mochila y el camino del huerto de los olivos, falsos testimonios en tu opinión. Nadie dice, sin embargo, por qué discutieron ni en qué consistió la discusión. Y ahí es donde cabe pensar en la bifurcación del *algo*, ese *algo* del que también se huye y que ahora surge como encrucijada. Creo, Travel, que

los testigos más directos e inmediatos nos están ocultando *algo* y ten por seguro que sólo se oculta lo que se sabe y, si se dice, perjudica. Conclusión: el rubio y la primita (el pávito y la primula, pensé) ocultan información. Ambos presenciaron la discusión, o parte de ella, pero no dicen por qué discutían. Tienen que saberlo, sin embargo. Es imposible que no lo sepan. Lo saben, pues. Más aún la primita, si añadimos el episodio del río. Y si lo saben y lo ocultan es porque son culpables de la discusión, porque de algún modo la propiciaron o dieron pie a que se produjera. Y la bifurcación de ese *algo* se explica de un modo simple, aunque doble, por procedimiento  $p/q$ , ya sabes. Uno y dos,  $p^1$  o  $q^1$ . O la discusión se propició con hechos, y entonces o bien la primita o bien el rubio o incluso ambos hicieron algo que llevó a la pareja a discutir y, si hicieron algo, tuvo que ser de manera necesaria en relación con la pareja y de modo que enfadara a la pareja y terminara enfrentada, de donde deduzco que lo que hicieron o bien afectó al joven o bien a la joven o bien a ambos y, fuera ello lo que fuera, volvía a uno contra el otro, tal vez uno atacando y otro a la defensiva, y de todo ello surgiría una atroz desconfianza. O la discusión se propició con palabras, y entonces dijeron algo, que podría ser verdad o mentira, maldad o maledicencia, algo que tuviera el mismo efecto que los hechos, pero que además generara un doble resentimiento, porque, si es verdad que los hechos se documentan, no es menos verdad que las habladurías son cuestión de fe y de confianza y que conducen a una no menos atroz desconfianza. Podríamos suponer que el joven enamorado hiciera algo reprobable, que ese algo llegó a oídos de la joven, que surgió la discusión y que la joven desapareció. Es poco probable: porque entonces el joven no hubiera regresado a Murania tan pronto, tan solo y tan desamparado. No pudo ser el joven el que hizo o al que acusaron de hacer algo infame. Podríamos mirar el asunto al revés. La joven hizo algo reprobable o la acusaron de hacerlo, el asunto llegó a oídos del joven, surgió la discusión y la separación. Esto es más probable. La joven se marchó desolada o bien porque había hecho algo infame o bien porque, sin haberlo hecho, el joven enamorado había dado crédito a la acusación. El joven enamorado, por su parte, regresó a Murania no menos desolado porque se le acababa de derrumbar el mundo. Fue entonces cuando la joven decidió desaparecer o bien porque se sentía culpable con respecto al joven y sabía y suponía que



ciertos hechos permanecen siempre en el centro de la memoria y del dolor, o bien porque se le acumuló tanta tristeza por la desconfianza del joven que pensó que no podría superarlo nunca. De todo este tinglado sólo puede haber un culpable cierto. O dos, mejor dicho. La joven misma, si hubo algún hecho infame y la acusación era cierta. Pero si la acusación era perversa, entonces sólo se me ocurre un individuo, uno solo, un aliado de la perversión. Toda esta argumentación se cae por tierra si hay un agente externo y anónimo y culpable del que ni siquiera se nos ocurre sospechar y del que todos de una forma u otra sean víctimas infelices. Desde un punto de vista más morboso que profesional, si tengo especiales deseos de que aparezca el joven enamorado no es para detenerlo, sino para resolver el enigma de la discusión y el malentendido y la infamia. La joven no volverá, añadió: el regreso es una estatua de sal.

## 101

Decidí pasar una última noche en el arca y nos despedimos todos amistosamente tras un brindis postrero que propuso Noé León. ¡Por Travel!, dijo, ¡bebamos! Y bebimos. ¡Siti compulsi!, bromeó el flaco samaritano volviendo a llenar los vasos. Tuve sueños turbios y profundos, pesadillas de pandorgas y aguardiente. Por eso me extrañó oír muy de mañana el motor del coche patrulla y, superpuesto, el rugido (es broma) de otro motor más poderoso. Al momento entraban en el arca el gordo guardián, el flaco samaritano y Noé León. Ha ocurrido una desgracia, dijeron. Contaron que el día anterior, tras el banquete de despedida, el gordo guardián vio desde el coche patrulla al joven enamorado merodeando en las cercanías del arca. El gordo guardián detuvo el coche y, como buenamente pudo, seguro además, como estaba, de la inocencia del joven, le convenció para que se entregara o, al menos, para que dejara de ser un fugitivo y de andar escondido en donde quiera que hubiera estado escondido los últimos días, para que hablara en fin

con Noé León y diera cuenta de sus pasos, porque la huida y la ocultación no hacían sino acentuar las sospechas y la culpa. Montaron ambos en el coche patrulla y emprendieron el camino de regreso, la ruta que conducía a Noé León. Sin embargo, antes de abandonar los caminos de la sierra, el enamorado cambió de idea o convenció a su vez al gordo guardián de que aplazaba el encuentro con Noé León, de que él mismo se presentaría voluntario en las dependencias policiales, pero que antes quería pasar por el chiringuito, dijo, que lo dejara junto al puente. Y ya fuera porque pensó que quería ver a solas el campo de sus batallas de amor, ya fuera por no encontrarse frente a frente con el gordo bis, la imagen especular de sus desdichas, el gordo guardián detuvo el coche para que bajara el joven y lo vio ir río arriba, por el mismo sendero que recorrí yo unos días atrás. ¿No te fías?, le había dicho el joven. Y ante las dudas manifiestas, el joven le había tranquilizado. Ahora ya sé lo que tengo que hacer, dijo. Allí acababa el testimonio y empezaban las conjeturas. Era imposible determinar qué pensamientos cruzaron por la imaginación del joven enamorado desde el momento en que aceptó subir al coche patrulla y el momento en que el coche patrulla se detuvo a la entrada del puente: unos pocos minutos de trayecto, años luz en la velocidad del juicio atribulado. Pero tal vez en esos frágiles minutos de años luz el joven enamorado resolvió de forma tajante su propia e irreversible desaparición. Pudo ser al dejar caer sus ojos sobre la prohibición del puente, o mientras avanzaba por el sendero y veía al burro ciego dando vueltas igualmente ciegas en torno al pozo (las tentaciones del diamante) y haciendo girar la noria, o al interpretar como ineludible insinuación de la providencia los estragos de la tormenta que aún pervivían en la orilla del río, o al ver la inclinación propicia del árbol sobre el viejo embarcadero. Cualquier azar malévolo pudo encender una luz maligna en su cabeza e inducirlo al trámite postrero. Puede también que bajara de la sierra sabiendo ya el lugar exacto en que esperaban los instrumentos del destino y que por eso accediera a las palabras del gordo guardián. Todo es niebla y rumor. Lo cierto es que encontró una soga o la buscó hasta encontrarla y en el mismo árbol oblicuo que asombraba la balsa de los areneros llevó a cabo su determinación y puso fin a sus sufrimientos balanceándose sobre la indolencia del agua. Lo vio al amanecer el andaraje, que entretenía su

desvarío, según costumbre, aturdiendo los contornos de la noria. Tembloroso y asustado, atinó, sin embargo, a esperar la llegada del gordo bis para decírselo. Y fue el gordo bis quien dio aviso a la autoridad. Por lo demás, el abatimiento del gordo guardián era insondable: había sido destinatario de las últimas palabras del joven enamorado e ignoraba si eran palabras sinceras o una fórmula ambigua para ocultar el engaño de la muerte en la firmeza de su determinación.

## 102

El joven enamorado, entonó Noé León el planto, no estaba incluido en la misma categoría agónica y ambigua que la joven. El joven enamorado no padecía ninguna contradicción de carácter. Era una persona débil y era una persona leal. En cuanto débil, vulnerable. En cuanto leal, perseverante y hasta obstinado, pues a veces la lealtad no es virtud sino vacío y urgencia. Y por eso, por débil y leal, no era sólo poco propenso a la felicidad ni a las satisfacciones, sino que incluso era una persona predispuesta para la desazón y la desdicha. Tal vez no haya mayor desatino de la providencia que haber engendrado ese tipo de seres, una prueba irrefutable del modo como o bien el divino hacedor o bien la sabia naturaleza disfrutan con sus travesuras, insignificantes acaso desde la alta consideración del cosmos pero terribles para los seres diminutos sobre los que recaen. A quien le corresponde esa condición, a quien la malevolencia de las esferas, los azares de la fortuna o las contingencias biológicas (poco importa la causa o el origen) encuadran en esa categoría le ha caído en desgracia la peor de las calamidades. Sin capacidad para la alegría, su existencia transcurrirá reflexiva y solitaria, su biografía será un largo día lluvioso y gris, sin asomos de luz ni de horizonte. Puede ocurrir, no obstante, que se cruce en su camino una ocasión de dicha, un espejismo sensual, el síndrome del rayo de luna. Se aferrará entonces a ese rayo con más predisposición al desvarío que a lo que sencillamente puede

llamarse amor. Podrá parecer pasión, pero será locura. No otro fue el tipo de emparejamiento que se produjo entre el joven enamorado y la joven desaparecida: una colisión de extremos, la joven que huyendo de un mundo cerrado pero sin abandonarlo aspira a entrar en otro y el joven que ha visto de pronto cómo el universo mundo acude en su auxilio y le muestra a una hermosa ninfa saliendo del agua. De entrada nunca podría saberse si la colisión sería favorable o perjudicial. A la vista de los resultados, e incluso al margen del grado de culpa que cada uno tenga en el desastre, cabe decidir que perjudicial. Peor aún: nefasta. Ahora bien, a esa misma conclusión podía haberse llegado antes de la catástrofe, y no sólo por mera aplicación de la estadística, sino, sobre todo, por los irreconciliables extremos de la búsqueda. Lo que ambos buscaban no estaba en el otro, ni la joven desaparecida era un gesto de buena voluntad de la naturaleza ni el joven enamorado pertenecía a un mundo distinto. De hecho, lo único que les llevó a identificarse como aliados y a estar juntos fue la desproporcionada intensidad de la búsqueda. Cada uno de ellos buscaba, buscaba sin saber qué, y hasta tal punto, si bien secretamente, se advertía en ellos ese afán de búsqueda que era como si portaran un aura, una unción, una señal. Sólo los señalados distinguen las señales de los otros. Ése fue el error de ambos: descifrar de modo equivocado el aura, la unción y la señal. Vieron en la ansiedad del otro la respuesta a sus anhelos y se confiaron a sí mismos. De ninguna manera podía esperarse un final feliz. Y no necesariamente por la decepción del tiempo y de ellos mismos, sino por la incompatibilidad de tan diversa condición. Se eligieron, pero no eran afines, ni complementarios, ni recíprocos. El mismo hecho incluso de ahondar en su amistad, o noviazgo, o amorío, fue perjudicial para esa amistad, o noviazgo, o desvarío. Lo que nació como resultado de una búsqueda acabaría por la intensidad del deseo de preservarlo de toda contaminación y de todo peligro exterior. Es una paradoja, pero es así: el amor como antídoto del amor. El remedio para la enfermedad no es la sobredosis (menos aún si la enfermedad está mal diagnosticada). No queda sino compadecerlos. Tal vez ambos estén ahora en otro mundo, en el más allá que en verdad les corresponde. Estarán entonces donde deben estar. Si no es

así, si sólo el joven está en el más allá y la joven anda por esos otros perdidos mundos de acá, también la joven estará en los lugares que le corresponden, aprendiendo que no hay salida, que nunca hay salida.

## 103

Imaginé enseguida la ebullición de la catástrofe, dijo Noé León, el modo como la gente buscaría por los descampados, sondaría los pozos, dragaría los canales de regadío, expurgaría los basureros, se asomaría a los precipicios, etecé, eteté, con un solo propósito: hacerse cruces de espanto y complacencia ante el cuerpo mutilado y roto de la joven. Ahora bien, la experiencia demuestra que los crímenes pubescentes tienen una doble dirección: o apuntan hacia un extraño, un pervertido profesional, un forastero a la caza de inocencias, o, más frecuentemente, apuntan a un familiar, un amigo, un vecino, alguien que no despierta sospechas en la víctima. En este caso, apenas se tuvo conocimiento de la desaparición, hubo también noticias de la discusión con el enamorado (aparte de otras disidencias menores que se habían ido acumulando y de las que se ofrecieron testimonios varios) y, en consecuencia, todas las sospechas recayeron sin remedio sobre el joven enamorado, a lo que hay que añadir la presión que las sospechas ejercen sobre el inocente. Sin embargo, yo sabía con toda certeza que el enamorado era inocente y lo sabía porque, en plenas pandorgas, lo encontré caminando de regreso a Murania, muy cerca, por cierto, de la venta del puente. Me extrañó verlo allí tan solo y tan triste, y tan de vuelta, así que le ofrecí subir a la camioneta, como a ti. Le pregunté por su soledad y su tristeza y por las razones de un regreso tan solitario. Habían discutido, dijo, se habían enfadado. No dijo mucho más, salvo las últimas palabras de la joven. No volverás a verme, le había dicho. O no volveremos a vernos. Verme o vernos, pregunté. No estaba seguro, porque la joven pronunció estas palabras llorando y a él le confundió más el llanto que la determinación. Y estarás de

acuerdo conmigo en que tanto *verme* como *vernos* se prestan a interpretaciones, dos como mínimo, una metafórica y otra literal. No volveremos a salir juntos, por ejemplo, o no volverás a verme el pelo. La literal es literal, no admite variaciones e indica desaparición. Será la huida o será la muerte. Vendrá la muerte y tendrá tus ojos, dijo un poeta. La desaparición, en todo caso, se produjo. El joven enamorado era un chico melancólico y dado a la depresión, como si proviniera de una tristeza antigua y primitiva, como si le hubiera alcanzado la maldición del paraíso en su vertiente más dolorida y taciturna. Por eso, por la discusión, supuse, apenas tuvimos noticia de la desaparición, que le aguardaban malos tiempos, que no soportaría la presión de las sospechas, y por eso decidí detener enseguida al delincuente colegiado y por eso, cuando te vi en la venta del puente y advertí tu aspecto de forastero con mochila (ya sabía además de ti: que habías andado curioseando por Murania, que habías interrogado a los viejos de El Torreón del Norte, que buscabas a no sé quién o a sí sé quién), decidí ampliar el campo de la sospecha, repartir las derivaciones de la culpa. No sé si juegas al ajedrez. Si juegas, sabrás qué es un gambito, el sacrificio de una pieza, un peón, un alfil, incluso la dama, para obtener beneficios posteriores. Yo ideé un gambito policial: vosotros erais mis alfiles, tú y el delincuente colegiado. El beneficio que se pretendía era salvar al joven enamorado. Pero la jugada salió mal. Todo a la postre ha sido inútil. La muerte del joven enamorado pone de manifiesto que no he sabido hacer las cosas y que desde luego no he logrado el objetivo. Si más que descubrir al culpable (pues no estoy tan seguro de que la joven haya realmente sufrido violencia alguna, sospecho que ha desaparecido voluntariamente y creo que si ha desaparecido no ha sido sólo para huir del joven enamorado) pretendía evitar que sufriera injusticias un inocente, no he conseguido ninguna de ambas pretensiones: ni he encontrado al culpable, si lo hay (que estoy seguro de que sí y de que anda cerca), ni sé realmente qué ha ocurrido con la joven ni, lo que es peor, puesto que el inocente ha puesto fin a su vida de modo lamentable, he vencido a la muerte. No cabe reparación posible para tanto error. La historia, Travel, ha terminado. Y aquí pensé que no se equivocaba en realidad el profeta, que el león, me dije, como el buey, comía paja, demasiada paja.

Sin paloma mensajera, salí para siempre del arca de Noé, hondón donde aprendí los hábitos de la oscuridad, sin ramo verde de olivo y sin que se cerraran las fuentes del abismo. Desde el arco vegetal contemplé el horizonte con satisfacción y con tristeza. Montaron el flaco samaritano y el gordo guardián en el coche patrulla y se despidieron. Adiós, Traves, dijeron, adiós, Travel. Yo subí a la camioneta de Noé León. Viéndome volver los ojos hacia el arca al arrancar aprovechó el trayecto para ilustrar sus obsesiones y sus veleidades. No hace falta que te diga, Travel, dijo, que la vida es un infierno y que vivimos siempre en el infierno, por cuenta propia, como propietarios, o como viajeros, a la manera de Ulises, en busca de alguien o de algo, o explorando círculos, como Dante. Nos pasamos la vida intentando abandonarlo, pero padecemos una condena primordial. De ahí que, contra todo designio divino, quienes regresan del infierno sucumban siempre a la tentación y miren hacia atrás, como Orfeo, como la mujer de Lot. Sólo caben dos interpretaciones: que nuestras esperanzas han vuelto al infierno, de donde tal vez nunca debimos rescatarlas, o que se han convertido en sal, para que estemos siempre solos y sedientos. Eso dijo. Me dejó en la plaza, junto a la señal que prohibía aparcar. Bajó el cristal de la ventanilla antes de irse e hizo un gesto amigo. Suerte, dijo. Y canturreó:

Que te vaya bonito,  
que te vaya muy bien,  
y si ves a Benito  
que le den, que le den.

Sentí que se cerraba el círculo. Cargué con la mochila y me disponía a abandonar la ciudad (pensaba bajar por la calle que conducía a la estación, atravesar el puente y caminar, tal vez hacer autostop) cuando vi la fachada de la cafetería en la que tomé cerveza con Noé León hacía apenas unos días, aunque tenía la sensación de que habían transcurrido meses, años, esa dimensión del tiempo que escapa al reloj y al calendario y que nunca escapa en cambio al pensamiento. Quizás por eso, para recuperar el tiempo o la

memoria del tiempo, decidí entrar en la cafetería y repetir la secuencia. Pedí cerveza. Cuando el camarero me preguntó qué quería de tapa, dudé un rato entre la morcilla negra y el queso azul. No hay aperitivos exentos en Murania, sólo cabe uno por consumición, y no me apetecía tomarme dos cervezas para alcanzar el privilegio de la segunda tapa, así que, con un extraño sentimiento de renuncia, me decidí por la morcilla negra. Que me den, que me den, pensé. Sin embargo, cuando pedí la cuenta, el camarero esbozó un ademán ambiguo. Está pagado, dijo. Me sorprendió la invitación, sobre todo porque, aunque no estaba solo en la barra (tres mujeres tomaban café e intercambiaban confidencias domésticas, un joven lechuguino hacía el crucigrama del periódico a mi lado con aspavientos de títere), no conocía a nadie ni nadie me conocía. A quién tenía que agradecer, pues, la invitación. La parte del león, pensé, pero me equivocaba. Invita la casa, dijo el camarero. No volví de mi asombro hasta que un rato después, cuando ya me disponía a marcharme, lo vi salir, no sin dificultad, a duras penas, por una puerta estrecha que había junto a unas escaleras. Era el gordo bis. Agradecí la invitación no sin dejar de mostrar cierta extrañeza. Más aún, porque yo había tomado partido en la asignación de simpatías: me caía gordo el gordo bis. Me sorprendió aún más el siguiente paso y casi me molestó, porque nos desarma la gentileza de los malquistos. Pon otra cerveza, le dijo al camarero señalándome, y no le cobres, que bastante ha pasado ya como para encima tener que. Y así fue como comí también queso azul aquella última mañana. A cambio, eso sí, tuve que prestar atención a una cháchara lánguida y desarticulada. El gordo bis se desparramó en un taburete a mi lado y, mientras yo conducía por cortesía la segunda cerveza, justificó primero su conducta en el río y devanó después con glosas municipales los sucesos del verano. No dijo nada nuevo, sólo el afán enfático de la serpiente, la suma de los hechos, la cronología de los acontecimientos y la acumulación de conjeturas, todo ello, pensé, para poner en orden, como hizo, con lenta parsimonia, la tristísima peripecia del día, los aspavientos del andaraje, el joven enamorado en el árbol sobre la balsa, el levantamiento del cadáver, etcétera. Luego se interesó por mis propósitos. Tuve un instante la tentación de engañarlo, pero estaba cansado, estaba triste, no tenía ganas de juegos, no era momento para ingenios, y sólo dije que me iba, que volvería a casa, que



procuraría olvidar para siempre lo ocurrido. Más tarde advertí que, en mi inconsciencia, le había de veras engañado. Ciertas cosas nunca pueden olvidarse. Todo propósito de olvido es una sinrazón. Hay quien dice que el pasado siempre vuelve. Yo creo, por el contrario, que nunca se va. Que siempre sigue ahí, sobre todo el pasado doloroso, el pasado infame. Ya entonces sabía que no olvidaría el pasado, pues nadie puede renunciar a lo que ocurre, sólo cabe (y es un triste consuelo accidental) renunciar a los escenarios, declarar proscritos los lugares del drama. No lo dije, pero juré en silencio que nunca más pondría los pies en ciudad tan desventurada. Preguntó si quería otra cerveza, pero me fatigaba demasiado el runrún de la historia. No me inspiraba confianza, cierta untuosa doblez delataba su alma y su carácter. Le di las gracias. Nos despedimos. Y salí a los portales. Hacía calor.

## 105

Travel, tío, oí entonces. Incluso antes de volverme reconocí la voz, que no tenía, sin embargo, el tono festivo y desmañado con que me había hablado en el arca, y rescaté luego la figura ejemplar del zotalito, que se acercaba. Travel, tío, repitió y me dio la mano con ademanes persuasivos, en demasía deferentes. Pensé al pronto que se habría enterado de mi liberación y me buscaba, por solidaridad de celda, para despedirse. No era así. A quien buscaba era al gordo bis. Apenas lo vio, obstruyendo como estaba la puerta de la cafetería (no sé si salía o sólo se había asomado para verme partir), se fue a por él. Contigo quiero ajustar cuentas, dijo. Dio el gordo bis un paso al frente, como si quisiera responder a la petición de cuentas con cierto coraje marcial, y tal vez por eso pude presenciar la escena más chusca que quepa imaginar, y aún diría incluso que la más chusquera, pues fue lo cierto que en ese mismo instante, cuando el zotalito dio también un paso al frente, el gordo bis quiso refugiarse de prisa en la cafetería y, mientras daba la vuelta, el zotalito, transparente y volátil, se anticipó a la huida y ocupó la puerta. Vi

también entonces a qué se debía la precipitación fugitiva del gordo bis. El zotalito blandía en la mano una navaja automática. Tú tienes la culpa, dijo, eres un cabrón. No puedo saber a qué culpa se refería, si a la muerte del joven enamorado, si a la desaparición de la joven o si a todas las desgracias de aquel verano desdichado. Tampoco me quedé para averiguarlo. Lo que sí puedo decir es que todas mis simpatías estaban de parte del zotalito. Cuando éste se adelantó, arma en mano y con los ojos rojos, el gordo bis, para esquivar la amenaza sin perder de vista el peligro, retrocedió de espaldas, tropezó con una silla y a punto estuvo de caer, pero sorteó el obstáculo con cierto garbo y aun diría que con sincronía atlética. En mi mente se asociaron la acusación y el baile de candil. La culpa fue del chachachá, pensé. El traspíe, sin embargo, favoreció al zotalito, que ahora tuvo al gordo bis indefenso contra la pared, entre la navaja y la columna, podría decirse. Enseguida se aglomeraron los curiosos, que el preludio de la sangre es llamativo, aunque guardaron las distancias, y se asomó a la puerta de la cafetería el camarero, pero yo era espectador privilegiado. Sin embargo, aparte de la escena, no sabía qué estaba pasando ni, menos aún, por qué. El zotalito apoyaba la punta de la navaja a la altura del ombligo del gordo bis y pronunciaba entre dientes amenazas de vengador de cine. Oí palabras agudas: rajar, pinchazo, sacabuche, cachicuerno. También oí evasivas jadeantes del gordo bis, excusas asfixiadas, un resuello convicto. Pica, pica, piconero, dijo luego un espectador jocoso. Ni pincha ni corta, dijo otro aún más jocoso. Como apreció la burla, pese a que ya debería estar acostumbrado a su insignificancia, el zotalito se volvió a mirar y fue el momento en que el gordo bis bailó de nuevo el chachachá. Quiero decir que deslizó su espalda por la columna, se agachó, hizo un quiebro y salió huyendo con trote hueco. Enseguida se abrió entre la concurrencia un pasillo por el que pasó el gordo bis y por el que pasó tras él en persecución el zotalito. Y fue en campo abierto, esto es, en el centro de la plaza, o en los medios, donde tuvo lugar el circo o la escena de cine mudo cómico. Recordé las viejas películas de aquel personaje que nunca sonreía y que tanta razón tenía para no sonreír, porque este mundo no merece sonrisas ni mohínes. Como digo, el zotalito perseguía al gordo bis y el gordo bis, que a saber por qué, pese a su volumen, tenía bastante desenvoltura en sus movimientos, lo esquivaba, bien danzando de

izquierda a derecha y de derecha a izquierda tras la protección de un tronco o una farola, bien dando vueltas en zigzag entre los bancos, bien, en fin, usando las columnas de los soportales como burladero. Y el zotalito blandía la navaja, cortaba el aire con golpes turbios de esgrima y en un par de ocasiones llegó a rozar el cuerpo de su adversario. No sé cuánto tiempo se habría prolongado la diversión de la concurrencia ni en qué extremos se habría resuelto la reyerta. Todo acabó no obstante cuando apareció el flaco samaritano y llamó por su nombre al zotalito. Vuelta la burra al trigo, dijo. El gordo bis se confió con la llegada de la autoridad y advirtió entonces cómo la sangre empapaba lentamente su camisa. Pudo costarle caro, pues el zotalito aprovechó la ocasión para lanzarle un último viaje que, sin embargo, no logró el objetivo. Y ahora fue el gordo bis quien, a la vista de la sangre, arremetió con furia contra el zotalito, que cayó al suelo. Siguió el combate cuerpo a cuerpo un rato, el gordo bis furioso y el zotalito desarmado, y trabajo le costó al flaco samaritano poner punto final a la pendencia. Cuando lo consiguió, le dio un sopapo al zotalito, lo esposó y juntos se encaminaron, pensé yo, hacia la alcantarilla, el ventanuco, el sumidero. Engordarás hasta reventar, gordo de mierda, gritó el zotalito según se alejaba y las palabras se mantuvieron en el aire de la plaza como una premonición, como el eco tal vez de una amenaza, la vuelta acaso del fiel moral de la balanza y los negros desequilibrios de la grasa y la conciencia. Los ojos del gordo bis iban incrédulos del zotalito a la camisa y de la camisa al zotalito, como si no acabara de ver la relación directa entre la sangre y la navaja. La madre que lo parió, dijo, y añadiré que la expresión me pareció entonces completamente fuera de contexto. La madre que lo parió, repitió. Levantó la mano en un gesto que no supe si se dirigía a mí o a las circunstancias y entró en la cafetería. Se disolvió la curiosidad y el escenario quedó desierto. Vi la navaja del zotalito bajo una silla y decidí al pronto apropiármela. Pero no lo hice. Quede la sangre en los lugares de la sangre, sentencié. Y que el agua que saques del río se convierta en sangre sobre el suelo.

Abandoné la plaza con un nítido sentimiento de tristeza. Yo había paseado bajo aquellos mismos soportales con toda la ilusión del travel por delante. Todo se había torcido luego: de ahí la tristeza. Pasé por delante de El Torreón del Norte y a punto estuve de entrar y preguntar por el compañero de Walter Alway. Aunque mi propia excursión ya hubiera concluido y aunque su trayectoria hubiera descarrilado de manera extrema, no me vendría mal cerrar el círculo con esa entrevista, pensé: Alway en el punto de partida y su ignoto compañero de camino en el punto final. Pensé incluso, como sucedáneo, en el viejo del báculo. Desistí, no obstante, en el último momento, a la puerta misma del hostel. Qué sentido podía tener a aquella altura, me dije, pretender arreglar lo que ya no tenía arreglo. Todos los propósitos de mi travel habían sucumbido ante el suceso de la joven desaparecida y del joven enamorado. Del viaje sólo quedaría en mi memoria una vaga y difusa impresión del escenario (pueblos, caminos, ríos, montañas, torres, iglesias) y persistiría, en cambio, la memoria viva de Noé León y el arca, del flaco samaritano, del gordo guardián y el gordo bis, del zotalito, del joven enamorado, del chiringuito, del pávito y la prímula, del viejo del báculo y hasta del andaraje y su vigor profético. Por eso decidí no entrar en El Torreón del Norte, por eso decidí prescindir del testimonio del compañero de Alway y por eso, en fin, decidí abandonar la ciudad y seguir el camino que me traería a casa y me devolvería (eso pensaba entonces) a mi realidad anterior. Bordeé, pues, la muralla camino de la estación, avancé por el puente, me entretuve un momento en uno de los balconillos salientes que se abren al aire y contemplé la serena superficie del río, el remanso del agua que bajaba del norte, ajena al dolor y a la desgracia y a la muerte. Salí luego del puente y caminé por la acera, al hilo de la carretera, hacia la estación. Avanzaba indecisa la mañana de estío y no había tren hasta el atardecer, si es que lo había, me dijo el interventor, que los trenes aquí son caprichosos e indecisos. Volví sobre mis pasos, atravesé de nuevo la ciudad sin rumbo. Vi en las paredes, en los troncos de los árboles, en las farolas, en los paneles publicitarios, el retrato de la joven que había presidido también las paredes

del arca, *wanted* inverso en este oeste perdido, y, fuera por compasión, fuera por simetría, me encaminé a la estación de autobuses. Sorteé antes otra tentación: acercarme al río y a la balsa en una suerte de homenaje a lo que llamé en mi corazón el árbol del ahorcado. Sorteé, como digo, la tentación necrófila y entré en la estación de autobuses. Me disponía a sacar el billete, cuando vi en un panel tacaño y maltratado los destinos de las distintas líneas, entre los que figuraba (como era lógico, por lo demás) Casas del Juglar, y en un pronto cuyas razones no me detuve a desplegar decidí, con súbita insensatez, recaer en las comprobaciones y revivir la malandanza. Cambié, pues, el destino inmediato de mis pasos y saqué billete para el desventurado lugar de las pandorgas y las venerandas. A medida que el autobús fue abandonando Murania y que desfilaban ante mí, por la ventanilla, los siniestros perfiles de los edificios, sus sombrías fachadas, de una complicidad infame y soterrada, fui trazando un propósito de la enmienda irreversible y sancioné verbalmente el juramento: juro por mi vida y por los dioses que nunca volveré a poner los pies en una ciudad que, por sus agravios y sinsabores, nunca se irá de mi pensamiento. Y, sin embargo, en una inversión propia de la sed de sal, el camino que llevaba estaba abiertamente en contradicción con mi propósito. No tenía mayor interés en recorrer de nuevo sus calles, ni en visitar los míseros despojos del antiguo museo, ni en contemplar los huecos vacíos de un caduco delirio de grandeza. No. Sólo quería ver la estampa del paisaje que no había visto durante las fiestas y que, de un modo que nunca sería capaz de asimilar, había sido la causa de mis desdichas. Así que, cuando bajé del autobús, a la entrada del pueblo, no sólo no pregunté ni hablé con nadie, sino que evité toda ocasión. Me favorecieron la hora y el calor. Sólo otra persona bajó en aquella difusa parada, una joven pelirroja a la que ignoré con toda determinación, creo que por miedo a que desapareciera y llovieran una vez más sobre mí todas las sospechas y las culpas. Esperé y, una vez que la joven pelirroja se adentró en el pueblo, tomé la dirección contraria. Contemplé, sí, el campo de batalla de las pandorgas, el prado donde tenían lugar los festejos gastronómicos, la degustación del pan de san Hervacio, la carne de ciervo y el aguardiente de la sierra, donde había música y baile y espectáculos, pero lo dejé atrás y me encaminé por la senda do se retiraba de la fiesta pública la ardiente juventud. Y así fue como llegué

a una suerte de pared exenta, sin objetivo alguno de cerca ni de límite, un muro bastardo en el que me senté para contemplar con amargura el lugar de la lujuria. Frente a mí se extendía el llamado huerto de los olivos, el sitio donde yo nunca había estado y en el que por otra parte tampoco había tantos olivos. Si alguna vez hubo allí de verdad un olivar, sin duda había sido sacrificado a las fiestas y a la diversión y los reclamos infelices de la euforia. Viéndolo, no pude evitar una dolorosa sensación de desamparo. En la documentación administrativa de la realidad, lo que no había ocurrido se había antepuesto y había prevalecido sobre lo que había ocurrido (que, por otra parte, tampoco había ocurrido) y ello significaba alcanzar el máximo grado de degradación. Debí de estar una hora, más acaso, sentado en el muro y conque filosofando. Luego salté, me alejé del huerto de los olivos (lugar, en ausencia, de mi pasión) y del pueblo y de la comarca, caminé por la carretera entontecido y la inercia me condujo hasta la venta del puente, al punto exacto donde me recogió la camioneta.

## 107

No sé si dije al principio que la venta es un edificio abandonado, que debió de ser posada de caminantes en la época en que había caminantes y arrieros y carreteros, siglos de ajos y gazpacho, bellotas y aceitunas, pero que con los auges industriales del motor debió de perder su antigua función e ir sucumbiendo a la inclemencia de las estaciones y al rigor de la fatalidad. No sólo estaba, pues, cerrada y deshabitada, sino tapiada y sin acceso, rectángulos verticales de argamasa donde hubo puertas y ventanas. Apenas un pormenor irónico y amargo del presente había llegado hasta sus muros. En una de las columnas del porche languidecía un cartel con la foto de la joven desaparecida, el rostro que alentó la búsqueda y que, como había comprobado por la mañana, aún adornaba, como un redoble de mala conciencia, fachadas, farolas, árboles y columnas. Miré el rostro de la joven largamente,

minuciosamente, triste resumen de las pandorgas, del arca de Noé, del travel todo. Me senté luego en un poyo, junto a la puerta. Saqué de la mochila el cuaderno y anoté algunas ocurrencias que no quería olvidar. Estuve dudando si seguir o detenerme, si esperar a que alguien me recogiera o si dormir allí, como si nada hubiera ocurrido, como si se hubiera producido una interrupción del tiempo, una abducción de la cronología. Me acordé entonces de santa Teresa y de la pragmática regia que dispuso que los súbditos se acostaran en la noche de un cuatro de octubre para levantarse al día siguiente en quince de octubre, de modo que se perdieran o se confundieran diez días en el sueño. Pensé que si dormía en la venta aquella noche trasladaría a julio una revolución equivalente de mi propio calendario, como si nada hubiera ocurrido y no hubiera conocido a Noé León ni al flaco samaritano, ni al gordo guardián, ni al zotalito ni al enamorado que convirtió en patíbulo la balsa de los areneros. En esa indecisión fue cayendo la tarde. Hasta que me decidí finalmente. Sé que era una tontería, porque el tiempo no admite revoluciones, pero era la primera satisfacción que me concedía desde que en aquel mismo punto subí a la camioneta. Me invadió una suerte de paz nueva. Olía el crepúsculo a humo y a humedad. Que le den, que le den, canturreé. Dormí en el saco a la puerta de la venta, protegido por las columnas rupestres y derrotadas del porche, bajo el amparo fotográfico de la joven desaparecida, y creo que, también por primera vez desde que apareció en mi vida la infausta camioneta, dormí profundamente, sin temores ni sobresaltos. Ni siquiera tuve necesidad de soñar para saber que había dormido. Me despertaron, antes de la primera luz, los dulces cantos del amanecer y tuve la sensación (por lo demás, efímera) de que empezaba una nueva vida, de que aquel despertar era otro despertar, como si sólo entonces saliera al fin de la pesadilla que se muerde la cola, como si el profundo sueño que me había invadido durante la noche hubiera sido hipnótico y amnésico y como si estuviera ahora ante un amanecer bautismal. Fue así, sin salir del saco y al abrigo del porche, como contemplé los primeros atisbos de la luz, el lento fluir de la aurora, la dulce y armoniosa incorporación de la naturaleza a la mañana, el suave discurso que va del galicinio al preludio del día. Sentí una placidez insólita e intensa, esperanzada y vigorosa. Hasta que abandoné el saco y me acerqué a la corriente del agua, bajo el puente, para lavarme. Apenas me mojé las manos y

la cara, no sé si por la temperatura del agua, fría en la sombra y en la aurora, por el contraste de su carácter bautismal, o, en fin, porque todo ocurre como tiene que ocurrir, lo cierto es que el agua me despejó por completo, me devolvió la lucidez de la víspera y volvieron a mi pensamiento todos los días pasados en Murania y todas las tribulaciones del arca de Noé y me invadió de nuevo una inagotable sensación de tristeza y una no menos inagotable sensación de pesadumbre y supe que ya siempre me acompañaría esa maldición y que nunca más levantaría cabeza. Una de las verdades más amargas que existen, que sólo se aprende, además, si se padece, adquirió aquella mañana para mí categoría de dogma. No hay peor maldición que sentir tristeza al amanecer. A la tristeza le corresponde el atardecer, ha de avanzar con las declinaciones del crepúsculo. La tristeza pertenece a la sombra y a la noche, la tristeza es oscura, turbia, opaca. Podemos ir cayendo en la tristeza según avanza el día y se puede admitir que aumente con el paso de las horas, porque la tristeza oportuna, la tristeza puntual, la tristeza nocturna, en definitiva, no sólo es de recibo, sino que incluso tiene su aliciente y su dulzor. Pero la tristeza que surge con la primera luz, con el sol y con el día, la tristeza del alba, es peligrosa y yo diría que clínica: augura una tristeza crónica que nunca tendrá fin ni cura ni remedio. Y yo quedé instalado para siempre en tan tenaces oscilaciones depresivas y en tan amargas y reincidentes ciclotimias, abocado a un destino melancólico, misántropo e hipocondriaco. Me lavé, pues, como digo, volví al porche, enrollé el saco, guardé el cuaderno y el *Travel* de Alway en la mochila y decidí abandonar el lugar para siempre. Todavía hice, no obstante, un par de cosas. Un amago de compasión teñido de solidaridad me impulsó a buscar el rastro del escarabajo pelotero, como si yo mismo me sintiera escarabajo y pelotero, como si lo fuera tal vez. Y agoté el carrete de la leica en fotos de la venta, del porche, de la entrada: una alegoría de la ruina como anticipo del progreso, pensé, o como consecuencia del progreso, aunque eran más bien fotografías de una tristeza boreal. Contemplé por último el cartel con el rostro de la joven y tentaciones tuve de arrancarlo y llevármelo como memoria perenne de aquel verano y de aquellos desventurados acontecimientos, pero desestimé la idea. Crucé el puente y emprendí el camino de regreso. Divisé a lo lejos, en lo alto, la ermita de san Hervacio y recordé los días de la peregrinación. Me sentí



entonces una suerte de peregrino múltiple y desdichado: peregrino porque había participado en una peregrinación oficial, peregrino porque iba triste y solitario a través de los campos y peregrino, en fin, porque todo había sido producto de ideas disparatadas y libertades peregrinas.

## 108

De pronto, según abandonaba la venta del puente (ahora ya sí dispuesto a cerrar definitivamente la excursión y sus consecuencias), tuve un delirio extraño. Pensé que la historia concluiría de modo circular, con perversa simetría, y que la escena se desarrollaría según un guión preciso, al capricho predeterminado de los dioses. De regreso en Madrid, camino de casa, avanzando ya por mi calle, vería de lejos, en la acera de mi portal, sentada en el umbral, a una joven con camiseta blanca y vaqueros esperándome. No sé si reconocería la camiseta y los vaqueros, pero ésa sería la indumentaria. Con esa idea, con la idea fija de que la joven desaparecida me estaría esperando a la puerta de casa, hice todo el camino de regreso. Soñé incluso la escena (literalmente) y en el sueño hablamos y sazonamos de contradicciones y vaivenes la desaparición, los malentendidos y el patíbulo. De sobra sabía, sin embargo, que no ocurriría así. Con frecuencia los sueños vienen a llenar lagunas del entendimiento, surgen porque nos empeñamos en llenar el vacío con los subterfugios de la ficción, pero es vana ficción y vano empeño. Lo que no podemos saber nunca lo sabremos. Vano es el empeño de querer saber lo que no puede saberse, vano y doloroso. Con todo, cuando, ya en Madrid, me iba acercando a casa, no dejé de mirar por si había una joven con camiseta blanca y vaqueros sentada en el umbral, e incluso miré en otras direcciones, por si se hubiera equivocado de puerta, y miré a un lado y otro de la calle, por si se diera el caso de que, no conociendo con exactitud la dirección, estuviera recorriendo la calle de extremo a extremo a la espera de mi llegada. Como digo, no fue el caso. Y a pesar de que eso era lo normal, no dejé de

experimentar por ello un brote de contrariedad, como si acabara de sufrir una grave decepción, como si se frustrara con ese revés del azar toda esperanza. Porque es cierto que a veces incluso el cumplimiento de la desesperanza nos llena de desazón. Se cerraba así el círculo de manera definitiva, pero era un cierre inconcluso, un cierre defectuoso. No me resignaba a permanecer ya para siempre en la ignorancia de los hechos.

## 109

No hubo, pues, secuencia de portal en la vuelta a Madrid, pero se impusieron a mi pesar con contundencia las secuelas. Llegué, como decía, con la intención de olvidarlo todo (y ya he dicho que no hay peor propósito ni más contraproducente que empeñarse en el olvido) para no tener que estar maldiciendo siempre la suerte negra y el desventurado desenlace del travel. Dejé el equipaje en el trastero y apenas si me tomé la fatiga de vaciar la mochila, los libros, la leica, el cuaderno de notas. Sólo al cabo de las semanas, una tarde de sábado y de otoño, me decidí a hojear el cuaderno y a recrearme en los apuntes que había tomado sin más propósito que ponerle palabras y nostalgia a una sensación de vacío que me tenía anclado en la más honda desidia, en una desgana crónica e indefinida. Y como, apenas pasa el tiempo, nos sorprende comprobar lo que hemos sido sin tener conciencia clara de haberlo sido, enseguida me dejé deslumbrar por algunos pensamientos anotados, una broma nominalista de Noé León (las navajas sajan sal), el aforismo existencial del zotalito (a quien nadie quiere con nadie está en deuda) o, en fin, el breve apunte de lo que me había sugerido el escarabajo al que seguí en su fatiga junto a la venta del puente, el determinismo pelotero y mitológico de su condición, había escrito, la alegoría explícita incluida en su parda reincidencia. Y fue así, pasando sobre las ocurrencias del cuaderno, como llegué a un acertijo imprevisto: la palabra SAMSÓN. ¿Cuándo había escrito en el cuaderno con mayúsculas SAMSÓN? ¿Y

por qué? ¿Qué me tenía que recordar cuando volviera sobre ella? A veces se escriben palabras sueltas en un billete de metro, en una servilleta, en una esquina de periódico, con el solo fin de no olvidarlas, de que nos conduzcan más tarde a la idea, el episodio o la agudeza, pero también ocurre que, al encontrar luego, al cabo del tiempo, la servilleta, el billete de metro o el papelucho, y ver la palabra escrita, escueta y sin apoyos, no se consigue recordar el sabor de la magdalena o el brote de inspiración que llevó a escribirla: aparece, entonces, como un desafío, la palabra sola, exenta y vacía, encerrada acaso en un cerco oblicuo, con la evidencia de su significado común, con el enigma del significado o la expansión del significado que la condujo al billete de metro, a la servilleta, al papelucho, y la redujo al cerco. Fue, pues, al ver suelta, exenta y vacía la palabra SAMSÓN, su caprichoso enigma, cuando se me ocurrió ilustrar las peripecias de mi travel anteriores al arca y al calabozo y a Noé León y al flaco samaritano y al gordo guardián, y al zotalito y al joven enamorado y para ello saqué de la mochila los carretes fotográficos y saqué el carrete que todavía estaba en la leica y lo llevé todo a revelar. Recogí las fotos al cabo de tres o cuatro días y fue al ir mirándolas de regreso a casa cuando recibí el fogonazo, la burla de los dioses, el revés aciago de la providencia. Las iba pasando una a una sin ansiedad, como si se tratara de una comprobación técnica, con el presentimiento de que ninguna (paisajes, rótulos, arquitecturas, costumbrismos, divergencias) aclararía el sentido de SAMSÓN (como así fue, en efecto: ninguna lo aclaró), pero la revelación anuló por completo el sentido que SAMSÓN pudiera tener y toda su difusa circunstancia. Ocurrió que me topé de pronto con una foto singular, extraña, improbable, inconcebible: el rostro en primer plano, en primerísimo plano, de la joven desaparecida, un retrato perfecto. Yo conocía bien el semblante de la joven, había mirado infinidad de veces la foto de la página trece y había convivido con el cartel del arca, incluso la multiplicación del cartel que llegó hasta la venta del puente, pero la imagen que tenía en la mano no sólo poseía calidad técnica, sino que insinuaba alguna providencia sobrenatural. Si yo hubiera tirado aquella foto a propósito, en modo alguno habría quedado una imagen tan perfecta, pues nunca ha sido tanta mi habilidad para combinar con arte encuadre, resolución, contraste, exposición, disparo, etcétera. En cualquier caso, y a saber por qué designios, allí estaba la

joven, presa para siempre en los azarosos entresijos de mi leica. Qué podía significar aquello es algo que no supe entonces, que sigo sin saber. Sé lo que hice después, aunque no por qué. Encargué una ampliación, un retrato de gran tamaño, como un póster *wanted* honorífico o el fotograma de una cartelera, y decidí que el rostro de la joven desaparecida presidiera este salón. Y ahí sigue la imagen: avejentada, pero perenne en su juventud. Sé que si, al cabo de tantos años, viniera por aquí Noé León no vería en ello sino una manifestación torcida de la sed de sal, una confesión tal vez, el reconocimiento de una culpa psicópata. Estaría en un error. Salvo que estuviera en posesión de una segunda personalidad, que fuera a un tiempo mi anverso y mi reverso, como los hermanos gordos, mi *jekyll* y *hyde*, y no tuviera conciencia de ello, es imposible que yo tuviera culpa alguna en la desaparición o muerte de la joven. Pero también es cierto que desde que ocurrieron los hechos la joven forma parte de mi vida, que no ha pasado un solo día sin que piense en ella y sin que intente recuperar el momento fugaz, imprevisto, esquivo, en que pulsé el disparador con el rostro de la muchacha frente a mí, a muy poca distancia. La foto prueba que ocurrió, lo documenta, pero el hecho, el episodio entero, acaba en esa documentación. Ocurrió, pero de nada me sirve que ocurriera si no figura en mi conciencia, en mi memoria. De modo que aquí estoy, en el mejor de los casos, víctima de un síndrome alternativo de la sed de sal sin haber tenido nada que ver con la sal ni con la sed. Y condenado de por vida a esa sal y a esa sed, a esa inagotable maldición de sed y sal.

## 110

No sé hasta qué punto lo que siento es sentimiento y no obsesión, pero se trata del síntoma más extraño que cabe padecer. Me pregunto, también, si padecer y disfrutar no son en ocasiones complementos. Somos lo que tenemos (no me refiero a posesiones materiales) y jamás nos cambiaríamos

por otro nosotros. Miro la fotografía clavada en la pared, y rememoro los rasgos del semblante con una extraña sensación de pérdida y de culpa. No conozco a la joven, nunca la he conocido, y sin embargo despierta en mí los síntomas del abandono. Y soy yo el abandonado, el abocado a un destino heterónimo. Pienso que la joven sólo existió para que yo evocara una y otra vez su rostro, para que lamentara no haberla conocido y para que sufriera esta engañosa soledad que desde hace tanto tiempo es toda mi pasión. Y la echo de menos: no ya como si la hubiera conocido, sino como si el conocimiento hubiera sido profundo y superior y hubiera recorrido los distintos peldaños del afecto. Tal fue la misión de la joven en la tierra: convertirse, desde la muerte o desde la desaparición, en mi más sólida experiencia. Vivo, por tanto, una insólita maldición de anacoreta, condenado al delirio póstumo y al lamento de las postrimerías. Ahora sé que Noé León tenía razón en sus divagaciones policiales, aunque una razón equivocada y distraída. Tenía razón en el enunciado de *la sed de sal*, pero aplicaba mal las direcciones de la sed y los sinsabores de la sal. No siempre (o no sólo) son los criminales quienes acuden una y otra vez al lugar del crimen *siti compulsi*. Son numerosas las variaciones del crimen y múltiples sus formas. Podría tratarse de un *silogismo* de Edgar Winters. Por mí y para mí había muerto la joven o desaparecido, yo era la razón de su existencia y, más aún, de su inexistencia. Yo era, por tanto, el criminal. Yo era quien, sin abandonar el sofá, acudía una y otra vez al lugar del crimen, no al lugar geográfico, no a los vericuetos sombríos que van de Casas del Juglar a Murania, sino al verdadero lugar de la sed. La joven murió o desapareció para entrar en mi vida y no salir luego nunca de ella, para convertirme en el lugar de su existencia, para marcar, en suma, los límites y la infalible derrota de mi travel. Me pregunto si estaría en los designios tenebrosos del bestión mascariento la peripecia del ejemplar de *Travel of Murania* que, por lo que he podido saber, llegó un día a Casas del Juglar, salió del museo del juglar sin que nadie haya sabido nunca cómo ni cuándo, fue a parar a un siniestro cuartel de zapadores, cayó luego en una caseta de la cuesta de Moyano, y en esa travesía pasó dos veces por mis manos, provisionalmente primero y en propiedad después, toda una acumulación de azares que dio pie a la excursión y a sus consecuencias. Algún designio tiene que haber en tanta fatalidad. Y lo curioso es que, pese a

ello, no lo lamento, que la sed de sal ha sido mi única aventura, que vivo para evocar aquellos días de verano, aquella incertidumbre, y para recrear en la imaginación los pasos inciertos y confusos de la joven desde que salió de Casas del Juglar camino del huerto de los olivos para ingresar en el reino oscuro de la leyenda, de la mitología y de la eternidad.

## 111

Se dice que con el tiempo maduramos, que las desventuras nos hacen aprender, progresar, forjar el carácter, doblegar el espíritu. Todo es pura falsedad, consuelo en la desdicha. Lo único que aprendemos es que nada resulta como habíamos querido o imaginado, como nos habían hecho creer. Pasa el tiempo y no hacemos otra cosa que descubrir la falsedad de los pronósticos. Nos engañaron, digo, y, como nos engañaron, seguimos engañando y nos seguimos engañando. Me enseñaron de chico que el futuro era dichoso, pintaron a lo lejos un mundo feliz, afirmaron que el hombre es bueno por naturaleza, que hay que confiar en la humanidad. Pamplinas, Travel, me digo, y falsedad. Debería invertirse el orden del aprendizaje, no prometer un mundo venturoso para toparse luego con la amargura de la verdad, sino, por el contrario, acumular profecías catastróficas para luego concluir, en el momento de la verdad y del dolor, que no era tan fiera la vida como aseguraron ni tan crudo y tan agrio el despertar. En cualquier caso, sea cual sea el método, ambos son malos: en ambos prevalece un claro temor, la primacía del miedo al sufrimiento. Que en uno sea anticipación y en otro consecuencia apenas diluye el hecho de que un porcentaje alto de la verdad está en el dolor y otro en el engaño, en la mentira: engañarnos primero con paraísos para luego sufrir en el infierno, o engañarnos primero en el infierno para luego compensar con la falsa levedad del purgatorio. No caben pedagogías de la felicidad. Fue lo que pensé en las noches de vigilia en el arca de Noé, lo que pensé mientras regresaba a casa en tren (no sé si he dicho

que después de abandonar el puente de la venta subí al tren en la estación de enganches, una especie de apeadero desierto y de encrucijada ferroviaria) y lo que he seguido pensando luego en mi casa madrileña, en mi trabajo, en la rutina que me lleva al metro, a la tarea, a la fatiga. Maldigo el momento en que caí sobre el travel de Walter Alway y maldigo las consecuencias que arrastró, pero también sé que fue el principio de mi propio travel, que desde entonces no he hecho otra cosa que huir, no río arriba, como entonces, ni en la balsa, siguiendo el curso del río hasta el anchuroso mar, sino en la corriente de la vida y de la muerte, que es en la que nos movemos y en la que estamos condenados a naufragar y perecer. Ahora sé que me muevo por el mundo con un solo impulso: el impulso de la sed de sal. No me ha tocado en suerte ser lobo y beber agua en la parte inferior del río, pero tampoco estoy seguro de que me haya tocado en suerte ser cordero y beber en la parte superior. Ni siquiera sé si hay río. Lo que verdaderamente hay es sed. Ya lo dijo *el* poeta: Sed horrible..., y vasos vacíos. Todos andamos, pues, *siti compulsi*. Sólo la sed mueve el mundo. Vano intento será catalogar los tipos de sed. Tenemos sed y no sabemos de qué. Buscamos con qué saciar la sed, pero no sabemos qué agua (o qué alcohol) se compadece con nuestra sed. Por eso somos infelices. Por eso estamos condenados a ser siempre infelices. No hay un cordero ensuciando el agua que bebe el lobo ni, menos aún, un lobo ensuciando el agua que bebe el cordero. Ambos beben agua sucia. Todos bebemos agua sucia y no sabemos quién la enturbia.

*La sed de sal*

Gonzalo Hidalgo Bayal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Roy Bishop / Arcangel Images

© Gonzalo Hidalgo Bayal, 2013

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-9066-231-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)